

folios

periodismo para leer

Medellín - Diciembre de 2002 - Número 6 - Facultad de Comunicaciones - Universidad de Antioquia



- ▶ Seis tristes tópicos
Pedro Adrián Zuluaga
- ▶ El escape de Araracuara
Jaime Alberto Quintero
- ▶ Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas
Andrés Muñoz
- ▶ Mami, Esto no es bicarbonato
Edison Torres Moreno
- ▶ Johana
Patricia Nieto
- ▶ "Como nos hicimos comunistas"
Luis Vidales
- ▶ La Banda White Company
Pedro Claver Téllez
- ▶ "En Mito comenzaron las cosas"
Mauricio Ramírez Gómez
- ▶ El periodismo de sentido y el sentido del periodismo
Ivan Sylva
- ▶ El papel de los medios de comunicación en los desastres naturales
Daniel Hermelín
- ▶ Importancia de la investigación histórica en el periodismo escrito
James León Parra

En esta edición

Hace cinco años una revista de formato alargado, papel noble, letras negras y diseño clásico llegó a nuestras manos para alegrarnos la vida. La sencillez de una carátula donde resaltaban -solitarias- las letras fue el mejor espejo de su contenido: narraciones periodísticas apasionantes logradas por medio de una investigación exhaustiva y una escritura arriesgada e intensa.

folios fue entonces **periodismo para leer**; una definición nada ingeniosa pero tremendamente justa si pensamos que sus fundadores regresaron a la esencia del periodismo: responsabilidad social, ética, rigor investigativo y experimentación narrativa. A esos principios responde la sexta edición de *folios*, escrita y editada al calor de la Especialización en Periodismo Investigativo y de la carrera de Periodismo, nacidas de los nuevos aires que toma la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Folios es hoy anfitriona de quince textos caprichosamente agrupados en tres categorías: narraciones periodísticas, historia de la prensa y reflexión e investigación sobre el periodismo.

“Seis tristes tópicos”, “El escape de Araracuara”, “Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas”, “Mami, esto no es bicarbonato” y “Johana” son las narraciones periodísticas que abren esta edición. Un viaje en solitario por América Latina nos recuerda que el dolor nos une desde la Guajira hasta la Patagonia; el testimonio de Darío Vásquez, alias El Alacrán, reconstruye la tremenda época de asaltos millonarios y fugas limpias que protagonizaban los tenebrosos ladrones de Medellín; un joven periodista recorre las calles del barrio Santa Cruz de esta ciudad, donde él ha engendrado una forma personal de narrar, para acercarnos a la

vida cotidiana caracterizada por la sangre y el llanto; la muerte de Jorge Luis Rivaldo, narrada una y otra vez por los habitantes de Usiacurí, Atlántico, aparece en *folios* con el ritmo propio del hablar caribe; también Johana, una adolescente que creció y murió en la rudeza de los barrios pobres, se revela, en un reportaje personal e intenso, en los límites que impone una vida de privaciones.

La línea de investigación sobre historia de la prensa, que cumple varios años de desarrollo en el área de periodismo, se enriquece con los textos “Cómo nos hicimos Comunistas”, una crónica de 1945 en la que Luis Vidales narra la fundación del primer grupo comunista en Colombia; “La banda White Company”, la reconstrucción de una de las múltiples denuncias que liberal radical, revolucionario y poeta, Ricardo Tirado Macías, hizo a lo largo de su agitada vida de reportero; y “En *Mito* comenzaron las cosas, una reseña histórica sobre la revista que marcó un hito en las publicaciones culturales de Colombia”.

“El periodismo de sentido y el sentido del periodismo: una discusión sobre el papel de la Universidad”, “El papel de los medios en los desastres naturales”, “La investigación histórica en el periodismo escrito” y “Los medios informativos en peligro” son los artículos que avanzan en la investigación y la reflexión sobre el periodismo y que alimentan el propósito de *folios* de contribuir a la construcción de una teoría periodística con hondas raíces locales.

Con esta línea queda servida *folios*, una revista que sólo aspira a la simpleza y dignidad de un papel escrito para ser leído.

La editora

Director

Juan José Hoyos

Comité Editorial

Juan José Hoyos
Patricia Nieto
Carlos Agudelo
Carlos Uribe
Arturo Giraldo
Maryluz Vallejo

Editora

Patricia Nieto

Asistentes Editoriales

Alejandro Cárdenas
Carolina Martínez

Ilustraciones

Elkin Obregón



Coordinador de la Especialización en Periodismo Investigativo

Carlos Uribe de los Ríos

Coordinadora del Pregrado en Periodismo

Patricia Nieto

Rector (E)

Alberto Uribe Correa

Decana Facultad de Comunicaciones

María Helena Vivas López

Ciudad Universitaria
Bloque 12, oficina 111
Teléfono 233 27 84
Apartado Aéreo 1226
folios@embera.udea.edu.co
http://folios.udea.edu.co
Medellín - Colombia
2002

Una publicación de la
Especialización en Periodismo
Investigativo y del Pregrado en
Periodismo de la Facultad de
Comunicaciones de la
Universidad de Antioquia

contenido

Los medios informativos en peligro

Gloria Moreno pág. 4

Seis tristes tópicos

Pedro Adrián Zuluaga pág. 6

El escape de Araracuara

Jaime Alberto Quintero pág. 16

Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas

Andrés Muñoz Godoy pág. 26

Mami, esto no es bicarbonato

Edison Torres Moreno pág. 38

Johana

Patricia Nieto Nieto pág. 48

"Cómo nos hicimos comunistas"

Luis Vidales pág. 62

La banda White Company

Pedro Claver Téllez pág. 70

"En Mito comenzaron las cosas"

Mauricio Ramírez pág. 74

El periodismo de sentido y el sentido del periodismo

Iván Sylva pág. 83

El papel de los medios de comunicación colombianos en los desastres naturales

Daniel Hermelín pág. 88

La importancia de la investigación histórica en el periodismo escrito

James León Parra pág. 92

Libros

Ébano -La Parábola de Pablo -Se nos vino Combia pág. 97

Los medios informativos en peligro

Por Gloria Moreno

Los medios de prensa se mueven en Colombia al vaivén de dos tipos de terror. Uno proviene de factores externos. Es más evidente. Otro tiene que ver con los propios medios y sus periodistas.

Ambos están poniendo en riesgo la libertad de prensa en nuestro país, y desde luego, el derecho a la información de cuarenta millones de colombianos.

En primer lugar, me referiré a las presiones y manipulaciones provenientes de los bandos enfrentados, que, sin excepción, sesgan la información y emprenden otra guerra: la de la desinformación. Una táctica que consiste en tenderle trampas a los medios: tarea tan vieja como la guerra misma, pero más sofisticada e intensa a medida que transcurre el tiempo. Por ejemplo, en el ambiente castrense se la conoce como “operaciones psicológicas”; “operaciones psicosociales”. Se refieren al trabajo de una institución militar conocida como “Departamento 5”. Frente a su acción, sólo un sector de la prensa colombiana ha emprendido su estudio y su análisis con el fin de descifrarla, y desde luego, contrarrestarla.

Hoy nadie pone en duda que los protagonistas de la guerra en Colombia —guerrilleros, paramilitares, militares o delincuentes comunes— buscan utilizar al periodista como pregonero de sus propósitos político-militares o financieros. Ellos saben muy bien que los medios de prensa son una caja de resonancia que genera opinión pública, y un arma más eficaz que su propia maquinaria.

Pero todos aquí sabemos que uno de los fundamentos del periodismo consiste en actuar no solamente basado en la confianza hacia sus fuentes. Se trata de cuestionar y confrontar con otras fuentes cada arista de la información que se recibe, antes de dársela a conocer al gran público.

Se me viene entonces a la memoria, algo que leí recientemente del periodista argentino Tomás Eloy Martínez: “De todas las vocaciones del hombre, el periodismo es aquella en la que hay menos lugar para las verdades absolutas. La llama sagrada del periodismo es la duda, la verificación de los datos. La interrogación constante. Allí donde los documentos parecen instalar certeza, el

periodismo instala siempre una pregunta. Preguntar, indagar, conocer, dudar, confirmar cien veces antes de informar: esos son los verbos capitales de la profesión más arriesgada y apasionada del mundo”.

Todos aceptamos este hecho. Pero en Colombia, la desinformación es un arte. Habitualmente los periodistas nos alimentamos de desinformación y quienes buscan descarrilarnos profesionalmente, conocen nuestra mayor debilidad: los directivos de los medios conceden cada día menos tiempo y restringen cada vez más el accionar del reportero intentando mejorar la calidad de sus investigaciones. Alegan la necesidad de reducir al máximo sus costos de producción. Hoy estamos ante empresas cuya finalidad fue históricamente informar, convertidas en industrias en las cuales se trata de buscar cada vez mayores rendimientos económicos.

Este afán se condensa, por ejemplo, en la hora límite de entrega de los materiales que han de ser emitidos. En los medios se le llama “cierre de edición”. Con unas pocas excepciones, hoy en nuestro medio y en nuestros medios de prensa, se trata de hacer las cosas pronto y fácil.

El terror también llega a los medios y a nosotros mismos como consecuencia de factores internos y algunas veces, muchas veces diría yo, nos descarrilamos solos. Desconocemos, por ejemplo, que nuestra mejor póliza de vida es realizar el oficio basados en los fundamentos del periodismo. El chaleco antibalas más eficaz en nuestra profesión es el profesionalismo. Profesionalismo significa, por ejemplo, equilibrio, precisión, independencia, neutralidad.

No tomar partido ni alinderarse con ninguno de los bandos en conflicto ha sido históricamente una fórmula sabia para sobrevivir. Y sobrevivir, además de su significado obvio, es no perder jamás la credibilidad.

Las fuentes de información son la cantera del periodista. Los fundamentos de nuestro oficio señalan que el manejo correcto de aquellas fuentes, debe estar regido por una barrera que limita las relaciones profesionales y las relaciones personales entre el reportero y sus informantes.

No obstante, la experiencia señala que hoy en Colombia una parte de los periodistas que han afrontado desde

la muerte hasta el destierro, violaron en alguna forma aquella barrera. Traspasaron los límites de la relación profesional y dieron un paso dentro del área de las relaciones personales o de amistad. Como dicen, se involucraron con sus fuentes de información.

Pienso que el conflicto nos obliga irremediabilmente a cumplir con exactitud, sin olvido, sin menosprecio, los fundamentos de la profesión. Otro de ellos, aprendido el primer día de trabajo en un medio de prensa en este país, se llama versatilidad.

Según la experiencia, algunos de los periodistas muertos, desterrados o amenazados en Colombia, olvidaron aquello. En varios casos, análisis de las publicaciones que antecedieron a sus descalabros, señalan que durante etapas prolongadas se habían enfrascado en temas únicos, acaso obsesivos, teniendo un país con una desbordante riqueza temática que permite variaciones pasajeras, sin darle la espalda al tema central.

La libertad de prensa está cimentada en los derechos, pero también en los deberes del periodista. Generalmente nunca se hace alusión a los deberes, según los cuales, los periodistas están sujetos a responsabilidades muy concretas. La primera, respetar los derechos de los demás. O respetar la honra de los demás. O no poner en peligro la vida ajena. De eso no se habla en nuestro medio.

Justamente por olvidar que los periodistas tienen deberes muy concretos y muy puntuales, tres ruandeses están siendo juzgados por el Tribunal Penal Internacional. Cargos: genocidio e incitación al genocidio de más de ochocientos mil seres humanos durante la guerra en ese país africano. Sus nombres son Ferdinand Nahimana, Jean Bosco Barayagwisa de la emisora Mil Colinas, y Hasan Ngeze, editor del diario Kangura.

Es de esperar que aquí cambien las cosas y nunca un periodista sea responsable de la muerte de colombianos, o señalado como lo fueron también reporteros serbios, acusados de incitar al odio y a la intolerancia entre etnias que durante siglos habían vivido en paz. Ellos no portaban fusiles sino palabras que detonaron una chispa de muerte. Según documentos, aquellos periodistas eran «contadores de historias falsas, contadores de historias tergiversadas más incitadoras de violencia que las mismas balas».

Medios para la Paz surgió de un grupo de periodistas colombianos que veían la necesidad de elevar su nivel de capacitación frente al oficio y frente al conocimiento de nuestro país. Buscamos informar cada vez con mayor profesionalismo en un intento por desarmar la palabra.

Para luchar contra la guerra es preciso conocerla en sus antecedentes, la manera como ha estado presente a través de los dos últimos siglos en Colombia, en los diversos intentos de pacificación realizados en otras épocas, en el contenido de los armisticios y tratados internacionales, en las piedadades del derecho internacional humanitario creado para debilitar su garra y en el avance de los derechos humanos como sustento de la paz y la democracia.

Nuestros talleres han puesto en el banquillo analítico del oficio, textos que sopesados entre colegas, dejan ver

escrituras ocultas entre líneas, intencionalidades sesgadas, granadas de fragmentación arrojadas por los periodistas como consecuencia de las manipulaciones de los actores del conflicto sobre la información, o por el desconocimiento de parte del reportero, que estallan en el cerebro de los lectores y generan heridas de desconfianza, desesperanza o escepticismo. En un alto porcentaje, los redactores son sorprendidos en este tipo de análisis. Finalmente concluyen reconociendo su inconsciencia frente al mecanismo de relojería que es la estructuración de la noticia, y al mismo tiempo su condición de víctimas frente a las intenciones de los violentos por asesinar la verdad.

La palabra precisa, la significación justa, la semántica de una guerra y de una paz que cada vez se definen más en las filigranas de la opinión pública, requieren de instrumentos adaptados a nuestro medio. El diccionario *Para desarmar la palabra*, con los seiscientos términos más usados en esta guerra, se ha convertido en obra de consulta en la cual los reporteros colombianos afinan la precisión del lenguaje y la naturaleza de los hechos codificados por las palabras.

Igualmente, el libro *Las trampas de la guerra. Periodismo y conflicto* que el año pasado entró en circulación para alertar a los colegas sobre las presiones y manipulaciones de los guerreros, se ha constituido en otra herramienta para la cualificación profesional de los periodistas.

Parte de la actividad de Medios para la Paz se concentra también en un periódico impreso: *El Antivirus*, especie de vacuna contra las manipulaciones de los guerreros sobre la información, y en una red virtual, *Cibertertulia*, con materiales que tienen que ver con el ejercicio del periodismo en tiempos de guerra.

Tenemos igualmente una página web con dos mil quinientas visitas mensuales y un consultorio conformado por maestros del periodismo colombiano que resuelven diariamente las dudas de los colegas sobre el oficio entre fusiles.

Estos instrumentos aglutinan hoy a quinientos veinte periodistas colombianos que conforman el cuerpo de esta iniciativa en todo el país.

El radio de acción de Medios para la Paz cubre las principales ciudades del país y las zonas de guerra. Allí los periodistas trabajan en condiciones de amenaza, de secuestro, de censura, de blanco en medio de todos los fuegos. Ha sido allí, en sitios cuyos nombres hoy se asocian a combate: Magdalena Medio, Urabá, "Zona de despeje del Caguán," Valle del río Cauca, Nariño, Cesar, donde las historias heroicas de los reporteros rasos han sido sometidas al triple ejercicio de la comprensión, la crítica y la solidaridad.

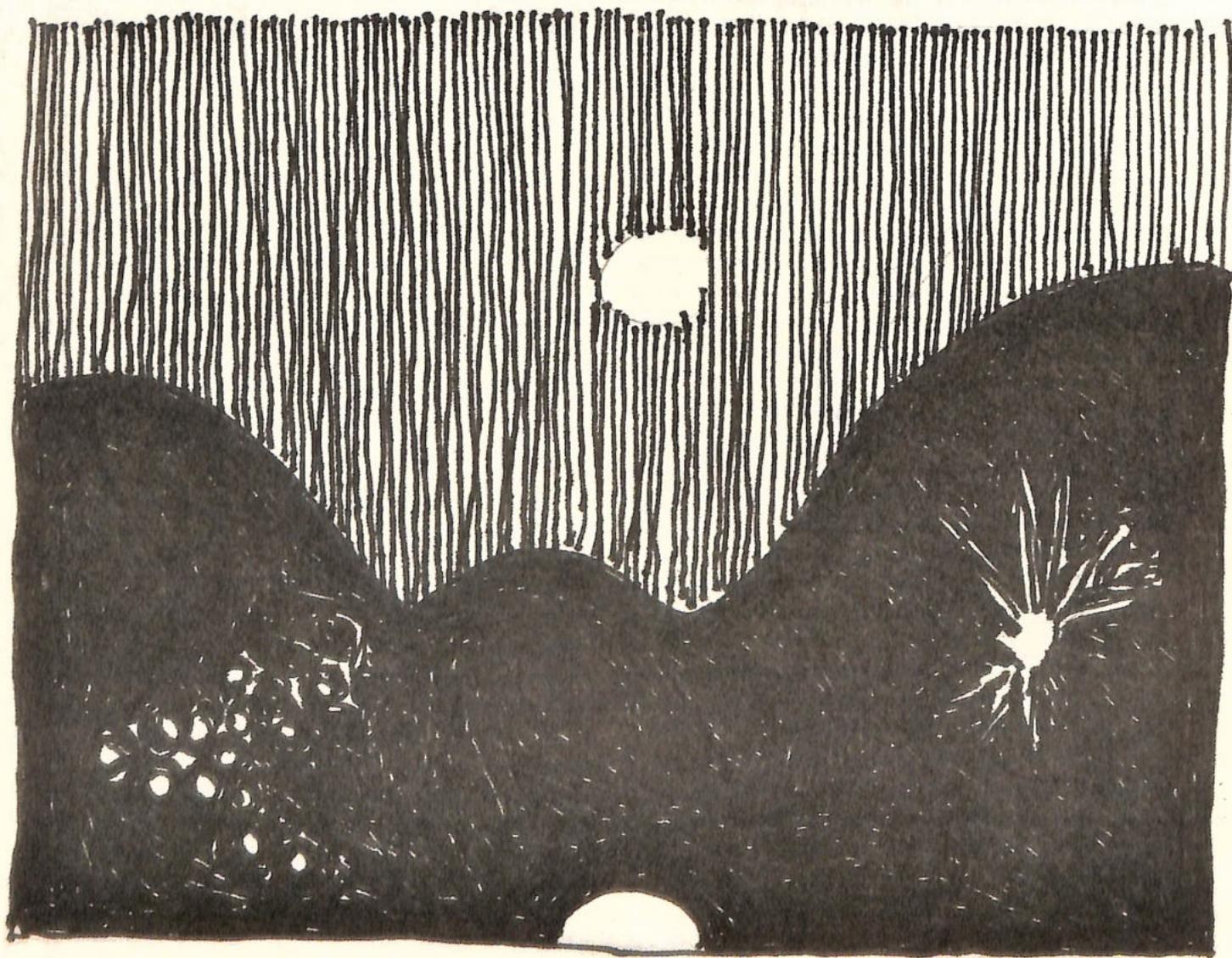
Hasta hoy han acudido a los talleres organizados por Medios para La Paz, mil periodistas colombianos, buena parte de ellos en las zonas de conflicto.

Los periodistas acuden masivamente a nuestras actividades. Ese poder de convocatoria, frente a un gremio escéptico y sobrecargado de trabajo, es en sí mismo el triunfo de la transparencia, de la constancia, de la solidez de unas ideas y de la justicia de unos propósitos. ■

Seis tristes tópicos

Pedro Adrián Zuluaga

Esta crónica de viaje recuerda que América Latina está escrita con fuego en el corazón de quienes hemos visto la luz en esta parte olvidada del planeta. Silencios, exilios, fantasmas, huelgas, despojos, fronteras: el dolor nos une desde la Guajira hasta la Patagonia.



"Mientras transita de un lugar a otro, el viajero desconoce el mensaje del futuro. Sólo cuando ordena sus recuerdos—cuando el futuro es pasado—y escribe, como yo estoy haciendo, tratando de reflexionar, comprende el origen de sus sentimientos".

Maruja Torres. *Amor América.*

1. Santiago a la hora de cierre

Santiago se tarda en cerrar. La luz de este verano se esconde al filo de las nueve y aún quedan muchas horas que perder en el Parque Forestal antes de llegar a la estación de los miedos. Porque éstos siempre vuelven. En vano se camina por Bellavista y Providencia, por Apoquindo o Lastarria, barrios o calles del Santiago liberado, donde hay más celulares *per capita* que en cualquier otro lugar del Sur; en vano, pues rodeos más atajos menos, el destino final es Capuchinos, la última parada es Tejas Verdes. El Parque Forestal se da sus aires. Es el corazón verde de la capital, enorme y generoso. Enorme para el turista que me ha tocado ser y que lo atraviesa "a nado" temiendo llegar por omisión a la boca del lobo. Generoso para los solitarios que se cruzan señales, para los ejecutivos "menores" que reclaman con la mirada y para los jóvenes que les responden.

A Jorge no lo conocí en el Parque Forestal, no llegó a mi vida a la hora de cierre. Fue en Monjitas, en el centro feo y viejo del Santiago rico y nuevo. Él caminaba a sus clases de baile en una universidad estatal; yo compraba un diario comunista para extraviar la mañana. Nos vimos de nuevo en *El Biógrafo*, una sala de cine en el otro palmo de la ciudad, siendo las cinco en sombra de la tarde, ese mismo día. Entre el diario comunista, el almuerzo y *El Biógrafo*, no hice más que ir sin destino por entre el gris de Santiago, interrumpido aquí por un músico ciego que le sacaba al bandoneón sus últimos rezongos y a su voz el coraje de "Nostalgia de tener tu risa loca, de sentir junto a mi boca tu respiración"; allá, por un grupo de peruanos que en el atrio de la catedral mayor comían una versión en el exilio de las papas a la huancaína, mientras se lamentaban de que tampoco hoy hubieron de ser contratados en el mercado negro de obreros para cumplir con el trabajo sucio del régimen.

Santiago, en mi fantasía, era una calle ensangrentada, un cerro al fondo, unos señores de día, camino a los saunas y los cines porno -que en los tiempos del toque de queda servían para hacerle el quite a la fidelidad conyugal por decreto- era La Alameda y El Mapocho. El Santiago real es un edificio enorme de la Telefónica que interrumpe el paisaje de fondo de la cordillera, un café con piernas.

Pero a las cinco en *El Biógrafo* apareció Jorge. Yo agradecí sus infinitas preguntas, su: "aquí se ocupa decir encalillado, ¿cachai?, cuando uno no tiene un peso en el bolsillo, ¿cachai?...¿cómo se dice en Colombia?", agradecí que caminara un paso antes que el mío y su ternura inesperada, ternura de Parque Forestal.

Subimos al cerro, a uno de los cerros que, antes del edificio de la Telefónica, era el paisaje de Santiago. En el cerro, Jorge se esforzó porque yo viera el smog: smog ultracivilizado de la más próspera ciudad del Sur; smog en el que desaparecen los barrios obreros, al lado de las grandes industrias. Y me habló de *Tejas Verdes*, un centro de tortura del régimen, me habló de las *Memorias del dolor*, la coreografía que lo recuerda y en la que él participa, de los artistas que resisten bailando.

En el diario comunista de antes del almuerzo, había leído (o visto) el mapa con la ubicación de muchas (nunca se conocerán todas) las casas Pinochet, donde los torturadores del Anciano vivieron sus 120 jornadas de Sodoma. En ese mapa, estaba, por supuesto, *Tejas Verdes*.

Pronto ese mapa, es sólo una idea, servirá de ruta turística. Ahora que en Chile todo se vende, porqué va a faltar una empresa española interesada en explotar la franquicia del horror.

En el Parque Forestal, dos horas más tarde, Jorge dirá que siente vergüenza de su país. Yo pienso en Tejas Verdes y en Colombia y no digo nada. No habrá más ternura entre nosotros, quizá nunca la hubo, sólo su necesidad.

Me veo entrando a un café con piernas a un costado de la estación Mapocho, justo donde termina el Parque Forestal. ¿Es ésta la estación de los miedos? ¿Es aquella la boca del lobo? Jorge me acompaña pero es lo último que hacemos juntos, casi lo último. En el minúsculo cuadrado del café hay una caja registradora y un cajero, y detrás de una barra una mujer desnuda, casi desnuda. Alrededor de la barra algunos clientes, de pie, solitarios. Los cafés con piernas, otra herencia del Anciano, son estaciones de

paso para visitar de afán a la hora de cierre antes de postrarse en la camita conyugal. No hay sillas, nada invita a quedarse mas que esperar que suene una campana para que durante un minuto, desde este lado de la barra podamos pasarle una mano al cuerpo estriado de la mesera, que se deja acariciar con desgano: es el "minuto de confianza". Pasa el minuto, suena la campana; las manos vuelven a su dueño y la mesera a su oficio. Jorge y yo salimos y nos internamos en el gris, ahora nocturno, del centro feo y viejo del Santiago rico y nuevo.

Mi hotel es una casona vieja de la calle Huérfanos. Antes, para extraviarnos, damos un último rodeo y nos encontramos con *Capuchinos*, un viejo convento que ahora es una prisión de alta seguridad. "¿Sabes qué fue esto antes?", me pregunta Jorge. "Otra *Tejas Verdes*, ¿cachai?".

**Santiago,
en mi fantasía,
era una calle
ensangrentada,
un cerro al fondo,
unos señores de día
camino a los saunas
y los cines porno.**

Ninguno de los dos irá mañana a la cita que hemos acordado en la estación Bellas Artes del metro. Yo buscaré el verano de Viña del Mar, la bendición fría del Pacífico. Jorge me olvidará entre algún movimiento de sus *Memorias del dolor*.

Pero aún quedan horas que perder en el Parque Forestal, mucho para ver en el gris de la ciudad: un bandoneón que regresa a su escondite, unos peruanos buscando bronca, una hoja perdida del diario comunista, los clientes sumisos de un café con piernas. Después, el frío de un hotel de paso, el consuelo del sueño y el despertar de tres de la mañana, entre sábanas alguna vez blancas, perdido el centro del mundo, la tierra sin imán y la inútil pregunta: ¿dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Y la respuesta detrás de la pared también blanca: una pareja que hace el amor con estruendo. Me concentro en ese único sonido-sentimiento y la noche me revela su último secreto. No hay pareja, es sólo una película que, a la hora de cierre, pasan en la televisión.

2. Buenos Aires en tres dimensiones

Al niño que yo era le gustaban aquellos amaneceres en que la lluvia o la enfermedad le obligaban a estarse en la cama, envuelto en los rumores familiares, casi ebrio del olor de la arepa y el chocolate caliente que siempre llegaban a su hora: nueve de la mañana. Al niño que yo era le gustaba conectarse al mundo, todo lo que había detrás de las montañas, a través de un viejo radio en forma de maletín que traía fútbol y muertos, caídas de mu-

ros, masacres de estudiantes chinos, la voz de Juan Gossaín en las primeras leches de la mañana y los domingos la emoción de Víctor Hugo que cantaba los goles del Boca y de River por Radio Rivadavia.

El niño que yo era siempre supo que el equipo del puerto, que se batía en el redondel de *La Bombonera*, era un espasmo colectivo argentino y que ese país y esa su capital, Buenos Aires, debían de tener el misterio y

la belleza de una mujer madura, vestida de negro tras sus gafas oscuras. Una mujer que nunca me hablaría.

Aquel 17 de diciembre de tantos años después en la esquina de Corrientes con la 9 de Julio, al pie del Obelisco, el niño que yo era vería celebrar a los hinchas del Boca —la mitad más uno de los argentinos— el título de su equipo en la liga nacional. La fiesta fue lánguida pues ese año el club lo había conseguido todo (la Libertadores, la Intercontinental) y el partido final, en la tarde de ese domingo, apenas fue un indigno colofón.

Por eso, las serpentinas de la victoria fueron rápidamente barridas y en esa misma esquina de Corrientes con la 9 de Julio, unas horas después, un voluntario convocaba desde un altoparlante a una huelga general de trabajadores. "Hay catorce millones de pobres absolutos en la Argentina", gritaba este Bautista en el desierto, al pie del Obelisco. Eran las doce sin sombra. Yo, entretanto, ya hecho un viejo, caminaba Corrientes en todas direcciones, buscando con olfato de turista pobre, aquel restaurante que me habría de alimentar en los días sucesivos. Lo encontré sin más y una hora después, desde el mismo altoparlante, el voluntario gritaba: "Hay quince millones de pobres absolutos en la Argentina".

En aquellos días, el país del presidente De La Rúa recibía el blindaje financiero de la banca internacional, lo cual, para la lógica de los obreros significaba más apretones, más flexibilidad laboral, más cinturones de castidad, más miseria.

En Buenos Aires las tardes se hacían extremadamente cortas. Me distraía caminando por entre las vitrinas de los restaurantes que exhiben variedades de postres y otras viandas que ningún estómago sensato aguantaría. Mi primera impresión de Buenos Aires fue la del desperdicio, en tantos sentidos como soy incapaz de explicar, pero que se concretaban para mí en lo excesivo de los platos servidos al almuerzo, como si la Argentina aún viviera de la fantasía de ser la despensa del mundo. Luego por la noche y hemos de creer que Buenos Aires nunca duerme— los mendigos salían de su escondite diurno y se abalanzaban sobre los restos de comida o se les veía hurgando entre la generosa basura de las calles del microcentro en busca de alguna prenda de valor para animar la noche.

Yo por mi parte, tomaba uno o varios *pintados* en un café al frente del *Cine Lorca*, también en Corrientes, y estiraba el pescuezo



tratando de oír lo que se conversaba en las mesas de al lado, en las pocas mesas en que la gente tenía la fortuna de estar acompañada.

Se quejaban de lo divino y de lo humano y en el acento categórico de los porteños siempre me parecía escuchar una imprecación. Nadie parecía contento en esta estación de espanto, yo tampoco; así que íbamos del tango a la milonga. En las calles de todas partes, bendecidas con nombres que había escuchado antes, en una letra de Manzi o Expósito o en una línea de Borges, era fácil encontrar la efigie de Menem con un verso que decía, si mal no recuerdo: "Cuidémoslo, es nuestro".

Me pareció que Buenos Aires tenía como una triple realidad. Una en el tiempo que llevaba mal y la hería en su orgullo, pues era claro que la ciudad pasaba por sus vacas flacas; otra en la eternidad: la ciudad metafísica de Xul Solar, de Borges y Macedonio Fernández. Y una más en el mito que se extendía desde los arrabales de La Boca —el primer asiento de los inmigrantes, casi todos genoveses, donde empezó el último repoblamiento de la ciudad— hasta la Casa Rosada con el fantasma de una muñeca rubia de trapo y maquillaje prometiendo volver y ser millones: 14 millones, 15 millones de grasitas sin virgen y sin Dios, aunque ahora con el Banco Mundial y el FMI.

Por esas tres ciudades, paralelas y simultáneas, los argentinos vivos y muertos caminaban como desencarnados. Las sombras de los amigos que no vi, los colores de Quinquela Martín, las voces de

Gardel, Evita, todas entidades sin cuerpo. Para verlos realmente tuve que pasar tres fronteras, hasta reencontrarlos al otro lado del Chaco, en Santa Cruz de la Sierra, en la Bolivia humilde que el promedio argentino mirara con desprecio y a la que irá en masa como turista por lo barato que resulta gastarse sus sobrevalorados pesos en los países de los hermanos pobres. En Santa Cruz y en Potosí, en Sucre y en Oruro, en La Paz, uno de los techos del mundo, intuí una torpe respuesta a la encrucijada de los argentinos, al laberinto de su dolor, de nuestro dolor que es el mismo desde La Guajira hasta la Patagonia. También a ellos les han minado la confianza en un arduo trabajo de siglos entre sátrapas sin compasión y dictaduras democráticas y oligarquías inflexibles y etcétera. Pero los argentinos, por quién sabe qué capricho de los genes, estarían llamados a lamentarse, sin hacer mucho más. Desconocen la seca resignación de los otros países del continente y prefieren emplearse en gestos histriónicos: herir el tiempo con palabras, proferir desprecios, servir carnes y postres que nadie comerá en su sazón, sólo los dueños de la noche.

La explicación no consuela, ni siquiera a mí, pero es peor no pensar nada. Los días en Buenos Aires pasan raudos como una decepción. La ciudad no me habla, sólo me despierta nostalgias bajas: días remotos de tango y fútbol, y lo demás es literatura. Todo el que conozco y que ha venido a esta ciudad, tiene felices impresiones de su vida nocturna, de sus teatros y sus cines, de las librerías

y los cafés donde el mundo es una conversación. Está bien, pero no es lo tuyo. A Buenos Aires la llevo en el recuerdo como un peso, nada más.

3. Puerto de Montevideo: nosotros los hijos de la desconfianza

"Desde que murió el viejo, la vida...", y aunque estamos a oscuras, yo alcanzo a ver sus dedos que señalan hacia el piso. "Se vive bien, pero este siempre ha sido un país de ancianos. Los jóvenes de buena onda —me dice en el mejor uruguayo que he escuchado— todos se quieren ir, aquí no hay nada que hacer. Yo también, un abuelo mío era italiano, y voy a ver si por ahí logro salir".

Nadie me previno contra el tedio de Montevideo. Había escuchado que más que una ciudad era una enorme oficina, pero la Navidad fue un mal tiempo para comprobarlo. Lo sabría después. Vine aquí, a un lugar del que no poseía ninguna imagen concreta, buscando las mañanas azules que vio Jorge Luis Borges. Pero los cinco días que estuve en Montevideo desperté siempre tarde y del poeta argentino no encontré ni rastro, ni siquiera el *Hotel Cervantes* donde en otros tiempos, según un mal informante, se hospedaban Borges y Sábato cuando cruzaban al lado oriental.

No vi tampoco la admirable educación civil del país más culto de América Latina, quizá porque la fatiga de un viaje que había empezado semanas antes en Lima y que me trajo hasta aquí bordeando el sur, terminó por arrastrar mi cuerpo hasta algunas de las tantas salas porno que



en días normales, seguramente, reciben a los oficinistas en tránsito hacia el trabajo o la casa.

Las salas porno, aquí o en Medellín, o en Lima o en cualquier lugar del mundo, son sitios para la descortesía, para que salga sin vergüenza lo peor de nosotros mismos. Sin embargo, en *El Biógrafo*, a la que escogí por el nombre, el mismo de la prestigiosa sala de cine de autor de la calle Lastarria en Santiago -donde me encontré con Jorge por segunda vez-, conocí a Nicolás, el muchacho que se quiere ir. Era sábado 23, víspera de la última Navidad.

Yo había llegado al puerto de Montevideo la noche antes, en un *buquebus* de lujo que penetró con confianza las amarillas aguas del Río de la Plata en la dársena Norte, al frente de la estación Retiro en Buenos Aires. La crema y nata de la burguesía argentina había comparecido con su gesto de arrogancia dispuesta a limpiarse de culpas en la cura de aguas de Punta del Este, a 400 kilómetros de la capital uruguaya. Llegamos pues, de noche. El turismo argentino desapareció enfundado en sus automóviles de lujo y yo me quedé sólo con la historia, tembloroso de emoción ante la ciudad más ajena en la que nunca he estado. Fue entonces cuando perdí la muela del juicio.

Llovía además y aún así decidí remontar a pie las calles de la Ciudad Vieja buscando las señas de la Plaza Matriz donde mi informante me aseguró que encontraría el ahora humilde *Hotel Cervantes*. Nadie me previno tampoco contra estas calles fantasmas donde no hay más rastro de vida que lo que queda de algún conventillo de otras épocas.

A Nicolás le sorprendieron todas estas cosas, que yo iba contando impulsado por esa repentina atención que le merecía a un muchacho de Montevideo que jamás volveré a ver en mi vida y que jamás olvidaré. Para él, como para casi todos los

montevideanos, a la Ciudad Vieja la sepulta la noche en su sueño de siglos y en el día sólo es un lugar de paso donde se compran baratijas y se hacen vueltas de banco y otros dispendios burocráticos; o puede ser el camino más peligroso hacia el Mercado del Puerto donde incluso en Navidad se dejan caer los tambores del candombe salidos de un remoto pasado. Allí, al mercado, siempre van los turistas guiados por el olor de las parrilladas, en busca de una cura de carnes, lo mejor de este país de ancianos y de vacas.

Iré al Mercado del Puerto el día de Navidad, siguiendo una ruta marcada por Nicolás: "A un costado de la Plaza Matriz, tomás la peatonal Sarandí y en Pérez Castellano doblás hasta el mercado". Así hice, pero en Sarandí no encontraré ese 24 ni los bandoneones prometidos, ni las guitarras criollas tocando para los turistas, ni las murgas, ni nada que alegre el corazón, ni a Nicolás con su pesimismo porteño de 25 años, que fue desgranando a cuentagotas el día antes, 23, en *El Biógrafo*, en una tarde que se volvió noche sin darme cuenta. El sexo, en las salas porno, se puede calcar mil veces igual -anónimo, mecánico- aquí o en cualquier parte

**Es sólo que Nicolás es un país
y un destino:
el de nosotros, los hombres gay de esta
orilla del mundo,
los hombres sin futuro,
a los que nadie ni nada
nos sobrevivirá, ni siquiera una
historia de amor.**

donde dos hombres o tres o cuatro no sepan muy bien qué hacer con su cuerpo. Pero ese sexo necesario -"me revienta pagar por el sexo", me dijo Nicolás- no es suficiente para recordarlo precisamente aquí en esta frontera de la nostalgia. Es sólo que Nicolás es un país y un destino: el de nosotros, los hombres gay de esta orilla del mundo, los hombres sin futuro, a los que nada ni nadie nos sobrevivirá, ni siquiera una historia de amor.

"¿Cómo son las parejas de hombres allá en Colombia? Aquí uno va por la rambla Norte, o por cualquier lugar de buena onda y si alguien te mira de cierta manera, ya sabés de que va". Así tuvo Nicolás a su última pareja, un arquitecto al que se lo llevaron los malentendidos y que ahora es su amigo más cercano: "Lo supimos superar". Yo de Colombia le digo poco, le digo tal vez que como ahora somos los cubanos del Norte de Suramérica, siempre hay alguien que cobra y alguien que paga.

En Italia, Nicolás buscará la otra frontera, el lugar de antes del exilio. En mi recuerdo se atropellan historias de uruguayos y ninguno vive en Montevideo, ninguno ha encontrado en esa ciudad de mañanas azules un espacio para su deseo. Son exiliados de la dictadura militar, historias que supe por terceros: Mirito, un crítico de cine, un librero de Tel Aviv, un periodista. Nicolás pertenecerá a otra generación de exiliados que ya no huyen del horror de los torturadores, sino de la falta de utopías, de la debacle económica de este continente, de la ausencia de amor en todos los costados.

El día siguiente a la Navidad, que emborraché de sidra en una playa Pocitos casi desierta, camino por las calles vacías del verano oriental y disfruto los milagros de la capital: las salas de la Cinemateca Uruguaya, que aún en estas fechas proyectan *Aprile* de Nanni Moretti. En la película, Moretti es un director que abandona la producción de un filme musical sobre un pastelero trotskista y se echa a rodar un documental sobre las elecciones en medio del debilitado gobierno de Silvio Berlusconi, uno de esos *fachotes* que Nicolás odiaría por razones de sangre.

En cierto momento, Moretti y su equipo se trasladan al Sur de Italia para registrar el desembarco de refugiados albaneses en barcos sobrecargados. Ahí están los rostros blancos de quienes no tene-

mos futuro, estamos Nicolás y yo compartiendo un destino.

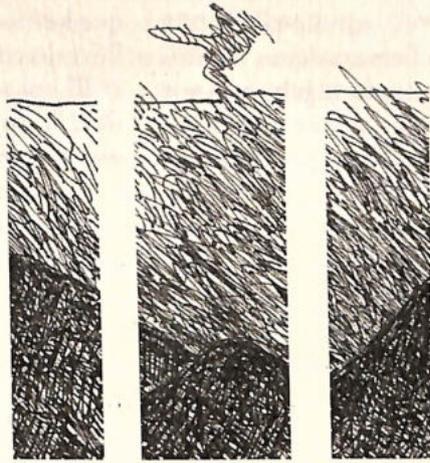
Los otros dos días que estaré en Montevideo, hago poco más que buscar un centro de salud donde me apliquen la vacuna internacional, lo único que me separa de la frontera con Brasil tras el vértigo de Iguazú. Toco las puertas de siete hospitales de la ciudad y nadie dispone de la misteriosa vacuna. Cuando doy mi brazo a torcer a alguien se le ocurre orientarme de nuevo hacia el Puerto de Montevideo, el único lugar donde efectivamente la aplican. Atravieso oficinas oscuras, hago preguntas sin respuestas y al final de los finales en la última oficina del puerto una mujer me confirma que sí, que tiene la vacuna. Yo alzo mi brazo pero ella me pregunta: "¿para cuántas vacas?". Al final no iré a Brasil e Iguazú se quedará en el sueño.

Sí, Montevideo es una ciudad de oficinas en un país de vacas (y de ancianos). Pero en algunas mañanas grises de Medellín extraño las mañanas azules que no vi y la esperanza de volver y volver a no ver echar a rodar la máquina de mi vida.

4. Asunción: *nowhere*

Un día y una noche demoré en llegar desde Montevideo hasta Asunción, después de cambiar cinco veces de bus y tres de país, para no pisar el suelo del Brasil. Hice pequeños reposos en terminales de provincia. En El Salto, Uruguay, bajo el hechizo de los enormes pagos que se ofrecían a la vista, supe de la cordialidad sin reparos del campesino uruguayo, que también desconfía y que sabe, como el colombiano o el boliviano, que a los pobres siempre los joden. Pero no me quedé en El Salto, ni siquiera para disfrutar las bendiciones de aguas termales que mi cuerpo maltratado por el viaje hubiese agradecido. Tenía la fiebre de las grandes ciudades, de la que ahora me arrepiento. Ahora que descubro que si me gustaron Bolivia y Chile, por encima de los otros países de la América del Sur, fue porque tuve en ellos la paciencia de internarme en las ciudades intermedias para conocer la vida en sus márgenes. El misterio de los chilenos del Norte, de los hombres y mujeres que han crecido con el desierto. La melancolía de Antofagasta y La Serena -nitrato y mar- que yo proyectaba desde mí hacia el paisaje; antes Arica, donde empezó de verdad este viaje y después Viña del Mar y Valparaíso, sueños colgados del Pacífico. Y en todas partes, el sentimiento común de haber perdido algo infinito. Finalmente Bolivia: la felicidad.

Pero estoy en El Salto y mi bus se dirige a Posadas, en la frontera entre Argentina y Paraguay. Al otro lado, pasando un puente, está Encarnación. En medio, el



enjundioso río Paraná que me gusta desde el nombre. En Paraguay me asalta la dureza de los rostros en los que en vano busco la América indígena de mis libros de historia. Debieron de ser bravos guerreros los guaraníes, pues los nietos de sus nietos no se van con dulzuras. Más adelante alguno me llamará Pablo Escobar y otro más Chicho Serna.

En Asunción, un pequeño infierno de 40 grados centígrados, descubro retazos de Colombia. Un canal de la televisión nacional transmite a las dieciocho horas *Yo soy Betty la Fea* en versión de 60 minutos. En todo el trayecto de este viaje hube de reconocer varias veces que sé poco de Shakira y Carlos Vives y que no he leído *Mi hermano Pablo*, habituales temas de conversación cuando alguien se enteraba de que yo era colombiano. Pero el aprecio por Betty, mi seguridad de que es una proyección del inconsciente colectivo latinoamericano en su sentido más positivo, se lo debo a Asunción. Betty, casi una santa, se vuelve ídolo en un continente de cafres.

La fealdad de la capital paraguaya, el carácter hosco de sus habitantes, el miedo físico que me producía la lengua guaraní que hablan siempre -mezclada con el castellano o en toda su pureza cuando no quieren ser entendidos-, me llevaban de regreso al hotel, donde como en *La Caverna* de Platón, conocía la realidad por sus sombras. Por esa caja infame y mágica vi desfilar los *reventones* o fiestas que se multiplicaban en aquellos días finales de año. Vi una fila de políticos, del presidente González Macchi para abajo, haciendo promesas y balances. Supe que si bien el dictador vive su exilio dorado lejos de los pagos de su infamia -en un Brasil de ensueño-, la vieja burocracia stronista que orientó los destinos del país como los de una hacienda, aún mueve los hilos del poder, y supe también, para mi desconcierto, que el grueso de la población extraña aquellas épocas donde todo era "claro y fácil"; extraña a su verdugo.

Abandoné Asunción en cuanto salía, dos días después, el primer bus a Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, y dejé atrás por supuesto a Brasil, pero también a Iguazú y a las misiones jesuíticas donde por primera vez se intentó una corrección social en la América hispana. Buscaba distintas razones para volver a Asunción. En la terminal de la ciudad la salida del bus se retrasó cinco horas. Ya dentro de él y listos a partir conocí a Colin, un norteamericano de Filadelfia, que al saber que yo era colombiano se esforzó para decirme en castellano: "siento lo que mi país hace a tu país", mientras yo me concentraba en su camiseta verde con una leyenda de apoyo al ejército zapatista.

Me despedí de Colin una semana después en La Paz, sintiendo esta vez la punzada de una pérdida concreta. Con la firmeza de sus 21 años había decidido viajar como un vagabundo por la entraña de América, negándose a toda comodidad, pagando en hoteles un promedio de dos dólares diarios y ejerciendo un desprendimiento para el cual necesariamente hay que ser norteamericano y vivir de frente a la abundancia más obscena.

El trayecto a Santa Cruz no duró las treinta horas previstas, sino tres días con sus noches.

El Chaco nos envolvió en un abrazo de lluvias y la vieja carcasa del bus quedó inmóvil por siglos en medio del pantano, a horas de toda vecindad humana. Fueron los dos últimos días del año viejo y el primero del nuevo. La noche vieja

la pasamos en una base militar paraguaya, la última en las proximidades de Bolivia, donde tres oficiales consumían las horas de sus vidas esperando un traslado. El de mayor rango me trató de marica en todas las formas conocidas, para después, al calor de una fogata y del licor que subía a las cabezas, tratar de seducirme. El año terminó entre tiros al aire y la carne de un cerdo tierno sacrificado en nuestro honor.

Con el despertar del año nuevo vino la esperanza de salir de ese destierro. Un alemán menonita, secta que rechaza el progreso, pero no la propiedad privada, y que dispone de las mejores estancias de la frontera, vino hacia nosotros y trató de darnos una lección de integración cultural. Quería que

estuviéramos agradecidos de la hospitalidad castrense y de las bendiciones de Dios sobre El Chaco, bendiciones que nos habían permitido alimentarnos en este culo del mundo a pesar de nuestro *impasse*. Yo vi en ese llamado

a la resignación todo el discurso colonialista que hemos ido incorporando por siglos hasta llevarlo como nuestra corteza más resistente.

El sol secó el barro y el bus se echó a andar. A unas pocas horas estaba Bolivia, a la que empecé a amar por esa felicidad que el solo recuerdo le dispensaba a sus hijos. Desde el bus, que ya era una familia, los bolivianos atravesaron su frontera cantando canciones populares con el rostro ennoblecido. Tácitamente, los menonitas tienen prohibido mezclarse con estos indios.

5. Potosí: las entrañas de *Pacha Mama*

A Oruro, Bolivia, de donde es el Diablo, me llegó la noticia de la bomba en El Tesoro. En el marco de su plaza principal supe también que, vueltas más vueltas menos, nunca me iría de Colombia. Los ecos del terrorismo en Medellín me los transmitió vía *mail* Beatriz, un amiga española que días antes había despedido en el aeropuerto de La Paz, después de cinco días en los que descubrimos juntos Titicaca, Cuzco, el valle sagrado de los Incas y finalmente el recio enigma de Machu Picchu.

En las muchas horas de buses, colectivos, taxis, trenes y bicicletas que nos llevaron y nos trajeron de las altas cumbres del misterio Inca hasta los fosos de la miseria de hoy, Beatriz me reveló otra cara del Sur de América: la esperanza, que ella ha conocido a tumbos mientras cumple como periodista de una agencia de noticias en Río de Janeiro. Me habló de Pedro Casaldáliga, un obispo catalán que vive entre los indios de Mato Grosso, en el centro del Brasil, y que ha sobrevivido a todas las muertes que para él han querido; de Martín Almada, el defensor paraguayo de los derechos humanos que descubrió los archivos Cóndor y que ahora no puede oler su tierra; de unos amigos suyos españoles que enseñan castellano a los indios bolivianos de alrededor de Cochabamba para que puedan conseguir mejores trabajos.

Yo le hablé, a mi vez, de las estampas que había recogido en un viaje que ya terminaba: de la Resistencia contra el olvido en Chile; de Pedro Lemebel, artista plástico y escritor, un maricón de buena ley que se quedó en Santiago mientras el Anciano, peleando y enterrando a sus muertos, cuando el exilio se doraba de glorias; de *The Clinic*, *Le Monde Diplomatique*, *Rocinante* y *Radio Tierra*, los medios que balan en el desierto contra el discurso único. Le hablé también de Colombia, que ella conoce y quiere bien, de nuestros propios mártires de los derechos humanos. Con Beatriz, mientras íbamos pasando Copacabana o Puno, o el mer-

cado informal de La Paz que se nos hizo infinito y donde los indios se arraciman, quietos como monumentos, resignados como santos, con Beatriz, digo, de ida o de vuelta, fui recuperando la fe en el periodismo como un destino posible.

Pero ahora estoy en Oruro, de donde es el Diablo, con una bomba que estalla dentro de mí, en el marco de su plaza principal, queriendo volver, aunque faltan todavía y por segunda vez, Arica y Tacna, en las fronteras de Chile y Perú. La primera, con el morro que recuerda que alguna vez fue peruana, hasta que un violento reacomodo de fronteras le marcó un nuevo destino *chilensis*. La segunda, condenada a ser una de las puntas del cinturón de miseria peruano. Por esta frontera pasan muchos de aquellos que van a languidecer en el atrio de la catedral de Santiago.

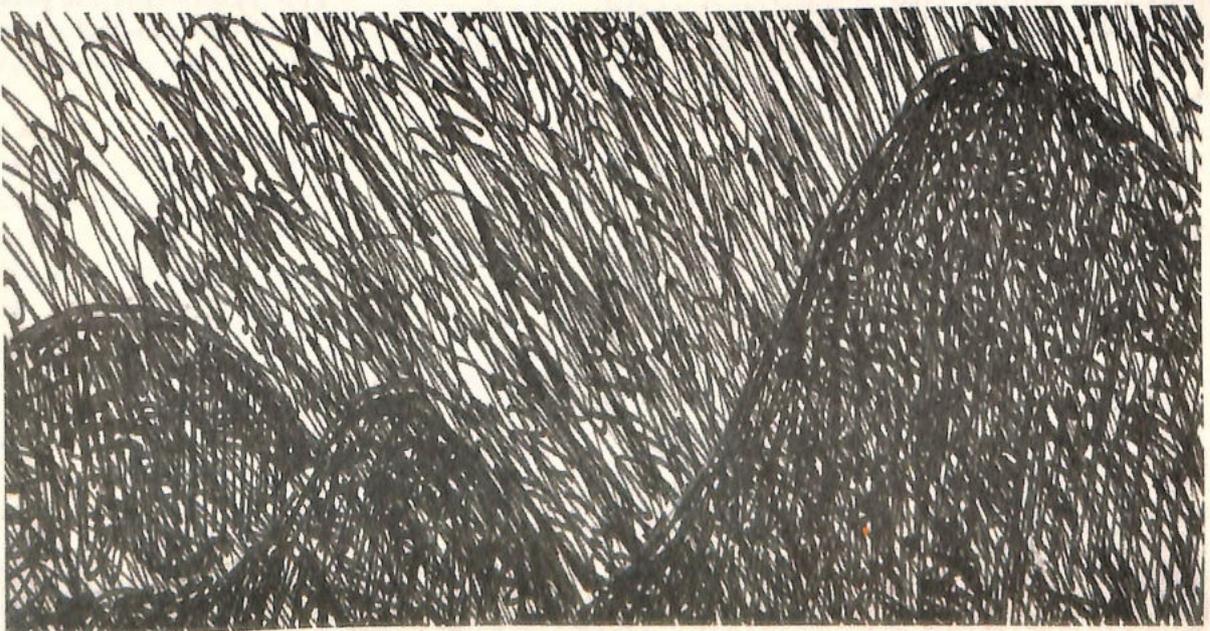
Falta también Arequipa, la ciudad blanca vecina del Colca, el cañón donde cobran por ver al Cóndor despejarse en la mañana y falta Lima, de nuevo, la ciudad donde empieza y termina este viaje circular. Este viaje en el que conocí la nieve, la de verdad, nieve de invierno inagotable en la ruta entre Potosí y Oruro.

Dejé Potosí una mañana helada, mareado todavía por los efectos del soroche o mal de altura de una ciudad a 3.900 metros sobre el nivel del mar. Dejé Potosí con el espíritu en vilo, convencido de que necesitaba adecuarme mejor a los tiempos que corren y evitarme el placer y el dolor de las perpetuas indignaciones. Al llegar, un día antes, hilachas de Potosí revoloteaban en mi memoria, quizá rezagos de la lectura adolescente de *Las venas abiertas de América Latina*. Algo quedaba del esplendor antiguo de la ciudad. Las ocho iglesias, excesivas para las necesidades religiosas de poco más de cien mil habitantes, antiguos palacios donde se mezclaban hidalgos y villanos, ciertos patios amplios y ciertas calles estrechas.

Potosí se descubrió para mis ojos bajo la luz nueva de las siete de la mañana, cuando el bus procedente de La Paz llegó a su terminal vomitando a los pasajeros hacia el frío inclemente. Era la hora justa para planear la acostumbrada visita a las minas del Cerro Rico que domina a Potosí y sus alrededores con sus 4.100 metros de altura. Dice la leyenda -o la historia, que es lo mismo- que por las faldas de este cerro pasó la mayor riqueza de su tiempo. Mulas cargadas de plata que financiaba el ocio y las guerras europeas. Cerro Rico,

abierto a golpes, es ahora una concatenación de cuevas interiores y por supuesto oscuras, donde los mineros con sus picas se esfuerzan por sacar los últimos restos de plata, zinc, plomo y estaño mientras van mascando la hoja de coca para distraer la fatiga y el hambre. Aunque se asocian en cooperativas de un incierto sentido comunal, no se ve muy claro que a los mineros de a pie les toque lo mejor de las ganancias. El trabajo es rigurosamente estratificado, de acuerdo con un sistema de castas definido por la antigüedad en el oficio. Pero los intermediarios, incluyendo a la cooperativa, difieren los beneficios y he aquí al minero endémicamente condenado a la pobreza, convertido en un señor de las sombras, con los pulmones deshechos y el alma desfigurada. Ellos, Dios lo quiere así, apenas se dan cuenta y exhiben su resignación como un trofeo.

En la entraña de esa mina, un niño que balbucea el inglés nos conduce hasta *Uncle George*, el tío Jorge, dueño de la plata a quien los mineros reverencian ofreciéndole sus primicias en forma de coca y en honor al cual hacen la *challa*, brindis con alcohol cien por ciento puro de la tierra. El alcohol sin mezclas es una invocación por un mineral también sin mezclas.



A la salida de *Sumaj Orcko*, el otro nombre de la montaña de plata de Cerro Rico, las esposas y madres de los mineros los esperan. Es superstición que las mujeres no deben entrar a las minas para no provocar la ira de *Tata Ckacchu*. Pero las mujeres turistas se pasean impávidas por entre la oscuridad y nadie parece molestarse. Muy al contrario, cuando el niño guía deja sus preseas ante *Uncle George*, pide como compensación más turistas.

La visita al corazón de las minas termina cinco horas después. La canícula del mediodía nos recibe a este lado de la vida y queda una tarde entera para descubrir el pasado entre las ruinas del presente o para confortarse con un sueño de olvido.

El día siguiente es hoy en la plaza principal de Oruro, con una bomba que me estalla adentro y después de conocer la nieve.

Encerrado en el bus que hace la ruta entre Potosí y Oruro intenté captar en una foto la inmensidad nívica, para darme cuenta, meses después, de que mi cámara con su mecánica imparcialidad no vio nada, sólo una blancura sin matices. Tampoco yo vi nada o lo vi todo. Lima, Hiroshima, Holocaustos, Noche y Niebla, "enemigos" del mundo unidos en la invisibilidad.

6. En Lima, con los hijos del sol

Estando en Lima era grato pasar las primeras horas de la noche en el distrito de Barranco, de frente al Pacífico, siguiendo el murmullo de música criolla que salía de alguno de los negocios alrededor del Puente de los Suspiros, donde Chabuca Granda imaginó *La flor de la canela*. En ese instante fugitivo en que la luz del día no se ha desvanecido aún y la oscuridad no termina de cuajar, el cuerpo se permite un breve reposo.

Pero quien viaja solo como quien está solo, rara vez conoce la paz. Se aprovecha apenas de un descuido para alimentarse de las fuerzas que requieren los próximos desasosiegos. Mis noches, invariablemente, terminan en el centro de Lima, en la Avenida Tacna, en *Sagitaris*, en el cuadrado de una pista de baile donde el tiempo se distiende.

Are you France?, me parece escuchar casi al oído. Una boina vasca que llevo en la cabeza para protegerme del frío limeño me ha hecho pasar por francés, esa misma tarde. Ahora vuelve a ocurrir, ahora yo soy Francia. No soy francés, le aclaro a Danny y él a su vez me dice que no importa, que me habla a mí porque soy blanco, "más blanco que estos de aquí, me entiendes". Entiendo, entiendo. "Yo no confío en esta gente, yo soy de Miraflores, vivo en el Edificio Cristóbal, solo, mis papás están en Italia". El blanquito de Miraflores me saca de *Sagitaris* y la noche termina para los dos en la Plaza San Martín.

Él tiembla de impaciencia y se apura para que yo sienta los rostros cuarteados, el mal olor, las pieles oscuras, los dientes picados, los colores chillones que llevan los limeños. "Lo he visto todo en Lima, todo", le advierto. He visto los barrios altos al otro lado del Rímac, la tierra sobre la que están levantados y su amarillo ceniciento; he oído el hermoso acento de los voceadores en los colectivos, he escuchado mil veces 'Tacna, Wilson, Tacna, Tacna, Wilson'; he estado en Miraflores y en San Isidro y me he sentido bien en sus calles y caminando por entre los edificios de los burguesitos; he visto amanecer sobre el mar; he amado el rostro que atiende en la librería Los Virreyes, también del centro de Lima, los ojos azules y la suave caída del pelo sobre los hombros; he estado en San Borja en una fiesta de solo blanquitos de Miraflores y al salir de ella he alimentado mi cuerpo en un Mc Donalds abierto a las cuatro de la mañana; he visto bailar a Percy y a Arturo que todos los sábados hacen un número de danza moderna en Perseo, otra discoteca, también de Miraflores, donde no dejan entrar a nadie con los dientes picados o con mal olor: 'no pues, no vas a olvidar mi nombre, Percy, como Perseo'; he estado dentro de un taxi con Percy y Arturo y un amigo de los dos que al pasar por el deprimido de una vía, la Javier Prado creo, nos dijo: 'me encanta pasar por debajo de este puente, te sientes como en Miami. Pero cuando sales despiertas del sueño, estás otra vez en Lima'.

Estas cosas sólo las pienso, Danny no las escucha de mi boca. A la San Martín le sienta bien la soledad de la una de la mañana; los guardianes de la plaza son los grupos de pobres que se arremolinan detrás de los arcos buscando el sueño, pero se nos ocurre pensar que estamos solos, que aquella no es gente. Ningún ojo amenazante nos acecha en esta espesura blanca pero mi anfitrión tiene un miedo indefinido, no de ratas,

ratones o rateros que parecen haber sido fumigados por la magia "fujimontesinista", sino de él y de mí.

Dos días después, en este enero del nuevo siglo, la San Martín se llenará de marineras y pasacalles, de ritmos criollos venidos de allende el altiplano, de lamentos andinos. Es el cumpleaños número "cuatrocientosnosequé" de Lima, la capital virreinal. También habrá abundante provisión de gases lacrimógenos para dispersar las manifestaciones de júbilo democrático con

Es el cumpleaños número "cuatrocientosnosequé" de Lima, la capital virreinal. También habrá abundante provisión de gases lacrimógenos para dispersar las manifestaciones de júbilo democrático con que los peruanos celebran su recién adquirida libertad.

que los peruanos celebran su recién adquirida libertad. El mismo día de la efeméride, el 18 de enero, la banda *Sui Generis* toca en el Monumental de la Católica su desteñido canto a la flor de la utopía. Ese día,

en un almorzadero de tres soles, un conversador anónimo me llena de historias sobre el racismo peruano y me dice, exagerando, que las amenazas de interrumpir el concierto de Charly y Nito que circularon en la mañana, se deben al temor de brotes de intolerancia entre cholos y blancos.

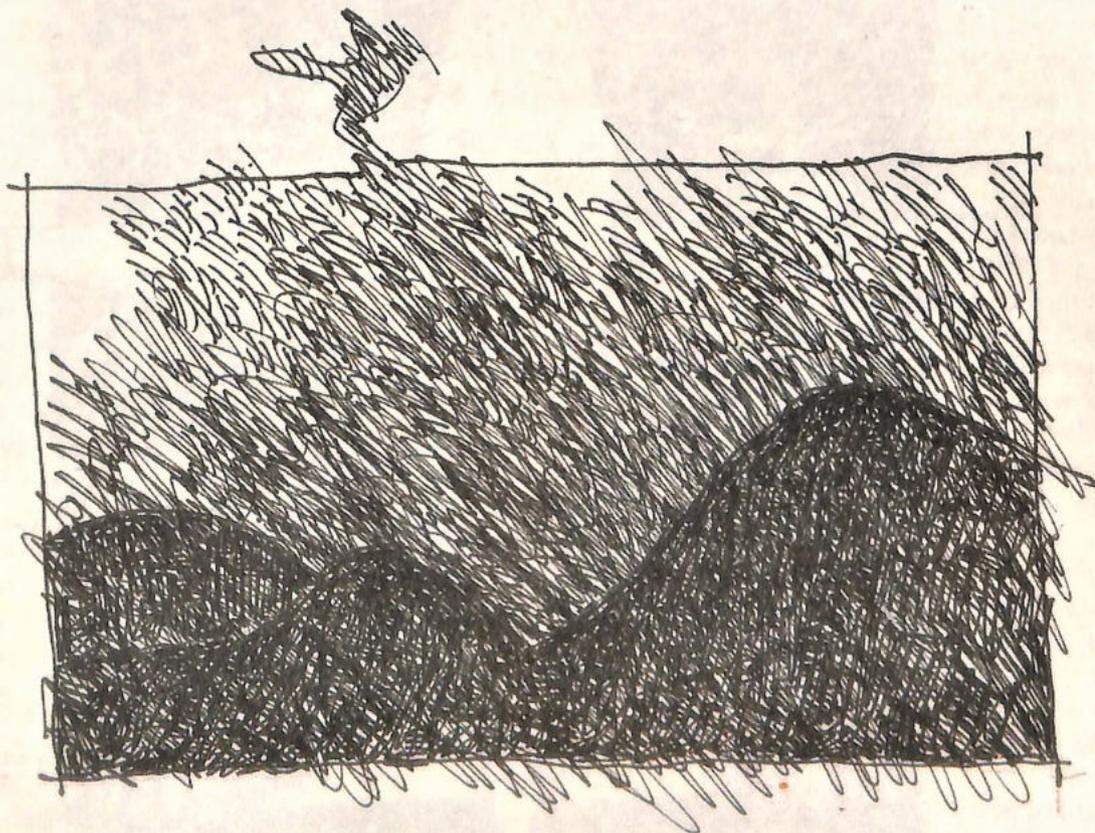
Ningún joven de los que conozco en el Perú, en la capital o en provincias, se hace líos con estas cosas; simplemente las van viviendo, como Danny, a quien guío en la Plaza San Martín por entre los nueve círculos del infierno limeño.

Pasado un tramo más de la noche nos despedimos. El episodio ha concluido, insípido. No volveré a ver a Danny. No existe el nombre de su edificio en todo el mapa de Miraflores, no contestan en su teléfono.

Pero en el centro de Lima, en la Avenida Tacna, en *Sagittarius*, en el cuadrado de una pista de baile el tiempo es una caricia. Volveré la otra noche y las siguientes buscando los imposibles ojos azules, el imposible pelo que cae y que debería buscar en otra frontera, en Perseo quizá, en Miraflores y no en este bar de escombros y de cholos donde sin embargo conoceré a Álvaro, un guía turístico de piel oscura que me habla hasta la eternidad de las siete bellezas del Perú, del cañón del Colca y del Cuzco, de Machu Picchu y

de *Yo y el presidente*, la novela que está escribiendo para contar sus amoríos con un senador. Dispuesto a hacer infidencias, Álvaro dirá que en Perú ya todo el mundo sabe que Fujimori y Montesinos eran amantes y que el presidente solía llamar "Montachino" a su ex asesor e insistirá en que muchos políticos tienen una doble vida y que el sexo es lo único que barre las diferencias sociales. Álvaro es el más inteligente de los muchachos que conozco en Lima, pero él sabe que nunca será bienvenido en las fiestas de los blanquitos de Miraflores o San Borja; podrá ir, como van muchos cholos y muchos negros, pero prefiere vivir lo suyo. Podrá meterse en la cama de senadores o presidentes, pero nunca llegará a sus salas de recibo y tal vez nunca escriba su libro.

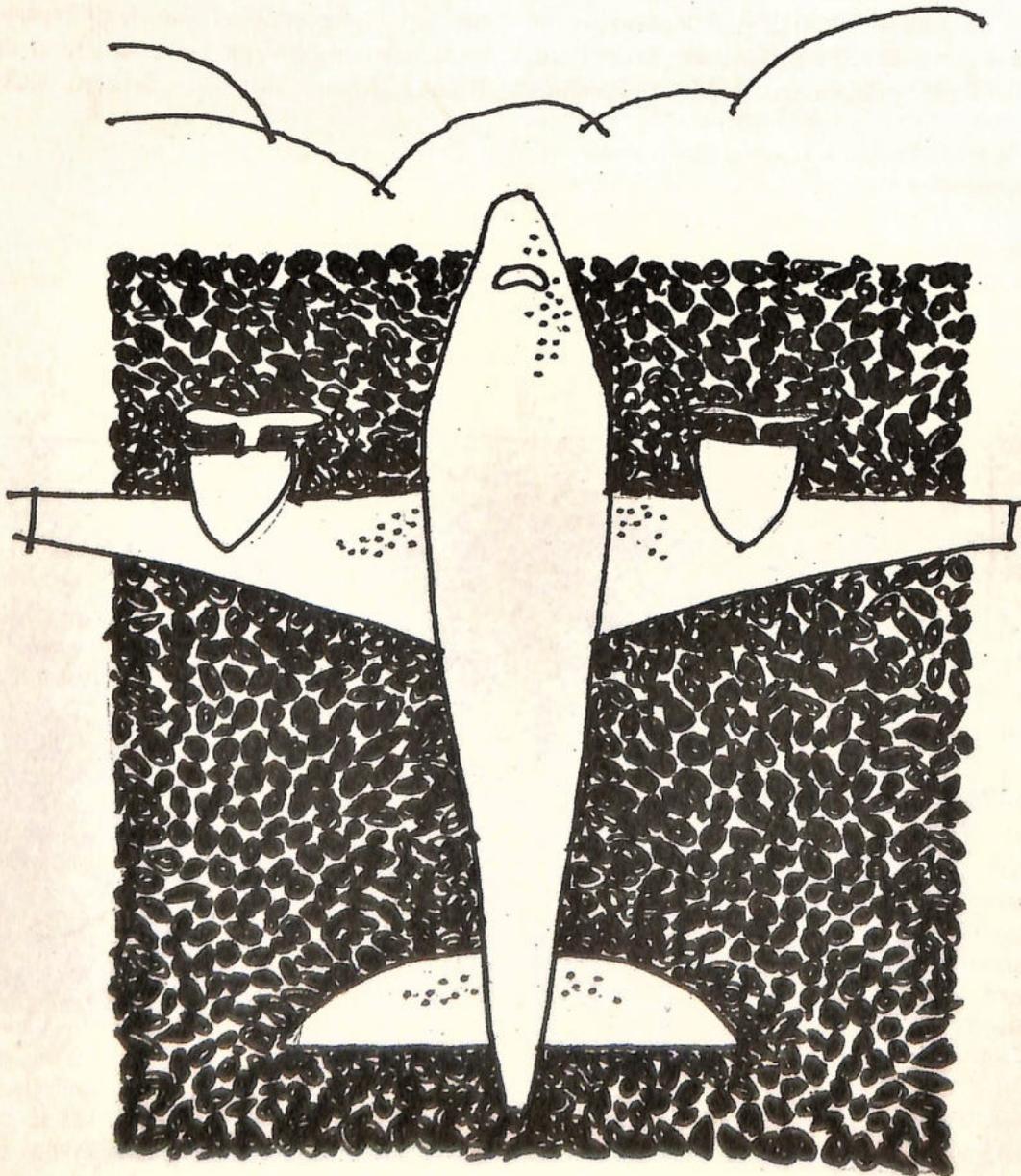
Alvaro nació en el distrito de Barranco —"como Vargas Llosa", me dice, "aquí está la casa de su infancia", y yo no estoy seguro de creerle— y fue quien me orientó por entre sus calles de bohemia, por el puentecito y por las escalas que llevan al mar. Frente al pacífico que baña la ciudad cuatro veces centenaria, Álvaro me confesó lo que yo ya sabía: "No quiero vivir en Lima. El otro año me voy seis meses para Chile, después paso a Argentina, donde conozco una gente, pero mi sueño es llegar a Estados Unidos". (Medellín, Febrero/2001) ■



El escape de Araracuara

Jaime Alberto Quintero

Darío Vásquez, alias El Alacrán, fue un delincuente famoso en la década del cincuenta en Colombia. Con Pistacho, El Mono Guarín, El Pote Zapata y El Mono Trejos conformó una temida banda de asaltantes. En este testimonio, además de varios atracos y asesinatos, narra su gran aventura: la fuga de la colonia de Araracuara.



Ese día amanecí aburrido. Llevaba varios meses en la selva sin esperanza de un traslado a otra cárcel o de coronar una fuga. Eso era monte y agua por todos lados. Los presos que se aventuraban a escapar por tierra tenían que enfrentarse a toda clase de animales salvajes, plantas venenosas, bosques desconocidos y ríos traicioneros. Tenían que lidiar con el hambre, el miedo y la persecución de los guardianes, a quienes muchas veces les daban la orden de no regresar con los prófugos, les pedían las orejas y los dedos de las manos como prueba de que los habían alcanzado. El que se ponía de guapo a desafiar las aguas traicioneras de esos ríos de montaña, terminaba de almuerzo de las pirañas y las babillas, o se ahogaba y resultaba flotando por ahí en algún recodo días después.

Desde el día anterior, el teniente León De la Roche, director de Araracuara, había dado instrucciones a la guardia para que seleccionara a un grupo de prisioneros que se encargaría de limpiar el campo de aviación del Campamento Central. Me escogieron porque para el trabajo duro siempre ponían a los más tropeleros, a los rebeldes, a los que siempre estábamos buscando la oportunidad para una fuga; y yo era de esos, un rebelde que no le tenía miedo a nada. Ese día llegaba una gente importante de Bogotá y el campamento tenía que estar como nuevo. Los cinco presos trabajamos desde las cinco de la mañana, pegados a unas cadenas largas y aguantando un calor el hijueputa. No podía descansar, y cuando le pedía permiso al guardia para tomar agua, me gritaba: ¡Orine y tome! Eso no era tan jodido, pues ya estaba acostumbrado a las humillaciones de ciertos guardianes que lo trataban a uno como si fuera un animal; pero cómo iba a orinar si en siete horas de trabajo no me habían dejado pasar un sólo vaso de agua.

Cuando el avión de Bogotá apareció en el cielo, De la Roche dio la orden de soltar las cadenas para no dejar malas impresiones en los visitantes. Los doctores recorrieron por más de una hora el campamento y revisaron con mucho cuidado los *cambuches*, la cocina, la zona de aseo, y hablaron con algunos presos. El director presentó su informe y convenció a los doctores de que todo allá funcionaba de maravilla. Durante el tiempo que duró la visita estuve sin cadenas y observé, sentado debajo de un árbol de naranja agria, como ese avión estaba ahí, esperando a que yo me trepara y me fuera en libertad. -Esa es mi única salvación- pensé, y cuando los doctores se subieron al pajarraco de aluminio, que tenía capacidad para 120 personas y un montón de carga, me eché la bendición y dije: ¡corono o me muerdo!, pero en este infierno no vivo más.

Corrí tratando de esconderme de la guardia y me trepé en el tren de aterrizaje. Estaba muerto de miedo pero me agarré fuerte y el avión salió conmigo para Bogotá. La fuerza del viento era tan hijueputa que me volvió hilachas la ropa. Casi no podía abrir los ojos y lo poquito que veía era una selva oscura, miedosa, y ríos y más ríos. Yo sabía que si me soltaba tenía una muerte segura y no sé de dónde saqué fuerzas para pegarme a esas barras durante cuatro horas.

Llegamos al Aeropuerto El Dorado y ya tenían un operativo el berraco de la policía para que no les coronara. Paró el avión y todos se me fueron encima pero no podían despegarme. Llegué *pelao*, tieso, con el culo fundido entre las barras, tuvieron que llamar a un médico para zafarme de ahí. Me llevaron a una sala de primeros auxilios en el aeropuerto y como a las dos horas ya me había recuperado. Me pusieron una cobija de lana que me calentó el cuerpo y me dieron un caldito de pollo que me devolvió la vida.

Todos estábamos aburridos de jalar carteras. Queríamos algo grande, formar una banda para asaltar bancos y hacer negocios grandes que nos sacaran de pobres. Yo les dije que si teníamos güevas conseguíamos plata, y así fue.

Cuando me recuperé, la gente se arrimaba a *noveleriar*: me felicitaban, me daban la mano, me abrazaban y me echaban plata en los bolsillos de una chaqueta de ejecutivo que me prestaron. Me dieron tanta plata que cuando llegué a La Picota le repartí hasta al putas. Todos me decían: ¡bien Darío, que *chimba* de escape! Eso no lo hacés sino vos. Yo me sentía como un actor de cine. Cogí una fama la hijueputa en La Picota y en las cárceles del país donde estuve después.

Toda mi vida he estado como marcado por el destino. Tuve una infancia muy dura en Puerto Berrío, Antioquia, donde viví varios años de mi infancia. En mi familia fuimos seis hermanos y mi papá sólo gana-

ba para la comida, pues era un campesino que se había pasado la vida *jornaliando* en fincas de la región. Él fue de una familia muy pobre y le tocó coger el azadón y el machete desde chiquito. Cuando no había trabajo en fincas se le medía a la pesca en el Cauca desde la madrugada hasta que empezaba la noche, y muchas veces se iba a beber al pueblo y llegaba a la casa borracho, hablando mierda de los conservadores y sin nada para alimentar a siete bocas.

Mis papás y mis hermanos fueron asesinados a machete por un grupo de conservadores sanguinarios que estaba acabando con las familias de los liberales en Puerto Berrío. Eso fue por allá en 1950 cuando yo tenía 19 años. Quién sabe en qué problemas se metió mi papá en medio de una borrachera en ese pueblo que se los llevaron a todos.

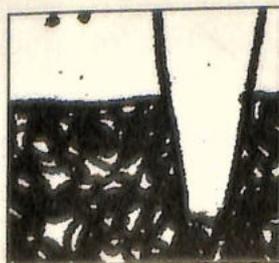
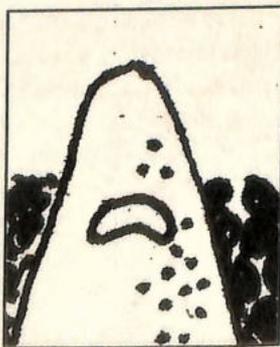
Yo no estaba en la finca donde vivíamos hacía unos meses y por eso me salvé. No fue sino llegar y encontrar a esos malparidos todavía *machetiando* a mi familia para darme cuenta de que era por tropeles de política.

A la semana, *picao* por el veneno de la venganza, me conseguí una escopeta con un campesino liberal amigo de mi papá y les quebré el culo a uno por uno. Al último malparido lo perseguí por la plaza del pueblo a pleno día y le pegué un escopetazo casi en el atrio de la Iglesia. El alcalde de Puerto Berrío ofreció recompensa para que me mataran. -¡Cójnlo y ahórquenlo!- decía el hijueputa, pues era un conservador de esos asesinos. Hasta el berraco se puso a buscarme con ganas de ganarse la recompensa que ofrecía el godó. Me tocó pegar para Medellín, solo, asustado y sin cinco en el bolsillo.

Comencé a robar *güevonadas* para sobrevivir. Me pegaba de un reloj, una cartera, una cadena; una vez le quité unas gafas a una viejita que había perseguido por todo el Parque Bolívar. Pensaba que se me había aparecido la virgen con ese marco de oro que, con seguridad, me daría para comer durante una semana. Pero qué va, me tocó fue pegar una carrera del putas para que no me lincharan por *chichipato*. En esos días como ladrón barato conocí a Carlos Guarín, alias *El Mono* Guarín. Era un ladrón con experiencia, conocía la ciudad y no se arrugaba para nada: El Mono desafiaba hasta a la policía, y se hizo famoso porque estuvo 45 veces en la cárcel. Él asaltó la hidroeléctrica de Medellín y se la tenía velada a la Caja Agraria en los pueblos de Antioquia. Fue tan conocido que la última vez que lo pescaron en 1962, lo mandaron de rechito para la colonia del Araracuara.

El Mono y yo nos parqueábamos en cual-

quier esquina del centro a esperar a que pasara la plata para comer. Cuando yo elegía al cristiano, gritaba: ¡Mono, ahí va la plata! Y el güevón se le pegaba al que fuera. En ese tiempo teníamos famita de frenteros entre los ladrones de Medellín, pero yo



no estaba contento siendo un simple ladrón barato. Me fui para Manizales a coronar un trabajo grande, un asalto de esos que me emocionaban por el peligro que corría y allá conocí al *Mono* Trejos, otro delincuente famoso de esa época en Colombia. Trejos tenía una banda bien organizada en Manizales y hacía trabajitos en Bogotá: robos finos, bien planeados, sin disparos y sin muertos, donde no dejaba ni el polvero.

Un mes después nos encontramos en Medellín Arturo Zapata, alias El Pote; Carlos Guarín, alias *El Mono* Guarín; *El Mono* Trejos; Gerardo Álvarez, alias *El Sueco* y yo, que tenía el remoquete de *El Alacrán*, así me decían por áspero, pero me gustaba más que me llamaran *Caleño* para despistar a los investigadores porque en Cali montaban operativos de la policía para capturarme cada que hacía una cagada.

Todos estábamos aburridos de jalar carteras. Queríamos algo grande, formar una banda para asaltar bancos y hacer negocios grandes que nos sacaran de pobres. Yo les dije que si teníamos güevas conseguíamos plata, y así fue; dirigí la banda en el primer asalto al Banco Popular en el centro de Medellín. Nos llevamos cien mil pesos en 1952. Eso era mucha plata, pues uno compraba cinco *riales* de velita y cinco *riales* de coco por un centavo, y teníamos cien mil para cuatro.

Después fue el Banco de Occidente y así fuimos coronando casi todos los bancos, joyerías, bodegas y negocios de Medellín, hasta que empezamos a trabajar en otras ciudades de Colombia. Teníamos contactos con otros asaltantes en Bogotá, Cali y Manizales. Llegamos a ser la banda más buscada en el país, y cada golpe era tan bien planeado que confundíamos a la policía y cada rato ofrecían recompensa por nosotros. Lo que más le chocaba a los *tombos* era que nos llevábamos la plata sin hacer un solo disparo, y después, si había persecución, no nos alcanzaba un brujo mientras el *Mono* Trejos manejara, pues era un piloto muy hábil. Cada rato lo llamaban de Bogotá para que se encargara de la retirada en algún asalto.

Mi primera caída fue en 1953 después de una serie de asaltos a bancos y joyerías de la ciudad. Estaba celebrando un negocio que había coronado con Bernardo Restrepo Rico, alias *Pistocho*, un ex policía que se había unido al grupo. Nos encontrábamos en *Media Luna*, un cabaré muy famoso en la ciudad en esa época porque era un sitio de unos fiestones tremendos: licor, mujeres y marihuana al por mayor. *Pistocho* vio la patrulla de la policía y desenfundó el 38, yo

también saqué el mío y se prendió la plomera. Las viejas que estaban con nosotros se escondieron y nos dejaron ahí echando bala hasta que se nos agotó el pertrecho.

-Maten a esos hijueputas-, gritaba un agente, pero las viejas salieron a suplicar que no nos hicieran daño. Nos llevaron sanitos a la estación de policía, pues si nos mataban se quedaban sin pistas para coger a toda la banda. Después del interrogatorio tan berraco, nos mandaron para la cárcel La Ladera en Enciso. A los 15 días *Pistocho* ya había coronado una fuga con otros dos presos, y yo todavía estaba encanado analizando la jugada para poderme volar. Don Enrique González Vélez quien era el director de la cárcel se 'emputó' y ordenó que me pusieran cadenas.

-Amárrenlo porque se vuela- decía. Me pasaba todo el día arrastrando unas cadenas largas y pesadas.

Pistocho se hizo tan famoso que cuando lo mataron la gente hacía fila y pagaba cincuenta centavos para ver el cuerpo.

Nadie imaginaba que a *Pistocho* lo podían tumbar después de que 'frentió el corte' en todas partes, hasta que una vez se cogió con varios policías a bala en un barrio del centro de Pereira, y no le hicieron ni cosquillas. Se les voló cuando ya no tenía ni una bala. A *Pistocho* la fama le alcanzó hasta para que le compusieran una canción de parranda: *Mataron a Pistocho, mataron a Pistocho*, decía el coro, pero el disco lo prohibieron por respeto al difunto. Además para que le iban a seguir dando *bomba* a un delincuente.

En La Ladera me tocó pasar a dos a mejor vida porque todo el tiempo me buscaban para ultrajarme.

Un cacorro de esos bravos me agarró a golpes porque no me pudo *culiar*, después de un buen rato de lucha, y eso que yo andaba con cadenas. Como le probé finura me cogió respeto, pero ya se la tenía sentenciada. Me gané más de un castigo ordenado por González Vélez debido a las malas jugadas que me hacían otros presos. Cuando les demostré que no iba de cuento, no se metían conmigo, me respetaban, pero también ahí empecé a complicarme la vida. Llegaron los traslados a La Picota y a La Modelo porque ya era considerado de alta peligrosidad.

Los muñecos que dejé en las cárceles de Bogotá fueron el boleto de partida para la colonia de Araracuara adonde mandaban a morir a la basura de las cárceles del país.

La Colonia Penal y Agrícola del Sur la crearon por orden de López Pumarejo. Esa prisión quedaba en plena selva entre el Caquetá y el Amazonas. Allí llevaban delincuentes, maleantes, vagos y asesinos. Contaban en ese tiempo, -finales de la década del cincuenta-, que el gobierno quería colonizar esa selva para después montar unos puestos de vigilancia y estar en la jugada con los peruanos que ya habían intentado quedarse con esas tierras. Y claro, a quiénes más iban a meter por allá sino a los delincuentes para que poblaran la selva mezclándose con los Huitoto y otros grupos indígenas que habían llegado a la región.

Cuando llegué a ese infierno, había varios campamentos como Angosturas, Puerto Mosco, Geórgica, Puerto Arturo, El Central y Yará; este último ubicado en la desembocadura del río Yará:

agua y selva por todas partes. Yará era el campamento a donde llevaban a los prisioneros de alta peligrosidad: asesinos sin alma con varios homicidios encima y muchos años de cárcel por delante.

Con el tiempo fueron construyendo otros campamentos porque llegaba mucha gente, además era necesario rodear a El Central y a Yará de otros campamentos para atajar escapes. Cuando había fugas y a los tipos no se los comía la selva con todos sus peligros, los capturaban tratando de llegar a alguno de los campamentos cercanos a 10 ó 15 kilómetros de distancia. Para perseguir a los presos que se evadían conformaban grupos de guardianes guiados por uno o dos nativos que cono-

cían perfectamente la selva.

Generalmente a uno le advertían que en los campamentos era libre. Que si quería escapar lo esperaba una selva llena de tigres, serpientes, osos y bichos extraños y mortales. En esa puta selva todo era igual: los mismos caños, los mismos ramajes, los mismos árboles, los ríos todos parecidos: traicioneros, arremolinados, llenos de pirañas, caimanes y no sé qué más. No sabía uno si los ríos subían o bajaban, se veían en calma pero eran fieras. Hasta los nativos llegaron a perderse en sus aguas.

Generalmente a uno le advertían que en los campamentos era libre.

Que si quería escapar lo esperaba una selva llena de tigres, serpientes, osos y bichos extraños y mortales. En esa puta selva todo era igual.

Los presos se escapaban en grupos por el miedo a la selva. Yo intenté fugarme dos veces, y mejor esperaba a morir en un campamento que tenerme que enfrentar a tanto *azare*. La primera vez escapé con dos condenados a quince y veinte años, que estaban a punto de suicidarse por la angustia tan tremenda. Teníamos todo por ganar pero cuando se acercaba la noche y caminábamos y sólo veíamos monte y se oían ruidos extraños, nos llenamos de pánico. El hambre era otro enemigo, pues cuando pasaban las horas y no encontrábamos qué comer, a todos nos invadía el temor de ser asesinados por los compañeros de fuga, ya se habían presentado casos donde mataban a alguno para calmar el hambre y continuar el camino. Después de tres jornadas de angustia llegamos al campamento de Las Mercedes y nos entregamos.

En el segundo escape cogí selva adentro con Augusto Hinestroza, alias *El Pecosito*. Nos encontraron cuatro días después acosados por el hambre y castigados por las inclemencias de la selva. Las víboras saltaban de los árboles, y muchas veces cuando nos recostábamos a descansar, nos despertaban las cosquillas de alguna serpiente que se metía entre los pantalones. Nos encontraron gracias a la malicia de dos nativos que habían contratado como guardianes hacía unos meses para que persiguieran a los que se escapaban por selva, y los encontraron rápido. Una semana era el plazo para que los nativos pescaran al que escapaba, y siempre cumplían. En el campamento pasamos más de una semana en la enfermería, recuperándonos de la anemia, la desnutrición y el dolor en los huesos. *El Pecosito* se había escapado dos meses atrás con una boleta de libertad falsa. Lo capturaron en Bogotá cuando intentaba asaltar una joyería y fue a parar de nuevo a Araracuara.

El Pecosito era hermano de Daniel Hinestroza, un ladrón de bancos que tenía azotada a Bogotá a comienzos de la década del sesenta. Daniel y su banda asaltaron casi todos los bancos de la ciudad y la policía no podía darles captura, por eso cada rato ofrecían recompensa por Hinestroza y sus *compinches*. Daniel cayó con alias *El Carequemao* y otros dos asaltantes con quienes había robado la Caja Colombiana de Ahorros en 1961.

Todos queríamos escapar pero bastaba con las historias que se escuchaban en los campamentos para que pocos -cuatro o cinco al mes- intentaran coronar una fuga. El que se iba tenía muy pocas posibilidades de regresar vivo: a muchos se los tragó la selva, algún animal salvaje o la creciente de un río. El hambre, el calor o los árboles carnívoros que decían que había en

la selva eran otros enemigos que asustaban. *El Yateví* era el árbol carnívoro más famoso, sacaba unas ramas gruesas y atrapaba a la gente hasta asfixiarla. Después el cuerpo era un plato delicioso para las montañas de hormigas monas que sólo dejaban el esqueleto.

Miguel Antonio Caro estaba condenado a 25 años de prisión. Un día a la hora del almuerzo, *El Negro* Caro no regresó con el grupo; cuando la guardia armó el alboroto, ya era muy tarde. *El Negro* les llevaba varias horas de ventaja, y como era tan jodido, ni los nativos pudieron encontrarlo. Lo siguieron durante dos semanas hasta que el director dio la orden de parar la búsqueda, pues estaba seguro de que *El Negro* había

muerto por ahí en algún lado. Caro atravesó la selva en 45 días, llegó a Bogotá, se cambió el nombre y los apellidos, y empezó a *camellar*: asaltó la embajada de Argentina, después coronó algunos bancos y puso a la policía a buscarlo por toda la ciudad. En un enfrentamiento mató a un policía y fue arrestado junto con toda su banda. A los días llegó de nuevo a Araracuara. *El Negro* Caro cada rato amenazaba con repetir su hazaña.

Un día, después de seis meses de espera, aterrizó el avión que traía la remesa, algunos víveres, ropa y otros encargos para la dirección de la colonia.

Unos diez presos que habían recibido "La Blanca", la boleta de libertad, estaban esperando el avión para salir de la colonia, pues les daba miedo intentarlo a bordo de alguna lancha pesquera. Cuando el avión despegó rumbo a El Dorado se dieron cuenta de que faltaban dos presos, inmediatamente se armó el alboroto para comunicarse por radio a Bogotá y evitar que coronaran. Los cogieron en el aeropuerto y los devolvieron para la colonia.

Al llegar a Araracuara a los presos los clasificaban según su peligrosidad y los repartían en los diferentes campamentos: los cacorros para Las Mercedes, los matones para Yarí, los ladrones finos para Geórgica o Puerto Mosco, los ladrones *chichipatos* para Angostura y los que cogían por delitos menores para Puerto Arturo y El Central.

En todos los campamentos la robadera era tremenda. A pesar de la disciplina y la vigilancia, nos las ingeniábamos para robar gallinas, plátanos, yuca, maíz y hasta ollas y elementos de cocina. No es que se aguantara hambre, sino que las jornadas de trabajo eran muy duras y generalmente la ración de comida no era suficiente para reponer la mierda que le sacaban a uno en esas jornadas donde había que tumbar monte, sembrar comida o picar piedra para hacer caminos.

***Si la cosa no funcionaba,
lo amarraban a uno
en calzoncillos de algún
árbol y los mosquitos
hacían el resto.
En una hora le chupaban a
uno la mitad de la
sangre y lo dejaban como
un monstruo.
Con la amarrada
cantábamos hasta
el Himno Nacional.***

Nos levantaban a las cinco de la mañana: tocaban una campana y sonaba una chicharra que despertaba hasta al más fundido. El desayuno era a las seis, la contada de rigor y a trabajar derecho hasta la una de la tarde. Si había algún castigo pendiente nos decretaban línea doble, eso era doble jornada de trabajo a pleno sol: tumba monte, pique piedra, are la tierra y siembre comida pero bajo 40 grados de temperatura y un mosquero desesperante. Todo lo hacían con la intención de que alguno se fuera de sapo y señalara al de la fechoría: robos, daños, heridos, etc. Si en la línea doble nadie cantaba, nos ponían a voltear durante horas, nos hacían caminar en cuclillas o arrastrarnos en los codos, y el que se mamara llevaba culata.

Si la cosa no funcionaba, lo amarraban a uno en calzoncillos de algún árbol y los mosquitos hacían el resto. En una hora le chupaban a uno la mitad de la sangre y lo dejaban como un monstruo. Con la amarrada cantábamos hasta el Himno Nacional. Yo me *emputaba* porque todas esas torturas las tenía que sufrir por culpa de otro güevón, y que va, que volteen al culpable. Hasta ahí llegaba el castigo. Me iba de sapo y después arreglaba con el que fuera.

Los *cambuches* en Araracuara eran los sitios donde se ajustaban las cuentas que quedaban pendientes durante el día. Los presos no arreglábamos en público para evitar *bonches* peores. Las broncas que no quedaban listas en el monte en las horas de trabajo se arreglaban a punta de cuchillo en los dormitorios. En la noche había que buscar a la culebra y darle la pela antes de que se le adelantaran a uno y lo dejaran lleno de huecos o con el culo *quemao* por el tren de tabla tan hijueputa. Muchas veces eran broncas entre varios, entonces los demás presos que ya sabían la movida se ponían a cantar en coro alguna canción para que los otros repartieran lata y tabla parejo. Por eso cuando la guardia escuchaba que en los *cambuches* entonaban canciones a todo pulmón, se ponían flechas porque de seguro había *muñeco*.

A la final las cosas no eran tan malas en la colonia. El que se portaba bien le iba bien, y los presos vivían mejor que en muchas cárceles del país. Lo más berraco eran las condenas de quince, veinte ó treinta años entre la selva. Por eso muchos se rebotaban, peleaban, apuñaleaban, mataban o intentaban fugarse, así después llegaran con el rabo entre las patas, vueltos mierda, con miedo de la selva y jurando que nunca más volverían a escapar. Pasaban cuatro o cinco meses y otro intento de fuga y se repetía la historia.

Lo de las mujeres era un cuento jodido. En algunos campamentos de la colonia, el director permitía a los presos y a muchos guardianes tener mujeres. Todo dependía del comportamiento y de la rosca que tuvieran con el Mayor. Unos llevaban a las mujeres y hacían casitas para vivir como familias, otros convivían con nativas y no faltaba el que se enamoraba de alguna visitadora y ella de él. Si el director aceptaba, si el preso tenía buen comportamiento y forma de mantenerla, se la dejaban, por eso muchos campamentos parecían pueblitos perdidos en medio de la selva.

Las visitas de putas eran muy pocas, pero cuando llegaban eso parecía una revolución. Nos tocaba hacer unas colas larguísimas, pues todos queríamos echar un polvo, o dos, o tres, eso dependía de la plata y de la arrechera que uno tuviera. En el tiempo que estuve en Yari, una revolcada valía veinte pesos, y por las ganas de *pichar* eso no duraba nada y a veces me provocaba como matarlos a todos y quedarme con una vieja *pichando* todo el día.

En Araracuara hubo mujeres famosas, famosas por *culiadoras*. *La Bomba* era una que se comía al director y de ahí para abajo a todo el que se atravesara. Se le ponía a la guardia en pleno y atendía las filas de prisioneros durante las dos semanas que se quedaba. Por *La Culosalma* más de uno se dio cuchillo en la colonia, porque todos querían echársele encima. Era una mujer provocativa, arreacha, hasta bonita. Pero cuando



llegaba de visita, era como si hubiera llegado el diablo porque no importaba a quien había que *braviar* con tal de estar con ella un ratico. Una vez, después de varios meses sin una sola puta, llegó *La Pielroja* con cuatro muchachas de Villavicencio. Eso fue una locura, pues esa vieja era una llanera de unos 40 años, muy fea pero de buen cuerpo; se puso a repartir *cuca-racha* a la lata y casi todo el campamento resultó con un chancro el hijueputa. Contaban que hasta el director andaba desesperado inyectándose antibióticos. El enfermero pidió refuerzos a los demás campamentos para sanar a ese montón de "palos caídos" que dejaron *La Pielroja* y las cuatro putas.

El enfermero tuvo que adelantar la ronda de visitas que realizaba cada tres meses, por la emergencia que provocó el chancro. Llegaron dos médicos de Villavicencio y uno de Bogotá porque había más de medio campamento en cuarentena. De esa me salvé por que tenía una fiebre que me estaba matando desde hacía quince días. Durante esa semana ni *La Culosalma* me lo hubiera hecho parar.

En el campamento Yará hubo épocas de mucha enfermedad; a veces parecía como si nos fuéramos a morir todos porque las epidemias se regaban y que cosa tan difícil de parar. La hepatitis era una de las más comunes, además de la viruela, el paludismo, la tuberculosis, las venéreas, la fiebre amarilla y una enfermedad que llamaban la Buena Moza: lo ponía a uno todo amarillo, como un papel viejo. No provocaba comer y en una semana el enfermo estaba reseco y con los ojos en el culo. El que pasaba algo de sal así estuviera en recuperación, se iba de cajón.

La tuberculosis se llevó a más de uno porque se reventaban atacados de los pulmones: escupían sangre y babaza parejo debido a la infección. Pero la campeona en coronarse presos y hasta guardianes era la hepatitis. Cuando se complicaba, la gente vomitaba el hígado a pedacitos, hasta que no aguantaban más y paraban las patas sin decir ni ¡mu!

Alguna vez en Puerto Mosco atacó una epidemia de viruela negra que enfermó a todo el mundo. Esa maricada eran unos granos como de maíz que le daban a uno en todo el cuerpo, llenos de sangre negra. Nos encerraron a treinta presos en la enfermería durante varias semanas. La cosa era tan *berraca* que hasta a los guardianes les daba *culillo* asomarse por allá. Todos los días moría gente, y uno no sabía quién era el siguiente. Al que se iba de *chulo* lo sacaban derechito para el hueco, pues en esas epidemias tan tremendas mantenían listos los huecos. De esa cogida de viruela negra también me salvé, o me salvó el diablo.

A veces cuando lo cogían a uno esas ganas de matar, comer del muerto y coger monte adentro, era mejor distraerse haciendo canastos, sillas de bejuco, esteras, cambuches, zapatos y cuanta güevonada se atravesara. Eso le bajaba a uno la calentura y le daba ánimo para resistir otros días más.

En la selva, a pesar de todo, había días donde uno se divertía, se pasaba bien. Nunca faltaba la comida y cuando no había problemas se podía descansar y hacer *vainas* diferentes a las de todos los días: uno terminaba haciendo buenos amigos. Cuando a alguien le llegaba 'La Blanca', los que nos quedábamos no sabíamos si llorar de alegría o de la tristeza tan hijueputa, pues los compañeros, los buenos compañeros hacían falta. Yo me acuerdo mucho de la salida de un muchacho Hernán Pérez a quien le decíamos *Tachuela*, era el payaso de la colonia. Él y Carlos Vallejo montaban unos números como de circo y hacían reír hasta al putas durante una hora todas las tardes. Cuando Hernán y Carlos se fueron, el campamento quedó muy triste. Varias semanas después un montón de presos se le midió a la selva; a muchos los agarraron y varios se perdieron para siempre.

A veces cuando lo cogían a uno esas ganas de matar, comer del muerto y coger monte adentro, era mejor distraerse haciendo canastos, sillas de bejuco, esteras,

cambuches, zapatos y cuanta *güevonada* se atravesara. Eso le bajaba a uno la calentura y le daba ánimo para resistir otros días más.

Al que amanecía aburrido se le notaban en la mirada las malas intenciones. Para ajustar, si al malparido director le daba por *güevoniar*, más de uno se rebotaba. Hubo un tipo que tuvo muchos problemas porque se le iba la mano en los castigos. Decían que cuando amanecía puto era porque tenía problemas con alguno de sus *pelaos*, pues los comentarios eran que el pendejo ese le jalaba a todo y que le gustaban los jovencitos que llegaban a Las Mercedes, que era el campamento de los maricas. Cuando se metían con alguno de los muchachos del director pagábamos todos al otro día.

En las visitas de control, todo marchaba bien en la colonia. Nadie se acordaba de las cadenas, los castigos, los fugados que mataban en el monte y otras cosas, porque el que hablaba llevaba del bulto. Bernardo Echeverry Ossa, quien era el Director Nacional de Prisiones, llegó sin avisar y se enteró de un montón de *tapaos*; la amenaza era: ¡Hablen que la visita se va y ustedes se quedan! El caso fue que Echeverry Ossa le pegó una *vaciada* la hijueputa al director. Después de la visita a todos nos temblaba el culo, pues el teniente León De la Roche nos iba a *voltiar* hasta dar con el sapo y quién sabe qué más. Ese día por la tarde había cantado El Guaco, que era un pájaro de mal agüero en la colonia. Cuando

El Güaco cantaba había tropeles, muertos en accidentes, muertos a cuchillo, a bala, por enfermedad, lo que fuera, pero había muertos.

Era un pájaro grande como un garrapatero, de garras fuertes y amarillentas. La gente le tenía respeto porque cantaba el malparido y ¡tan! muerto fijo. Pero ese día no pasó nada, al director le tocó tragarse la putería porque ya estaba avisado; al poco tiempo lo sacaron de la colonia.

Después de ese escape mío de Araracuara estuve un tiempo en La Picota. Allí conformé una banda que se ganó el respeto de toda la cárcel y monopolizó hasta los patios más bravos, donde metían a los que no les importaba matar al que fuera, pues la vida no les daba para pagar más condenas. El duro en ese tiempo era Juanito Céspedes, un asesino sin corazón que iba de cárcel en cárcel matando gente, en ninguna se lo aguantaban, y los directores, desde que llegaba, empezaban a buscarle el traslado. No le había resultado gallo a Juanito en ninguna prisión del país. Cuando yo me lo encontré en La Picota, llevaba 18 encima, además de su propia mamá a quien le pegó un "tren de chuzo". La viejita no aguantó las puñaladas.

Él me conocía y por eso me respetaba, aunque siempre me buscaba la caída, pero yo no era ningún güevón. Durante el tiempo que estuve en La Picota, Juanito se aplacó, porque sabía que yo no iba de cuento, y que sí era capaz de cobrarle todos los muertos que había dejado regados en las cárceles porque se negaban a pagarle impuestos, o porque el hijueputa se levantaba *berraco*. Cuando Juanito amanecía puto había *muñecos*, decían.

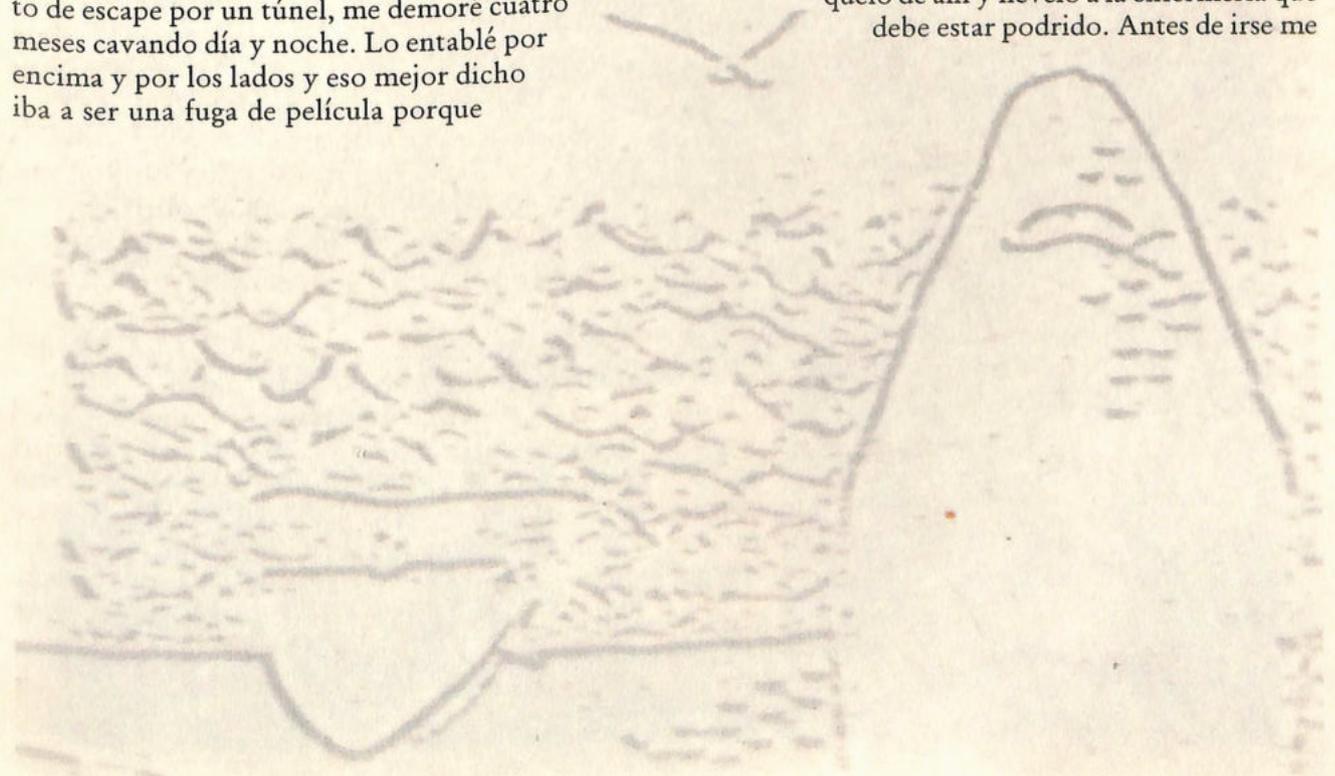
Me trasladaron para Gorgona porque estaba que se prendía una guerra por el dominio de la cárcel, y ya me habían cogido dos túneles. En el último intento de escape por un túnel, me demoré cuatro meses cavando día y noche. Lo entablé por encima y por los lados y eso mejor dicho iba a ser una fuga de película porque

eso aguantaba lo que fuera. Me fui con dos *pelaos* recién llegados a la cárcel y cuando estábamos a punto de coronar una alcantarilla, nos estaban esperando la guardia y la policía. A los días me llegó la boleta de traslado a Gorgona.

Cuando llegué a la isla tenía una fama la *berraca*, me decían *El Alacrán*, *El Caleño*, *El Rebelde*... Pero era el mismo frentero que no le sacaba el culo a nada. Cuando me tocaba tropelear lo hacía y cuando me tocaba tirar al piso al que fuera tampoco me arrugaba. En Gorgona éramos 1020 hombres, yo tuve el 682 y el 54, porque a uno no lo llamaban por el nombre o el apodo sino por el número. Claro que me conocían más por las *chapas* debido a la fama que tenía. Nada más de fama me gané varios castigos en Gorgona. Cada que había una cagada o que rodaba un rumor de fuga me las cobraban a mí, así no tuviera nada que ver.

En una ocasión un preso le contó a un guardián que yo estaba planeando una fuga masiva y que la vuelta era coger a los 35 guardianes y al director para tirarlos al mar amarrados de pies y manos. El chisme le llegó al Mayor José María Ibañez. De inmediato, Ibañez ordenó que me encerraran 15 días en el cepo, más conocido como El Botellón. Era un castigo muy duro porque lo bajaban a uno a un hueco en la arena donde sólo podía estar parado. Me tiraban la comida y yo cogía lo que podía. Todo el día ahí metido orinando y cagando en las patas sin poderme mover; por las noches para el *cambuche* y al otro día la misma cosa.

A los quince días el mayor Ibañez se asomó a El Botellón y me dijo: ¿Qué hubo rebelde, cómo está? Y yo le contesté: ¡Bien Mayor, peores castigos he soportado! Inmediatamente Ibañez le dijo al guardia, ¿Sabe qué?, ese es un rebelde de esos *berracos*. Sáquelo de ahí y llévelo a la enfermería que debe estar podrido. Antes de irse me



dijo: Darío, ¿a vos es que te gusta que te maltraten?, y yo casi llorando le dije: Qué va Mayor, es esa puta fama la que me tiene a mí en estas condiciones.

Después del castigo, empecé a manejarme bien, pues ya estaba resignado a morir de viejo en la cárcel. Un día el Mayor Ibañez me propuso que trabajara en el ropero de la cárcel y yo acepté. Me tocaba planchar y arreglar la ropa del director y de su familia, así como los uniformes de los guardianes, las sábanas, los manteles y las toallas. Además, en la casa del director me ponían a limpiar los muebles, a lavar el piso y a organizar el jardín que la esposa de Ibañez cuidaba como a sus propios hijos.

Como a Juanito Céspedes lo habían mandado a pagar un montón de años por carnívero, ya se había dado al dolor de estar en prisión toda la vida. Una vez, cuando yo me dirigía al trabajo, Juanito se me acercó y me dijo: oiga Darío, ya que a usted no lo requisan a la salida del 'planchadero', porque no me hace el favorcito de sacarme un cuchillo que necesito, yo le pago bien. Y le dije, claro Juanito, como no, yo lo saco esta tarde y se lo entrego antes de la contada.

Pensé lo del cuchillo todo el día. Yo podía sacarlo sin ningún problema porque me tenían tanta confianza que no me requisaban. Hasta que decidí coronarlo y me encaleté un *mataganao* de acero inoxidable. Cuando salí del 'planchadero' como a las cinco de la tarde, pasé derecho y nadie dijo nada. Juanito estaba jugando *parqués* con otros tipos, y cuando me vio se dejó venir *emputao*: ¿Qué hubo Darío, me trajó el encarguito? Y yo le respondí, claro que sí Juanito, téngalo. Y ¡tan! Se lo clavé en el corazón. Es que yo sabía que con esa lata me iba a dar a mí o quién sabe a cuántos hubiera matado.

Juanito cayó y se armó el alboroto. De una garita me iban a disparar pero un guardián me agarró y me tumbó, se quedó encima de mí un rato mientras pasaba la cosa, no dejó que me quemaran. Me llevó a la dirección y le contó al Mayor Ibañez que yo acababa de matar a Juanito Céspedes. "Mayor, allá lo dejó tirado junto al callejón", gritó. Cuando quedé solo con el Mayor, me dio la mano y dijo: "lo mejor que has hecho en tu vida Darío, es haber matado a ese hijueputa. Me tenía cansado matando gente en todas partes. No te lo cobro ni deo que te lo cobren". Ese fue el fin de Juanito Céspedes.

En 1983 me trasladaron a la cárcel de Ibagué, pues ya tenía 52 años y había pasado mucho tiempo en

prisión. A los días en el gobierno de Belisario Betancur, el Procurador General de la Nación me concedió la libertad: Usted ya pagó, váyase y sírvale a la sociedad, me dijo.

Quedé en libertad pero ya estaba viejo, enfermo y cansado de la vida. Regresé a Medellín a tratar de sobrevivir, pero esto aquí es muy difícil. Desde que salí de la cárcel he sido un *gamín* porque no puedo aspirar a más.

Desde hace ocho años vivo en el Hotel Emperatriz, en Palacé con Maturín, donde pago cinco mil pesos diarios de pieza. Todos los días me levanto a las siete de la mañana y salgo a recorrer las calles de la ciudad. Me paso por Junín, bajo por Caracas, volteo por Palacé, subo a la Oriental y así... En los negocios pido sobras de comida y a veces a la gente le da lástima y me regalan el desayuno o el almuerzo. Los vigilantes me pegan porque incomodo a los clientes en las cafeterías, y muchos piensan que les voy a robar. Yo me resigno porque sé que estoy pagando todo el daño que le hice a la sociedad.

Cada rato me recogen las Hermanitas de la Caridad y me llevan para conventos, pero no aguanto esos sitios porque me joden todo el día: me ponen a

rezar, me hacen madrugar, me obligan a bañarme y están encima de mí a toda hora. Yo me canso de tanta pendejada y vuelvo a la calle.

Hace un tiempo, estaba por ahí sentado descansando en una acera cerca del Pasaje Junín, y me saludó un señor alto, robusto, muy amable. Me dijo, ¿Qué más hombre Darío, ya no te acordás de mí?

-No, ¿usted quién es? -Yo soy el Mayor León De la Roche, el director de Araracuara, de donde te escapaste.

-Ah sí, mi Mayor, ya me acordé de usted.

-Qué fuga tan linda la que me coronaste Darío...

-Pero Mayor, ¿qué más podía esperar en esa selva sino era la muerte?

Hablamos un rato, me dijo que se alegraba de que estuviera vivo y me regaló cien mil pesos.

Por ahí me buscó hace días un periodista español para que le contara la historia de mi vida pues quería escribir un libro. Él me dijo que en su país le podían publicar la obra, y nos reunimos varias veces a hablar de mis locuras, inclusive escogimos el nombre: "Ansias de libertad", eso resume lo que fue mi vida. El periodista no ha vuelto a aparecer, todavía estoy esperando el libro, de pronto ahora sí consigo plata honradamente. ■

**Juanito estaba
jugando parqués con
otros tipos, y cuando me
vio se dejó venir emputao:
¿Qué hubo Darío,
me trajó el encarguito?
Y yo le respondí,
claro que sí Juanito,
téngalo. Y ¡tan! Se lo clavé
en el corazón. Es que yo
sabía que con esa lata me
iba a dar a mí o quién
sabe a cuántos
hubiera matado**

Especialización en Periodismo Investigativo

La filosofía que anima el posgrado es la de abrir y consolidar en la academia ese espacio para la investigación, que prácticamente ha desaparecido en las redacciones del país. Para ello se busca contrarrestar los vicios y las rutinas informativas con el empleo de nuevas técnicas de investigación, redacción y edición, aplicables a los distintos formatos impresos y audiovisuales.

Dirigida a periodistas en ejercicio, egresados de comunicación social-periodismo y profesionales de cualquier área interesados en acercarse de manera rigurosa a las técnicas de la investigación en el periodismo y a los lenguajes que les son propios.

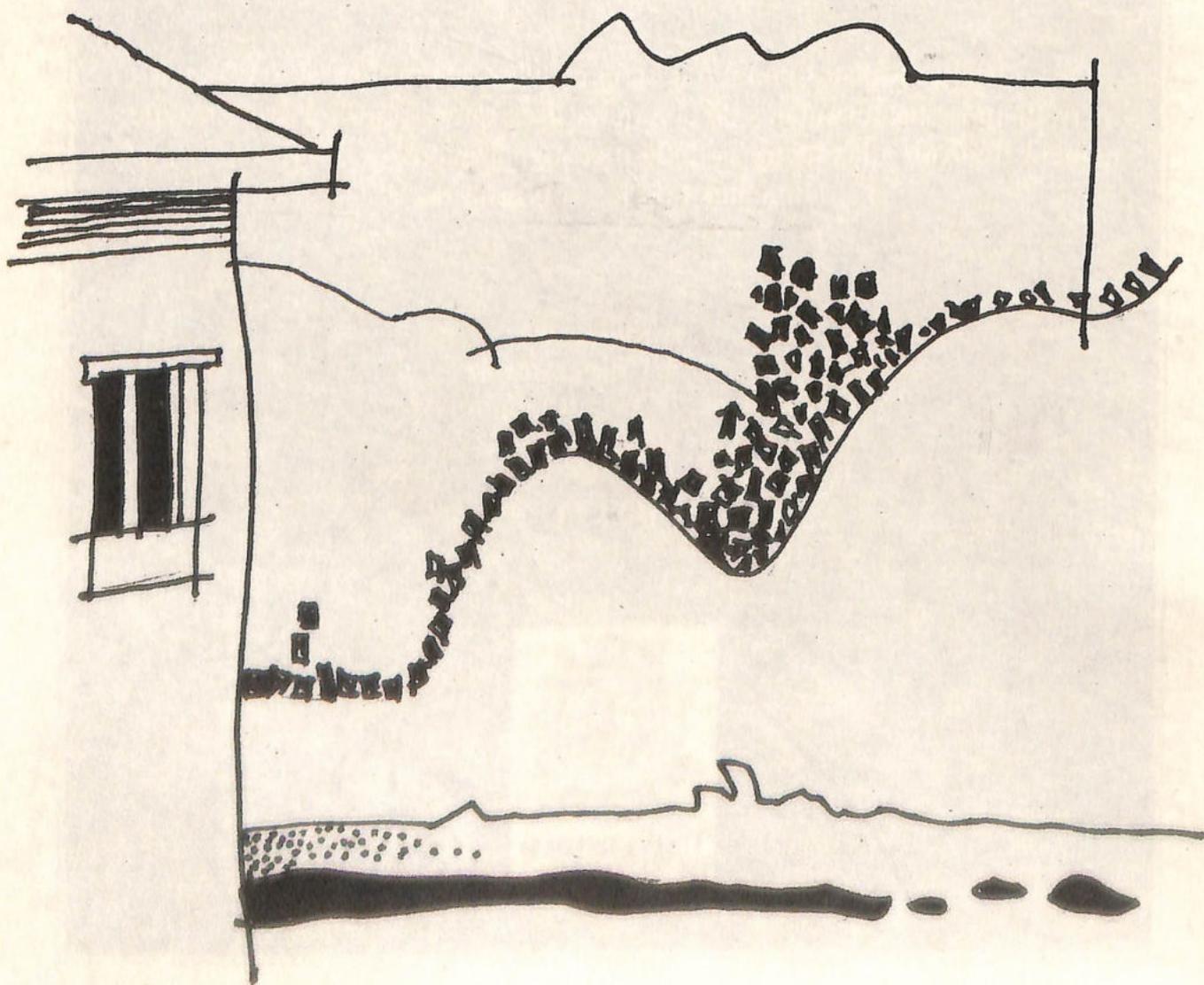
Informes:
Ciudad Universitaria
Facultad de Comunicaciones
Bloque 12, oficina 122
Tels. 210 59 11 / 20 - 233 27 84
Fax 233 47 24
Email: caruri@embera.udea.edu.co



Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas

Andrés Muñoz

Cada año, una cifra escalofriante confirma que Medellín es la ciudad con la tasa más alta de homicidios en el mundo. Detrás de las estadísticas está el drama de la vida cotidiana en cientos de barrios. Santa Cruz escribe historias de sangre y llanto. Hoy alguien rompe el silencio y narra.



"No todo el mundo tiene primavera"
Giros. Fito Páez

1. Nostalgia, Rabia, Miedo, Impotencia: extraños lugares desde donde hablo

Todo cambia cuando saben que vas en serio. Callan. Se asustan. Se previenen. Se bloquean. Te empiezan a pedir con la mirada que te largues, que ahora no tienen nada que decir. Transpiran. Reviven sus miedos. Piensan en alguno de sus muertos. Tartamudean. "No me grave -dicen- con esa vaina no soy capaz de hablar".

Han visto tu rostro cientos de veces en sus calles, han oído tu risa, han sabido de tu llanto, pero eso no es ninguna garantía. Ahora no eres más que un extraño periodista para ellos. Casi tan malo como hablar con un policía, piensan. Y callan. No quieren pasar por sapos y menos, "morir por la boca"; por eso se refugian en un silencio infranqueable. Sí, pocos habitantes del barrio Santa Cruz aceptan dialogar sobre la violencia que asola sus calles, sobre ese monstruo invisible que los asfixia y les roba la tranquilidad.

Desde que recuerdo, la molesta criatura siempre ha estado ahí, con sus famélicas fauces, hambrienta de desgracias, ebria de sangre. La violencia siempre ahí en el barrio, adherida como una enorme sanguijuela a nuestros días. No puedes librarte de ella. Nunca. Hasta te sientes extraño sin ella cuando estás fuera de la ciudad. ¡Qué vaina!

Por eso quise hacer este reportaje. Porque yo también he callado, porque también he crecido bajo la sombra del inmenso árbol de la violencia y muchas veces traté de ignorarla. Porque las humildes calles duelen, así te digas "no" y sueñes vivir en algún jodido lugar cerca al sur. Porque algo yace, al acecho, bajo la cifra de más de quince niños muertos en el barrio por "balas perdidas" durante el año 1999. No quiero ser un número más, que hablen del barrio y nos traten como escandalosas cifras. Negras y molestas cifras. Que aseguren indiscriminadamente que pertenecemos a la zona que más homicidios aportó de los 4296 que se presentaron en Medellín y su área metropolitana en el año 2000. Tampoco deseo que las ciencias (psicología, sociología, economía) nos miren como ratones de laboratorio. Que nos expliquen, que nos justifiquen, que nos condenen.

Sólo quiero que se escuche la voz de los habitantes del barrio Santa Cruz, de los que ponen la sangre. De los pocos, o muchos, que deciden vencer sus temores

y hablan sobre las pequeñas tragedias cotidianas. Esas que pueden volverte loco. Espero haber lanzado con tino la primera piedra. El ejemplo está dado.

2. Antecedentes o la historia es la madre de todas las explicaciones.

Los curas son jodidos. Siempre lo han sido, y algunos guardan por ahí sus caprichitos políticos e ideológicos. Como Pío XII que firmó un concordato con la España dictatorial del general Franco y se hizo el de la "vista bien gorda" ante los desmanes del nazismo en Europa. Creo que hasta llegaron a llamarlo *El Papa de Hitler*, y sus razones tendrían. O como los padres Argiro y Barrientos, que quisieron cambiarle el nombre al barrio hace unas décadas. Y lo lograron. *Moscú* les sonaba a paraíso comunista. No querían ver herejes con barba y trapos rojos en las lomas descubiertas. Nadie lo quería. Así que convocaron a los habitantes de la zona para acordar un nuevo apelativo coherente con la conciencia piadosa del barrio.

El resultado, Santa Cruz: un nombre que ha parecido más una carga que una bendición. El peso de una inmensa cruz ha recaído sobre los habitantes del barrio: la violencia.

Los rumores vuelan, y a principios del siglo XX se expandió por los pueblos de Antioquia una engañosa consigna: la gran ciudad era una caja mágica que ofrecía soluciones para todos. Medellín, lugar fantástico donde podías empezar una nueva vida, alejado de los inconvenientes propios del campo colombiano. La hipnosis se apoderó de muchos campesinos, y Medellín

empezó a ser ocupada por los sueños de un montón de hombres con olor a tierra. Y a necesidad. Miles de necesidades. La ciudad pasó de 37 mil habitantes en 1880 a 160 mil en 1930.¹

Ante tal migración de hombres necesitados, algunos propietarios de fincas del norte y el oriente optaron por parcelar sus propiedades y vender "lotecitos". De este modo evitaban futuras invasiones. Podían verse algunas casa-fincas y casitas fabricadas por los mismos campesinos-peones. Se vis-

lumbraba el nacimiento de un nuevo barrio con un enorme homónimo foráneo: *Moscú*. Gente de escasos recursos cifraba todas sus esperanzas en un suelo desconocido y hostil. Así, se conformó la Comuna Nororiental, donde hoy viven más de 500 mil personas, repartidas desigualmente en 49 barrios,² que se extienden, según una original lógica urbanística, desde el cementerio de San Pedro y el Jardín Botánico hasta los

**Por eso quise hacer
este reportaje.
Porque yo también he callado,
porque también he crecido
bajo la sombra del inmenso
árbol de la violencia
y muchas veces traté de
ignorarla. Porque las humildes
calles duelen, así te digas "no"
y sueñes vivir en algún
jodido lugar cerca al sur.**

1. *Rasgando Velos*. Ensayos sobre la violencia en Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1993. Pág. 176.

2. *Diagnóstico Social de Medellín*. Secretaría de Bienestar Social, Alcaldía de Medellín, 2000. Pág. 56.

límites de Bello y la cúspide de la montaña que circunda el Valle del Aburrá, en la parte oriental.³

Don Marcos Aurelio Agudelo fue uno de los primeros que clavó raíces en esta nueva tierra, hace más de 50 años. Quizá nunca se imaginó que en los mismos caminos que con tanto esfuerzo forjó, sus descendientes sembrarían desesperanza. Él llegó proveniente de Istmina, Chocó, con las manos vacías. Un tal señor López le vendió un pedazo de tierra a \$3.00 la vara cuadrada. Lo más cerca de ahí era la Escuela Carlos E. Restrepo -hoy Escuela Especial La Rosa-. El barrio Moscú fue rápidamente urbanizado en forma pirata. Los habitantes se armaron de picos, palas, machetes y cientos de esperanzas para abrir brechas desde la 52 hasta la 49; años después, maquinaria del Municipio de Medellín dió vida a enlodadas calles: 97, 98, 99, 100.

En los años cincuenta la luz eléctrica no existía, pero la oscuridad se combatía con parafina y trozos de llanta encendidos. El agua se obtenía de aljibes, depósitos del líquido poco salubres. La leña para cocinar era traída desde la parte alta, cerca de la finca *Moscú*, de propiedad de Fruto Patiño y Raimundo Álvarez Mesa. Dicen que de ahí tomó su nombre el barrio. Un estruendoso carro tipo escalera llegaba hasta la Escuela Carlos E. Restrepo, por plena carretera Bermejál (carrera 52). El polémico *Moscú* era quizá una premonición de los difíciles tiempos que se avecinaban.

La segunda gran migración hacia la ciudad se gestó en el caótico año de 1948. La época conocida como *La violencia* asolaba al país y Medellín se colmó de desplazados liberales y conservadores que huían de la violencia bipartidista sufrida en los campos. Huían, sin saber que sus descendientes serían herederos obligados de todo el infecto clima de malestar social, y que reemplazarían los machetes por pistolas nueve milímetros, las peleas de cantinas por pugnas territoriales, y el tradicional tinte político por una vistosa marca de tenis americanos. El colorido conflicto de la turbulenta época de la década del cincuenta se trasladó a los incipientes barrios populares. Los conservadores atacaban con piedras los buses del sector liberal del barrio Santa Cruz y se presentaban con frecuencia enfrentamientos con un claro trasfondo político: "Acaeció al frente de la numerosa familia de Los Lucios -los problemáticos-, conservadores reconocidos por el barrio, un enfrentamiento contra sus vecinos liberales; se dice que el padre de Los Lucios era un policía en aquel tiempo y solía alardear ofendiendo de acabarlos".⁴

**En los años cincuenta
la luz eléctrica no existía,
pero la oscuridad se combatía
con parafina y trozos
de llanta encendidos.
El agua se obtenía de aljibes,
depósitos del líquido poco
salubres. La leña para cocinar
era traída desde la parte alta,
cerca de la finca Moscú, de
propiedad de Fruto Patiño y
Raimundo Álvarez Mesa.**

Llamar *Moscú* al barrio era como un "sucio en el ojo" para los representantes de la Iglesia. Y para ellos no hay Santa Lucía que valga. Se cambia el nombre del barrio, pero da igual. La violencia continúa, y en los setentas, los habitantes se organizan en autodefensas barriales, una versión primitiva de las Milicias Populares.

Los ochentas fue la época dorada de crímenes, en la que hace su aparición "El Capo de capos". El que podía comprar la ciudad entera y hacer una finca de veraneo para su uso exclusivo en las noches de fuerte jaqueca. Él conmocionó la ciudad con los despojos de sus macabros juegos pirotécnicos. Los Priscos, Los Nachos, Los

Calvos, todos nacieron amparados bajo su seno. Con ellos se perdió todo sentido de proporción por el valor de la vida propia o ajena. Santa Cruz también se contagió de la dinámica destructiva. La banda *La oficina* es un glorioso pasado para muchos: motos, carros, rumba, mujeres, droga, vida corta pero plena de placeres paganos. Y esta atmósfera la respiramos completamente todos en el barrio. Algunos quisieron imitarla años después y están muertos o lisiados, o presos o con algún raro destino esperándole a la vuelta de la esquina.

3. Santa Cruz, un mal sueño

"Tengo miedo" - dijo la Señora Azul.

Nada raro, -pensé- en el barrio Santa Cruz todos sienten miedo.

Era una fría noche. Fría y húmeda, como muchas en estos tiempos de incertidumbre climática. Yo balbuceaba algo sobre la violencia ocasionada por los jóvenes del barrio y no dejaba de mirar esos ojos que me huían para hundirse en sus recuerdos.

-¿A qué le teme?- pregunté.

No era nada fácil para la Señora Azul. Estar ahí, en su casa, nerviosamente sentada, dando su opinión acerca de la maldita situación que afronta Santa Cruz, su barrio, el sitio en el que ha vivido sus 42 años. Seguro no resultaba nada cómodo para ella.

Más que perder su vida, a la Señora Azul le atemoriza la idea de tener que marcharse del barrio. -"Dejarlo todo acá" - dice. Haciendo el mayor énfasis posible de su vida en ese "todo". "Dejarlo todo acá", comprendo bien: sus 42 años, hijos, amigos, amores, calles, luchas, muertos, su vida, para llevarse sólo el cansancio de tantas jornadas y el anhelo de regresar.

Hace cuatro años, la Señora Azul logró cumplir una de sus metas: tener un negocio propio. Las múltiples

3. *Rasgando Velos*. Ensayos sobre la violencia en Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1993. Pág. 177.

4. Márquez, William. *Historia del barrio Santa Cruz antes Moscú*. Medellín, 1986. Trabajo presentado al concurso "Escriba la historia de su barrio".

adversidades no la hicieron desistir y un buen día todos sus esfuerzos se cristalizaron. Unió dos habitaciones de su casa, les proporcionó un acceso independiente a la calle y las habilitó como tienda.

La idea prosperó y hoy el sitio destinado para el negocio resulta bastante incómodo, sólo queda espacio suficiente para el desplazamiento "tipo cangrejo" de una persona. Los productos, esparcidos por todos lados sin un sitio específico, saturan la mirada en cuanto se llega al *chucito*, como lo llama cariñosamente la Señora Azul. Resulta realmente sencillo pisar algo aquí. Eso, o toparse de frente con el refrigerador, o quedar atrapado entre el estante de las galletas y el papel higiénico. Dios quiera que nunca le pase algo así a la Señora Azul, o a cualquier otro.

"El barrio se nos muere" - dice ella.

Y es cierto. En las calles la violencia danza con paso firme el baile de la desesperanza. La muerte juega con la sonrisa de los niños. "Ya la gente no cree en nada. Son indiferentes, insensibles, desconfían de su sombra" - dice. Los habitantes de Santa Cruz hicieron de la violencia y la muerte algo tan cotidiano como atarse el cordón de su zapato. Por aquí todos hablan de la violencia con su familia o amigos, pero nadie se atreve a hacerlo en otro contexto. A nadie le gusta la policía y evitan los periodistas, nadie quiere ser *sapo*.

La Señora Azul accedió a conversar después de mucho considerarlo. En la sala de su modesta casa, busca pensativa atar las palabras adecuadas para expresar algo que siente y nada más. Algo con lo que te despiertas y sabes que al final del día todo seguirá igual, o peor. Nunca lo otro.

"Esta violencia es cosa de nunca acabar" - dice la Señora Azul. "Cada día son más los pelaos que se meten a las bandas, y cada que desaparece una banda no tarda en aparecer la otra".

La Señora Azul sabe que la esperanza no brilla en el horizonte del barrio Santa Cruz. Los niños están creciendo bajo la cotidianidad de la violencia, sus modelos a seguir son jóvenes armados que también cuando chicos aspiraron todo el malsano hábito de muerte y desolación de la zona. Estos niños y

jóvenes van y vienen, como fúnebres autómatas, en un macabro e incesante relevo generacional de la violencia.

Todo aquí es un horrendo círculo. "Los pelaos buscan las esquinas. Ven bueno *el parche* y comienzan a hacer diabluras y a molestar a la gente. Luego consiguen armas, roban, quieren mandar en el barrio y matan o hacen perder al que no les haga caso" - dice la Señora Azul.

Lo peor del asunto es que esta misma situación se repite simultáneamente, casi sin cesar, en diversos sectores del barrio y puedes ver crecer a tu alrededor varios *combos*. Estalla entonces la gran guerra en las calles por la supervivencia y la supremacía. Cualquier habitante es una víctima potencial por acción, por omisión o *por de malas*. Se crean fronteras invisibles. Tu mundo se reduce. Tu Santa Cruz se reduce. De repente tu barrio puede ser tu solitaria cuadra y tu novia, sin mudarse de casa, empieza a vivir en el "campo enemigo". Y aquí no existen las visas o la inmunidad diplomática.

-¿Y sus amigos, Señora Azul?- pregunté.

"A algunos no puedo verlos porque viven en la 'otra' cuadra y no se puede ir mucho por allá".

-Comprendo- dije- ¿Y el Estado?

-(*Risas*) "Los políticos sólo vienen cuando hay elecciones. Y prometen y prometen y prometen. Después no vuelven, ganen o pierdan".

-¿Y la Fuerza Pública?

"Hummm... la policía viene un ratico, pero..."

-¿Y Dios?- pregunté.

(*Nada. Silencio elocuente de la Señora Azul. Una mirada al vacío como respuesta.*)

Quizá sean pocos los que conocen el verdadero valor de los tenderos en comunidades como la de Santa Cruz. En algunas ocasiones son unas auténticas tablas de salvación que evitan el naufragio de muchas familias.

"Sí, -dice la Señora Azul- poca gente por aquí merca o acude a los supermercados. Casi todos compran para el diario y algunos ni para eso tienen siquiera. Yo les fío hasta donde sepa que pueden pagarme".

Pero difícilmente seguirá dándose ese lujo. La Señora Azul, como muchos comerciantes del sector, es presa constante de extorsiones. "Las *vacunas* nos mantienen enfermos -dice y se ríe como quien no. -Hay días que vienen va-

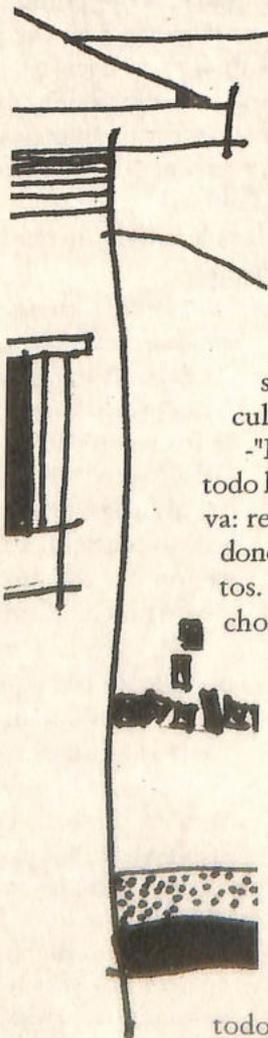
Cualquier habitante es una víctima potencial -por acción, por omisión o por de malas-. Se crean fronteras invisibles. Tu mundo se reduce. Tu Santa Cruz se reduce. De repente tu barrio puede ser tu solitaria cuadra y tu novia, sin mudarse de casa, empieza a vivir en el "campo enemigo". Y aquí no existen las visas o la inmunidad diplomática.

**Homicidios comunes en el barrio
Santa Cruz de Medellín 2000-2001*
Según edad y sexo**

Edad	Masculino	Femenino	Total
<= 17	18	1	19
18 a 21	22	0	22
22 a 25	12	1	13
26 a 29	10	2	12
30 a 33	3	1	4
34 a 37	5	0	5
38 a 41	2	1	3
>= 42	8	2	10
Totales	80	8	88

Fuente: Secretaría de
Gobierno Municipal -DECYPOL
*Año 2001: Período enero-junio

rias veces o piden comida, licor o cosas raras como crema dental. Nos piden dinero para 'cuidar' los negocios. Pero lo peor es cuando vienen pelaos del otro *combo*. No sé qué hacer. Les doy lo que piden y no digo nada a los que siempre me cobran, para evitar nuevas peleas.



- "¡Ah vaina!" - dice, pero ya no hay sonrisa en su rostro. Se requiere un toque de masoquismo para flagelarse de esa forma.

Pero la Señora Azul, debido a su tienda, debe enfrentar otros problemas, como la falta de empresas proveedoras a causa de los robos a los vehículos repartidores.

- "Ellos también tienen miedo - es todo lo que ella dice. - La alternativa: rebuscar, ir a la Minorista o a donde sea a conseguir los productos. El pero: el transporte. Muchos taxistas no vienen a Santa Cruz, no quieren que utilicen el taxi en algún cruce".

Hice una breve pausa. Miré por la ventana. Nada. Nadie. ¿Estaba yo allí? Tal vez todo no fuera más que un mal sueño. La violencia, un mal sueño. La Señora Azul me sacó del bello sueño aquel donde todo era un mal sueño.

Dijo: "Cierro la tienda antes de las nueve de la noche o cuando oigo disparos, y por nada del mundo atiendo después de que cierro. Sea quien sea. En esos casos es mejor

prevenir, aunque son muchas las ventas que se pierden. ¡Ah!".

Lo otro, y quizá peor, es convertirse en un cómplice obligado. Sí, así como suena. El día que menos te imaginas pueden llegar a la tienda con pistolas nueve milímetros o algo tan grande que prefieres no pensar en el nombre y te piden que la guardes bien, "que si no te quiebran". ¿Hay elección? No lo creo. No hay vuelta atrás, como en el recorrido de la tierra alrededor del sol. La noche también avanzaba. Era una de esas noches frías. Frías y húmedas como ya dije.

- "¿Y mi nombre?" - preguntó.

- Lo cambiaré, como acordamos.

- "¿Cuál será mi nombre?"

- Señora Azul - dije, y me oí decir algo sobre el color de su vestido o la fría noche. En aquel momento no entendía bien lo impulsivo del nombre. Intuición, me dije. Pero ahora creo saber el origen de la asociación. Lo vi en una película de Tarantino. En ella, los personajes deben cambiar sus identidades por seguridad y se nombran entonces con colores (señor Café y señor Blanco son dos de ellos). Nadie sabe el nombre del otro, únicamente su color. Los nombres reales de los personajes no existen y la versión que cada uno elabora de los hechos ayuda a construir la triste realidad. La versión de los hechos prima siempre sobre las identidades.

Quizá la Señora Azul no sepa mucho de cine y de colores, pero sí conoce el barrio y no quiere verlo así.

- Debo irme - dije.

- "¿Por qué?"

- Es muy tarde.

- "Entiendo" - dijo la Señora Azul.

Y seguro que entendía lo que me aguardaba: caminar por las calles y sentir ojos invisibles siguiendo cada uno de mis pasos. Ojos mudos, ocultos detrás de las ventanas. Experimentar esa especie de vacío infinito que se siente

Cuando el barrio esta así, la gente piensa en no salir a la tienda a comprar sus cosas. Son días malos. En los que la gente siente el pánico... el terror.

El barrio tiene futuro. Necesitamos alguien que muestre que la violencia no deja nada. Sí hay futuro, si todos nos proponemos a que todo cambie, que sea un mundo de confianza, para volver a recuperar lo que hemos perdido. Necesitamos bastante trabajo. Que el joven estudie y haga una carrera. Pero como estudia y no consigue trabajo, él piensa más bien en coger una carrera fácil: la carrera de la violencia, de la muerte. La carrera de matar, de robar.

La cárcel

Mi hermano está en la cárcel. Ese mundo que se encuentra allá es de sólo gente violenta. La plata lo dice todo. Si la tienes vives bien, si no, vives bajo unas reglas. Muchos dicen que la cárcel es un castigo a la gente mala, pero es peor, porque el que cae a una cárcel tiene que pagar para vivir, comprarse una forma de vida allá. Comprar su colchón, si quiere dormir bien y no en unas cuantas baldosas; comprar comida o comer la de abajo, la que llaman "el bongo". Es una forma de vida que uno no entiende. No es caer y ya. El joven no se lo debería merecer, pero por las leyes que hay en este país todos tienen que pagar lo que hacen.

Si alguien es violento y ha causado problemas a la sociedad y ha estado en una cárcel, nunca debes rechazarlo. El día que salga... (o si se va quedar de por vida)... hay que seguir ayudándolo. ¡Todos somos humanos y cometemos errores!

El joven debe pensar que con la cárcel pierde un poco de su juventud, de confianza hacia la vida. Muchas veces piensan en salir y seguir con sus fechorías. Seguir metidos en la violencia. Mi familia quiere que él salga a vivir una vida que le corresponde, que viva en paz con él mismo y no siga causando problemas.

La muerte

Al joven no le importa morir, dicen que el riesgo es una forma de vida y se exponen para conseguir un pan o plata para su familia. Debido a eso dicen que no les importa la muerte, y que la sociedad los ha hecho a un lado, más que todo el gobierno que no piensa en todos sino en unos pocos. Por eso la juventud ya no piensa de buena manera así sean ayudados.

Uno va por las calles y ve a los jóvenes morir por cosas sin sentido. Casi siempre son *pelaos* de 23, de 15, de 20, hasta de 9 años... ¡eso es terrible!. No piensan en crecer.

Cuando matan un familiar se siente tristeza y rencor hacia la sociedad. Se siente un rechazo, porque dicen: "qué familia tan violenta". Mucho odio... Y tristeza...

Y un vacío que nunca se podrá tapar, porque debido a eso la familia pierde confianza en sí misma. En la

familia hemos tenido muertos. Hemos tratado de estar unidos, creer en nosotros e inculcarnos a no seguir con la misma violencia que murieron los primos y los hermanos.

En Medellín, los jóvenes no se preocupan por la muerte para conseguir unos pocos centavos, que podrían ganar trabajando, con sudor, con berraquera. Pero ellos dicen que es un trabajo robar y matar.

No sabría lo que piensa alguien que le quita la vida a otra persona. Yo creo que no se le puede quitar la vida a otros por unos centavos. Yo no robaría, no mataría. No creo que lo haría.

¡Me gustaría morir viejo! Ver que todo el mundo cambie y no tener esa fuerza que hace que los jóvenes mueran por plata. Esa es la vida de hoy en día. No hay que mentir, hay que decir la verdad.

5. *Intermezzo*: Pronóstico del tiempo o las estadísticas aconsejan

Si usted es de sexo masculino y se encuentra entre los 18 y 21 años de edad, hace parte del grupo más vulnerable a los homicidios comunes que se presentan en Santa Cruz. Por tal motivo, las estadísticas le aconsejan cuidarse a la hora de transitar por las calles del barrio, y más, si es jueves y son entre las seis de la tarde y las nueve de la noche. Si es mujer y hace parte de uno de estos grupos de edad: 18 a 21 años o 34 a 37 años, se le recomienda emplear los días lunes y viernes para efectuar sus diligencias, preferiblemente las horas de la mañana. De seguro, las probabilidades de toparse de frente con la violencia del barrio Santa Cruz se verán un tanto reducidas.

Para mayor seguridad, favor explorar con detenimiento las múltiples posibilidades que ofrecen los cuadros estadísticos que se anexan a continuación. ¡Ah!, por supuesto, no olvide contemplar en sus cálculos un cierto margen de error y prevea además la presentación de molestas eventualidades de último minuto.

Recuerde, es por su seguridad.

Att: Las Ciencias Estadísticas.

Para evaluar su trabajo, las administraciones municipales suelen presentar cifras; por su-

puesto, se espera que cada vez los números sean más alentadores. Sin embargo, la violencia de la zona nororiental no ofrece ninguna tregua numérica. Cada año aumentan los índices de criminalidad. La sangre es la invitada estelar de las estadísticas de la ciudad: desde hace quince años la violencia es la primera causa de muerte en Medellín. El 98% de los años de vida que se pierden por muertes violentas se debe al homicidio. La mayoría de la víctimas son hombres en edad temprana. Medellín pierde proporcionalmente casi el doble de años de vida por homicidios que lo

***Mi hermano está en la cárcel.
Ese mundo que se encuentra
allá es de sólo gente violenta.
La plata lo dice todo.***

***Si la tienes vives bien, si no,
vives bajo unas reglas.***

***Muchos dicen que la cárcel es
un castigo a la gente mala,
pero es peor, porque el que
cae a una cárcel tiene que
pagar para vivir, comprarse
una forma de vida allá.***

que pierde Colombia; diez veces lo de Latinoamérica y el Caribe y doce veces lo que en promedio pierde el mundo.⁵

La violencia, entonces, es el principal problema de la ciudad, el gran talón de Aquiles, nuestra funesta carta de presentación.

6. Exilio

El teléfono sonó a las 8:30 de la noche.

-¿Sí?- dijo la voz al otro lado.

La reconocí, pero es mejor prevenir.

-¿Sí?- dije- ¿Casa de la familia Gómez?

La voz dudó antes de afirmar.

-Hola, P. -dije- soy A... el de Santa Cruz.

Era extraño hablar con P. Un buen día, su familia se había marchado del barrio, dejando sin granero preferido a muchas personas. Y ya que no puedo hablar con los muertos, quise hablar con una persona exiliada. (Exilio y muerte, extraña asociación de la que no he podido librarme después de leer a Shakespeare).

P. se alteró un poco. Hablar de su abandono del barrio, por teléfono, era algo que no se esperaba aquel día. Yo tomé el control de la situación y le tranquilicé contándole sobre la universidad. Pero debía volver al tema. Se lo hice saber. P. accedió a hablar, más no a que la conversación fuera grabada. Tomé lápiz y papel y lamenté la mala retentiva que me caracteriza. Espero haber captado la esencia de aquella conversación.

Empecé por la pregunta obligada. Ambos sentíamos que debía ser así.

-¿Por qué se marcharon del barrio?

-"Por la violencia -dijo P.- Cada año se repetía la misma situación. Balaceras cada hora y vacunas varias veces por semana, ya no aguantaba tener un negocio así".

Exageraba en eso de las balaceras cada hora. Reímos nerviosamente. Esa noche me enteré que P. había vivido toda su vida en Santa Cruz. Su familia había llegado hacía más de 21 años al barrio y creo que jamás supusieron que saldrían de allí intimidados por la situación.

-¿Fue duro tomar la decisión?

-"Al principio tenía mi cosita, no quería irme. Luego empecé a darme cuenta de lo mal que estaban las cosas. Algunas veces aplazamos todo, como esperando a que se arreglaran. Y nada. Además, ya casi no tenía amigos por allá, porque no salía a la calle. Mis amigos vivían en otro lado".

Puedo dar fe de eso. Era difícil ver a P. deambular por las calles del barrio. Recuerdo que hace ya año y medio que se fue de Santa Cruz, y a muy pocos he oído preguntar por su paradero.

-¿Es muy diferente tu barrio?

-"Sí, se nota mucho el cambio. No hay balaceras tan seguidas. En las esquinas sí se ven muchachos, pero no tan pandilleritos y tan violentos..."

-Pero también hay bandas -le interrumpí.

-"Sí, creo que sí, pero no como en Santa Cruz. Por acá tampoco falta el marihuano degenerado".

Después de un año y medio de haberse marchado, P. y su familia ya han vivido en dos barrios del sector centro occidental de la ciudad. Continúan con su tienda-granero y el taxi que adquirieron cuando aún vivían en Santa Cruz.

-¿Cómo percibe la gente de otros barrios el conflicto de la zona nororiental?

-"Mucha gente que conozco piensa demasiado mal del barrio. Un día me dijeron: gracias a Dios salieron de allá. A mi papá le dan ganas de ir un rato y le dice a mis abuelos, a la familia, que vamos, pero ellos dicen que si ya salimos de allá para qué vamos a volver".

Inmediatamente quise saber si estaría en disposición de vivir nuevamente en el barrio.

-"No"- dijo. Me lo temía. P. no regresaría debido a la situación actual (que por cierto, no es muy diferente a la de siempre).

-"Los niños -dice- crecen con esa violencia. Se vive en una intranquilidad por las balaceras. La tensión es mucha. Nunca se termina esa violencia. El taxi es otro peligro".

-¿Qué te marcó?- dije así no más, a quema ropa.

-"¿Qué?"

-¿Qué te marcó?- dije nuevamente, sin más explicaciones, que lo tomara como quisiera.

-"No sé..."

Al otro lado de la línea sentía su respiración.

-"Me acuerdo -dijo pausadamente- cuando lo de las Milicias y *La Oficina*. Después de una balacera, salimos y a unas casas estaba tirado... eran como las doce de la noche... era Uriel... usted lo conocía, ¿cierto?"

-Sí- respondí, mientras pensaba: ¿Y quién no conocía a Uriel? Una de las personas más respetadas en el barrio por aquel entonces, un "duro" de la extinta *Oficina*... y tan joven.

-"Verdad, ¿cómo sigue eso por allá?"

Ahora era yo el cuestionado. -Algo parecido, aunque con un poco menos de puntería- dije, pero sabía que debía explicarme. En ese momento una llamada en la línea de espera de P. interrumpió la conversación. Al instante P. estaba de vuelta.

-"Es muy importante"- dijo.

Me despedí. No pude contarle miles de cosas que han ocurrido en el barrio. En otra oportunidad será.

7. ¿Y cuántos pasos son once años y dos meses?

Es mejor ser *pillo* que pobre. Eso parece gritarte cada esquina del barrio. Tu caminas y miras esa cantidad de jóvenes encerrados en su ficticia libertad y recuerdas el tiroteo del sábado y el llanto de la mamá de Pepe y a Pepe con su mejor camisa, moribundo. A cada paso crece el mudo bullicio de la violencia, y la locura pública está prohibida por la ley, pero quisieras arrastrarte

como niño poseo lejos de aquí o extirparte el tímpano para no oír más el lamento de tu barrio.

Pero resultaría totalmente inútil. Lo del tímpano, quiero decir. Y todo porque las verdaderas tragedias no sólo se oyen; eso significaría un "gran triunfo", un oasis en medio de la desértica desgracia cotidiana del barrio Santa Cruz.

La noche. Camino bajo la lluvia. Invisibles gotas "mójalo-todo". He recorrido tantas veces estas calles. ¡Tantas! ¿Cómo rayos voy a saber cuántos pasos son once años y dos meses?.

Reconozco una silueta. Se me manifiesta como la evidencia de un ciclo decadente. La lluvia no logra borrar mis recuerdos, sólo los humedece y los torna más vívidos. Pienso en un balón casi redondo y en El Muelas pidiendo *inflitis*. Sé que en este momento desearía ser poseedor del tiempo, profanador de sus secretos, para quedarme anclado perpetuamente a aquellos días mágicos en los que todos éramos uno solo, y El Gran Muelas podía sonreírte con su amarillento caos dental. No como ahora, que ya ni saluda. Si estás de suerte te mira hasta tres, máximo cuatro, pero no te saluda. Así: 1, 2, 3, máximo cuatro segundos, pero ni una ceja te levanta. Lo juro. Sencillamente se la pasa allí, en la esquina, como recluso en un pequeño fortín vulnerable. Hasta creo que vive ahí y nunca va a su casa.

"La cárcel lo volvió así", me explica su hermano menor. Él también fue hallado culpable de secuestro simple, pero sí te saluda. Algunas veces hasta te da la mano o te toca la cabeza mientras te llama por un apodo de infancia que ya habías olvidado. Ambos estuvieron presos poco más de cuatro años. La ley del Jubileo les ayudó bastante. Una vez me dijo: "¡Huy, hermano! Dios bendiga a ese cuchito". O sea el Papa. Y yo le entendí. Me sentí bastante bien aquel día.

Pero con El Muelas todo es distinto. Creo que sus pensamientos no hacen parte de ese territorio mental que la mayoría denomina como normal. Llueve discretamente. La lluvia no parece afectarlo. Hay poca gente en las calles del barrio, todos están en casa haciendo quién sabe qué cosas, mientras él sigue fiel a su sitio de la suerte. Ni las eliminatorias del Mundial de Fútbol podrían sacarlo de la esquina. Mis húmedos pasos atraen su atención. Esta vez su "no-saludo" fue hasta tres. Por poco logro lo máximo. Él no dice nada, y yo tampoco. Sigo de largo.

¿Cómo será estar en la cárcel?, me pregunto. Bueno, al menos El Muelas está vivo. No como Pepe. Y a todas estas, a Pepe lo mataron cerca a esta esquina, en la que acabo de cruzarme con el tipo que menos saluda del mundo. Y yo que creía ostentar ese título.

He recorrido tantas veces estas calles, pero jamás como hoy. No recuerdo haber hecho nunca tan conscientes mis pensamientos sobre el barrio y tan tormentosa mi situación de observador. Día a día la violencia de Santa Cruz te absorbe; y como joven -como un Muelas en potencia-, corres el riesgo de quedar atrapado en su funesta dinámica o terminar por resignarte y hacerla forzosamente parte de tu vida. Otros en cambio, se acomodan en sus casas y prefieren ignorarla. Para eso cuentan con televisión por cable y los canales de deportes. Como si fuera posible pasar por alto el zumbido de una bala cuando tu sobrino de cinco años juega canicas con sus amigos en la *manguita* de frente. Hasta tal punto extiende su peligroso manto la violencia.

Mi calzado se resiste a tanta indiferencia. La vieja calcomanía del teléfono Amigo no podría ser menos oportuna: "Ya no me horrorizan tanto los actos malos de la gente mala. Me horroriza tanta indiferencia de la gente buena". Dicen que un líder negro, un Martín Luther King, la escribió.

La escasa lluvia no cesa. En el granero de la esquina, la Señora Azul espera los esquivos compradores.

-Unas papitas Rizadas con sabor a limón- le digo.

Ella saca las manos de su abrigo y desarruga su pereza.

-¿Cómo va todo?- le pregunto.

-"Ahí, regular".

La Señora Azul me mira, sé que ella sabe exactamente a lo que me refiero. Y es que no puede ignorarlo.

Busco la manera de que se desinhiba. Así que hago una tonta anotación sobre el clima. Ella asiente.

-Ha estado calmado el barrio hoy- comento yo, así no más, con descuido.

-"Será por el agua- dice-. Porque ayer hubo bala y todo".

-¿Sí? ¿Y eso... qué pasó?

-"¿Pues qué? Los del otro lado vinieron a joder. Y una toda boba le sigue pagando 'la cuota' a todo el mundo".

De ahí en adelante el asunto se pone como interesante pero medio confuso, porque la Señora Azul no escatima esfuerzos para quejarse de la situación de Santa Cruz a la velocidad de la luz y apagar una queja con el fuego de otra. Además están las interrupciones propias de una tienda de barrio, y retomar el tema siempre es algo traumático. En síntesis, la Señora Azul sobrepasa los límites de su propia

locuacidad hablando de los problemas que afrontan los comerciantes de la zona. Vacunas, o mejor "cuotas para seguridad", que por cierto, empezaron en dos mil pesos semanales pero por una extraña

He recorrido tantas veces estas calles, pero jamás como hoy. No recuerdo haber hecho nunca tan conscientes mis pensamientos sobre el barrio y tan tormentosa mi situación de observador.

lógica de algunos jóvenes del barrio, el índice de inflación ha aumentado un 213% desde febrero y la semana tiene ahora tan sólo tres días. ¡Qué raro, no! Lo mismo piensa la Señora Azul y el Ministro de Hacienda y quien sea que haga los benditos calendarios.

Y así, "hablando del Rey de Roma", hacen su arribo dos delegados de una comisión poco diplomática y poco grata. Noté la preocupación de la Señora Azul. "Nos tiene aquello", dijo - más afirmando que preguntando- el de gorrita negra de la NBA. No era necesaria su fría presentación, la Señora Azul sabía perfectamente a qué iban. El más flaco de ellos me miró de pies a cabeza y volvió su vista a la Señora Azul. Ella parecía algo inquieta por mi presencia y era apenas lógico: hacía tan sólo unos días me había manifestado sus temores sobre la violencia del barrio. Así que traté de recordar la canción del conejito que tanto me disgustaba. La misma que en muchos casos me privó de presenciar super producciones como *Los pecados de Inés de Hinojosa*, o el ciclo de vampiros de *Sábados de terror*. ¿Cómo era que decía aquella cancioncita? Ah, ya recuerdo: "*Es hora ya de acostarse, vámonos a descansar...*". De modo que me despedido de la Señora Azul y de 1150 pesos de papitas Rizadas y una cajita de Chiclets Adams. "De canela porque no hay más" -dice ella.

La microscópica lluvia continúa. Me pregunto qué le espera a la Señora Azul. Lo mismo que otras veces seguramente: pagar, callar, pagar, cerrar, servir de "caleta de armas" y pagar. Ella tiene miedo, me lo ha dicho muchas veces. Yo tengo un poquito menos de miedo pero me alcanza para decirle que hay que hacer algo. -"¿Y qué?"- me responde, más preguntando que otra cosa. Sí, así y todo como está escrito. Parece preguntármelo con mayúsculas a la n potencia. Ese es su gran alfabeto de los miedos y las dudas, y el mío también, aunque con un poco más de ortografía. Claro que yo tengo mi centro de fuga: la escritura. De modo que escribo como lo siento.

Ahora camino con la certeza de un sueño intranquilo. La no-

che, arriba, me observa indiferente. Abajo la lluvia estropea mi calzado. Pronto terminará mi pequeño recorrido nocturno por algunas cuadras que no me son vetadas en el barrio. Curva a la derecha y veré por fin la bandera a cuadros, como los carros de la Fórmula Uno.

Pero no todo son sorpresas desagradables esta noche. Un grupo de jóvenes, en un acto heroico por estos días, ha decidido vencer la lluvia y otras molestias mayores. El balón pasa cerca del *arquito* y los gritos vienen a mí. ¡Es el fútbol! ¡Ha vuelto! Mientras me acerco, los contemplo jubilosos y sólo logro pensar: "Tanta belleza no puede no ser cierta". La eternidad me agobia en este efímero descanso.

Su escasa tranquilidad se las brinda un revólver calibre 38 que aguarda en una de las aceras. Con todos sus cartuchos, claro está. -"Por si las moscas"- dice un gordito con camiseta de fútbol europeo.

No sé que diablos pensará la FIFA de todo esto, pero en Santa Cruz ahora el arquero cumple una función más; y es de vida o muerte, así como suena: cuidar que no se arrimen *manes* raros del otro lado.

- "Pilas con esos dos que bajan ahí".

- "Trae el fierro".

- "Sigán jugando que yo cuido desde acá".

- "Escondélo bien, pero cerquita *güeva* que se vienen esas locas".

- "Dejalo ahí, tapalo con esta camiseta".

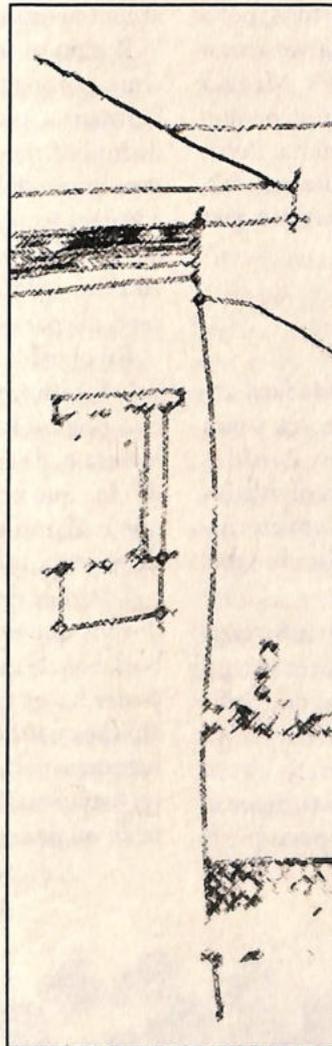
Y cosas por el estilo.

La lluvia ha cesado. Comienzo a cansarme del juego. Me acerco al más parlanchín de los jugadores.

-¿Y ese fierro qué?- le pregunto, lo más coloquial posible.

- "¿Cómo que qué?" -responde. Ya se olvidó del *chulo* de estos días. Eso le pasa a todo confiado. Y si esos *manes* se dejan venir, ya tenemos con que devolverlos".

Es algo tarde y no soporto más la nueva reglamentación para el fútbol en el barrio. Resulta que ahora un arma de fuego es más importante que el balón, y para colmo, los jugadores viven en función de vigilar los posibles espectadores y no el desempeño en el juego.



Pero no todo son sorpresas desagradables esta noche. Un grupo de jóvenes, en un acto heroico por estos días, ha decidido vencer la lluvia y otras molestias mayores. El balón pasa cerca del arquero y los gritos vienen a mí. ¡Es el fútbol! ¡Ha vuelto!

Me hastío. Unos pasos me separan de casa. Camino. Unos niños juegan, eufóricos. Aquel que acostumbra pisotear mi jardín asegura que con su palo les disparó a todos. No sé si están muertos o heridos, pero llevan la marca de la violencia. Juegan cada vez más a policías y ladrones o a palestinos e israelíes. Mi casa está allá, a pocos pasos, donde se esconde un "pequeño árabe". Estoy cansado de la corta caminata. Pero, ¿Y cuántos malos pasos en once años y dos meses?, me pregunto, mientras camino y me siento sin pies para caminar en la desgracia.

8. Ningún miedo muere eternamente, amados muertos

Niña, admiro su coraje. Sé que no es nada fácil andar por ahí reviviendo muertos en la memoria, y con ellos, los viejos fantasmas de los miedos. Amados muertos, miedos congelados que creíamos olvidados para siempre. Pero no. Ningún miedo muere eternamente en esta ciudad de desesperados, ahora lo sabe, lo ha sabido desde entonces.

En mi loco intento de retratar el oscuro influjo de la violencia en el barrio Santa Cruz, la encuentro a usted, tímida, con una de esas injustas historias que nadie querría contar. Y sin embargo, usted quiso hacerlo, a su manera, como debe ser, brindando un valeroso ejemplo a todos aquellos que se niegan a romper el silencio del barrio, que callan sus miedos para que la ciudad nunca termine de conocer el monstruo que alimenta y que luego la devorará, sin piedad.

Es cruel el viaje de regreso a esos tristes días. Sus ojos me lo dicen. Por un instante es de nuevo aquella niña de doce años que almuerza con su madre. Una vez más revive el miedo a una ciudad que puede arrebatarle la vida sin matarla por completo. Desde esa tarde lo sabe. Espero que después de nuestro encuentro no se quede anclada allí, perdida para siempre entre los fantasmas de los malos recuerdos. La escucho:

Era un seis de julio de 1994. Mi papá se hallaba en la 50, donde nació, se crió y en donde le dieron fin a su vida. Mi hermano se encontraba manejando el taxi de la familia y mi mamá y mis dos hermanas se encontraban en la casa. Eran las 12:14 de la tarde. A esa hora mi mamá y yo estábamos en el comedor, almorzando, cuando de un momento a otro mi mamá dijo: "bala". Yo le contesté "bala-madre", y salimos a la puerta. Toda la gente miraba para la 50 y hubo un rumor: que habían matado a un sobrino de mi papá. Sonó el teléfono y corrimos a contestar. Era mi tío diciendo

que fuéramos, que habían matado a mi papá. Mamá salió corriendo. Cuando se encontró con mi papá, tirado en el piso y lleno de sangre, lo recogió y lo llevó al centro de salud, pero ya no se encontraba con vida.

Por un momento sentí que el mundo se me caía encima, porque para nosotros él era todo... al igual que mi hermano... pero teníamos que seguir adelante y cuidar de mi hermano, para que no fuera malo en contra de quien nos estaba haciendo sufrir tanto. Ellos nos quitaron a mi papá, quien además era un excelente amigo al que queríamos mucho. Él daba la vida por nosotros ¡y en el momento que más nos necesitó, no pudimos hacer nada para salvarlo!

En el velorio nos dimos cuenta de quienes habían sido los causantes de su muerte. Mi mamá temió mucho por mi hermano, y llorando, le suplicó que no hiciera nada contra esa gente. Lo único que él respondió fue que no se preocupara, que no iba a hacer nada que nos pudiera hacer daño, ni nada de lo que se pudiera arrepentir.

Después de unos días, veíamos cómo pasaban todos los que tenían que ver con la muerte de papá. Se burlaban de mi hermano porque lo veían indefenso, sin poder hacer nada. Eso era algo que él no soportaba, y ahí fue cuando comenzó a decirle a mi mamá que nos fuéramos del barrio; pero ella temía que sus intenciones no fueran buenas: lo único que quería era vengar la muerte de mi padre, por eso nos quería lejos.

Era el 4 de enero de 1995. Iba siendo la una de la tarde cuando mi hermano llegó a almorzar y a esperar unas personas para hacerles una carrera. Almorzó y se acostó en el mueble de la sala. Mi mamá, mi abuela y yo estábamos en la acera de la casa cuando llegaron dos muchachos a preguntar por el taxista. Pensando que ellos eran los de la carrera, entré a llamarlo, pero estaba dormido. Lo moví y le dije: "Flaco, lo necesitan en la puerta". Se paró medio dormido, corrió la cortina de la ventana y se asomó. Uno de ellos le apuntó con un arma a la cabeza y disparó. Mi mamá pensó que eran amigos y que le habían tirado pólvora, pues ellos charlaban muy brusco. Pero no fue así. Escuchó que yo grité... se paró... vio que él estaba tirado en el piso... comenzó desesperadamente a llorar, y con la ayuda de los vecinos

que llegaron inmediatamente lo subieron al carro. Pero no había nadie que manejara, ¡y lo más irónico fue que el único que se ofreció era el mismo que había matado a mi papá!. Pero debíamos pensar que era la vida de mi hermano o el resentimiento que teníamos por esa persona. Al fin fue él quien lo llevó.

**En el velorio
nos dimos cuenta
de quienes habían
sido los causantes
de su muerte.**

**Mi mamá temió mucho
por mi hermano,
y llorando,
le suplicó que
no hiciera nada
contra esa gente.**

Cuando llegaron al centro de salud, lo tuvieron que remitir en una ambulancia para el Seguro Social, pues se encontraba convulsionando. Duró dos días inconsciente y conectado a muchos aparatos. Los médicos decían que eran muy pocas las posibilidades de salvarse, y si ocurría lo contrario podía quedar como un vegetal, ya que el tiro le había destrozado el cerebelo. Fueron dos días de mucha angustia y soledad porque sabíamos que íbamos a quedar muy solas. Le pedíamos a Dios que si él iba a quedar mal, mejor se lo llevara de una vez para que no tuviera que sufrir tanto.

Para nosotros fue muy triste saber que ya no contábamos con ningún apoyo: primero había sido mi papá y luego mi hermano. Se derrumbaron tantos sueños... tantos planes que habíamos proyectado, por el simple hecho de que otras personas les quisieron quitar la vida.

El seis de enero murió a las dos de la mañana. Aún así, hemos tenido que seguir adelante, aunque con mucho resentimiento, porque todavía sigue con vida la gente que tanto daño nos ha hecho.

9. Necrologías antes del fin

Creo que unas cuantas líneas arriba (en el numeral 7) les hablé del hermano del tipo "que menos saluda en el mundo". Lo mataron. Él tocaba la parte posterior de mi cabeza para saludarme. Cada que podía lo hacía, no miento. Hacía poco había salido de la cárcel y le dio por probar suerte con eso de la piratería terrestre. Todo anduvo bien un par de veces, dicen, hasta que los paramilitares se enteraron. Al abrirse la puerta del bus lo recibieron con disparos. No iba solo, fueron tres los muertos, entre ellos una mujer. Los paramilitares, el bus, los cuerpos en el suelo, eso

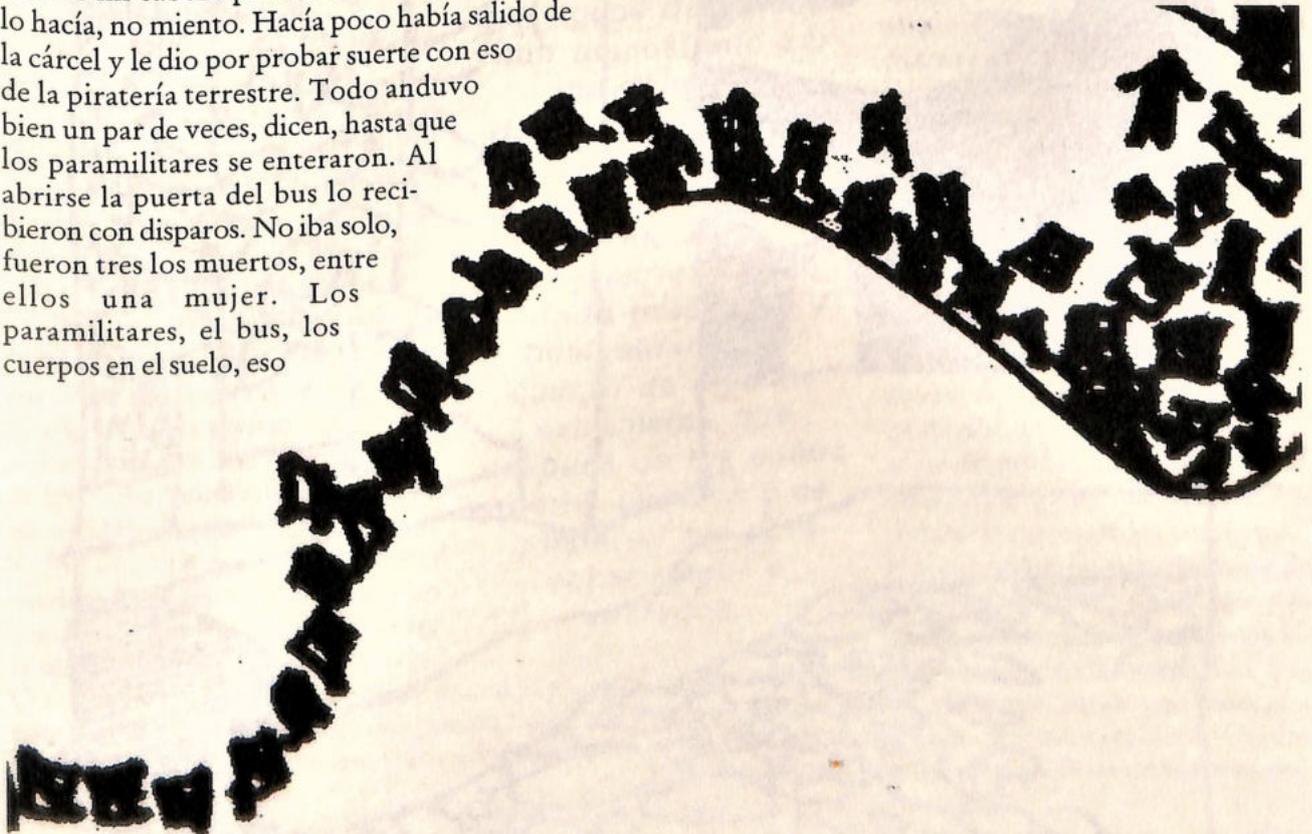
comenta todo el mundo, no me explico cómo demonios conocen tantos detalles.

A su hermano lo vi la mañana del funeral, fuera de su habitual esquina. Caminaba despacio. Llevaba un leve semblante de tristeza, más de reflexión que de otra cosa. Pasó cerca de mí. Como era de esperarse, no me saludó.

10. Un último temor

"Los buenos somos más", dirán algunos buenos cristianos en este país de clichés, pero "los malos" parecen ser más fuertes e imponen su macabra ley en el barrio, la ciudad, el país, sin que alguno de "los buenos" se pronuncie eficazmente al respecto. Todos somos mudos espectadores de la violencia, sólo sollozamos cuando nos toca el turno. Y tarde o temprano nos llegará. De eso puedes estar seguro.

Como telaraña, la oscura dinámica de la violencia envuelve cada vez más la vida de los habitantes de Santa Cruz. Y temo lo peor, que terminemos por aceptar la violencia o la adoptemos como un órgano vital más o la hagamos una función necesaria en nuestras vidas. Como parpadear. Eso es. Temo que la violencia sea como parpadear, o respirar, un acto totalmente irreflexivo del cual por nada del mundo puedes librarte. Por nada del mundo. Al menos en esta oportunidad el barrio habló con sus verdaderas voces. Pero el conjuro, el duro exorcismo apenas empieza. (Medellín, julio/2001) ■



Mami, esto no es bicarbonato

Edison Torres Moreno

Usiacurí es diferente a todos los pueblos del Atlántico: su iglesia azul queda en lo alto de una colina, un hombre predice la muerte de vecinos con sólo verles el aura y sus habitantes se bañan en pozos de aguas medicinales. Usiacurí también está marcado por la trágica muerte de Jorge Luis Rivaldo Pimentel.



"¿Tienes bicarbonato?" Fue la última pregunta inteligible pronunciada por Jorge Luis Rivaldo Pimentel, 32 años, jadeando de dolor de estómago, poco antes de morir de la forma más extraña el primero de mayo, día que debía cumplir trece años de casado.

En tanto se había levantado dos veces con cólicos estomacales en la madrugada apacible de Usiacurí, Atlántico: 12:05 y 5:05 de la mañana.

Como operario de turno del acueducto municipal, Jorge Luis debía abrir y cerrar sucesivamente la válvula de uno de los pozos que más atrae a los visitantes, pues está frente a la casa donde vivió y murió el flemático y no menos extraño poeta chiquinquereño, Julio Flórez, quien llegó a estas cálidas tierras en busca de la salud perdida.

La semana anterior le recordaba a un conocido suyo que el primero de mayo iba a cumplir trece años de casado con su ex esposa Ligia Ortega. Quince días antes César Verdeza, "el hombre que ve el aura", lo observó pasar por la Calle *Julio Flórez* con "el aura caída", señal de que algo malo le iba a suceder. Sin embargo, a ninguno de sus allegados se le ocurrió pensar que el Día del Trabajo -lleno de fiesta y colorido- iba a ser una fecha fatídica para la familia Rivaldo.

Esa mañana, a las 5 y 20, se había encontrado con su amigo, confidente y compañero de trabajo, Porfirio Patiño, 51 años, en una de las empinadas calles de la población.

"Profe -se dirigió a Patiño- ¿cómo le fue hoy? ¿Cómo están las cosas?"

"Todo está bien. Me voy a buscar la comida del perro que me la está guardando el vendedor del expendio. Ya terminé con mi trabajo y ahora que desayune me echaré una descansada. ¿Oye, York, a tí que te hace falta?"

"Me toca cerrar la última válvula, la del pozo *Julio Flórez*, y después que me tome algo para este dolor de estómago, me voy a dormir..."

La última válvula, precisamente la de la bomba *Julio Flórez*, la del "pozo de aguas profundas y tranquilas", la de El Higuerón que le curó al poeta sus delgados huesos. Quizás Jorge no tenía la menor idea de que iba a ser la última vez que operaba esa llave.

O tal vez se estaba despidiendo de su amigo y camarada de trabajo, y después de que tomara "algo" para su crónico dolor de estómago, se iba a dormir... pero profunda y eternamente.

Usiacurí, pozos de agua profunda y tranquila

Al llegar a Usiacurí el visitante tiene la sensación de estar en un pueblo del interior del país, no tanto por su arquitectura, su ambiente o su gente, como por la

forma quebradiza de sus calles. Está ubicado en el centro del departamento del Atlántico, y su origen es indígena. Una de las versiones más aceptadas para determinar de donde proviene su nombre considera que es derivado del Cacique Curí y de la quebrada Usía. Sus calles son inclinadas, quebradizas y cubiertas por escaso pavimento. A 1.20 metros del nivel del mar, su temperatura promedio durante el día es de 32 grados centígrados a la sombra.

Si tu llegas la primera vez a Usiacurí, te pueden brindar jugo de frutas cosechadas en la misma región, y después te invitan a comer. Es una costumbre ancestral de estos pueblos de la Costa Caribe que tienen una fuerte raíz aborígen. Casi todos los habitantes viven de la agricultura, la pequeña ganadería, la artesanía y algunos del turismo. Los fríjoles, por ejemplo La Zaragoza y El Guandú, se cultivan en gran cantidad y son los alimentos que más se consumen en cosecha.

Últimamente los usiacureños también han sentido la pobreza y el abandono oficial. Eligieron al alcalde cívico Giovanni Arjona con la esperanza de acabar con la politiquería, pero éste debió renunciar porque está subjúdice en un proceso de prevaricato por apropiación. Despedazó el presupuesto de este pequeño municipio en un santiamén con contratos leoninos y francachelas, al mejor estilo de los antiguos "narcos" de la marimba. Tiene la casa por cárcel, y de vez en cuando

lo ven caminar por el pueblo subrepticamente. Nayibe Padilla, la alcaldesa que lo sucedió, continuó con esa misma andanza, y corrió con la misma suerte. Lo primero que hizo, después de posesionarse, fue comprarse unas gafas deportivas marca *Sting*, y colgarse rosarios de prendas de oro en sus muñecas y cuello que contrastaban con la pobreza de la mayoría de los habitantes.

Uno sube a la colina donde se encuentra la iglesia de color azul y puede divisar todas las pendientes, las quebradas, los pozos y las angostas calles del pueblo. Se pueden ver sus casas sin patio y una plaza, que es distinta a las plazas de los demás pueblos del Atlántico, porque carece de un terreno plano. En esta época se observa una vegetación verde con algunos manchones marrones que rodean al pueblo. Y si uno mira desde lejos a la iglesia, parece que fuera una maqueta suspendida en la cima de una colina o una postal de un sitio del caribe mágico: lleno de historias reales que parecen inverosímiles.

Las aguas de Usiacurí han demostrado ser medicinales. Homeópatas venidos de todas partes del mundo las han utilizado en sus terapias; ellas han dado prueba de benignidad en el cuerpo de muchos extranjeros que después de los baños fueron curados y se

Las aguas de Usiacurí han demostrado ser medicinales. Homeópatas venidos de todas partes del mundo las han utilizado en sus terapias; ellas han dado prueba de benignidad en el cuerpo de muchos extranjeros que después de los baños fueron curados y se echaron raíces y vástagos.

quedaron allí para echar raíces y vástagos. Los indios las consideraban sagradas, porque eran la sangre vital de estas tierras y de su población. Las aguas subterráneas se depositaban hasta hace menos de treinta años en tres reconocidos pozos naturales: El Higuieron, El Italiano y El Chorruto. Si bien sus aguas termales ya no llegan a la superficie, ahora son succionadas por poderosas bombas instaladas a más de 130 metros de profundidad. Estos artefactos han condenado a las aguas a su desaparición.

Usiacurí se ha destacado por tres elementos: sus aguas minerales y azufradas de alto poder medicinal, su excelente artesanía ancestral, y la vida y muerte del autor de "Flores negras" y "Tus ojos", Julio Flórez, quien al final de su periplo por algunas zonas del país llegó a Usiacurí en busca de una medicina para la dispepsia. Por culpa de la gastritis, como es conocida esta enfermedad hoy, el poeta siempre cargaba una bolsita de bicarbonato, recuerda hoy su hijo, el médico Hugo Flórez, 80 años, quien no se cansa de recitar las mejores poesías de su padre en su amplia casa del norte de Barranquilla. Cada vez que el poeta sentía los latigazos en el estómago, colocaba una pizca de bicarbonato en su lengua. Vivía cerca de uno de los pozos, sólo tenía que caminar treinta metros para bañarse y encontrar mejoría para su malograda salud.

Al pozo llegaba a veces con papel y lápiz, esperando que sus musas lo visitaran y lo elevaran a ese mundo introspectivo en que vivía. Y entonces, sus delgados dedos comenzaban a garabatear poesías hermosas como la de estos versos de "Tus ojos":

*Miradme con amor eternamente,
ojos de melancólicas pupilas,
ojos que semejáis bajo su frente,
pozos de aguas profundas y tranquilas.
Miradme con amor, fulgidos ojos,
y cuando muera yo, que os amo tanto,
verted sobre mis lívidos despojos,
el dulce manantial de vuestro llanto!*

Jorge Luis Rivaldo todos los días se detenía por un instante frente a la casa del poeta. Allí están la tumba y los últimos versos de su vida pegados a las roídas paredes de madera. Diagonal a la casa del poeta romántico más popular de Colombia, está una construcción de cemento de seis metros cuadrados, en cuya pared se puede leer: Pozo N° 1 Julio Flórez.

El trabajo cotidiano de Jorge Luis era extraer "el dulce manantial" del llanto de la tierra, y verterlo con bombas a unas tuberías. Estas aguas literalmente son lágrimas de la madre tierra, porque en su curso de abajo hacia arriba arrastran minerales como azufre, potasio, hierro y sulfuros.

Cada vez que estaba de turno, a Jorge le tocaba manipular la llave de este pozo, y cuando no estaba de prisa, se detenía un poco frente al busto del poeta. Así lo hizo una hora antes de morir.

Es un decir de la gente que desde la creación del acueducto municipal, la suerte del pueblo ha cambiado para mal, y no hace falta la premonición fatalista, según la cual Usiacurí se va a partir en dos. El año pasado veinte casas de cemento quedaron reducidas a escombros al producirse un deslizamiento de tierra, entre ellas, la de la familia Rivaldo Pimentel. A partir de ese momento comenzó a tejerse la urdimbre de las raras circunstancias que llevaron a

la muerte de Jorge Luis Rivaldo.

Y no le faltan razones a la mayoría de los viejos habitantes de Usiacurí para tener ese temor. Pues ya se detectó, al parecer, una falla geológica que podría tener consecuencias fatales. Como fatal ha sido la sequía de los pozos naturales por causa del acueducto.

Primero se acabó El Higuieron, donde se bañaba placidamente Julio Flórez. Sus aguas, que ahora las extraen con bombas, son negras y al entrar en re-

poso se cristalizan. Luego se secó El Italiano. Y por último, El Chorruto, éste de agua espesa y azufrada, corrió la misma suerte que El Chacanita, cuyas aguas se asemejan a un purgante con azufre. Y para que ahora haya agua, cada día tienen que profundizar más las bombas. ¿Hasta cuándo? Es la pregunta que algunos viejos se hacen desde que entró en funcionamiento la primera hace treinta años.

El agua de Usiacurí es muy especial. Para experimentar un poco tomé un vaso. El primer sorbo se deslizó sobre mi paladar como si fuera agua mineral, algo gruesa, algo pesada y espumosa. A los quince minutos, si no antes, era como si comenzara una pelea de perros en mi estómago. Parecía que me hubiese tomado un laxante. Quise experimentar lo que un viejo habitante de Usiacurí me había advertido: "la primera vez que la tome, esta agua lo pone a correr para el baño".

Amaba el fútbol y el campo

Cuando el Junior jugaba, era una alegría para Jorge Rivaldo. Le gustaba ponerse la camiseta "rojiblanca" de su equipo amado. Acompañaba a Porfirio Patiño a la cancha de fútbol para observarlo dirigir a los futuros futbolistas de Usiacurí. Alguna vez en su vida soñó con ser futbolista. Sus amigos le decían "York, tu puedes ser un buen jugador, empezando porque tienes apellido de futbolista." El se reía. La gente de la plaza recuerda siempre esta reacción, tanto como cuando tenía la camiseta rayada del Junior. "Parece que lo estuviera viendo allí, montado en su bicicleta", comenta un señor que se

**Quando el campesino
regresó al almacén
agropecuario,
su propietaria,
doña Magola,
una señora de 62 años,
de gruesa contextura y
de una charla agradable,
le dijo: -Yo se lo advertí,
con el Lannate no se juega,
mi querido cliente.**

encontraba conversando con un grupo de contertulios. A veces se escapaba a ver los partidos al Estadio Metropolitano de Barranquilla.

Sin embargo, a Rivaldo, lo que le interesaba realmente era el campo, estar en contacto con la cosecha, la cría de animales de corral y el ordeño de vacas. Por esta razón en su día de descanso se iba para "la roza", una pequeña finca que su papá Carlos tiene a veinte minutos del casco urbano de Usiacurí. Allí, en compañía de su joven mujer Claudia Márquez, 18 años, y de su hijo Cristian, 3 años, respiraba el aire fresco venido de la zona costera. Limpiaba con herbicida y a mano la maleza que se reproducía en sus pequeños cultivos de frijoles, guineo y maíz. Cuando algunos animales silvestres, como el *zorrochucho*, se comían los cultivos Jorge les preparaba una trampa en la que también caían perros y gatos *malamañosos*: ponía una carnada mezclada con un poderoso veneno llamado Lannate 40 SP y la víctima moría al instante. Al Lannate suelen utilizarlo los campesinos de la región Caribe para deshacerse de los animales dañinos, pero su uso oficial está restringido para la fumigación de cultivos de sorgo, maíz y trigo.

El Lannate se encuentra clasificado como un tóxico DL50 alta, es decir, que con una pequeña dosis los efectos letales son inmediatos, por lo cual su uso debe estar supervisado por un ingeniero agrónomo. Su composición química, según la empresa que lo comercializa en Colombia, "es la de un insecticida-ovicida a base de metomids-metil N (metilcabamoil-oxitioacetamidato), componentes fosforados". Es extremadamente tóxico, hecho que se advierte en el empaque. Es un carbamato-fosforado que potencializa su efectividad sobre las plagas. Es inodoro e insípido, y se puede confundir con otras sustancias no tóxicas, por ejemplo, con el bicarbonato y otras sales.

Como hay algunos animales que tienen el sentido del olfato muy desarrollado, por ejemplo el *zorrochucho*, los campesinos no pueden matarlos con otra clase de veneno, puesto que perciben su olor a cierta distancia, aun cuando esté mezclado con maíz o pescado. Como el Lannate no tiene olor ni sabor, es el tóxico adecuado para acabar con los animales de "mala maña", según el concepto de algunos agricultores. Los Rivaldo pusieron de moda el Lannate para deshacerse de esos desgraciados animales al venderlo al menudeo sin ningún control en su tienda "La fe en Dios" de Usiacurí. Ahora también se ha generalizado el uso de ese veneno para matar perros y gatos, y acaso para el suicidio.

En una ocasión, un campesino del Atlántico fue a La Casa Agropecuaria ubicada en la calle de la Cruz, adyacente a la Plaza de San Nicolás de Barranquilla. La preocupación del señor era

acabar con un *zorrochucho* que se estaba comiendo su plantación de maíz. Compró el letal polvo. Ya en su rancho, por la noche le tendió la mortal trampa al bendito *zorrochucho*, revolviéndole el veneno con maíz. A la mañana siguiente sus ojos se desorbitaron al observar la escena: alrededor del *zorrochucho*, que aparecía sin vida, yacían muertos todos los burros, los únicos animales de carga que poseía.

Cuando el campesino regresó al almacén agropecuario, su propietaria, doña Magola, una señora de 62 años, de gruesa contextura y de una charla agradable, le dijo: - Yo se lo advertí, con el Lannate no se juega, mi querido cliente.

¿Lannate? ¿Veneno? ¿Cuántos animales murieron en la trampa preparada por los Rivaldo? ¿Se pecataron alguna vez de la crueldad de esta forma de morir? ¿Pensaron quizás que alguno de ellos moriría bajo sus efectos?

El Lannate, producto químico industrial importado por la Dupont de Colombia desde Filipinas, como se ha dicho, es un plaguicida demasiado venenoso, que con una dosis puede matar a una manada de elefantes; produce los efectos por contacto, absorción e ingestión. Es biodegradable en el ambiente, como casi todos los venenos de la familia carbamato.

La sintomatología por intoxicación con Lannate es la siguiente:

compresión en el glóbulo ocular, miosis, presión torácica, excitación del sistema parasimpático, dolores oculares y detrás del esternón, cólicos intestinales, temblor, convulsiones epilépticas, disminución del ritmo cardíaco, taquicardia, aumento de la presión sanguínea, y finalmente el colapso: paro cardíaco.

Los toxicólogos consultados dicen que después de consumir este veneno la muerte es casi segura. La víctima solo tiene sesenta segundos de conciencia. Su cuerpo se queda sin oxígeno, pues



las células de la sangre en vez de absorber las moléculas del oxígeno, transportan la sustancia venenosa a través del torrente sanguíneo. La víctima refleja un estado cianótico, que produce una coloración azul-negrucza, dedos morados, mirada de angustia y ojos desorbitados.

En estos pueblos del Caribe ha hecho carrera un decir popular. Cuando una persona quiere vengarse de otra o quiere acabar con un animal *malamañoso* dice: "le voy a dar una gotica de Lannate para que después de tragársela no pueda dar dos pasos más". El Lannate es el veneno más efectivo al alcance de los campesinos de la región, y el más usado. En la tienda "La fe en Dios", de Carlos Rivaldo, padre de Jorge Luis, lo vendían libremente.

Si uno buscaba a Jorge Luis Rivaldo en un día de descanso, no lo podía hallar en su casa. Nunca estaba. "la roza" era su sitio ideal; el monte, su compañía. Así se lo confesaba a su amigo Porfirio Patiño, un mestizo de piel curtida por el intenso sol de Usiacurí, quien permanece con una sonrisa amplia iluminando su afable rostro sobre un cuerpo de contextura gruesa y 1.75 de estatura.

- "Profe, -se dirigía a Patiño- cuando yo me retire del acueducto me voy para el campo, me dedicaré a "la roza", porque es mi vida y no tengo que pensar tanto en la comida, ni en la vivienda, ni pagar el agua, porque allí lo tengo todo..." Era verdad, casi lo tenía todo. Pero en la trágica mañana de ese primero de mayo sus sueños se esfumaron.

El hombre que pronosticó la muerte

Al igual que el poeta Julio Flórez, el operario del acueducto de Usiacurí, Jorge Luis Rivaldo, murió con una papeletica de bicarbonato en la mano, quince días después de que el adivino del pueblo la pronosticara.

Jorge Rivaldo Pimentel iba a cumplir 32 años el 29 de agosto. Tenía seis años de trabajar: tres en el acueducto de su pueblo y otros tantos

en las antiguas Empresas Públicas Municipales de Barranquilla. Era un buen trabajador, al decir de sus compañeros. Su piel morena se tostaba diariamente con el sol canicular que cubre a este pueblo. Su contextura maciza estaba simétricamente distribuida en sus 1.65 metros de estatura. Lucía un corte de pelo al estilo de futbolista argentino: desbastado en las sienes, copete al frente y la consabida cola. Es el mismo corte que su padre Carlos usa actualmente.

Cierta tarde, Jorge Luis llegó a la casa de Porfirio Patiño, se sentó en el pretil y le dijo:

- "Profe, quiero que mis hijos jueguen al fútbol pero a lo bien hecho..."

- "Oye, York - le interrumpió cordialmente Porfirio Patiño-, tu sabes que estoy entrenando a los pelaos de acá, y por eso le dedico todos los domingos. Tus hijos y mi nieto pueden ser futbolistas famosos".

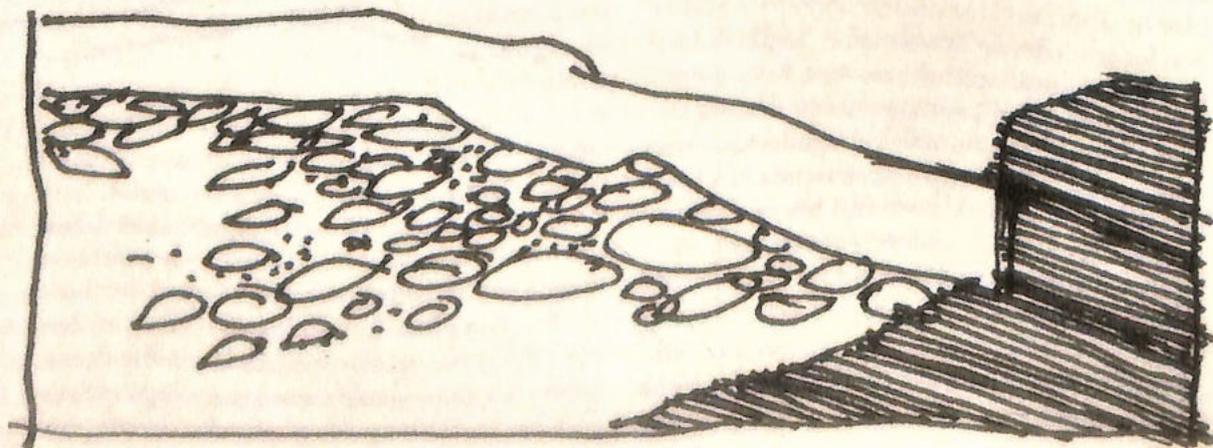
- "Profe, voy a hacer que Cristian lleve el apellido Rivaldo en su camiseta, y si juega en el Junior, mejor. ¿Tu sabes lo emocionante que es ver al jugador brasileiro Rivaldo salir del fondo y luego meter un gol?"

- "Pero, York, hay que ponerlos a practicar desde *chiquiticos* para que aprendan la técnica del buen fútbol. Los grandes jugadores como Pelé, Maradona, Valderrama y el mismo Rivaldo, comenzaron desde muy *pelaitos*. El *pibe* Valderrama desde los cinco años pateaba *bola 'e trapo* en el barrio Pescaito de Santa Marta".

- "Eso es verdad, profe".

Sus frases eran cortas. No era locuaz, por supuesto. Hablaba lo preciso. Más bien era un poco introvertido, según recuerda Candelaria de la Hoz, esposa de Porfirio, quien más de una vez lo atendió con un vaso de jugo, especialmente de guanábana con leche, el que más le gustaba.

Si él ya no podía ser futbolista, pues a sus 32 años se le habían diluido sus sueños, abrigaba la esperanza de que lo fuera alguno de sus tres hijos. Los dos mayores, Jorge de once y Luis de ocho años, en algún momento han practicado



fútbol. Pensaba que sus últimos días de vida se los dedicaría a "la roza", y por eso había abandonado la idea de ser futbolista.

El hombre que ve el aura

César Verdeza, 60 años, es delgado, tiene una figura desgarbada, de tez blanca bronceada por el sol usiacureño. Al verlo con una pequeña pantaloneta y sin camisa, se observa su magra contextura que nos recuerda "al caballero de la triste figura".

Sus piernas largas terminan en un par de *chanquetas* que alguna vez fueron azules. Nariz larga y bien definida, ojos claros que proyectan una mirada inquisidora, que se adivina detrás de sus espejuelos. Su cabello vaporoso es escaso en la parte delantera, cuyas entradas son disimuladas con un gran mechón que se desparrama hasta la frente.

Pocas veces lo pueden ver riéndose, pero César lo hace cuando su interlocutor le cae bien. Su espléndida sonrisa, descubre un par de caninos pincelados por la nicotina y la cafeína. A pesar de su apariencia, César Verdeza es una persona simpática y agradable, de fácil conversación y de un magnetismo muy particular. Nadie puede pensar que está estudiando ciencias ocultas y que ha viajado por diferentes países en búsqueda de conocimientos sobre los fenómenos paranormales. No usa turbantes ni amuletos ni adornos especiales.

Puede uno durar hablando con Verdeza tres o cuatro horas seguidas, y el tiempo vuela rápidamente atrapado por sus subyugantes historias. Son historias mágicas hilvanadas de su propia experiencia. Algunos lo conocen como "el hombre que puede predecir la muerte". Fuma compulsivamente un paquete de *Pielroja*, mientras cuenta los problemas en que se metió cuando predijo la muerte de José Agustín, quien se tomó en ron y cerveza los 70 mil pesos que su hermano le había regalado para que se hiciera el trabajo de conjurar el "aura caída".

Relaciones tormentosas

Una de las cosas que también marcó el destino final de Jorge Rivaldo Pimentel fue la separación de su esposa Ligia Pérez. Fue una relación que duró un poco más de ocho años, y ese primero de mayo cumpliría trece años de casado. Por cualquier razón no se había separado legalmente.

Con su ex esposa vivió la felicidad y la traición sentimental, y aún cuando no convivían desde hacía más de cuatro años, todo el mundo decía que

sólo la muerte los separaría definitivamente. Sin embargo, ya no había amor en la relación con su esposa. Lo pudo comprobar con aquella escena de la cual nunca se atrevió a hablar directa y francamente, ni siquiera con sus amigos cercanos. Le daba pena. Pero en un pueblo pequeño como Usiacurí, los secretos se riegan de boca en boca.

Nadie puede pensar que está estudiando ciencias ocultas y que ha viajado por diferentes países en búsqueda de conocimientos sobre los fenómenos paranormales. No usa turbantes ni amuletos ni adornos especiales.

Sotto voce se conocía que la primera mujer de Jorge había puesto sus ojos en un joven de quince años, aún cuando ella lo niega rotundamente. Este hecho, al parecer, lo llevó a convencerse de tomar la decisión de separarse definitivamente.

La estabilidad afectiva que tanto buscaba al parecer la había conseguido con su adolescente mujer Claudia Márquez.

No le importaba que fuera mucho más joven que él, y menos que la gente conocida le *mamara gallo* con la frase "a burro viejo pasto biche". El se reía, dijeron sus amigos cuando evocaron la personalidad de Jorge.

La conversación

15 de Abril, 5:30 de la tarde. El viento empieza a soplar débilmente. Las altas temperaturas del día comenzaban a perder la batalla, anunciando que muy pronto iba a anochecer. Verdeza y Claudio estaban sentados en un par de mecedoras de hierro forradas con plásticos y paja de iraca. Verdeza tejía la última artesanía del día, una especie de burrito con dos calabazos a los lados. La vivienda materna de Verdeza está ubicada en la calle "Julio Flórez". Para llegar a la casa de Julio Flórez, inevitablemente se debe pasar por donde Verdeza.

A esa hora transitaba por el lugar Jorge Rivaldo Pimentel a cumplir su tarea rutinaria como operario del acueducto. Alzó la mano para saludarlos, y de inmediato Carlos Verdeza le dijo a su amigo:

- "¡Oh! Claudio, veo muy *maluco* a ese muchacho."

- "¡Eche! ¿y cómo va a estar? No va a estar bonito..."

- "No. No, no me refiero a eso de ser bello o feo. Me refiero a otra cosa que de pronto tu no me entiendas" -le interrumpió Verdeza.

- "Ya vienes con tus *vainas* de brujerías, y yo no le veo nada anormal a ese *pelao*. Pero dime, ¿qué es lo que tu le ves?"

Carlos Verdeza detuvo por un momento su aguja de tejer y colocó en su regazo el burrito. Con la mano liberada tomó un nuevo "Pielroja", lo encendió y aspiró su humo suave y profun-

damente. Verdeza miró hacia el techo y lanzó la bocanada de humo haciendo una figura en el aire. Es una pieza en bloque común sin repellar de doce metros cuadrados, con plantilla de cemento desgastada como piso. En ese pequeño espacio caben una cama de lienzo recogida, una nevera Philips, una estufa de gas natural, dos viejas sillas de hierro y un pequeño banco de madera donde reposa un cenicero bruñido en acero; en él Verdeza restriega el último girón de su séptimo "Pielroja". Trató entonces, de responder la pregunta.

- "Mira, Claudio, cuando ese muchacho agitó la palma de su mano en forma de saludo, me pude dar cuenta que tiene el aura caída... que la sombra de la muerte lo persigue como a un fantasma".

- "¡No joda! ¿Qué es esa vaina, César?"

- "El aura es la energía que le da vida a las personas. Es su astro que le permite vivir. Y cuando una persona la tiene torcida, quiere decir que tiene problemas para seguir viviendo".

- "¿Y eso no tiene remedio?"

- "¡Claro que sí tiene remedio! El aura se puede enderezar con cierto tipo de trabajo, con algunos elementos que le hacen aumentar esa energía positiva sobre la negativa. Es como una especie de equilibrio que se debe buscar".

En la estufa comenzaba a hervir agua de canela en una pequeña olla. El dulce olor a canela empezaba a invadir la humilde estancia como una especie de ejercicio para atraer las buenas energías, y al mismo tiempo para neutralizar el olor a nicotina.

- "¿Por qué no le dijiste eso a ese *pelao*?" -le preguntó Claudio un poco sorprendido.

- "Mira, a nosotros se nos tiene advertido que no podemos hablar de esto con personas que no te lo pidan, o si no se forman muchos problemas. Acuérdate lo que sucedió con José Agustín que no le paró *bola* a mi advertencia de que tenía un mes y trece días de vida. No creyó sinceramente, y se tomó en cerveza la plata que le dieron para hacerle el trabajo de ahuyentarle la muerte. Y se murió un día antes del tiempo predicho. ¿Tengo yo la culpa de que la gente no me crea? Esto es muy serio".

Un dolor de estómago crónico

Los dolores de estómago de Jorge Rivaldo eran frecuentes. Los tenía desde que vivía con su primera esposa. La última vez que había ido donde el médico -como fue hace mucho tiempo, su mujer Claudia Márquez no se acuerda de la fecha- le recetó un antiácido a base de hidróxido de aluminio y magnesio, cuyo nombre comercial es Milanta. Claudia recuerda

que "cuando a Jorge le atacaban esos dolores de estómago me decía que le preparara una toma casera a base de bicarbonato con limón y una *tantica* de sal. Esto lo aliviaba".

Claudia Márquez se comprometió con Jorge a los catorce años. Unos meses después nació su hijo Cristian. El niño pudo disfrutar de su tercer cumpleaños al lado de Jorge Rivaldo. Claudia se atormenta cuando su hijo le pregunta "¿Pa' dónde se fue papá?". Ella no sabe qué responderle, pues tampoco sabe por qué ocurrió la muerte de su marido. Ahora se abstiene de hablar de ello. Desde de que ocurrió el fatal hecho, no ha regresado a la casa que compartían. Al estar allí la invaden los recuerdos que le punzan, su joven corazón. Quiere huir de ellos; no acepta largas conversaciones sobre la muerte de Jorge.

En la casa de los Márquez aceptaron el amor de Claudia y Jorge Rivaldo cuando ya esperaban un bebé. Con la llegada de Cristian, se olvidó, por ejemplo, que Jorge Luis Rivaldo estaba casado, que tenía dos hijos y que había tenido problemas con su esposa. La mamá de Claudia es joven, no pasa de los 37 años, y en estas difíciles circunstancias le ha servido de gran apoyo. Claudia vive con ella desde el fatídico primero de mayo. Ahora trata de mirar el futuro y ver la manera de criar a Cristian.

Una de las cosas que más recuerda Claudia de su difunto marido es la constante molestia estomacal. A veces se tenía que levantar a media noche para prepararle el consabido remedio: bicarbonato, limón y sal disueltos en un vaso con agua. El bicarbonato lo tenían siempre a mano, tanto como en la casa de los padres de Jorge Rivaldo lo vendían al menudeo. "La Fe en Dios", quedaba a dos casas de la de Jorge y Claudia. Pero desde que en octubre de 1999 hubo un deslizamiento de

tierra y la casa de la tienda se vino abajo como muchas otras del sector, el remedio lo iba a buscar a la casa de su abuela adonde habían trasladado la tienda, ubicada a más de cinco cuadras arriba, casi llegando al barrio "Julio Flórez", de Usiacurí.

Carlos Rivaldo y Narcira Pimentel, los padres de Jorge, lograron reponerse de la caída de su casa. Inicialmente se instalaron donde la mamá de Carlos. Después de Semana Santa terminaron de construir un apartamento en el solar del lado. Algunos vecinos les ayudaron a trasladar los chécheres y todas las mercancías de los estantes, entre ellas, dos frascos bocones de cristal que antes eran envases de salsa de tomate. Uno tenía el rótulo en papel adherido con cinta pegante con la siguiente palabra impresa: bicarbonato. El otro no tenía

"El aura es la energía que le da vida a las personas. Es su astro que le permite vivir. Y cuando una persona la tiene torcida, quiere decir que tiene problemas para seguir viviendo".

rótulo. Pero Carlos sabía que allí estaban las papeletas de Lannate. En el traslado se cayó el papelito que lo identificaba. Y por esos azares de la vida, se destapó con el movimiento y se cayeron varias papeletas del veneno. Alguien en forma distraída, las depositó en el frasco bocón que decía "bicarbonato". Eso fue entre el 19 y 20 de abril del 2000.

"La fe en Dios" era la única tienda donde vendían Lannate en toda la región. Pesar de que la venta de este fatal producto era libre, Carlos tenía unos códigos especiales. Solamente se lo entregaban a personas mayores y conocidas que poseían alguna tierra sembrada y debían explicar cual sería su uso. Una vez llegó un mozalbete de 18 años a la tienda "La Fe en Dios", y esto fue lo que sucedió:

- "¿Señor Carlos, me vende una papeleta de *anate*?"
- Los campesinos le llaman así.
- "¿Quién te lo mandó a comprar?"
- "Mi papá, señor Carlos".
- "Bueno, dígame a su papá que venga personalmente y con mucho gusto le vendo esa *vaina*. Pero tu eres muy *pelao* para comprar esto".
- "Pero es que mi papá está muy ocupado".
- "Entonces que venga él personalmente cuando se desocupe. ¿Te parece?"
- "Está bien, señor Carlos".

La noticia

Quince días después de la conversación con Verdeza, Claudio llegó corriendo muy temprano a casa del hombre que ve el aura, y le dijo:

- "¡Mierda, César! Tu si eres la verga. Acaba de morir ese muchacho".
- "¿Cuál muchacho?"
- "Ese... el que tu dijiste que tenía el aura torcida".
- "¡Mierda! ¿Y eso cómo fue?"
- "De la forma más extraña. Todavía los médicos no han dicho nada oficialmente. Murió como si se hubiese ahogado, pero..."

Claudio le siguió explicando la primera versión sobre esa rara muerte que nadie se podía explicar.

La tragedia del primero de mayo

Cuatro días después de Semana Santa, y cuatro días antes de la muerte inesperada de Jorge Luis Rivaldo, sucedió un hecho que en otras circunstancias hubiese pasado inadvertido. Porfirio Patiño, su compañero de trabajo, se sentía un poco indispuerto. Tenía dolor de estómago y diarrea. Cuando terminaban su turno en el acueducto, Jorge Rivaldo le preguntó:

- "¿Profe, qué le está atacando?"
- "Tengo unos retorcijones en el estómago y en las tripas. Algo me tuvo que sentar mal. No me acuerdo qué comí, qué me cayó mal. Parece que voy a coger cama, viejo York".
- "¡Mierda! Profe. Yo tengo un remedio muy efectivo para los dolores de estómago. Mi mamá siempre me lo hace".

- "¡Ajá! ¿Cuál es?"

- "Tu coges una papeleta de bicarbonato, un limón y un poquito de sal, y se lo echas a un vaso de agua, y te lo tomas, y te aseguro que en poco tiempo te quita esa *maluquera*".

- "¿Seguro?"

- "¡Claro! Eso es efectivo, ya te lo dije. A mi me quita el dolor de estómago de inmediato, profe. Si quieres yo te llevo varias papeletas de las que hay en la tienda de los viejos".

Al llegar a casa, los dolores estomacales se intensificaron y se le empezó a complicar la situación a Porfirio Patiño, por lo cual su esposa Candelaria de la Hoz, decidió llevarlo al Centro de Salud de Usiacurí. La médica de turno, Natalí Moisés, ordenó internarlo para hacerle el tratamiento. Aunque sólo duró un día tirado en la cama, fue visitado por su camarada de trabajo, Jorge Luis Rivaldo Pimentel, quien no se molestó porque Porfirio no esperara las papeletas de bicarbonato que le había prometido. Jorge nunca se imaginó que en menos de una semana la misma doctora lo iba a atender pero en otras circunstancias, muy infortunadas para él, y que su compadre fuera el primero en conocer la trágica noticia.

El día anunciado

Primero de mayo. La noche anterior no había sido buena para Jorge Rivaldo porque se había quejado un poco de los dolores en el vientre. Pero no tenía el consabido bicarbonato, y le daba pena despertar a su mamá a medianoche. Regresó a su casa después de abrir la válvula para llenar el pozo uno.

A las 5:05 de la mañana volvió a despertarse. En esta oportunidad no llamó a su mujer. Cruzó la estancia en puntillas para evitar hacer ruido. Le puso candado a la puerta que da a la calle, y bajó la loma donde se encuentra ubicada su vivienda.

A esa misma hora su amigo Porfirio Patiño había terminado su jornada. Siempre se encontraban cuando estaban de turno. Muchas veces se convidaban para abrir o cerrar algún control. Pero en esta oportunidad Porfirio se fue a buscar la comida para el perro de la casa. Todo parecía normal. Nada indicaba que algo *maluco* iba a suceder.

Los dos amigos se encontraron por última vez a las 5:20 de la mañana. El uno subía y el otro bajaba la empinada calle *Julio Flórez*. Entrecruzaron un breve diálogo, al término del cual se despidieron como siempre. Pero en la conversación hubo una frase que le llamó la atención a Patiño: "voy a cerrar la última válvula".

Cerró la llave. Quizás no tardó diez minutos en ese acto. La luna ya se había ocultado. Los gallos comenzaron a cantar. El alba empezaba a despuntar. La fachada de la casa donde vivió y donde yacen los huesos del poeta, aparecía pincelada por los primeros y débiles rayos de luz que apenas alumbraban la negruzca tinta de dos poesías plasmadas en un amarillento papel adherido con cinta pegante a la pared de madera.

Jorge Luis Rivaldo dio media vuelta. Ya no necesitaba la linterna para ver a su alrededor. Al dar cinco o seis pasos, se detuvo por unos minutos frente al busto en honor del poeta Julio Flórez, en cuyo pedestal pudo leer este *in memoriam* titulado "Ego sum":

*Es esta la imagen fría/ de un poeta extravagante/
que sin fuerza de gigante/ soñó ser gigante un día,/ pero
que tras lucha impía/ mustio y rendido cayó/ pues apenas
consiguió/ avivar más su deseo/ y ser tan solo un pigmeo/
que aún sueña en lo que soñó.*

Al leer el texto lapidario probablemente un escalofrío le corrió por todo el cuerpo, porque a algunos de sus amigos les había dicho que "Ego sum" le ponía la carne de gallina. Y una hora antes de su muerte, varias personas lo vieron detenerse frente a la última morada del flemático poeta. Quizás también era su despedida de este mundo.

Subió la calle, ya de vuelta, aproximadamente a las 5:45 de la mañana. Fue la hora en que lo vio por última vez César Verdeza, "el hombre que tiene la capacidad de ver el aura".

Pasadas las seis de la mañana, Jorge Rivaldo llegó con su ropa de trabajo a la casa de sus padres, que a esa hora empezaban a abrir las puertas de la tienda "La fe en Dios". En ese momento su mamá Narcira Pimentel se encontraba un poco ocupada. Narcira, 52 años, de baja estatura, de rolliza contextura, pelo negro acanado y mirada triste, no sospechaba lo que le depararía la vida en los próximos minutos a su querido hijo.

- "Mami -le dijo un tanto desesperado Jorge Rivaldo- ¡vengo con unos dolores de barriga!"

- "¿Desde cuándo tienes esos cólicos?"

- "Desde anoche. ¿Tienes bicarbonato?"

- "Sí, mijo. Allí está, en el frasco bocón. Ve y cógelo".

En el apartamento recién construido donde funciona la tienda no se escucharon, por un momento, más voces. El atrayente aroma de café perfumaba el aire al interior de la estancia. Esa mañana no podía probar el tinto de mamá. ¿Cómo iba a probarlo con esos cólicos de mil demonios que cada vez eran más fuertes? Pero allí estaba mamá recetándole el reiterativo remedio casero. Lo de siempre: bicarbonato, limón y sal.

La luz de la estancia era difusa. Pero casi mecánicamente llegó al estante donde supuestamente estaba el frasco bocón. Efectivamente lo encontró. Metió la mano, y entre el índice y el pulgar, atrapó trabajosamente una papeleta. Con cierta dificultad sacó la mano. Luego se agachó para tomar un limón, lo partió en dos con el cuchillo de relajar la carne. Se trasladó a la cocina de la casa de la abuela, que estaba al lado, a preparar la toma. Asió un vaso y lo llenó de agua hasta la mitad. Le vació la papeleta del supuesto bicarbonato, le agregó sal y le exprimió las dos tapas de limón. Con

los dedos de la mano derecha revolvió el contenido hasta disolverlo. Tomó el vaso y lo empujó hacia la boca. El primer trago se deslizó rápidamente sobre su garganta. Sintió que le quemaba. Al llegar al estómago, ya el segundo trago venía encima, e instintivamente Jorge lo expulsó con violencia. Pero ya era tarde... el primer trago había llegado al estómago, y solo atinó a gritar con angustia y desesperación:

- "¡Mami, esto no es bicarbonato!"

Alcanció a dar varios pasos y finalmente cayó dando quejidos guturales. Las convulsiones atormentaban su cuerpo. Trataba de respirar y no podía. Trataba de hablar y no podía. Se llevaba las manos al cuello como si tratara de quitarse desesperadamente algo que le impedía respirar.

Narcira corrió al escuchar el grito de Rivaldo.

- "¡Santo Dios! ¡Mijo! ¡¿Qué te pasó? ¡¿Que te tomaste?!"

Pero Rivaldo no contestaba. No podía contestar. Tenía cerca la sombra de la muerte. Narcira y otros familiares lo acostaron en la cama; su piel se fue poniendo amarilla negruzca; los labios morados apenas temblaban y sus ojos empezaban a desorbitarse. Por fin, llegó el jeep donde lo iban a transportar moribundo.

El diagnóstico médico

6:30 de la mañana. Centro de Salud de Usiacurí. La noche estuvo calmada pese a ser domingo para amanecer lunes festivo. Todo indicaba que nada cambiaría esa pasividad propia de la población atlanticense. El personal médico y paramédico dormitaba. A las 7 de la mañana terminaba el turno. En el libro de registro solo aparecía un caso. La doctora Natalí Moisés, médica de turno, estaba revisando algunos documentos.

- "¡Un intoxicado! Trajeron un intoxicado, doctora" - tronó el joven vigilante, rompiendo el silencio.

La doctora bajó con rapidez las dos escaleras hasta llegar al consultorio ubicado en el primer piso. En la cama yacía Jorge Rivaldo Pimentel. La doctora lo examinó en el acto, y comprobó su estado cianótico: coloración de la piel azul-negruzca, cara desencajada, ojos desorbitados. Ya su cuerpo no convulsionaba, ni tampoco mostraba señal de vida. Para tener certeza en su diagnóstico, la doctora Natalí mandó a buscar un reconocido médico de la localidad que vive cerca del Centro de Salud, y que por un tiempo estuvo vinculado a él.

A las 6:30 de la mañana, el diagnóstico fue concluyente: el paciente llegó muerto. El médico se lo comentó a Porfirio Patiño, quien había llegado un instante después. En la sala de espera estaban Narcira y otros familiares. El médico se les acercó y les dio la fatal noticia.

- "¿Qué había tomado? ¿Qué había comido?"-, eran las preguntas de los médicos. Mandaron a buscar la papeleta vacía; la trajeron junto con el frasco bocón de donde Jorge Luis la había sacado. Extrajeron dos más de su interior, y la sustancia era la misma: Lannate.

A las once de la mañana le hicieron la necropsia. "Murió de un paro respiratorio y paro cardíaco causado por una sustancia tóxica...", reza en el informe médico.

- "Si, fue una muerte horrible"- comentó un parroquiano dentro del tumulto que se formó a la entrada del Centro de Salud. Otro dijo: "el que a hierro mata a hierro muere", y recordó los animales que habían muerto en esa misma forma.

La gente decía que su día de morir era el primero de mayo, y no otro. Era una muerte fatalmente augurada. "¿Por qué a él y no a otro?" se preguntaban las personas que se reunían en la conversación.

Alguien recordó que en Usucurí algunas cocineras suelen echar bicarbonato a los frijoles para ablandarlos. ¿Qué tal si en la tienda en vez de bicarbonato le hubiesen dado por equivocación Lannate a alguna de las que usa este truco de cocina casera? Nadie quería pensarlo. Un anciano muy flaco respondió: "al que le van a dar le guardan". ¿Estaba el destino prefabricado para Jorge Rivaldo?

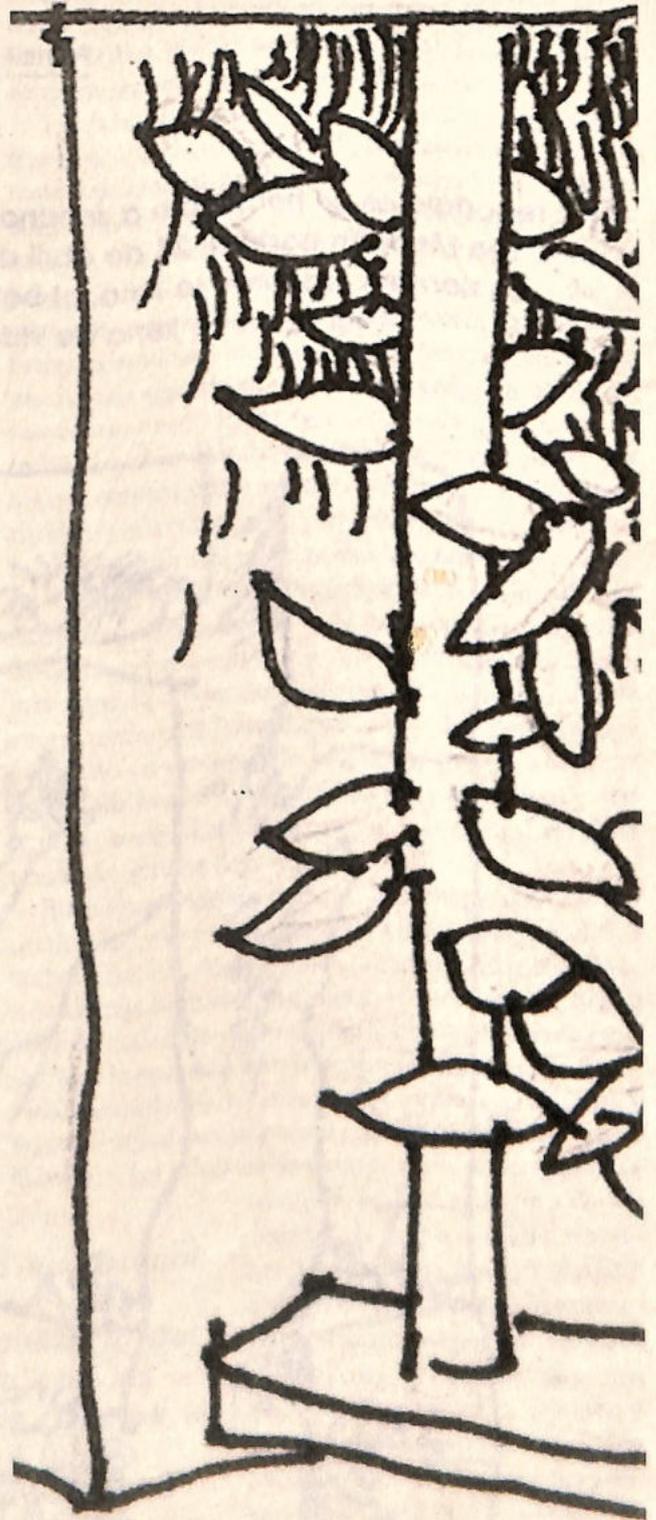
El pueblo hizo sus propias reflexiones. En el último ritual religioso de la muerte de Rivaldo, cuando ya el sacerdote Jorge Ruiz, párroco de la iglesia Santo Domingo de Usiacurí, había oficiado la misa por el descanso eterno de su tocayo, un campesino que tiene experiencia en el uso de esa sustancia venenosa, le dijo a un reducido grupo de contertulios:

- "Miren, si el muchacho se hubiese tomado todo el vaso de agua y no un sorbo, tal vez estuviese vivo. Es que el veneno hace más efecto con una sola gota que con un libra". Ante esa categórica afirmación, César Verdeza respondió dubitativamente:

- "No hubiese muerto en unas circunstancias normales. Pero la muerte le perseguía, y de mil personas, él hubiese sido el escogido".

Allí permanecía su cuerpo inerte, mustio y cianótico en su rápido tránsito al más allá. "Los sueños en que soñó" se esfumaron por encanto del destino. Ya no podía cuidar más "la roza"; ya no podía librarse de los animales *malamañosos*; ya no podía ser feliz como en las épocas de infancia cuando jugaba *pelota 'e trapo* con los demás chicos en las quebradizas calles de Usiacurí. Todo había terminado para él. - "¿Por qué nos ocurrió esta tragedia?" - se preguntaba Carlos Rivaldo, padre de Jorge Luis.

A las 9 de la noche de ese fatídico día, su cadáver era alumbrado por cuatro cirios y una lámpara de luz amarillenta que se reflejaba pálidamente sobre una corona floral y ramilletes de diferentes especies y matices: azucenas, astromelias, margaritas y pompones. Y en un rincón de la humilde y aseada estancia estaba un improvisado altar adornado por un Cristo de madera con un puñado de flores de coral rojo. En tanto en el fondo se escuchaba un réquiem por el descanso eterno del difunto. ■



Johana

Patricia Nieto Nieto

Este reportaje es un homenaje a Johana María Zapata Muriel, una joven que vivió en Medellín hasta el 23 de abril de 2002 cuando decidió apagarse. Su nombre recuerda la luna, el baile, la risa, la soledad y la renuncia. Aquí aparece llena de vida, dos años antes de morir.



Un poco después de las tres, cuando el cielo comienza a teñirse de azul, un viento helado golpea las montañas que rodean a Medellín. En La Cruz, un retoño de la comuna nororiental, la brisa del amanecer dobla pinos y guayabos, levanta techos de zinc y paredes de plástico, congela los pies de los dormidos y las voces de quienes a esa hora se trenzan en cantos, bailes y besos. La primera en apagarse es la voz de El Mono, un *disc-jockey* que hace dúo con los reyes del vallenato y traduce al español las letras del *raga*. Después, cuando la grabadora de cuatro parlantes deja de sonar y se extinguen viejas conversaciones empañadas por el alcohol, las voces hirientes de Yuli, Tita, Liliana y Johana prolongan las despedidas.

Yuli es una muchacha de voz metálica, nariz de muñeca y cachetes abultados que conoció el licor en su fiesta de quince años. De la única noche en que estuvo vestida de princesa le quedaron los recuerdos de un vestido de satín rojo, del vértigo de caer por una escalera que comunica tres pisos, y del ardor que deja el brandy al pasar por la garganta. De Tita se enamoran porque su cabello negro y lacio le cubre toda la espalda. Cuando camina en contra del viento su rostro pálido se perfila como para una fotografía de portada y sus manos heladas buscan refugio en una inmensa chaqueta de dril forrada en lana de oveja. Liliana, en cambio, soporta el frío con un valor sobrecogedor. Sólo una camiseta de franela al ombligo y un pantalón de dril muy ancho la separan del choque directo con el viento. Tal vez por ese traje desprovisto de felpas e impermeables parece desvalida y temerosa. Johana, la mayor del cuarteto, apenas alcanzó un metro con cuarenta y cuatro centímetros. Al momento de la despedida dicesimplemente ¡*Chao!* porque sus pulmones desgastados por el humo y el esfuerzo del baile no soportan una frase más.

Yuli, Tita y Liliana comienzan el ascenso por la empinada carretera que llega a la cancha de fútbol. Allí sueltan las últimas carcajadas de la noche de fiesta que expira y se van por los caminitos de tierra y piedra que las llevan a sus ranchos. Johana, en cambio, trata de controlar la velocidad que alcanza su cuerpo cuando comienza el descenso por la carretera en forma de tirabuzón que los vecinos de La Cruz se demoraron diez años en construir. A veces imagina que descende por un tobogán a toda velocidad o que una montaña rusa le ofrece una de esas caídas libres que destemplan las piernas y agitan el corazón.

Las palpitaciones le golpean el pecho cuando se detiene en el cruce de la carretera con el camino de los pinos para mirar a Diego y decirle, con el brazo en alto, que será hasta una semana después. Por el camino pantanoso, estre-

cho y todavía oscuro camina con dificultad. Trata de pisar las piedras que funcionan como un enchape rústico sobre el sendero de aguas estancadas, pero, a veces, su pie caliente después de siete horas de baile se contrae al contacto con los charcos. Brinca por unas escalas labradas en el barranco y cae en el patio de su casa donde reposan dos perros y un pájaro. En puntillas se abre paso entre el jardín que conoce de memoria y alcanza la puerta entreabierta.

Tendida sobre su catre azul, y para entretenerse mientras la vence el cansancio, Johana repara otra vez los rostros de quienes ha elegido para entrar en los sueños. Ricky Martín aparece sonriente en el ángulo que forman las dos paredes que sirven de nicho a su cama. Johana entorna los ojos para mirar al hombre que al mover la cadera al ritmo de *La Copa de la Vida* le confirmó su intuición sobre lo que es la sensualidad. Desde una lámina gigante pegada casi en el cielo, Enrique Iglesias reina sobre Johana tirada de mala gana sobre su lecho de pobre. Iglesias tiene el lunar mejor puesto de los que conoce y eso, aunque no sabe cantar, le da méritos para estar en el lugar privilegiado de su galería personal. Después siguen, en posiciones menos importantes, Carlos Ponce, Shakira, el diploma de quinto de primaria, dos angelitos y decenas de fotografías pequeñas de cantantes que son flor de un día. Al final del muro, justo donde descansan sus pies, está la fotografía de cuerpo entero de John Zapata, el tío que ya difunto se convirtió en un ángel de la guarda. Frente a esa cara manchada por los soles de Santa Rita de Ituango y esas manos cuarteadas por el cemento, los humores de la noche de fiesta se desvanecen.

Envuelta como un caracol, Johana parece más pequeña. El contacto del vientre tibio con las rodillas todavía heladas le produce el último escalofrío de la noche más feliz de la semana, y el calor que siente cuando rodea las piernas con los brazos le hace pensar que la soledad entró en una semana más de su vida. Lejos del baile, la rosa roja, repleta de pétalos y espinas tatuada en su pierna izquierda, no tiene quien la mire, y las iniciales de sus nombres dibujadas para

Envuelta como un caracol, Johana parece más pequeña. El contacto del vientre tibio con las rodillas todavía heladas le produce el último escalofrío de la noche más feliz de la semana, y el calor que siente cuando rodea las piernas con los brazos le hace pensar que la soledad entró en una semana más de su vida.

siempre, una en cada uno de los dedos de la mano derecha, no tienen quien las nombre. Y si nadie acaricia su rosa y si nadie pronuncia su nombre es porque no existen. Johana murmura un Padrenuestro por el tío muerto y ensarta uno a uno los rezos por los cuñados muertos, por los amigos muertos, por los vecinos muertos, por los que ya no existen. Y así... de rezo en rezo se queda dormida con los labios secos.

Las respiraciones de domingo por la mañana, pesadas y calientes, adormecen a quienes intentan levantarse antes de la seis en la casa

de Johana Milena Zapata Muriel. La primera en darse vuelta sobre su propio sueño es Herminda Muriel, una mujer blanca y tranquila, que ha pasado más de la mitad de sus cuarenta años sirviendo en casas ajenas y pariendo hijos. Todavía vende empanadas, chorizos y buñuelos para los trasnochadores de domingo y todavía le faltan tres meses para tener en sus brazos a quien destronará a Johana de su lugar de niña entre los Zapata Muriel. A su lado, Germán Danilo Zapata duerme profundamente aunque los primeros rayos del sol entran por la ventana. El papá de Johana es un hombre rudo a quien después de quince años en Medellín se le perdió el reloj natural que traen los campesinos al nacer y que les sirve para acostarse con las aves y levantarse con el sol. Nadie en La Cruz puede esperar que en la tienda de Danilo le vendan una pasta de chocolate antes de las ocho de la mañana, pero todos recurren a él cuando una urgencia los acosa casi a la media noche.

El primero en abrir los ojos en la casa azul rodeada de pinos y cafetales es Germán, el único hermano de Johana que a los dieciocho años todavía depende de Danilo. Hace pocos meses

En la vetusta Ford nadie habla. Los hombres secan sus caras con pañuelos blancos, huelen a lociones ordinarias y cuando respiran expelen un vapor que se confunde con la neblina. Las mujeres usan lentes de sol para que nadie vea cuánto han llorado y sobre sus labios han puesto colores tristes.

dio sus primeros pasos hacia la independencia: con tablonés y tejas de zinc construyó una habitación anexa al cuerpo de la casa, pero completamente independiente. Pasa las primeras horas escuchando rock sin molestar a los demás, y sólo se levanta cuando el calor lo saca de su *suite*. Cuando llega a la cocina sólo quedan los restos de los desayunos de los más madrugadores. Mordisquea un pan, levanta la cortina que sirve de puerta a la habitación de Johana y la contempla dormida con su rosa roja al aire y con sus dedos heridos de estregar

ropas ajenas aprisionados entre sus anillos de lata. La niña está dormida y triste como una cenicienta desdichada que no se apresura en arreglos y perfumes porque sabe que tampoco este domingo llegará un príncipe azul.

Soledad es lunes

El único día que la camioneta Ford azul celeste baja llena desde el morro de La Cruz es el lunes. Los tierrudos, como llaman en Medellín a quienes viven manchados del polvo amarillo de los barrios altos, prefieren bajar corriendo por

trochas y caminos antes que pagar doscientos pesos por llegar con el corazón y los zapatos sanos a la terminal de buses de Manrique Oriental. Pero el lunes a las seis de la mañana, los pasajeros pelean por un asiento en el oscuro y maloliente volco acondicionado para más de quince personas. Johana, con el cabello húmedo adherido a su espalda y las ojeras apagándole los ojos, viaja prendida a una varilla negra y fría.

En la vetusta Ford nadie habla. Los hombres secan sus caras con pañuelos blancos, huelen a lociones ordinarias y cuando respiran expelen un vapor que se confunde con la neblina. Las mujeres usan lentes de sol para que nadie vea cuánto han llorado y sobre sus labios lucen colores tristes. En los cinco minutos que dura el descenso por la carretera, pavimentada a punta de convites y bazares, las sonrisas son escasas.

Las mañanas de los lunes los hombres pierden su condición de futbolistas de barrio, bailarines de *rap* y don juanes y se uniforman con las caras de albañiles, vendedores ambulantes y porteros. Las mañanas de los lunes las mujeres viajan vestidas de recicladoras, cocineras y aseadoras de edificios. Cuando van en el colectivo no son futbolistas de domingo, ni peluqueras de vecinas, ni niñeras de sus hijos. Johana no es más la bailarina de merengue y vallenato. Es, desde esa hora, una más entre las empleadas del servicio que bajan de los barrios pobres de Medellín a buscar su puesto en una cocina.

La primera vez que Johana viajó en la Ford azul sintió un gusano picando en la garganta y se tragó las lágrimas antes de que rodaran por sus pómulos salientes y trigüños. Fue en febrero de 1998 cuando en lugar de vestirse con la blusa blanca, la falda a cuadros y los zapatos negros que la convertían en colegiala, escogió un jean desteñido y una camiseta ombliguera para acudir a su primer día de trabajo. Herminda Muriel, sentada en la tienda donde su marido vende cuadros de jabón y pañales desenvueltos, recuerda esa mañana: "Nosotros ya le teníamos el uniforme, los útiles y zapatos nuevos pero ese día nos dijo seriamente que no iba a estudiar. Ella no volvió al colegio porque perdió séptimo. Tenía que repetir y no quiso volver a estudiar. Trabajar en casas es muy horrible. Yo considero a Johana. Yo le rogué esa mañana que no se fuera a trabajar, pero ella me contestó que le gustaba más la plata que el estudio".

Danilo Zapata, resignado a que la cuarta de sus hijas tomara el mismo oficio que las mayores, no quiso estar presente para la despedida. "Yo no pensaba que a ella le diera por trabajar a los quince años. Yo lo único que quería era que ella estudiara. No se cuál fue la idea que ella tuvo. Comida no le faltaba, ropa tampoco y tenía su

calzado. De repente le dio ese arrebató de irse a trabajar. Está bien, que lo haga, pero a conciencia de ella. No me gusta que trabaje, pero tampoco me gustaría tenerla en la casa. No me gusta que se vuelvan perezosas. Sin oficio se vuelven unas vagas. A lo último les resulta un amigo y vamos a esto... y arrancan”.

Germán permaneció en su cuarto mirando los afiches, las fotografías y los dibujos a lápiz que cubren las ranuras de las tablas mientras Johana atravesaba el patio enterrado rumbo a la Ford azul celeste. La sintió alejarse y permaneció en silencio porque no tenía nada que decir. “Ella se salió del colegio porque quedó nivelando tres materias -cuenta Germán mientras acaricia las cuentas de la camándula que le cuelga del cuello. -Yo no sé... eso... que trabajara siquiera en otra cosa. Es que todas las hermanas de uno trabajando es en cocinas... no... no aguanta ¿si o no? Que trabaje si quiere, pero en una cosa más... cómo le dijera. Es que la cocina es la profesión de hoy en día y eso no aguanta”.

Johana brincó por las escaleras labradas en el barranco y recorrió el camino de los pinos sin mirar atrás. Cuando la Ford comenzó el viaje lento, contempló el camino que lleva al Colegio Integrado La Cruz. Y viéndolo, pedregoso y empinado, volvió a decir: “el colegio es un gastadero de plata. A mí ya se me olvidó todo. Eso es perder plata. Allá lo regañan a uno y lo gritan, pero no le dan plata. En cambio en el trabajo me van a regañar y me van a gritar, pero me van a dar plata”. Con ese pensamiento dejó atrás el barrio rústico donde había sido feliz.

Una casa que tumbaba el viento

Cuando Danilo Zapata llegó con Herminda, las cuatro niñas y Germán, el camino hacia La Cruz era trocha de mulas. La energía robada de los barrios vecinos sólo alcanzaba para prender un bombillo en cada casa, el humo del petróleo quemado provocaba frecuentes estornudos y el agua llegaba desde la quebrada La Honda por mangueras tendidas como serpientes en los barrancos. Al comienzo de los años ochenta, La Cruz no era exactamente la finca para cultivar que les ofrecieron, pero sí el lugar para plantar una familia después de *andareguinar* por fincas del eje cafetero y por piezas y casuchas en San Javier, un barrio del occidente de Medellín.

Mientras Herminda Muriel da vuelta a los buñuelos que se doran, recuerda los primeros días en La Cruz. “Un tío nos dijo que iba a comprar por acá una finquita para que nosotros la cuidáramos. Hicimos un ranchito todo malo y nos metimos ahí. La luz era de contrabando. Y el tío dijo: ‘como tengo tantos lotes les voy a vender uno’. Los solares eran a cinco mil pesos. Ya vien-

do que nosotros trabajábamos y no alcanzábamos a pagarle me dio la escritura del solar. El compró el lote como en veintidós mil pesos y me regaló un solar”. Danilo interrumpe diciendo: “ese lugar era como en forma de unos potreros, empezamos a hacer el banqueo y después hicimos el ranchito de tablas. Ya teníamos a Germán y a Johana, más las tres niñas de ella por de aparte. La mayor era Liliana que tenía seis años, Dolly tenía cinco años, Sandra un poquito menos. Seguía Germán y después Johana que cumplía un año larguito”.

La casa era un salón construido con tablones forrados en fieltro negro y techado con una lata de zinc que producía gran estruendo con el viento y con la lluvia. Germán cierra los ojos y recuerda: “cuando éramos pequeños nos manteníamos enterriados. Era un barrio empolvado. Yo me mantenía con mi hermanita; jugábamos de todo. Había muchos árboles. Era un rancho de tablas todo. Era un ranchito con piso de tierra”. En la memoria de Johana aparece “una casa grande, de madera, de teja de lata que dicen y teníamos muchos animales: gallinas, perros... Desde el cafetal donde jugábamos se veía la casa. Era una casa que tumbaba el viento.”

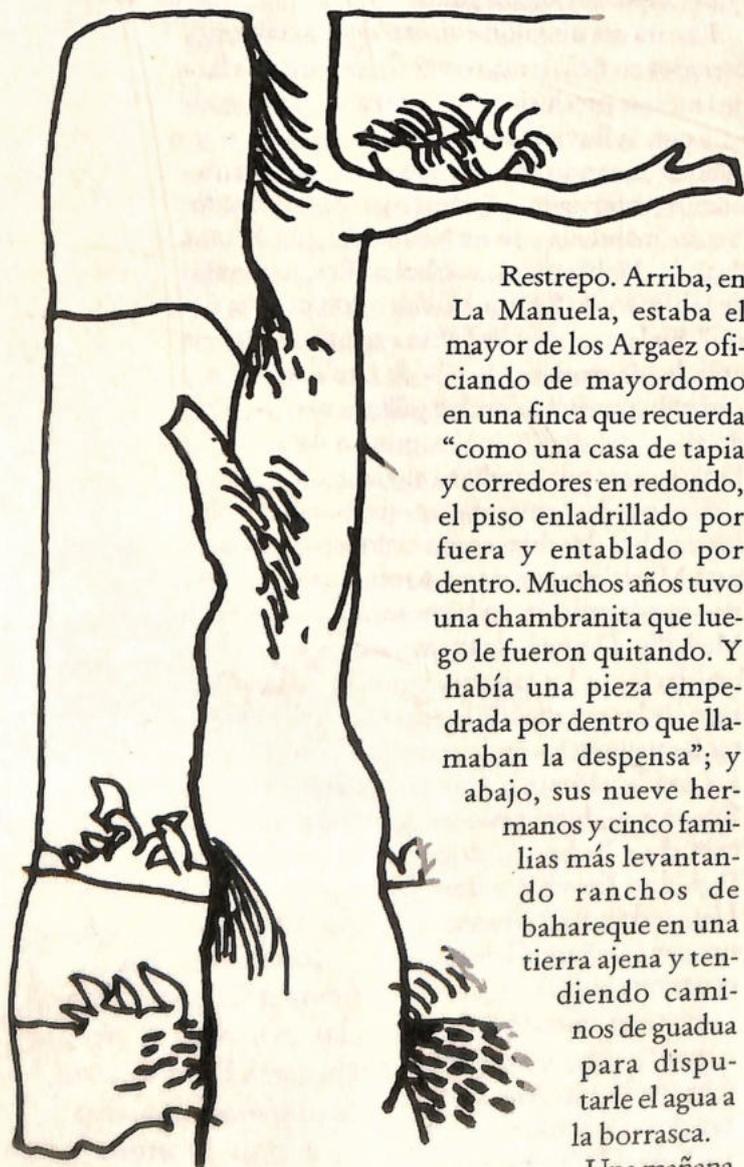
Fue por las tempestades -que pasaban sobre los ranchos de tablas como ciclones- que los Zapata Muriel empezaron a hacer parte de ese barrio que germinaba en la comuna nororiental de Medellín. Después de los aguaceros se ponían a prueba todos los saberes. Unos se dedicaban a reparar las cuerdas de la energía, otros a empujar las mangueras arrastradas por la corriente, y los demás a levantar paredes y asegurar techos. Era en esas duras pruebas de la vida que aparecían don Roberto, don Joel, don Enrique y don Hernando a dar instrucciones con la seguridad de los experimentados.

Fue al comienzo de los ochenta, cuando ciento diez familias armaron sus ranchos en el morro, que las lluvias comenzaron a causar estragos. Antes, cuando en la finca La Manuela vivían los Restrepo, los Arguez, dos leñateros y un carbonero, las lluvias se recibían como una bendición para los sembrados de tulipanes, lirios, campanitas rojas, dalias y claveles que eran el orgullo de la casa. Pero eso ocurría en los sesenta

Las mañanas de los lunes los hombres pierden su condición de futbolistas de barrio, bailarines de rap y don juanes y se uniforman con las caras de albañiles, vendedores ambulantes y porteros. Las mañanas de los lunes las mujeres viajan vestidas de recicladoras, cocineras y aseadoras de edificios.

cuando La Cruz era una montaña sembrada de pinos, guayabos, matasanos y arrayanes; y Hernando Argaez era un muchachito de catorce años a órdenes de don Andrés Restrepo, el dueño de la loma, el dueño de la finca La Manuela.

Don Andrés, un hombre canoso, pecos, pequeño y de piel roja, ordenaba a Hernando limpiar zanjias para que el agua corriera con fuerza, despejar caminos porque la maleza impedía el paso y desyerbar jardines que habían sido durante toda la vida el motivo de desvelo de los



Restrepo. Arriba, en La Manuela, estaba el mayor de los Argaez oficiando de mayordomo en una finca que recuerda "como una casa de tapia y corredores en redondo, el piso enladrillado por fuera y entablado por dentro. Muchos años tuvo una chambranita que luego le fueron quitando. Y había una pieza empedrada por dentro que llamaban la despensa"; y abajo, sus nueve hermanos y cinco familias más levantando ranchos de bahareque en una tierra ajena y tendiendo caminos de guadua para disputarle el agua a la borrasca.

Una mañana cuando Hernando Argaez estaba en su eterno oficio de destapar caños, vio a don Andrés subir armado con una cabuya larga y una pala. Ante la presión de las familias de abajo había decidido lotear su finca y para eso necesitaba marcar los terrenos y pensar en los precios. La noticia del loteo de La Manuela bajó por Aranjuez y Manrique como una gran primicia. Por ella llegaron más Argaez, y junto a ellos los Manco, los Calle, los Henao y los Quintero. Con don Joel Quintero se inició la construcción de un camino que trepó la montaña y por ese camino, subie-

ron decenas de nuevas familias que cogieron tierra y levantaron casas sin permiso. Tanto forcejeó don Andrés para que le pagaran, y tanta fuerza hicieron ellos para no dar ni un centavo, que un día el viejo se fue y nunca regresó.

Las veinte familias que en 1970 habitaban La Manuela, construyeron un tanque revocado para almacenar el agua y dos lavaderos a donde las mujeres acudían por turnos. A partir de 1978 cuando el gobierno aprobó la construcción de una carretera para comunicar al morro con Manrique Oriental, que era lo mismo que unirlo a Medellín, más familias en busca de tierra comenzaron a subir como en romería.

Unos fabricaron sus casas cerca al pantanoso camino de don Joel por donde pasaría la carretera. Los que no alcanzaron ahí, lo hicieron en colinitas con buena vista o en lugares planos donde el viento no golpeará con furia. A los últimos en llegar no les importó dónde. Compraron a quien les vendiera y a como les vendiera. Al llegar los años ochenta, cien casas estaban conectadas ilegalmente al alumbrado público de Villa Roca, y para sostener los cables, en un recorrido tan largo y empinado, el camino estaba sembrado de crucetas. Por eso al barrio comenzaron a llamarlo Las Cruces.

En el morro cada quien carga su cruz, se escuchaba decir en esos días y era verdad. A los "tierrudos" les costaba mantener su casa en pie, construir una carretera de apenas tres kilómetros, librarse de la violencia urbana que llegaba en forma de bandas y milicias y, por supuesto, conseguir el pan de cada día.

La primera en levantar el madero en la casa de los Zapata Muriel fue Liliana. Era una muchachita de doce años que sólo tenía el diploma de quinto de primaria, cuando salió de su casa en busca de trabajo. Herminda explica así su decisión: "Liliana, la que hoy tiene 27 años y dos bebés, trabaja desde que terminó el quinto elemental. Yo misma salía todos los días con ella por estos lodazales. Ella para una cocina y yo para otra. Trabajó cuatro años seguidos en una misma casa y luego se colocó cada día de la semana donde una patrona distinta. La tuve interna unos años para lograr que aprendiera alguna cosa. Pero después de la primaria, realmente, no podía darle más educación. Yo misma le conseguí el primer trabajo porque necesitábamos ayuda". Después de Liliana el turno del trabajo obligado fue para Dolly. "A ella también -dice la madre- le di solo el quinto de primaria. Ahora tiene dos niños, 21 años, y sigue trabajando".

Con la partida de Liliana y Doris a Johana sólo le quedaba la compañía de Sandra. Con Germán jugaba en los cafetales, se mojaba en los chorros y perseguía el burro del fontanero.

Pero a Sandra, apenas unos años mayor, la sentía como la amiga afectuosa que espantaba el miedo de las noches de viernes, sábados y domingos cuando Herminda y Danilo no estaban. Para Johana y Germán la cruz de esos años era tratar de dormir a pesar del miedo que les producían las noches oscuras. A Sandra, tan pequeña como ellos, le tocaba protegerlos y hacerles creer que no pasaba nada cuando se escuchaban balaceras entre los cafetales.

Mientras los niños trataban de creer que los golpes secos en el techo eran las pisadas de un gato y no la visita de una bruja, Herminda y Danilo trataban de convertir las agresiones de los borrachos en simples saludos de media noche. "Ventero ambulante -explica Danilo- es que uno cuadra un puestico por ahí en la acera y se pone a vender. Nosotros vendíamos toda especie de comida: arroz, carne molida y frijoles entre siete de la noche y seis de la mañana". La idea de vender típicos antioqueños en las desoladas noches medellinenses fue la herencia que un amigo le dejó a Danilo con la intención de que saliera de pobre. Y con la idea le dejó dos cajones largos con rodillos, una vajilla de plástico, un fogón eléctrico, y la clientela de la media noche: choferes, policías, coperas, jíbaros y gamines.

A las seis de la tarde de todos los viernes Herminda y Danilo atravesaban el patiecito de tierra de su casa cargados con ollas, fogones y platos. A las siete de la noche las ollas ya hervían en el cruce de Bolívar con Colombia, una de las esquinas más siniestras del centro de Medellín. "Yo llevaba casi todo hecho de aquí -explica Herminda-. Llevaba un kilo de frijoles calados, varios kilos de carne lista para asar y arepas tostadas. Lo demás lo cocinaba allá. El arroz, el chocolate, los plátanos fritos, los huevos pericos los preparaba allá en pleno centro con luz de contrabando".

Si Herminda cocinaba y servía, Danilo cobraba y vigilaba. "Vendíamos porciones de cien, de doscientos, o de trescientos. Eso dependía de la cantidad de plata que el cliente tuviera. Hombre, que una porción de quinientos. Eso se le servía, de modo que ni él quedara aburrido ni uno quebrado. Al principio me daba pena, pero no porque el asunto fuera dificultoso. Me daba era como pena. Yo sentía la cara caliente. Pero cuando aprendí a cobrar y hasta a braviar a cuatro y cinco ladrones a la vez, se me quitaron esas bobadas".

Cuando, en el tránsito de los ochenta a los noventa, las obras de construcción del Metro de Medellín

se aceleraron y los ingenieros necesitaron la carrera Bolívar, comenzaron las presiones para que los habitantes de la noche se marcharan de la estación más importante. Una vez que las autoridades lograron espantar a los gamines, las putas, las coperas y los jíbaros del centro de Medellín también se fueron, por falta de clientela, choferes, policías y trasnochados vendedores de arroz y carne molida.

"Cuando dejamos el negocio -habla Herminda- yo me quedé en la casa porque creo que cumplía más de treinta años trabajando, y Danilo se colocó de celador. Con lo que conseguimos en el centro cambiamos el rancho de tablas por una casa de materiales, compramos el lote para la tienda y la levantamos con tablas como empieza todo por aquí". Pero ya la familia no estaba completa para disfrutarla: el trabajo doméstico había convertido a Liliana y a Dolly en mujeres independientes, y el amor le había dejado a Sandra un bebé cuando apenas tenía catorce años y no ganaba el cuarto año de escuela.

Baño en los chorros

Desde el camino que une a La Cruz con el vecino Bello Oriente, se ve a Medellín bañada por chorros de luz que caen del cielo en los días de verano. Cuando Johana y Sandra iban a la escuela se detenían, a veces, con la ilusión de que alguno les cayera sobre la cabeza pues creían que recibirlos era señal de fortuna. Pero cuando Johana los vio sola por primera vez, siguió de largo porque estaba convencida de que la suerte jamás la tocaría a ella.

En la escuela, construida en la década de los ochenta por misioneros españoles que se valieron de tablas y de fieltros para

demostrar que aún en un tugurio era posible enseñar las letras, Johana encontró, sin darse cuenta, la compañía elemental para sus días. En el patio de la escuela, Natalí, la amiga del alma; Gladys, la gran confidente; Yuli, la de risas y chanzas; Liliana, de fe casi ciega; y Tita, de cabellos largos y mirada sincera llenaron, por momentos, el vacío dejado en el alma de Johana por sus hermanas.

La amistad se estrechó y después estuvieron siempre juntas en la capilla, en la cancha que queda hoy en la vieja casa de La Manuela, en el partido de fútbol, en los paseos a la laguna, en el grupo juvenil y más tarde, en el baile. "Cuando era una niña -dice Johana mientras libera sus dedos de los anillos de lata- me ponían vestidos hasta las rodillas. Yo tenía el cabello cortico. Me peinaban partida a la mitad, sin "capul", sin nada. A veces me ponían pantalonetas, camisillas y medias a la rodilla... Y, a veces,

Desde el camino que une a La Cruz con el vecino Bello Oriente, se ve a Medellín bañada por chorros de luz que caen del cielo en los días de verano. Cuando Johana y Sandra iban a la escuela se detenían, a veces, con la ilusión de que alguno les cayera sobre la cabeza pues creían que recibirlos era señal de fortuna. Pero cuando Johana los vio sola por primera vez, siguió de largo porque estaba convencida de que la suerte jamás la tocaría a ella.

me mantenía por ahí toda mugrosa. A los doce o trece años me gustaban las sudaderas y las minifaldas, pero las blusas corticas no. Comencé a ponerme blujines a los catorce años, nunca antes había tenido uno. Ahora me gustan para ir a la cancha cuando me encuentro con las muchachas. También me gustan las minifaldas con chancas altas para ir al baile”.

Johana no recuerda cuando bailó por primera vez. Sabe que a los nueve años creía que los vestidos de flores que le taparan la rodilla eran los mejores para ir al baile. Pero entonces iba con

“El día más triste de mi vida fue cuando mataron a mi tío. Ese día. Él vivía en Enciso y era de una banda o de una milicia, yo no sé. Lo mandaron a llamar que porque le iban a dar unas armas y nunca volvió”.

Herminda y Danilo, y también la acompañaban Yuli y sus padres Dioscelina y Rigoberto. Bailar era un juego mucho más divertido que recorrer toda la golosa sin ceder el turno. Tres años después salía a bailar sola, con Yuli, vestida con una lambada que le dejaba ver el ombligo. Desde entonces jamás falta al baile de los sábados sea cual sea el lugar de moda.

A los quince años Johana decidió que era hora de cogerse el cabello de cuando en cuando como las mayores, pues había dado pasos firmes en asuntos de mujeres. Dejó que la atracción por su primer pretendiente, un muchacho moreno y alto, se desvaneciera cuando lo vio abrazado a otra mujer en el baile. Al segundo, lo castigó con la indiferencia por haberse atrevido a besarla. Al tercero, apenas lo recuerda. Y del cuarto, guardó una fotografía entre los afiches de los famosos porque le dio el primer beso que la hizo feliz.

Capaz de desenvolverse entre hombres y mujeres se enteró, sin pudores, de cómo el barrio duerme de día y vela de noche. Aunque estaba enterada de “los cruces”, “las vendetas”, “las vueltas”, “los videos”, “las broncas”, “las malas” y “las perseguidoras” que protagonizan los *pillos* en las noches, no pudo evitar en tres ocasiones que las visitas inesperadas le enseñaran lo que era sentirse un puñado de nervios. “Muchas veces he sentido miedo. Tres veces he visto la muerte de frente. La primera vez estábamos aquí en este teléfono casi todos los de mi casa cuando llegaron los encapuchados. Me dio miedo. Nos pusieron a todos ahí contra la pared. En esa pared blanca

que hay ahí. Nos pusieron contra la pared. Requisaron a los hombres. Miraron a José a la cara y le dispararon. Hicieron otros tiros a la loca y se fueron. Ustedes no han visto nada, nos gritaron. La segunda vez, fue un día que llegaron a matar a otro muchacho aquí. Judas se iba a volar porque venían era por él. Y no lo dejaron volar. Al rato le dijeron que caminara pues, que se fuera para los chorros... pa’ Bello Oriente donde nosotros íbamos a bañarnos. Entonces él dijo que no, que si lo iban a matar que lo mataran ahí. Lo cogieron del pelo y se lo llevaron. Como a los diez minutos escuchamos el tiro. La tercera vez fue un viernes. Había mucha gente. Llegaron con una charanga. Uno me dijo que si me movía me mataba. Que no podía respirar duro. Nos insultaba. Nos decía hijos de perra. Al rato se fueron y allí abajo mataron a un morenito. Nos miraron y gritaron que contaban hasta tres y disparaban. Todos nos metimos entre los cafetales”.

Porque sintió el olor de la sangre caliente de José derramaba sobre el pavimento y porque vio el rostro amarillo de Judas pidiendo clemencia, Johana no puede olvidar a su tío Jhon. “El día más triste de mi vida fue cuando mataron a mi tío. Ese día. Él vivía en Enciso y era de una banda o de una milicia, yo no sé. Lo mandaron a llamar que porque le iban a dar unas armas y nunca volvió. Ya fuimos y allá estaba el velorio. Tenía la cara hinchada y las manos todas quemadas. Era el tío que yo más quería”.

El día del funeral de John, el tío que la cuida desde una fotografía en la parte baja de su cama, Johana comprendió el llanto de locas de sus hermanas cuando les mataron los maridos. “Herman era el marido de Sandra, era miliciano. Cristián era el novio de Liliana, también era miliciano. Un día los mandaron llamar para una reunión. Allá los cogieron, les dijeron que los iban a matar, que se arrodillaran. Ellos dijeron que no. Entonces los amarraron con los cordones de los zapatos y los mataron. Sandra tuvo un niño de él, cuando ya estaba muerto”.

En estos pasos por el miedo y la tristeza Johana ha descubierto que le gusta ver las balaceras y que no tiene ilusiones en esta vida. “Qué que quiero ser... nada. Yo no tengo un sueño de ser doctora o eso... no... Ah, me gustaría pagar servicio militar. Me gustaría tener un arma en la mano, pero un arma legal. Sí. Y ya. Dicen que yo soy muy bajita y no puedo. Yo ya tengo 16 años. Ya no crecí. Yo iría a la guerra a disparar. A mí me gustan las cosas de adrenalina. Tirarme de un paracaídas, montar en la montaña rusa... Uno siente que se le desprende el corazón, que se le paraliza. Y hasta bueno que se le paralice”.

Carta astral

A la una de la tarde del 21 de diciembre de 1982 un tirón en el bajo vientre le anunció a Herminda Muriel que su quinto hijo se abría paso. Con la tranquilidad de mujer experimentada preparó poncheras, hirvió tres litros de agua, extendió las toallas sobre la cama, esterilizó con fuego y alcohol las tijeras, se puso una pijama y se sentó a contar los minutos y las contracciones por minuto. Tres horas después se tendió en la cama a esperar el desgarrón final y a rezar para que por lo menos la Virgen la asistiera.

A los veintiséis años Herminda gozaba de un cuerpo saludable formado en el duro trabajo campesino. Con sus brazos redondos y largos había cargado leña desde los siete años cuando, para sobreponerse a la muerte del padre, los hermanos mayores se encargaron de abastecer de madera a las familias vecinas a cambio de alimento. Sus piernas se hicieron fuertes en las largas caminadas entre su casa campesina en la vereda Guasabra de Santa Fe de Antioquia y las haciendas plantadas a la orillas del río Cauca donde los granos se cosechaban sólo tres meses después de sembradas las semillas. También su corazón era rudo. En Guasabra había visto nacer, crecer, hinchar y morir a un hermanito que no quiso responder a los litros de bebidas aromáticas que la madre le dio para espantarlo el mal que se lo empezó a llevar el mismo día que murió el padre.

Con esos brazos de campesina fuerte se sostuvo un poco levantada del colchón. Las piernas largas le sirvieron para aguantar el cuerpo cada vez que el bebé empujaba. Y el corazón, probado en mil batallas, no le falló a la hora de dar a luz sola, sin Danilo, en una de esas casuchas miserables donde duermen los jornaleros de las tierras cafeteras.

Cuando Johana lloró por primera vez, Danilo completaba veinte días desaparecido. "Johana nació como a las cinco de la tarde. Estuve de malas porque no me tocó. Estaba encanado por portar un machete, que los policías llaman arma blanca, en una cantinita que quedaba a la salida de Ciudad Bolívar, el pueblo donde vivíamos. Ella nació en un parto normal. A mí me largaron un 22 de diciembre de la cárcel y el día anterior la había tenido ella sola ahí en la casa. Cuando eso apenas estaba este pelado empezando a caminar y las otras muy pequeñas. Es bueno ver nacer un hijo, uno siente alegría. Ya había estado en el parto de Germán. Y por eso sé que uno debe ver nacer los hijos. Yo llegué y encontré la niña. Yo no sentí mucha alegría porque yo quería verla nacer. No me tocó, pero la aprecié también".

Después del abrazo del reencuentro, Danilo y Herminda se tendieron sobre la cama a reparar los ojos, la piel, los dedos y las plantas de los pies de la niña. La miraron largo rato y decidieron que sería la última Zapata Muriel. Estuvieron de acuerdo en que era tiempo de reposar, mirar hacia atrás y preparar el futuro en la ciudad. Para los dos la infancia fue una época de carencias y vejaciones, la adolescencia un tiem-

po de tristezas y desapegos, y la madurez una edad de responsabilidades y sacrificios.

A los quince años Danilo Zapata empezó a creer que el mundo de Santa Rita de Ituango era demasiado estrecho para sus ímpetus de aventurero. Hasta entonces su vida sólo se diferenciaba de las de otros muchachos campesinos porque su padre, además de aserrador, era matarife. Y en pueblos pequeños con un hombre que sea diestro en el sacrificio de animales basta durante décadas. Como los otros, Danilo trozaba a golpe de hacha árboles de monte -robles y laureles-cargaba diez bestias y las arriaba por caminos de neblina, mientras humaba un "cosito" de marihuana, hasta la calle principal del pueblo donde encontraba familias dispuestas a la compra.

Una vez libre de la carga empacaba maletas para ir a la escuela, el lugar del encierro y la torpeza. "Por ahí de la edad de siete años me entraron a la escuela. Para mí no era imposible estudiar, pero si era muy rudo. No mantenía ánimo. No tenía buena inteligencia. Es que uno a la edad de quince años y todavía en tercero de escuela... eh... aprendí a leer, pero no de corrido. Soy malo para las matemáticas. Que sepa algo bien: sumar, pero no restar, no multiplicar, menos dividir. A esa edad mi papá dijo que no me daba más comida ni más estudio porque ya estaba muy grande".

Humillado y avergonzado, Danilo decidió dejar su casa para siempre. Cuando tomó a pie el camino que conduce de Santa Rita de Ituango a Valdivia, y por ahí al Bajo Cauca, dejó en el pasado a su numerosa familia. "Yo soy, porque mi papá fue casado en dos veces, hijo de la segunda mujer. Soy de los mayores de la segunda mujer, pero el octavo de todos. O sea: de los quince hijos que tuvo mi papá en dos mujeres, yo soy de la mitad". Con su decisión partió a la familia entre los mayores y los menores que Danilo, el que se fue.

Durante nueve años, Danilo vagó por los pueblos mineros pero no buscando oro. "Decidí no saber nada de la familia, me fui muy desengañado, muy desprestigiado. No me interesaba que se dieran cuenta de mí, ni darme cuenta de nadie. Yo por donde andaba, andaba y no decía de dónde era, ni nada. Estuve pa' Tarazá, Puerto Raudal, Zaragoza, Bagre... por allá camellando". *Empraisando* potreros, sembrando pasto para vacas, se ganó la vida durante casi una década. De las tierras del

***Cuando el sonido ronco de un
viejo reloj despertador anuncia
las cinco y cincuenta de la
mañana, Johana brinca de su
cama como un gato sobresaltado.
Solo cuando el agua helada de la
ducha le cae por la espalda abre
bien los ojos y se da cuenta de que
acaba de empezar otro día
de rutina y soledad.***

oro fue a parar a las cafeteras donde descubrió los ojos claros de Herminda y la hizo su mujer.

A Ciudad Bolívar había llegado Herminda en la larga peregrinación que emprenden los campesinos pobres del occidente de Antioquia cuando se agotan definitivamente los suelos. Enterrados el padre y un hermano, seca la tierra, agotada la madera de los bosques, vencidas las tierras ribereñas donde las semillas daban frutos en tres meses, la madre decidió dejar a su natal Guasabra en busca de sustento para los hijos. "Cuando yo tenía quince años nos fuimos de la vereda. Mi mamá salió con todos. Nos fuimos a coger café. Parábamos así en fincas. Allí le pagaban a uno lo que cogiera. Trabajábamos mi mamá, un hermano y yo. Pero los otros hermanos no, porque estaban muy chiquitos. Las mujeres todas sabemos escribir y leer, pero los hombres no aprendieron nada".

Cuando la cosecha cafetera terminaba y los jornaleros se repartían como hormigas por toda Colombia en busca de subriendas de pescado, apariciones de minas e inicios de grandes construcciones donde pudieran encontrar oficio, Herminda se ofrecía como sirvienta en casas de familia. "Yo ya tenía las tres niñas mayores y trabajaba duro en las fincas para mantenerlas. Cuando salía para

Medellín en busca de trabajo las dejaba con mi mamá. Lo más horrible era la despedida: saber que me venía para Medellín y que tenía que esperar un mes para volverlas a ver".

Fue en una de esas visitas de fin de mes, cuando Herminda se enamoró de Danilo y aceptó convertirse en su mujer con la promesa de darle nuevos hijos si él acogía a las tres niñas como propias. Así nacieron un niño rubio y largo llamado Germán como su padre, para que nunca olvidara el origen; y una muchachita menuda y trigueña, que una tía decidió llamar Johana Milena para que el destino se encargara de abrirle vida fuera de los cafetales.

Casa de cristal

Cuando el sonido ronco de un viejo reloj despertador anuncia las cinco y cincuenta de la mañana, Johana brinca de su cama como un gato sobresaltado. Sólo cuando el agua helada de la ducha le cae por la espalda abre bien los ojos y se da cuenta de que acaba de empezar otro día de rutina y soledad. Debajo de la ducha, su cuerpo de dieciséis años se ve lánguido a pesar de

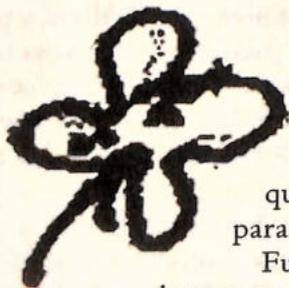
que en un año de trabajo pasó de treinta y cinco a cuarenta y cinco kilos de peso. Los diez kilos más se le acomodaron en la cadera y en las piernas. Su vientre sigue plano como cuando tenía doce años y se bañaba en los chorros de Bello Oriente; sus brazos delgados son los mismos que le servían para coger guayabas ácidas de los árboles que crecían silvestres en el camino hacia la escuela; y sus pies, talla treinta y cinco, son los mismos que pisaban el pantano de La Cruz después de las tempestades.

En cinco minutos -como si estuviera en la milicia- debe asearse, vestirse y presentarse en la cocina de la casa blanca y brillante, donde oficia como empleada doméstica. Ella es «la muchacha», como las llaman en Medellín, de una pareja que se quedó sola después de parir, criar, educar y despedir a tres hijos. El café batido es la única bebida que los viejos soportan antes de las seis y treinta de la mañana. A esa hora, la mujer está envuelta en una bata levantadora que la hace ver gorda, y el hombre ya ha pasado varias veces la peinilla por su cabello negro untado de tintes que le ocultan las canas.

El ruido que hacen las bocas de los tres cuando beben, son los primeros ruidos de la mañana. Ni la ducha de Johana, ni sus pasos, ni los choques del agua caliente contra la tapa de la cafetera, ni el molinillo fabricando espuma en el café han alterado el monacal silencio de la casa. Sólo los sorbos de café dan lugar a las primeras conversaciones. Hablan de los sueños de la noche anterior, casi siempre. Sueñan con amigos de una infancia tan remota que parece ajena. Algunos están muertos y otros alcanzarán a celebrar los noventa años. Johana los escucha. Y calla.

Después del saludo de los viejos siguen las atenciones al naranjo, un árbol joven que muda hojas todas las semanas y nunca florece. En el antejardín, un trozo de verde que sirve de barrera entre la calle y la fachada blanca, Johana vive sus cinco minutos de contacto con el viento. A las siete, el aire del Valle del Aburrá es todavía fresco y levanta suavemente las hojas que Johana debe atrapar. A veces, cuando la niña se entretiene explorando el nido construido sobre una rama desprovista de follaje, reparando las agujas que cubren la piel de los gusanos verdes, o saludando a un celador que desde una bicicleta le da los buenos días y le echa un piro-piro, una voz ronca y vieja le recuerda que llegó la hora de volver a la casa.

Cuando el piso refleje las imágenes como si fuera un espejo, Johana sabrá lo que es el éxito. Una trapeadora impregnada en desinfectante primero, y en aromatizador después, le sirve para reparar una a una las baldosas de la casa. De tanto mirarlas, ya sabe cuál es áspera y cuál per-



fecta, en cuáles la trapeadora saca un brillo como de cera y en cuáles las manchas de ácidos y detergentes tienen formas de tigres y conejos. Primero la sala, después el comedor, más tarde el pasillo y por último los tres cuartos. El primero, frío y sin aliños, espera la visita de algún huésped. El segundo, el de los viejos, tiene cortinas de tul y pesados muebles. El tercero, el de "la muchacha", no tiene más que una cama blanca, una mesa de noche, y un espejo. Ahí, en su propio cuarto, termina Johana el único oficio doméstico que soporta sin reniegos.

"No disfruto nada de la cocina. Uno se quemaba. Las tapas se le caen. La comida queda muy maluca", dice Johana antes de confesar sus recetas de cocina. "El chocolate del desayuno se prepara en *aguapanela* y se sirve con arepa, pan y quesito. El maíz para las arepas se cocina por la noche y todas las mañanas, después de trapear los cuartos, se muele en la máquina, se amasa, se aplanchan las arepas y se asan en la parrilla. Los frijoles se ponen en fuego bajo desde las nueve de la mañana. Al rato se les echa la sal. Y por ahí a la tres de la tarde se apagan. Los frijoles se sirven a la comida. La sopa de verduras no lleva sino una verdura. O sea: si es de arvejas se echan en la olla con sal y ya. La carne se sala, se unta de cebolla licuada y se fritada en aceite bien caliente. Y así se hace todo".

Mientras que la sopa de verduras, o sea de arvejas, coge el sabor de la sal, Johana se enfrenta a los baños. "Son dos. Siempre los lavo a las once de la mañana. Todos los días a las once. Cepillo bien los lavamanos, limpio los espejos, me pongo los guantes para lavar la taza, le echo agua caliente a los baldosines de la ducha y refriego jabón revuelto con límpido en las esquinas y cerquita de las rejillas".

A las dos de la tarde, después de desprender los asientos de sopa de la olla y de quitar algunos restos de arroz de los platos pandos, comienzan para los viejos dos horas de sueños reparadores y para Johana dos horas de total intimidación. Encerrada en su cuarto de cama, mesa de noche y espejo, intenta reparar los estragos causados por el esfuerzo. Cepilla su cabello con una lentitud inusual y lo deja suelto. "Lo bueno de ser mujer, es dar más hijos a la vida, tener novio y que los hombres lo admiren a uno", dijo una tarde para conjurar un pensamiento que le había robado la tranquilidad: si fuera hombre no estaría de esclava en esta cocina.

Como es mujer desenreda su cabello, lava sus pies con agua caliente después de ocho horas de trabajo y se tiende en la cama con la ilusión de ser la elegida de un príncipe azul. A esta hora no vendrá ningún muchacho protegido por una camándula colgada del cuello y por cuatro

escapularios de la Virgen del Carmen y de María Auxiliadora amarrados en las muñecas y en los tobillos. A las dos de la tarde, en la soledad de un barrio de clase media de Medellín, los príncipes sólo aparecen en las pantallas de los televisores. *Gokú* es el guerrero encargado de defender a los planetas de los ataques de extraterrestres y robots. Aparece en la pantalla vestido de rojo, con el cabello amarillo de *supersayayin*, un soldado que en su larga vida de combates ha alcanzado los máximos poderes. Cuando avanza sobre los campos de batalla se ve imponente porque el viento que acompaña a los vencedores levanta su cabello.

El héroe de *Dragón Ball Z* tiene las manos untadas de sangre, y príncipes así, son los que Johana conoce. "A mi no me gustaría ser *Milk*, la esposa de *Gokú*. Yo no me haría novia de un muchacho así. No me enamoraría de un muchacho porque tuviera un arma sino porque me gustara de verdad. Qué tal... uno conseguirse un esposo de esos... se lo matan... y quede uno sufriendo nada más y llorando como las hermanas mías". Antes de que el programa termine, y porque los ronquidos de los viejos no se escuchan desde el cuarto, Johana apaga el televisor porque van a despertar, y porque lejos de su casa la sobresaltan funestos pensamientos.

Las imágenes de extraterrestres derrotados por *Gokú* le traen recuerdos sobre los guerreros y las batallas de La Cruz. La sospecha de que los encapuchados pueden meterse en su casa la horroriza y la hace llorar por su familia muerta "Si yo supiera que a Germán, el hermano mío, lo mataron y me contaran quién fue, lo vengaría. Me volvería bien mala. Si yo supiera quién mató a mi tío John, creo que lo buscaría. Yo tengo miedo de Dios, pero me duele mucho que maten a la gente que uno quiere".

Frente al espejo escueto, y después de tragarse las lágrimas, Johana se ve como si no hiciera parte de este mundo. "Casi todas las tardes me agarra la soledad por ahí a las tres de la tarde cuando descanso del trabajo. La soledad es que uno se siente como si estuviera en un sueño. En el trabajo, ahí especialmente me siento mucho, mucho, muy sola. Me siento muy maluca. A veces me dan ganas de llorar. Cuando me pongo a pensar en todo, en lo malo que ha pasado, me pongo a llorar. Pienso qué voy a hacer en la vida. Los lunes me siento muy aburrida y los martes, también. Las tardes son tristes". La colcha de algodón que cubre su cama de "niña del servicio" es el único consuelo en esas horas de dolor. Rozar la punta de la nariz, humedecida por el llanto, sobre el acolchado blanco le da un consuelo infinito.

Antes de que acabe el descanso, Johana re-

visa una cajita de metal donde guarda con qué satisfacer sus deseos. Los cien mil pesos del salario del mes están intactos porque como no sale, no gasta. “Me pagan cien mensuales. Me dan los pasajes y el señor me da mil los sábados para que gaste. Este año voy a recoger la plata para comprar un equipo. Un miniequipo cuesta doscientos cincuenta mil. Si trabajo tres meses sin gastar, de aquí a abril ya lo tengo. Ahora hay que pensar en gastar. Gastar que es lo que más me gusta. Todo lo que veo me lo compro. Ese equipo me gustó y yo sé que todavía está en la vitrina”.

A las cuatro de la tarde las puertas de las habitaciones se abren. De la principal salen los dos viejos: ella refunfuñando y él diciendo chistes que la sacan aún más de casillas. Del cuarto de “la muchacha” sale Johana, por fin libre. Otra vez

Ese ruido seco es la señal de que otro día de trabajo acaba de terminar. Johana recoge la ropa, guarda la plancha, apaga las luces y se encierra en el cuarto a rogar que le llegue el sueño para espantar los pensamientos tristes.

cepillada y pintada los labios, cae de nuevo en la cocina. Primero un refrigerio, que los viejos llaman “el algo”, preparado con chocolate acanelado y pan con mantequilla que todos comen en la cocina. Después, una vez la vajilla regresa a la despensa, la tediosa preparación de la comida: descongelar la carne, lavar una cebolla larga y picarla, lavar un tomate de aliño y picarlo, licuar la cebolla y el tomate con una pizca de sal, machacar la carne con una piedra, untar el adobo de cebolla y tomate sobre las carnes adelgazadas a punta de golpes, y poner a calentar el aceite a fuego medio.

Para no maldecir porque la sal hurga en las viejas heridas de los dedos, Johana traga frijoles, arroz, tajadas, carne y café caliente sin pronunciar palabras. En el comedor, los viejos comen despacio porque esperan a alguien. En el tercer puesto, por orden de la señora, Johana dispone todos los días, un juego de cubiertos más. Si el huésped aparece sin anunciar, el comedor y la alcoba le darán la bienvenida. A las seis de la tarde, la siesta y el clima fresco les han devuelto el buen humor. Hablan de viajes remotos y, casi siempre, ven fotografías o leen cartas.

Desde la cocina Johana los oye conversar, pero imbuída en sus monólogos, siente sus voces tan lejanas como los cantos de las chicharras. Para espantar la pena que le ocasiona asear la cocina durante casi una hora, Johana planea qué dirá cuando esté frente a situaciones inesperadas: “Muchachas: voy a ver a Enrique Iglesias en persona”, “Apá: me voy de la casa. Voy a vivir en el centro con unas amigas”, “Yo si me voy a vivir con usted, Diego”, “Mamá, tenga estos cien mil para que le eche baldosa a la casa”, “Me vende esos tenis de ochenta mil”, “Taxi... me lleva a mi casa en La Cruz, por favor”... Un chuzón la saca del embeleso. El alambre suelto de una esponjilla acaba de clavarsele en la base de un uñero.

Frente a *Paquita Gallego*, la ingenua niña de Malvinilla que después de ver muerto a su anciano marido comienza una historia de matrimonios frustrados, los tres vuelven a encontrarse. Los viejos ocupan las sillas mecedoras y Johana mira la televisión desde la mesa de planchar. Mientras Paquita intenta descifrar los misterios de la casa de Tatiana, una escritora inválida, Johana desliza la pancha caliente sobre las camisas del viejo y las faldas de la señora.

Una caminata por la orilla del lago lleva a Paquita a encontrarse con Andrés Hidalgo, el amor de su vida. Después de titubear un poco, de excusarse, de pedirse autorización, la pareja se besa apasionadamente. Johana cierra los ojos y recuerda el primer beso que la hizo feliz. Era un sábado después del baile cuando Johana y Juan Guillermo bajaban por la carretera corriendo y gritando. Por ser oscuro y pantanoso, caminaron despacio por el camino de los pinos, y ahí fue... en esa lentitud y en ese silencio de la madrugada, cuando él le tomó suavemente la cara y posó sus labios sobre los suyos. “Era la primera vez que besaba, la primera vez que recibí y daba un beso tranquilamente y con ganas. Ese ha sido uno de los momentos más felices de mi vida”.

Sonriente y plácida estaba Paquita Gallego cuando Johana abrió los ojos y volvió a mirar la televisión. De ahí en adelante no le importó el intento de suicidio de Rina Marcela, la mala de la novela, ni que los viejos durmieran arrullados por el murmullo del televisor. Después del beso, pega los botones desprendidos de una camisa de dormir y piensa en el amor. “Yo quiero un hombre bonito, bien bonito. Yo no sé, no sé como es un hombre bonito. Con los labios gruesos. Cariñoso, que no me pegue, que me saque por ahí a cine, a pasear y a bailar. Ojalá que yo lo vea y ahí mismo me guste y yo también le guste. Que no sea un hombre picado de esos que lo saludan a uno cuando les da la gana, que

no saben cómo caminar, ni cómo vestirse, ni cómo hablar. Yo veo los hombres y sé si están bonitos o feos para mí”.

La señora es la primera en acostarse. Media hora más tarde, y después de husmear papeles viejos, el hombre camina por el pasillo con un vaso de agua en la mano y tira la puerta del cuarto. Ese ruido seco es la señal de que otro día de trabajo acaba de terminar. Johana recoge la ropa, guarda la plancha, apaga las luces y se encierra en el cuarto a rogar que le llegue el sueño para espantar los pensamientos tristes. “A esa hora el aburrimiento me da por pensar en mi mamá. Yo quisiera que ella pudiera bajar para hablarle y mirarla por los vidrios de la ventana, sin hacer ruido. Me da mucho miedo morirme en esa casa, en esa cama”.

Lo que dicta el corazón

A las dos de la tarde de los sábados se forma un remolino de mujeres en el paradero de buses de Manrique. A unos pasos de la iglesia de San José, en el cruce de la Avenida Oriental con Colombia, un tumulto de mujeres bulliciosas vestidas con colores brillantes se apodera de la acera mientras aparece el 063. Las más escandalosas son las gordas que lucen medias de seda y zapatos altos. Fuman. Mientras fuman hablan de la pelea con la patrona, de la desgracia de la patrona, de las compras de la patrona, de la rabia con la patrona. Más tímidas son las niñas, uniformadas con ombligueras, que esculcan en los bolsos de sus amigas para ver los tenis, el perfume, el pasamontañas o el reloj que acaban de comprar con el salario de la semana. Las otras del tumulto son las viejas, abuelas ya, que no lucen ropas nuevas, ni pelean, ni hablan.

El 063 anuncia su llegada con el pito, el motor acelerado y música de baile. El 063 pita y los corrillos se deshacen. Todas las mujeres corren hacia la puerta para ser las primeras en subir y recibir el “siga mi amor” de un chofer joven y buen mozo. El viaje más dicharachero del 063 empieza. A las dos de la tarde no hay tristeza camino hacia La Cruz. Las mujeres reanudan sus conversaciones, las niñas cantan los vallenatos que escucha el chofer, y las viejas se quitan los zapatos, apoyan la cabeza en las ventanillas y roncan mientras la fiesta en el 063 crece a medida que el bus trepa las empinadas calles de la comuna nororiental.

Yuli, la de voz metálica y nariz de muñeca, lleva una blusa de velo negro que le deja ver, como en sombras, los brazos, los senos y la espalda. Johana luce un gorro azul con rayas blancas, que los muchachos del barrio llaman pasamontañas, y tenis, también azules, de los que venden por montones en el centro de Medellín. Hablan y mientras hablan registran las calles con la esperanza de que Tita alcance a subir en el bus de las dos. Hablan de los anillos que la patrona le regaló a Yuli, de los mil pesos que el viejo le dio a Johana y de la hermanita de Liliana que no quiso volver a la escuela. “Que haga lo que le dicte el corazón”, dice Johana y se distrae viendo como duermen las señoras en el bus.

Por la carretera que lleva a La Cruz, Yuli y Johana suben sin prisa, con pereza. Las dos dejaron de ir al colegio el mismo día, las dos vieron llorar a sus mamás que esperaban recibir de ellas el único diploma de bachillerato de la casa, las dos heredaron el oficio de sus madres, las dos siguieron los pasos de sus hermanas. A las dos les gusta más la plata que los libros. Johana habla por las dos: “nos fuimos a trabajar a una casa, a una cocina porque no hay más. Porque nosotros nos sabemos hacer nada más. Porque los maestros no nos enseñan sino a factorizar, a sacar raíz cuadrada, a multiplicar por el 314159... y eso, en estos lodazales, para qué sirve. Yo creo que sí nos gustaría trabajar en otra cosa. Como en una empresa, pero eso es ya soñar muy alto y nosotras somos menores de edad. Sería bueno dejar las cocinas, pero no tenemos posibilidades y nunca vamos a tenerlas, nosotras no vamos para ninguna parte”.

En la Y, el punto de la carretera donde los caminos para La Cruz y Bello Oriente se separan, Johana saluda a Danilo con simpleza y ataca el mecate de la tienda: quiere gaseosa y papas fritas, chicles y chocolatina. Con el botín pasa la calle de tres brincos y cae en la casa de Gladys, una amiga experta en calcar dibujos de las revistas. Quiere un Capricornio grande para mandárselo a tatuar en una nalga. Después del encargo se va a la casa. Le entrega una manzana a la mamá y le grita a Germán que le desocupe la chaqueta porque la necesita.

Sobre la cama azul, rodeada por las fotografías de los famosos, desenreda su cabello como primer paso de lo que significa estar lista para el baile. Con la mano untada de una sustancia pegotuda, rosada y de buen olor recorre su cabello desde la raíz hasta las puntas. Otra vez, el cepillo pasa y arrastra los grumos que la gomina ha formado en las puntas. “Esta gomina -explica- la uso para entiesarme el cabello y para que parezca mojado toda la noche”.

En La Cruz la noche comienza cuando el padre Julio bendice a las muchachas reunidas en la capilla. Durante dos horas ha intentado conjurar los peligros que persiguen a las niñas que trabajan fuera de la casa y que se disponen a bailar hasta que se esconda la luna. “El padre Julio nos dice -resume Johana- que no nos vayamos a ir a dormir de una con un hombre. Que nos cuidemos. Que los hombres no son machos por acostarse con cinco o seis mujeres a la vez. Yo no sé él porque dice eso. Será que sabe que aquí la mayoría tienen relaciones sexuales por ahí a los doce. Por allí vive una de catorce años que está en embarazo. Nada más dice eso, pero no nos habla de planificación. Yo no sé nada de eso. Sandra, mi hermana, me hablaba a veces. Yo creo que las muchachas si planifican, pero de eso no hablamos porque nos da pena”.

El cura las bendice y ellas salen de la capilla en una algarabía incontenible. Las carcajadas de Yuli se escuchan desde la cancha y también se oye cuando amenaza a una morenita con revolverla en el pantano si sigue riéndose de ella.

Mientras Yuli maldice, Johana se deja llevar por Diego hacia unas escalas de cemento donde hablan mientras oscurece. En la cancha de La Cruz huele a empa-

nadas fritas y a marihuana. “La marihuana -cuenta Johana cubierta con la chaqueta roja- no hace daño. Ya probé y fume varias veces. Por Manrique hay una casa donde uno compra *los cositos* y una vieja gorda vende *perico*. Lo mantiene en una ponchera. Uno entra y ve esa harina ahí sobre una mesa. Ella vende menudeado lo que uno necesite. En el centro, por el Parque de San Antonio también venden. Una vez fui a comprar una onza, que se puede cargar escondida debajo del reloj, y el muchacho me dijo que yo tan chiquita y metida en eso. No me vendió. Y yo no sé... nunca volví a comprar”.

A las ocho de la noche un hormiguero de muchachos cae donde El Mono, el *disc-jockey* de moda. Los más viejos buscan asientos en el interior del segundo piso del bailadero. Los más jóvenes prefieren quedarse en las escalas y en la calle para evitar el calor y el humo. “Lo que yo más anhelo en la semana es este momento, venir a bailar. Yo bailo con todos los amigos, con el que me saque. Bailo con cualquiera, menos con señores. Yo bailo con muchachos de mi edad. El baile tiene algo muy especial. Algo que me atrae mucho, algo por lo que me gasto la plata que estoy ahorrando, por lo que peleo con mi mamá. Es algo más fuerte que yo”.

Cuando Johana comienza a bailar vallenatos sobre una baldosa, pasa Germán con un mechón de pelo, también engominado, sobre la frente. Simplemente la mira y sigue de largo. “Yo no me relaciono con ella, dice, éramos amigos, pero ahora ya no me relaciono con ella. No me gusta andar con ella. A veces alego con ella por los novios que se consigue, por los manes con que baila. Nunca salimos juntos. Nos vemos por ahí y no nos saludamos ni nada. Hacemos de cuenta que no somos nada”.

Germán sigue, carretera abajo, con su camándula alumbrándole en el cuello. Atrás deja el baile, los amigos y la novia. “Tita, con la que estoy charlando, también trabaja, pero yo no la veo mucho porque ella vive por allá arriba. Me dice que trabaja en una marquertería y eso es distinto a una cocina. Pero de todas maneras a estas peladas tan raras el trabajo no se les ve. Todos los sábados vuelven iguales, normales. Nada les cambia. Hablan igual, se visten igual, piensan igual, y así para qué trabajar. Para venir los sábados a beber al barrio, no aguanta...”

Después del vallenato sobre una baldosa, Johana se arriesga al *raga*, un ritmo caribeño que no domina. Después de cinco piezas cae sobre la acera, fundida. Por primera vez en la semana sonrío por el único motivo de sentirse liviana, desprendida del mundo. También Yuli se siente sobre las nubes. Habla del niño que cuida y de

**Por la carretera que lleva
a La Cruz, Yuli y Johana
suben sin prisa,
con pereza.**

**Las dos dejaron de ir
al colegio el mismo día,
las dos vieron llorar a sus
mamá que esperaban
recibir de ellas el único
diploma de bachillerato
de la casa, las dos
heredaron el oficio de
sus madres, las dos si-
guieron los pasos de sus
hermanas.**

porqué ella es la mejor niñera de Medellín. Levanta media botella de brandy y brinda por la luna llena que va a caer sobre La Cruz. “Me gusta todo lo que hay alrededor del baile -habla Johana- menos el trago. No me gusta beber porque cuando uno está borracho es como si el cuerpo no fuera de uno. Así uno no se puede divertir. Yo me emborraché a los doce años, la primera vez, y no me gustó. Vomité hasta el otro día”.

A las tres de la mañana Liliana y Tita abrazan a Yuli para ayudarla a caminar por la carretera empinada. Hace rato que el brandy la hizo reír, la puso a llorar, y la mandó a dormir. En la cancha de fútbol, donde se vence la cuesta, las muchachas sueltan las últimas car-

cajadas de la noche de fiesta que expira. Johana y Diego bajan por la carretera como si descendieran por un tobogán. En el cruce con el camino de los pinos se detienen y ríen mientras recuperan el ritmo normal de la respiración. Después del beso de la despedida Diego aprieta las manos heladas de Johana. Ella cierra los ojos para no llorar. Uno de sus anillos de lata ha abierto las viejas heridas de sus dedos. El ardor le recuerda que el baile terminó y que no es más que una pobre cenicienta. (Medellín, mayo/2002) ■





UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

Facultad de Comunicaciones



ALTAIR
HIPERMEDIA

<http://altair.udea.edu.co>

- ▶ **PROGRAMACION A LA CARTA**
- ▶ **PROGRAMACION EN DIRECTO**
- ▶ **RETRANSMISION DE LA
EMISORA CULTURAL
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
101.9 FM**

Ciudad Universitaria, Bloque 12 oficina 121

Telefono 2105900

Email: contacto@altair.udea.edu.co

"Cómo nos hicimos comunistas"

Tomado del semanario SÁBADO, Bogotá, noviembre 10 de 1945

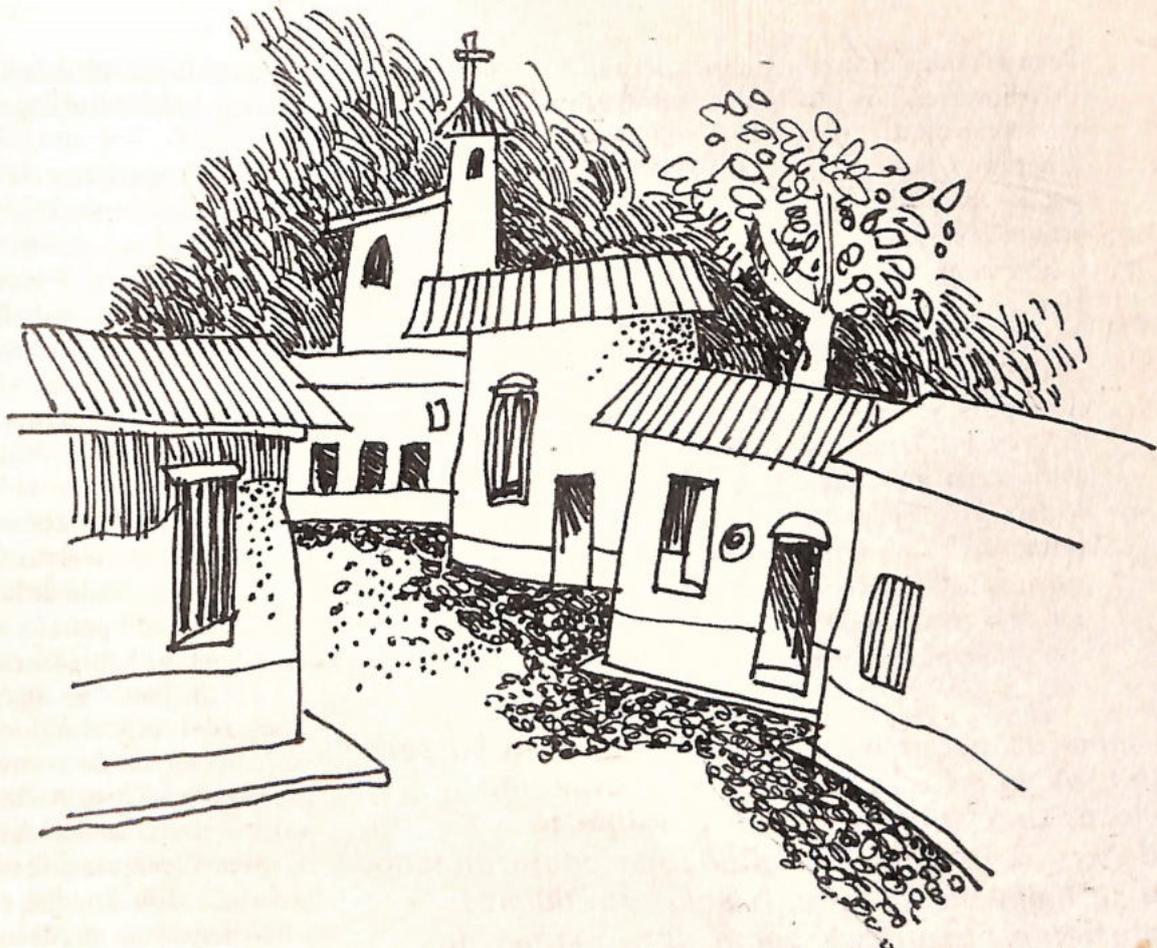
Hace cincuenta y seis años apareció en la prensa bogotana una crónica sobre la fundación del primer grupo comunista en Colombia. En ella, Luis Vidales habla de ritos, tertulias y debates ideológicos entre masones, socialistas y comunistas. Es una pieza maestra del periodismo colombiano que Folios rescata.

Por el año 20 el único café que existía en Bogotá era el Windsor. Era aquel un típico café de una ciudad feudal. Así como no existía sino un café, sólo había tres bancos, El Colombia, El Central y El Bogotá. La capital era una aldea. La chistera y el levitón no habían aún desaparecido. Las mujeres usaban la mantilla y no había para que pensar en que alguna, así fuese la más innovadora, tocase su cabeza con la pastora que vino después a complementar la nueva silueta femenina. Vestir de color hubiese sido un signo de rastacuerismo; todo el mundo se ataviaba de negro. El tranvía de mulas, con su tintineo, su tropel de cascos y los silbidos característicos del postillón, pasaba por la Calle Real como una verdadera arriería metida entre rieles. La plaza de Bolívar, todavía empedrada, era la estación principal de los coches de punto. Allí, sobre el pescante de las victorias y las berlinas, los cocheros, de chistera y casaca, cabeceaban con sus largos látigos en la mano, como practicando el rito de una pesca imposible, según decía Tejada. No había entonces un sólo automóvil de servicio público. En la calle 13, entre carreras 7ª y 3ª, entre el Windsor y el caserón colonial de los correos, los chalanos hacían caracolear los magníficos caballos traídos de las haciendas de la sabana. Aquel trayecto de ochenta metros escasos era lo que hoy es la esquina de la carrera octava con la calle catorce. El vértice de la vida bursátil. Sólo que entonces no había bolsa negra. Todos los negocios de la economía de aquel tiempo (venta de bestias, de cosechas, transacciones de índole campestre) tenían su mercado libre en este sec-

tor. Y en el Windsor, naturalmente, se festejaba el cierre de los negocios. Generalmente, en torno al café tinto, al que tanto le debe la economía nacional, se verificaban estos lazos de unión que luego se sellaban con el famoso brandy Jennessy tres estrellas, compañero de los triunfos durante las guerras civiles en Colombia. Era el licor chic, en todas nuestras aldeas. El whisky no había aparecido todavía.

En aquel ambiente del Windsor, al lado de los hacendados y los negociantes comenzó a aparecer un nuevo tipo de hombres. Empezaron a ocupar diariamente las mesitas, sin acuerdo previo, sin una reunión anterior por medio de la cual se declarara fundada con estatutos y reglamento, la nueva generación colombiana. Iban apareciendo allí nuevas caras, trayendo el aporte de su propio mensaje, y sin saberse cómo ni cuándo quedó establecida una nueva generación colombiana, sin mensajes ni manifiesto al país, movida indudablemente por la misma fuerza espontánea que le quitaba al país su cáscara del siglo XIX y lo incorporaba, al transformarlo en el XX, que llegaba retrasado a Colombia, en todos los órdenes.

Indudablemente, algunos factores que nada tenían que ver con la transformación que se operaba en Colombia, contribuyeron a aproximarnos unos a otros. Carlos Pellicer, el poeta mexicano, había sido enviado a estudiar en Colombia por la federación de estudiantes de México, en un rasgo de aproximación americanista, que por supuesto a nosotros se nos hacía insólito y que quedó sin reciprocidad como era



lógico que ocurriera en el ambiente de un gobierno conservador que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de Pellicer. Entre los estudiantes desorganizados y sin aspiraciones, el significado de la presencia de Pellicer entre nosotros pasó igualmente inadvertido, de modo que su misión tuvo su cabal cumplimiento entre los grupos de intelectuales que por entonces comenzaban a aparecer en Colombia. Pellicer, naturalmente no nos influenciaba con su poesía porque él se hallaba en el mismo período de iniciación que nosotros. Pero sus habitaciones, en el tercer piso del edificio Liévano, fueron antes que el Windsor, nuestro lugar de reunión habitual, cuando Tejada aún no había llegado a la capital. Allí sellamos amistad con León de Greiff, Rafael Maya y Rafael Jaramillo Arango, que ya tenían obra y habían publicado versos. Con Germán Pardo García, Pérez Amaya y Octavio Amórtegui. Con José Enrique Gaviria y Alejandro Navas, Rafael Vásquez, José Silva y yo íbamos ligados por una indisoluble amistad. De esa misma época data la amistad de algunos de nosotros con el poeta Eduardo López, que ya por entonces había escrito unos de sus más populares versos. Eduardo López editaba por esa época su famosa e insuperable obra "Almanaque de los hechos colombianos", que recogía en no menos de dos mil

páginas un verdadero compendio de la república en todas sus actividades. Y allí nos publicó Eduardo López a Rafael Vásquez y a mí nuestras primeras producciones poéticas. Era aquel para mí un período primerizo en que difícilmente me debatía con la influencia parnasiana. Recuerdo que mi publicación en el "Almanaque" era un soneto alejandrino intitulado "Cleopatra", en el cual, como es lógico, figuraban la trirreme y Marco Antonio, y en el que sostenía muy heredariamente, que las palmas de la mano de la egipcia llevaban en la M la inicial del amante latino.

Tejada llegó a Bogotá ya bien avanzados los fenómenos que nos arrojaban por los caminos de una nueva promoción de literatos y artistas, aunque es bueno advertir que de esos profundos hechos no nos dábamos cuenta, y sólo ahora se nos presentan con la claridad que jamás tuvieron para nosotros.

En aquel ambiente del Windsor, al lado de los hacendados y los negociantes comenzó a aparecer un nuevo tipo de hombres. Empezaron a ocupar diariamente las mesitas, sin acuerdo previo, sin una reunión anterior por medio de la cual se declarara fundada con estatutos y reglamento, la nueva generación colombiana.

Nada sabíamos de la conexión existente entre el palpitante angustioso del mundo de la postguerra y nuestra aparición en la escena colombiana. Aún hoy mismo no ha sido estudiado en qué forma aquel período de ansiedad universal vino a perturbar la tranquilidad de muerte de la vida nacional, arremansada en siglos pretéritos. Aún hoy mismo no se han analizado esos resortes ocultos que sacaron al país de su marasmo y lo colocaron desde entonces en la línea de progreso que lo

llevó a la transformación política del año 30. Pero nosotros (hoy lo comprendemos) veníamos como nuncios de esos hechos. Fuimos la generación, que a pesar de carecer del idioma político apropiado, vaticinamos con nuestra sola actitud de iconoclasticismo literario la ruina de la hegemonía. Quizá ninguno de nosotros hubiera podido explicar en qué momento los fenómenos de la postguerra nos colocaban ante una tarea, que solamente podíamos resolver en el campo estrictamente literario.

A raíz de la clausura de la guerra, el país adquirió como otros, una importancia de mercado para el reinicio de la producción industrial de los pueblos avanzados que necesitaban expandir su radio de acción económica, en previsión de la crisis, que al fin llegó, señalada por vastos sobrantes de mercancías. Fue entonces

Tejada tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso. Una atmósfera casi tangible lo circundaba y dentro de ella quedaban como alelados los que se hallaban en torno. Hacia él reflúan, completamente absortas y como desarmadas, las personalidades de todos, sin esfuerzo ninguno, como un placer que se reflejaba en los rostros.

cuando llegaron, en equipos de ferrocarriles y en instrumental para carreteras, no menos que en pianolas, en ortofónicas y en toda clase de chucherías, los veinticinco millones de indemnización por Panamá. Fue entonces cuando se abrieron infinidad de bancos y algunas de las principales industrias, especialmente las textiles. El país se puso en marcha. La actividad nacional se multiplicó y se diversificó. El trabajo tomó nuevos cauces; infinidad de labriegos convertidos en peones de carretera y de ferrocarril comenzaron a buscar en las ciudades las oportunidades de absorción de su trabajo atraídos por los salarios urbanos y ya para siempre zafados de la órbita del campo que eternamente los había constreñido a salarios de hambre. Los problemas sociales comenzaron a cobrar volumen en el país. La intranquilidad social, las huelgas, iniciaron su labor invisible de socavamiento del viejo angarillaje feudal de la hegemonía. Con todas las dificultades presentadas por las circunstancias; con la inmadurez de nuestros procesos acumulativos; con las limitaciones e interferencias que se quiera, pero allí había ya dos economías en pugna, la una gastada e incapaz de la campaña, y la otra más avanzada, más liberal, en las ciudades y en las obras públicas. Y ese fue, indudablemente, el telón de fondo

sobre el cual se proyectó la actividad de nuestra generación, la misma que ahora está llegando al poder.

Cuando Tejada vino a Bogotá, ya traía ese característico sello de vagabundaje que lo hacía pasar absorto, por la Calle Real, como si en vez de casas y gente hubiera allí palmeras, y en vez de Calle Real hubiese allí un camino real. Era un hombre rodeado de paisaje por todos los lados, y en sus ademanes y en su andar se sentía la presencia de parajes arbolados y rumorantes ríos. Ya por entonces Tejada tenía ese chaplinismo inconfundible de hombre que había pasado por muchos apuros y por muchos horizontes. Iba siempre con los pantalones de pasar el río. Cuando yo le conocí, ya era el expulsado de la Normal de Medellín, ya había sido polizón en los barcos del río Magdalena, ya había escrito sus "Gotas de Tinta" en algún periódico de la capital antioqueña, ya había estado de aventura y bronca por la Costa Atlántica y ya había visto la llamita fulgurante de los revólveres rastrillados en la oscuridad de la noche, de que habló después en una de sus crónicas. Ya estaba instalado en "El Espectador" de Bogotá, ya había descubierto el calor de los periódicos, que recomendó siem-

pre como lecho insustituible para el abrigo nocturno, y ya había hecho el invento de los cigarros de hojas de eucalipto, que elaboraba bajo los árboles del parque del Centenario, y que fumaba con delectante y ensoñadora actitud, sosteniendo que todo estaba en la naturaleza al alcance de la mano y que era absurdo creer que se necesitaba dinero para vivir. Ya era el filósofo y el teórico de todas las cosas habidas y por haber que fue la característica central de Tejada.

Confieso que cuando le ví la primera vez sentí cierta repulsión hacia su facha estrambótica. Iba arrebuñado en un abrigo negro, con el brazo izquierdo colgado de un pañuelo, también negro, de cuyo trapecio salía, no una mano, sino un atado de trapos. El gran tirolés negro, tragado hasta los ojos, no conseguía cubrir del todo los vendajes que le ceñían la frente y le cruzaban el ojo izquierdo. Acababa de salir de la clínica. Unos carniceros lo habían atacado una noche de juerga, por haberse interpuesto para defender a un amigo, y lo habían dejado tendido en el suelo, completamente tasajeado a cuchillo. Jamás se le oyó la menor recriminación contra sus amigos ni contra sus atacantes.

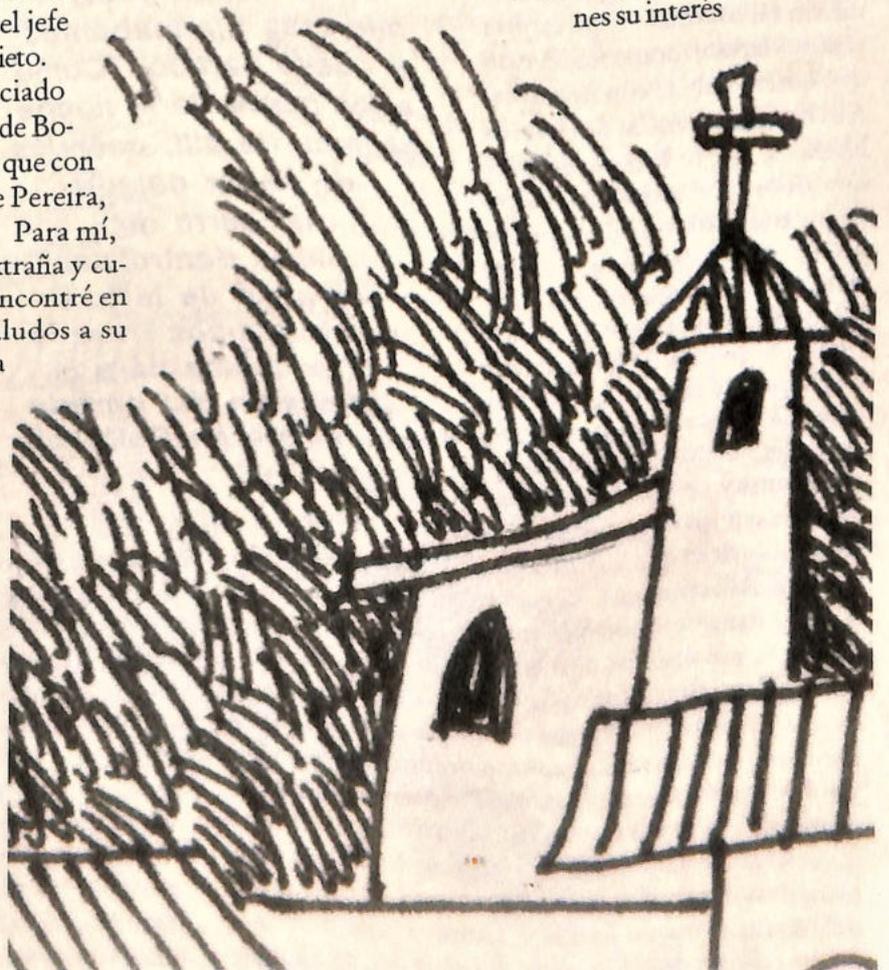
Al día siguiente de mi primer encuentro con él, estaba yo sentado a mi mesa en el Windsor, cuando vi entrar a Tejada. Pensé que la presenta-

ción fugacísima del día anterior y mi ninguna presencia intelectual pues yo estaba inédito y él no conocía mis versos, no le permitirían saludarme con deferencia, y fingí no verlo. Pero Tejada se llegó hasta mi mesa y me saludó con el cariño y la familiaridad más asombrosos, como si hiciera años que alimentáramos la más perfecta amistad. Su naturalidad desarmó mi aprensión. Esa fue la primera admiración que me causó este hombre, y desde entonces la más profunda y noble amistad nos envolvió hasta su muerte.

Tejada tenía un poder magnético enorme. De su ser emanaba un fluido atrayente, verdaderamente maravilloso. Una atmósfera casi tangible lo circundaba y dentro de ella quedaban como alelados los que se hallaban en torno. Hacia él refluían, completamente absortas y como desarmadas, las personalidades de todos, sin esfuerzo ninguno, como un placer que se reflejaba en los rostros. No era una tiranía lo que ejercía. No era la fuerza, casi siempre tirante, del líder; el dominio violento del jefe. Era una suave onda, una luz amable, brillante y cálida, que lo conducía a uno a estar pendiente de él, de su extraordinaria palabra, de su discurrir por un mundo de esféricas formas, de amor, entre todas las cosas, de exactitud, de misterio, de humor y de inmemorial sencillez a un mismo tiempo, que él iba pintando como si se tratara de un sueño con los ojos abiertos. El era el centro de nuestra generación, el jefe nato, nuestro núcleo rumorante e inquieto.

Pocos días después de haberse iniciado nuestra amistad, Tejada desapareció de Bogotá. Había ido a casarse. Me dijeron que con una muchacha Gaviria Jaramillo, de Pereira, hija de don Juan y de doña Dolores. Para mí, aquello era una coincidencia, entre extraña y curiosa. Cuando ya de regreso, me lo encontré en el café, le ofrecí visita y le envié saludos a su esposa. Tejada me miró con cierta sorpresa, como quien no veía bases en mi modo de ser para esta clase de cumplidos sociales. Se habían hospedado en un hotel de la calle doce, arriba de la séptima. Cuando me oyó tutear y estrechar efusivamente a Julieta, su asombro fue aún mayor. Los dos le explicamos los vínculos de familia que nos unían. Y esto contribuyó a hacer más fuerte mi unión con Tejada, Tejada era mi pariente lejano por lo Córdoba y Julieta lo era más próxima por la rama de los Jaramillos; de modo que el traslado a mi casa paterna, que yo les propuse, era una cosa lógica. Allí vivieron dos años.

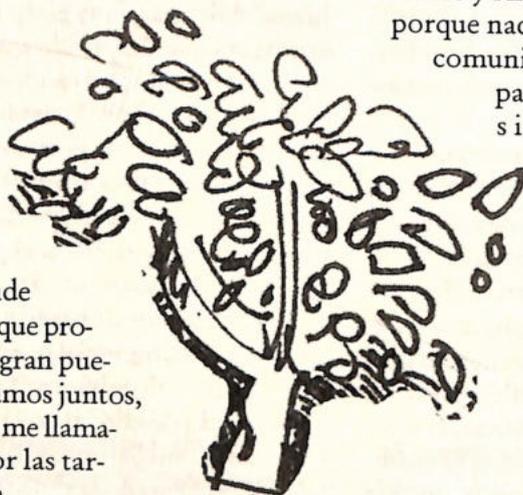
Fue esta la época de "El Sol", periódico que tenía por directores a Luis Tejada y José Mar, y que se editaba en una imprenta situada en la planta baja del edificio Montaña, frente a la plaza de mercado de Las Nieves. Este periódico, cuatro años anterior a la revista de "Los Nuevos", fue el primer órgano de la nueva generación colombiana. Allí aparecimos algunos de los poetas y escritores que después, ya muerto Tejada, hicimos parte de la agrupación de "Los Nuevos". El periódico de "El Sol", que no tuvo una vida larga, fue también el período socialista de Luis Tejada. Era un socialismo que no se atrevía a separarse del partido liberal y que encontraba asidero para esta actitud en el propio pensamiento de Benjamín Herrera, para quien el socialismo, como lo dijo públicamente en varias ocasiones, era algo consubstancial con la entraña misma del liberalismo colombiano. Tejada no estaba muy convencido de ello; él creía que era necesario la aparición de un partido independiente, pero aceptaba de buen grado la simpatía que Herrera mostraba por el periódico, y la deferente atención que el gran caudillo ofrecía al movimiento juvenil que pugnaba por cristalizar en "El Sol". No fueron pocas las veces que vimos al general Herrera preferirnos en el trato frente a líderes connotados del liberalismo, y en una o dos ocasiones su interés



por nosotros se mostró en ayuda monetaria para el periódico. De aquella época, guardo todavía como recuerdo imborrable la figura magnífica de este extraordinario ejemplar humano, poderoso y terrible, incommovible y como tallado en piedra berroqueña, ante el cual los grandes se veían pequeños.

Herrera era un hombre de tan acendrado dominio, de una tan increíble concreción de personalidad, que más que un hombre parecía un mito. Lo primero que se sentía ante Herrera, por reflejo, era el orgullo de ser colombiano, porque en él se hacía tangible la comprensión de un pueblo grande hoy y mañana y siempre. Pueblo que produce esta clase de hombres es un gran pueblo. Tejada y yo siempre andábamos juntos, lo que hacía que nuestros amigos me llamaran "l'enfant gâte" de Tejada. Por las tardes siempre nos citábamos para irnos a casa. El trabajaba en El Espectador y yo en el Banco de Londres. Una tarde, mientras yo lo esperaba en la esquina de la catorce con la séptima, salió del periódico y se vino precipitadamente a mi encuentro, diciéndome sin saludarme: "Aquí en esta casa está en este momento un ruso que quiere hablar con nosotros. Ahí hay una reunión de obreros liberales, que lo han citado para que los oriente sobre la posición de los trabajadores en las próximas elecciones. Subamos. Cuando termine nos vamos con él y charlamos. Esto puede ser muy interesante". La casa de que hablaba Tejada era la misma en que hoy está "La Cigarra". El ruso no era otro que Silvestre Sawinsky.

Sawinsky vivía en la vieja y amplia casa que queda inmediatamente después de lo que hoy es la plaza de San Martín hacia el norte. Allí entramos. Recuerdo que en el vasto corredor nos llamó la atención ver numerosos cueros colgados, y Sawinsky nos dijo que se había dedicado a la curtiembre, para ganarse la vida. Nos presentó a su esposa y nos instalamos en la amplia sala ante una gran mesa, cubierta con una gruesa tela de terciopelo verde, y sobre la cual una caparazón de tortuga con una caja de metal incrustada servía de cenicero de agua. Pronto comenzamos a menudear las tazas de té, de las cuales tomamos como diez, a la manera rusa, mientras planeábamos el nuevo partido. Como a las nueve de la noche salimos de allí, después de haber dejado un cerro



Pronto comenzamos a menudear las tazas de té, de las cuales tomamos como diez, a la manera rusa, mientras planeábamos el nuevo partido. Como a las nueve de la noche salimos de allí, después de haber dejado un cerro de colillas dentro del recipiente de la tortuga. Habíamos trazado el esquema para la formación del partido comunista en Colombia.

de colillas dentro del recipiente de la tortuga. Habíamos trazado el esquema para la formación del partido comunista en Colombia. Llevábamos la lista de los nuestros, que se redactó de mi puño y letra, y a la cual habíamos agregado algunos nombres que juzgábamos adictos a nuestra causa, entre otros, Luis Cano, Armando Solano y Alfonso Villegas Restrepo. Digo esto, porque nadie sabía cómo se fundó el partido comunista de entonces, es decir de dónde partió la idea, y he oído muchas versiones contrarias a la realidad, de

gentes que desean hacerse pasar por personas actuantes. No. Aquella noche no estábamos presentes sino Sawinsky, Tejada y yo. De allí convocamos a una reunión, en la cual quedó constituido el nuevo partido. No está por demás decir que ni Luis Cano, ni Armando Solano, ni Alfonso Villegas Restrepo concurren nunca a ninguna de nuestras reuniones.

Pronto nuestro partido se encontró con muy serios problemas que nosotros no sabíamos cómo resolver. La cuestión orgánica y nuestra conexión con las masas eran cosas al rojo blanco sin la solución de las cuales podríamos subsistir. Ni Sawinsky ni nosotros sabíamos nada en cuanto a los procedimientos. Ignorábamos por completo cómo se hacía un partido comunista. Era aquella una época en que el resplandor de la revolución rusa iluminaba el universo, y todos los hombres libres del mundo querían ir por esa senda, lo que no significaba necesariamente que quienes así pensarían fuesen teóricos consumados. El conocimiento de Marx y de los métodos revolucionarios de los rusos no se habían generalizado.

En la prensa todavía se leía que el general Soviet se había tomado al sur de Rusia una importante ciudad llamada Lenin. En estas circunstancias, nosotros resolvimos como mejor pudimos nuestros embarazantes problemas. Le dimos al partido, por proposición de Moisés Prieto, una secreta organización tipo masónico, por grados, con sus signos, sus convenciones, sus palabras claves para los momentos de peligro. Y en cuanto a programa, yo traduje con Sawinsky el programa del P.C ruso y echamos diez mil copias en mimeógrafo, que fueron a parar al río Magdalena, a los cuarteles, a las organizaciones obreras, etc. Su distribución fue tan completa, que todavía se acuerdan de haberlo recibido

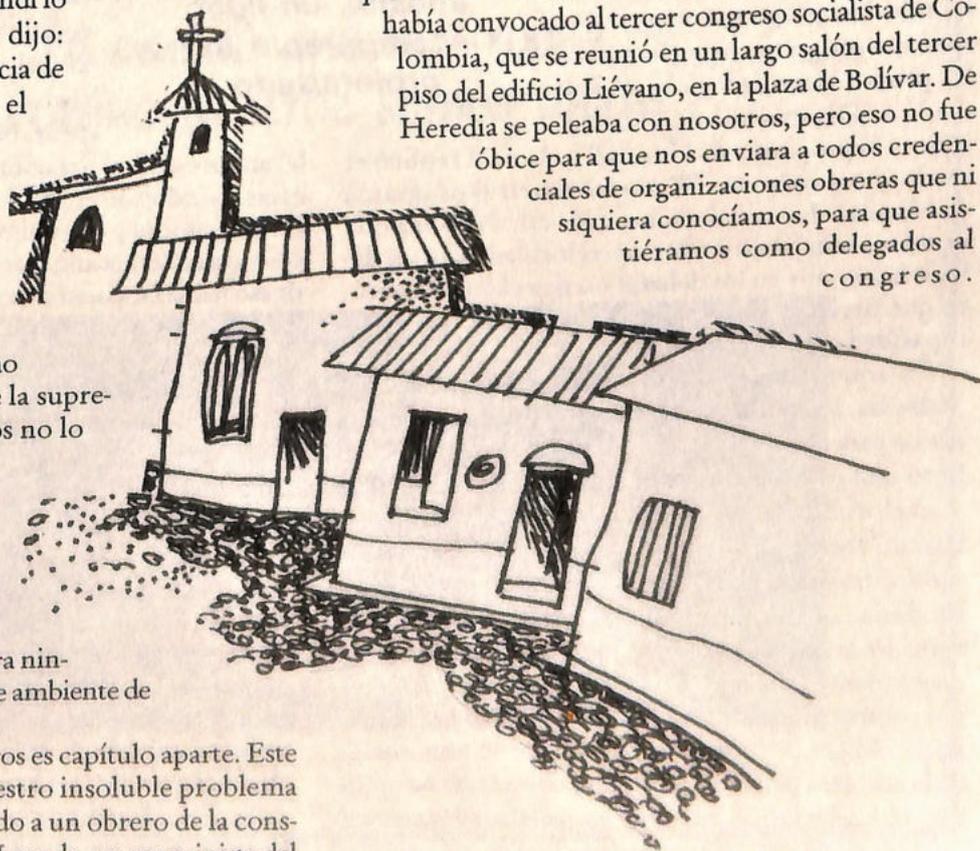
los obreros de muchos lugares del país. No abandonamos tampoco el trabajo en el ejército, y fue por nuestra labor de hojas sueltas, al frente de la cual estaba Sawinsky, que el buen ruso, más terrorista que bolchevique y más niño que hombre terrible fue expulsado del país.

Un día me llamó Tejada con mucho sigilo para decirme que habían inventado un grado superior, el último al que sólo tenían acceso los elegidos, pues había ciertas cosas que no se podían tratar delante de algunos camaradas, en los cuales no se tenía la suficiente confianza. Me advirtió que mi iniciación allí se había fijado para una sesión especial, como en efecto ocurrió. Por entonces Tejada ya vivía en una casa de la calle doce, casi contra el paseo Bolívar. En un cuarto oscuro, iluminado apenas por una vela de sebo, se efectuó la ceremonia de mi ingreso al más alto grado. De pie, en torno de una mesa, se hallaban Tejada, Sawinsky, José Mar, Moisés Prieto y Diego Mejía. Sobre la mesa reposaban los símbolos de la purificación y la fe del comunista, consistentes en la constitución rusa, el programa del partido y, encima, una pistola, alegoría de la violencia revolucionaria y a la vez del castigo que esperaba al traidor. El juramento consistía en un largo interrogatorio escrito, que Sawinsky leyó aquella noche, con su particular acento ruso. Se hablaba en voz baja. Tejada se transfiguraba por completo, y a la escasa luz de la vela se le veía poseído de la más intensa emoción. A Sawinsky le temblaba levemente el labio inferior. La respiración de todos parecía contenida. El interrogatorio llegó a aquello de "jura usted no hacer diferencia de razas?", y yo respondí: lo juro; "jura usted no hacer diferencia de nacionalidades?", y yo respondí lo juro. Pero cuando se me dijo: "Jura usted no hacer diferencia de sexos?", dí inmediatamente el grito, separándome del grupo. "No, me es imposible jurar eso", exclamé. La estupefacción se apoderó de todos. Tejada me miraba con angustia escrutadoramente. "Por qué no juras?", me dijo con un tono de ruego. Yo les dije "Lo de la supresión de la diferencia de sexos no lo juro, porque por pepiciego que uno esté siempre sabe quién es hombre y quién es mujer". Todavía oigo las carcajadas de José Mar y las recriminaciones de Tejada, que no concebía que se llevara ningún espíritu ligero a semejante ambiente de solemnidad y de misterio.

La conexión con los obreros es capítulo aparte. Este se tornó muy pronto en nuestro insoluble problema central. Habíamos conseguido a un obrero de la construcción, Manuel Avella, y a Lozada, un maquinista del

ferrocarril. Pero necesitábamos las grandes masas. Una comisión compuesta por José Mar y Prieto, que enviamos a Girardot, meca entonces del socialismo, había fracasado. Entonces resolvimos todos salir a la conquista de las masas. Se nos había dicho que en el paseo Bolívar por las tardes, se reunían muchos obreros, pues allí se hacía una venta de comestibles calientes y era el mejor sitio para encontrarlos en conjunto. Hacia allá nos dirigimos, pasando por el barrio de Las Aguas siempre en busca de obreros, que no hallamos por el camino. Arriba, evidentemente, se agitaba una muchedumbre desharrapada, en una especie de feria o de fiesta, en torno a las ollas humeantes. Al frente teníamos el espectáculo de la ciudad, con su rumor de órgano, y más allá, hasta el confín verde de la sabana. Nos acercamos a los trabajadores, pero no sabíamos cómo abordarlos, qué decirles, cómo entrar en conversación con ellos. Casi ni nos miraban. Estaban muy atareados en su comida, comprando aquí y allá centavos de cosas. Entonces, cuando ya íbamos a fracasar del todo, Tejada se acercó a nosotros diciéndonos: "Bueno, bueno hagamos una colecta para esta gente". Y vaciamos nuestros bolsillos, para que los obreros pudieran comer un poco mejor aquella tarde. Después, descendimos del paseo Bolívar, sin haber podido hablar ni una sola palabra con aquellos obreros sobre nuestros propósitos, pero felices de haberlos ayudado en algo. Sólo oímos que uno de ellos rezongó algo sobre los electoreros que van a buscarlos con obsequios cuando quieren sus votos. Juro que esta escena me ha ayudado extraordinariamente a comprender a Charlot.

Pacho de Heredia, el famoso líder socialista que murió quemado en el incendio de un hotel de Costa Rica, había convocado al tercer congreso socialista de Colombia, que se reunió en un largo salón del tercer piso del edificio Liévano, en la plaza de Bolívar. De Heredia se peleaba con nosotros, pero eso no fue óbice para que nos enviara a todos credenciales de organizaciones obreras que ni siquiera conocíamos, para que asistiéramos como delegados al congreso.



Recuerdo que a mí me correspondió representar a los obreros de la Zona Bananera. Allí, en aquel congreso, nuestra actividad fue feroz contra el socialismo. Y, como era natural, nuestras baterías iban dirigidas contra el socialismo de Girardot, que gobernaba la ciudad desde el concejo y que, según nosotros, se había pervertido en el reparto de las preeminencias y del presupuesto. Nosotros hicimos declarar aquel congreso: Primer Congreso Comunista de Colombia. El mono Dávila, que representaba al socialismo, fue nuestra víctima propiciatoria, y se defendía de todos muy airosamente. Sólo una vez que el loco Zambrano (un muchacho enviado por los obreros de Boyacá, que en el congreso se declaró comunista y marchó con nuestras tesis) le acusó de prestar plata al diez por ciento, el mono perdió los estribos, y exclamó: "A quien me vuelva a decir esa impostura, o lo desafío, o lo condeno al desprecio de mis conciudadanos". Y el loco le replicó con toda calma: "Vea camarada: yo prefiero lo segundo". Allí mismo nos encontramos con Alejandro Vallejo, que desde entonces formó parte de nuestra agrupación. Una noche, Vallejo hacía el ataque más violento al programa socialista de Heredia, que había sido promulgado en años anteriores en Honda. Vallejo duró cerca de una hora descuartizando el programa de Honda. Ese programa era una basura; ese programa no valía nada. De pronto Heredia le preguntó al orador: "Dígame una cosa: usted conoce el programa de Honda?"; a lo cual replicó el orador, impertérrito: "Yo no conozco el programa de Honda". La carcajada fue general. Pero era que nosotros señalábamos con anterioridad quienes debían intervenir en los debates no por el conocimiento que tuvieran de la materia, sino por el grado de capacidad para hablar.

En aquel congreso conocimos a Raúl Eduardo Mahecha, a quien llevamos a nuestra organización una noche para conocerlo y saber de quién se trataba. Confieso que nos causó pésima impresión. Mahecha se vanagloriaba de sacarles dinero a los yanquis de Barrancabermeja, de amenazarlos con huelgas si no le suministraban la plata y de otras lindezas por el estilo. Lo decía con tal naturalidad como si estuviera convencido de que esa era la esencia, el alfa y el omega del movimiento revolucionario. Mostraba esos actos suyos, como grandes triunfos de sagacidad revolucionaria. Al propio congreso había venido con sueldo de la empresa petrolera y con aire de victoria nos mostraba los telegramas en que le anunciaban los giros. A mí me pareció, perdónese me que lo diga, un criminal

nato, inconsciente. Y ese era el presidente del congreso obrero. Pedí que lo derrocaráramos, pero la oportunidad de hacerlo parece que no se presentó.

Después hicimos Tejada y yo un viaje al Quindío, siempre con la idea fija de buscar obreros auténticos. En un hotelito de Cajamarca redacté el primer manifiesto que yo hacía destinado a los obreros del Quindío, que publicamos en Calarcá, mi ciudad natal. Tejada se mostró sorprendido de mi estilo revolucionario y alabó con mucho entusiasmo mi manifiesto. En Calarcá salieron algunos obreros a recibirme. Tejada estaba optimista. ¿Ves?, me decía; los obreros son muy inteligentes y acabarán por responder a nuestros llamados. Vamos a hacer un gran partido. Pero en Pereira, fin de nuestro viaje, ya no vino nadie a vernos. Allí

Tejada era comunista, con la visión de una sociedad mejor y más equitativa para la humanidad. De ahí que yo no juzgue a Tejada como obligadamente lo juzga la gente: como un cronista que ha producido Colombia; el mejor, que aún no ha sido superado ni igualado aquí ni fuera del país. Tejada era un apóstol, un líder incomparable del proletariado.

iniciamos a Fortunato Gaviria, hermano de la mujer de Tejada. La iniciación que se hizo con la solemnidad de la mía, de que ya he hablado, no surtió su efecto de misterio y de sigiloso secreto. La casa tenía una acústica endemoniada; todo el mundo, en la planta baja, de almacenes y tiendas, se dio cuenta de todo cuanto dijimos e hicimos. Y al día siguiente todo Pereira sabía que habíamos ido a la ciudad.

Tejada era un comunista convencido. Indudablemente, nuestro movimiento, en el fondo, era un movimiento liberal, como lo fue en gran parte, años después el movimiento socialista revolucionario. El partido liberal, con la pesada herencia del fracaso de la guerra civil iba de mal en peor. Nadie creía ya en que pudiera

levantarse de la postración en que se encontraba. Y en estas condiciones, se buscaban sustitutos, otras formulaciones y otros medios que suponian más eficaces para el derrocamiento del conservatismo. Mucho de eso había en nuestro movimiento. Pero no en Tejada. Tejada era comunista, con la visión de una sociedad mejor y más equitativa para la humanidad. De ahí que yo no juzgue a Tejada como obligadamente lo juzga la gente: como un cronista que ha producido Colombia; el mejor, en una abarcadura más ancha, del habla española, que aún no ha sido superado ni igualado aquí ni fuera del país. Porque Tejada era más que eso. Tejada era un apóstol, un líder incomparable del proletariado. Murió en el momento en que se estructuraba ideológicamente en el marxismo, cuando antes sus ojos de visionario la escritura del viejo alemán le abría las puertas de un mundo amable para todos, en el cual había soñado siempre. Amó a la humanidad con un amor entrañable. Amó a los humildes, y supo con toda claridad que ellos serán poseedores de un paraíso aquí en la tierra. Por hacer más próximo ese paraíso, luchó hasta su último aliento. ■



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803

DE LA **URBE**

Periodismo universitario
para la ciudad

*Mostramos otras caras, otra gente,
otras historias, otras formas de mirar
la ciudad que nos rodea.
Porque la urbe somos todos.*

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones
Bloque 12, oficina 122
Teléfono 2332784
FAX. 2334724
delaurbe@embera.udea.edu.co
<http://delaurbe.udea.edu.co>

La banda White Company

Pedro Claver Téllez

Ricardo Tirado Macías fue liberal radical, revolucionario, poeta y tremendo periodista de oposición. Sus artículos le merecieron siete excomuniones y el prestigio de hombre diabólico que lo acompañó hasta su muerte en 1948. De una de sus famosas denuncias se ocupa el siguiente artículo.

En enero de 1910, el periodista Ricardo Tirado Macías, director de *El Republicano*, denunció la existencia de una banda especializada en estafar al Estado colombiano por supuestos perjuicios de guerra. La banda era dirigida, según Tirado Macías, por el ministro de Relaciones Exteriores Carlos Calderón, en asocio con varios abogados consultores de ese ministerio y otros funcionarios estatales. Estos, valiéndose de presuntos damnificados, nacionales y extranjeros, durante la Guerra de los Mil Días, habían ganado varias demandas que costaron al Estado más de doscientos millones de pesos. Y se ventilaban otros casos que le costarían una suma igual. La sucia negociación se venía haciendo desde el gobierno del general Rafael Reyes, época en la cual el mayor beneficiado había sido su compadre José María *Pepe* Sierra, el audaz millonario antioqueño que no perdía oportunidad que le pudiera reportar alguna utilidad.

Para sustentar su denuncia, Tirado Macías citaba el caso de la señora Mary White, ciudadana inglesa residenciada en Ibagué desde 1894, quien había demandado al Estado por veintisiete millones de pesos, alegando que su esposo, Richard White, ya fallecido, había sido despojado de quinientos mil cabezas de ganado durante los tres años que duró la guerra. Su primer abogado había sido Alejo de la Torre, en ese entonces consultor del ministerio y amigo personal del ministro Carlos Calderón. Pero De la Torre había renunciado, temeroso de enredarse en un asunto ilegal y contraproducente para su carrera. Había declinado a favor de Eduardo Rodríguez Piñeres, quien a la postre también se retiró. El nuevo y definitivo abogado era Hernando Villa, quien a la sazón adelantaba una nueva demanda que se había reducido a diez millones de pesos.

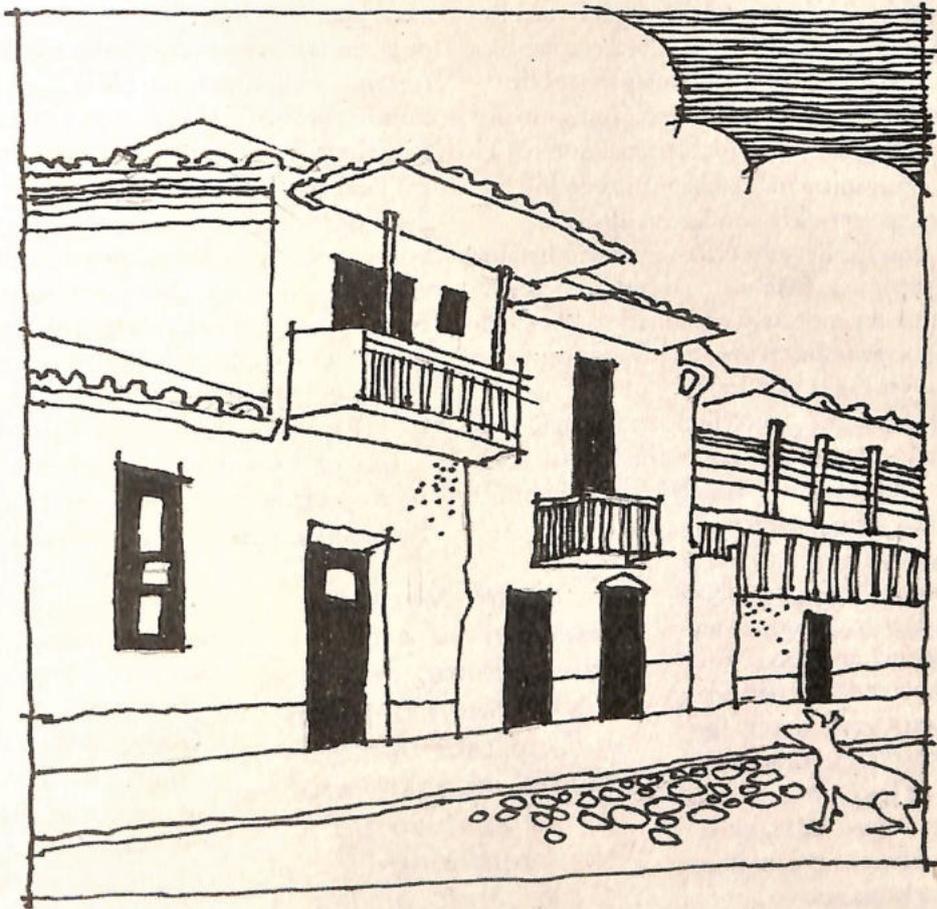
La viuda de White ponía como testigo al señor Juan de la Rosa Barrios, gerente de la sociedad Barrios y Hermanos, de Ibagué, quien aseguraba haberle vendido al señor White, en 1901, tres mil quinientos novillos

por la suma de trescientos veintinueve mil pesos. Ganado que le había sido expropiado a su esposo, durante la guerra, por varios jefes militares del Tolima, entre quienes se contaban los generales Pompilio Gutiérrez, Manuel Gallego, José Mazabel y Flavio Vanegas.

Estos, por su parte, reconocían haber expropiado varios miles de reses a ganaderos del Tolima durante la contienda. Pero no recordaban al señor White (o muy vagamente), cosa bastante sospechosa, por cierto, pues la viuda aseguraba que el despojo fue durante tres años y era imposible que en ese tiempo uno no recordara a quien había saqueado. Otra circunstancia, que también generaba dudas, era que la viuda no acreditaba las expropiaciones con recibos expedidos por los citados generales, como era costumbre. Los abogados de la viuda, incluido Hernando Villa, se habían limitado a recoger sus declaraciones, vagas y etéreas, y a incluirlas en el expediente. Pero esas declaraciones, según Tirado Macías, no eran legales y sí motivo de recelos.

Esa era, en líneas generales, la esencia de la denuncia, calcada de otras que habían dado excelentes resultados. Pero ésta no había corrido igual suerte, pues, aparte de haber tenido tropiezos sucesivos que la prolongaron por varios años, se había topado ahora con un periodista testarudo y valiente, cuya denuncia la frustraría para siempre. No sólo porque quedaba en entredicho, sino porque a ella estaban vinculados, de alguna manera, personajes de alto rango político y social como el ministro de Relaciones Exteriores Carlos Calderón.

¿Cómo se había enterado Tirado Macías del asunto? Accidentalmente, una tarde, cuando tomaba tinto con un amigo que era, a su vez, amigo del secretario del juzgado donde se ventilaba el caso. Le llevó varios días obtener los datos esenciales, un poco a hurtadillas, con los temores propios de la época, dado que existía una fuerte censura de prensa y era ilegal y peli-



groso "meter las narices" en un material celosamente protegido como reserva del sumario.

Tirado Macías escribió su artículo en caliente, con la compulsión del que tiene una bomba entre manos. Pero se abstuvo de publicarlo pensando en las consecuencias que podría acarrearle. Y, seguramente, se habría prolongado aún más su espera, sino hubiera sido por una azarosa coincidencia. Tirado Macías era un lector apasionado de novelas populares, de acción y de aventura. Y en esos días comenzó a leer una novela inglesa titulada *La estafa*, en donde, se narraban las peripecias de una banda de salteadores de caminos, casualmente denominada *White Company*. Y esa circunstancia fue el motor que lo impulsó a publicar su artículo. Sólo que en la novela real que se escenificaba aquí, a diferencia de la ficticia inglesa, el jefe de la banda no se apellidaba White sino Calderón. Tirado Macías la asoció con la viuda que era, en esencia, la beneficiaria. El artículo terminaba así, textualmente: "no son solamente diez millones de pesos los que estamos defendiendo. Son cerca de doscientos millones a los que estamos cerrando el paso, porque a eso ascienden las réclamaciones pendientes".

La denuncia causó revuelo, sobre todo en los círculos políticos, económicos y sociales de la capital. Bogotá era en ese entonces una ciudad pequeña, de escasos ciento veinte mil habitantes, la mayoría de los cuales eran analfabetos o gente que no se preocupaba por la lectura de los periódicos. Pero donde quiera que la noticia llegó produjo impacto y sus repercusiones fueron tan poderosas que estremecieron el Capitolio Nacional

y el Palacio de San Carlos, en esa época ocupado por el general Ramón González Valencia cuyo año de gobierno transitorio estaba por terminar.

El presidente González Valencia tronó airado, cuando se percató de la publicación y de su explosivo contenido. En un principio creyó que se trataba de un infundio, de una ficción, de un invento, como era usual en algunos medios sensacionalistas de entonces. Pero cambió de parecer, de color y de genio cuando advirtió que se trataba de *El Republicano*, un periódico adicto a la Unión Republicana y el artículo estaba firmado por Ricardo Tirado Macías, un periodista digno de credibilidad, aunque no era de su agrado. Tirado Macías militaba en las filas de la Unión Republicana comandada por Carlos E. Restrepo y, éste, por supuesto, no era santo de su devoción.

González Valencia reconvino al ministro Carlos Calderón. Este convenció al presidente de que se trataba de una calumnia y estaba dispuesto a demandar, junto con las otras personas injuriadas, al autor de la infamia y, por supuesto, al medio que la había publicado. Le pidió, incluso, que ordenara al ministro de gobierno clausurar *El Republicano* o, al menos, censurarlo y multarlo. El Presidente obedeció, como si se tratara de un súbdito del ministro Calderón.

Tirado Macías no se arredró ante las demandas y amenazas que se cernían sobre su cabeza. No era la primera vez que esto sucedía. Ya había sido censurado, multado y sometido a toda clase de represiones, a raíz de un artículo titulado "Papel moneda", publicado en febrero de

1908 durante la administración del general Rafael Reyes, en el cual criticaba duramente la política económica que pregona el gobierno como una panacea de todos los males. También, había sido excomulgado por el arzobispo de Bogotá, monseñor Herrera Restrepo. Tirado Macías era, junto con Calibán, uno de los más aguerridos contrincantes del clericalismo a ultranza.

Tirado Macías fue llevado a los estrados judiciales, como era de esperarse. Este acató las órdenes y exigió que se le permitiera aportar al expediente una serie de testimonios que pensaba recoger en los próximos días y el juez le concedió ese privilegio.

Se trasladó al Tolima, concretamente a Ibagué, para recoger los testimonios de las personas que habían conocido y tratado directamente al señor White. No fue difícil dar con ellos, ni lograr que éstos aceptaran hablar.

Esteban Lancheros dijo que había conocido al señor White, pues habían sido vecinos de parcela durante muchos años. Según Lancheros, White era un hombre honesto y trabajador, mas bien arisco y retraído, pero muy correcto y amable, que desde su llegada al país, en los últimos años del siglo anterior, se había entregado con empeño al trabajo, sin contar con suerte. Nunca había sido un hombre acomodado, mucho menos rico, como ahora decían. No tuvo más de dos vacas, un par de caballos, animales caseros y huertas. Su esposa, Mary, mucho más agria que él, era una mujer trabajadora también. Pero sus labores no pasaban más allá de la puerta, cuando mucho para ir al mercado los domingos.

Otro de los testigos, Manuel Arguez, conocía también a White desde que llegó al país. Un hermano suyo, Ismael, le vendió la parcela y tuvo con él otros negocios que no valía la pena mencionar. Ninguno de los dos había ido a la guerra. Arguez porque era baldado de nacimiento, tenía tres hernias y pasaba la mayor parte del tiempo en una silla. White porque era súbdito inglés y nada tenía que ver en el asunto. Esa circunstancia los había acercado, y tenían una muy buena amistad. Eso le permitía asegurar, bajo juramento, que el señor White nunca tuvo más de dos vacas y, si bien era cierto que se las quitaron durante la guerra, era totalmente falso que fuera un hacendado tan poderoso como para llegar a tener quince mil reses. Y era falso que los militares lo hubieran despojado. Nunca le hicieron exigencia alguna, ni lo trataron mal, ni le buscaron pleito. Compartieron las angustias y los sobresaltos de la guerra, o los ecos de ésta, pero nunca -gracias a Dios- habían tenido contratiempo alguno. El señor White había muerto al parecer de un infarto, poco después de la guerra, hacia 1904, cuando estaba por posesionarse el recién elegido presidente Rafael Reyes.

Eso era todo lo que había podido averiguar respecto al señor White. Pero también obtuvo información acer-

ca de Juan de la Rosa Barrios, quien servía como testigo de la viuda y aseguraba haberle vendido al señor White tres mil quinientas reses. De la Rosa era, en verdad, un hombre acaudalado que, junto con sus dos hermanos había logrado acumular una gran fortuna como ganadero. Tuvieron miles de reses. La guerra los había afectado, por cuanto disminuyeron notoriamente sus activos, pero poseían todos sus documentos de reclamación en regla y estaban recuperando, lenta pero seguramente, los haberes arrebatados durante la guerra. Era viudo también y se comentaba que andaba en amoríos con la viuda de White, quien aún era una mujer agraciada. Quizás por eso se había visto envuelto en el asunto.

Con estos testimonios, debidamente autenticados por las autoridades competentes, Tirado Macías regresó a Bogotá para demostrar que su artículo tenía fundamen-

to, que estaba sólidamente documentado. Y esos testimonios lo liberaron, transitoriamente, del castigo judicial, pero no lo libraron del todo.

Superado ese escollo, Tirado Macías se dedicó a una empresa mucho más difícil y aventurada: probar que el ministro Carlos Calderón y los abogados de marras estaban comprometidos en esa cadena de estafas al tesoro público. Respecto de los abogados y de su real vinculación con el ministerio y, por ende, con el ministro Calderón, no había

lugar a dudas, pues sus nombres figuraban, simultáneamente, como abogados consultores del ministerio y como apoderados de la viuda de White en el proceso de la reclamación.

Por el lado del ministro, el asunto era más complicado, pues su nombre no figuraba en el proceso más allá de los documentos relacionados con su cartera, como el hecho de certificar que la señora White era, evidentemente, de nacionalidad inglesa y había ingresado al país en abril de 1894. Información que para nada lo comprometía. Lo difícil, era pues, probar que el ministro Calderón dirigía las operaciones de la banda, no sólo en el caso específico del proceso de reclamación de la viuda de White, sino de otros casos similares. Tarea que le llevaría mucho tiempo, mucho más del que se imaginaba. Pues, además de las energías que le demandaba ese caso, Tirado Macías era un periodista muy inquieto y activo, vinculado a la dirigencia política.

Pero Tirado Macías no se imaginaba lo que estaba por suceder. Liberal de cuna y de ideas, pero republicano de corazón, había puesto su periódico y su pluma al servicio de esa causa, que era de Carlos E. Restrepo. Pero su adhesión a éste y a las ideas que simbolizaba, no le impedía discrepar de sus aliados, los liberales, a la sazón comandados por el general Benjamín Herrera.

Su discrepancia con el general Herrera no era cosa nueva. Databa de tiempo atrás y estaba relacionada con algo más que su condición de jefe liberal indiscutible.

***Tirado Macías
escribió su artículo
en caliente, con la
compulsión del que
tiene una bomba
entre manos. Pero
se abstuvo de
publicarlo
pensando en las
consecuencias que
podría acarrearle.***

Tenía que ver con la guerra y con su familia. Pues, durante la guerra, el general Herrera habla sido prácticamente el azote de los suyos y esas eran cosas que no se podían olvidar fácilmente. De esa época databa su animadversión y su encarnizamiento contra el líder liberal. Deudas que ahora le cobraba con la pluma y en su propio periódico. Tirado Macías no desperdiciaba ocasión para hostigarle y en esos días había escrito y publicado algo que tenía muy molesto al general Herrera. Y éste había prometido enfrentarlo en la primera oportunidad que lo tuviera por delante.

Y esa oportunidad se dio, como era de esperarse. Los dos coincidieron en una reunión preparatoria del lanzamiento de la candidatura de Carlos E. Restrepo, que sería a mediados de junio. El general Herrera, visiblemente enojado, se le acercó para recriminarlo. Le dijo que era un farsante y un oportunista. Tirado Macías le respondió que lo mismo pensaba de él. Y el general Herrera, airado, casi descompuesto, echó mano a su revólver y lo retó a batirse. Tirado Macías le replicó que él no era hombre de armas, que su revólver era la pluma y ésta había dado en el blanco. El general Herrera, enceguecido por la ira y con el revólver engatillado apuntó hacia Tirado Macías. Este, viéndolo así, trató de eludirlo, pero el general disparó y la bala le atravesó el muslo de su pierna derecha. Tirado Macías, herido, pensó por un momento que el general lo remataría. Pero no fue así. Quedó lívido, paralizado, con el arma en la mano y la mirada aterrorizada, como si hubiera comprendido de repente la dimensión de su acto y lo que éste podría significar para su vida política.

Para fortuna de Tirado Macías, la herida no era grave. La bala le había atravesado el muslo, pero no le había afectado ningún hueso y su recuperación era cosa de quietud y de tiempo. Dos lujos que no se podía permitir, dado que se aproximaban las elecciones y estaba estrechamente vinculado a un caso judicial que reclamaba todo su tiempo.

Reducido a cama, bajo los cuidados de su esposa, que era una mujer diligente, Tirado Macías no paraba de escribir y de publicar. Pero sus actividades de afuera, de la calle, las que tenían que ver con sus pesquisas sobre el caso White y sobre el Ministro en particular, se redujeron a cero.

A mediados de junio, poco después del lanzamiento de la candidatura de Restrepo, Tirado Macías se enteró de que las exacciones relacionadas con el caso White, habían sido pagadas por el Estado, lo cual quería decir que su denuncia de nada había servido. Pero las cosas no eran del todo así. Tirado Macías comprobó que Pedro León Monroy, jefe del aseo municipal, había adquirido por ocho mil pesos, a nombre del sindicato de esa empresa, los derechos que alegaba la viuda de White. Y en la intimidad de su hogar celebró la noticia con una rotunda carcajada. Pues el caso White, que se había iniciado con una reclamación de 27 millones de pesos, se había reducido a una bicocha. El proceso continuaría, desde luego, pero se había enredado de tal manera que todo permitía supo-

ner que terminaría en el absoluto fracaso. Pensó que de algo había servido su investigación y su informe y eso lo llenó de satisfacción.

Poco después salieron a flote otras reclamaciones de los ingleses, pero estas eran de carácter completamente distinto de la "Reclamación White", como se la denominaba entonces. Al lado de esta, había otras, pero ninguna tan descarada y tan evidentemente corrupta como la que esgrimían los descendientes del coronel Obdulio Estévez.

Cincuenta y cuatro años después de la guerra de 1860, es decir, en 1913, el Congreso aprobó una ley "especial y personal" que ordenaba a la autoridad respectiva entrar a conocer de una reclamación de suministros hechos en esa guerra por el entonces coronel Estévez al ejército del general Leonardo Canal.

El coronel Estévez había fallecido, pero sus descendientes aducían libranzas por más de medio millón de pesos oro. Y para respaldar esa suma aportaban recibos en donde se le reconocían cuatrocientos pesos por caballos y trescientos por mulas y machos y un interés del dos por ciento mensual.

El presidente Carlos E. Restrepo objetó el proyecto de ley, exponiendo que había leyes que prohibían el pago de exacciones de guerra, incluida la de los Mil Días. Pero la Corte declaró infundadas las objeciones del ejecutivo, considerando que el proyecto sí era sancionable, a pesar de las leyes expresas que cerraban las puertas a las reclamaciones de guerra.

Historias por el estilo solían presentarse de vez en cuando. Pero el asunto del Ministro, cuya demanda cursaba en el juzgado, estaba destinado a prolongarse quizás para siempre. Y así ocurrió. Al cabo de mes y medio, cuando Tirado Macías salió por fin a la calle, el torbellino de la política había barrido con todo. Era como si hubieran corrido una pesada cortina sobre el pasado. Pasaron varios años, casi cinco, antes de que se volviera a saber de la "Reclamación White". El 15 de mayo de 1915, se conoció por fin el veredicto del jurado:

Juan de la Rosa Barrios fue llamado a juicio por falsedad; el abogado Hernando Villa, por tentativa de estafa al tesoro público; Pedro León Monroy y tres miembros del sindicato, por perjurio. El jurado consideró que no había lugar para adelantar causa criminal contra la viuda de White (aunque era ella el origen del embrollo) ni contra los generales Pompilio Gutiérrez, Manuel Gallego, José Mazabel y Flavio Vanegas.

Todo había terminado bien. Pero Tirado Macías tenía un cargo de conciencia y una frustración profesional: haber acusado al Ministro de jefe de la banda de *White Company*, sin elementos sólidos de juicio, ni haber podido obtenerlos, como era su propósito. La vida no es lo que uno se imagina o lo que quiere que sea...

Para su fortuna, el ministro Carlos Calderón, ya retirado de la política, desistió de la demanda por calumnia. De haber continuado, tenía todas las de ganar y Tirado Macías las de perder. Y ahora estaría pagando las consecuencias de su deslíz. ■

"En *Mito* comenzaron las cosas..."

Mauricio Ramírez Gómez

"No es poco lo que puede hacer un escritor o, en general, un intelectual. Ante todo, puede y debe dar ejemplo de dignidad. Luego, puede y debe protestar no obstante toda suerte de censuras a través de su obra y de los medios que tenga a mano, por mínima que sea la difusión de sus opiniones. También, en consecuencia, debe aprender a correr los riesgos. Todo esto tiene más efectividad de lo que se piensa. El Estado no puede existir contra la inteligencia"

Jorge Gaitán Durán,

"Sanín Cano y la situación del Intelectual en Colombia" (1957)

Refiere el crítico y ensayista colombiano Hernando Valencia Goelkel la siguiente anécdota acerca del nombre de la revista que definiría a toda una generación: "Hay un hecho muy divertido para mí, que es el relacionado con el nombre de la revista. Yo recuerdo mucho la primera entrevista que tuve con Jorge cuando me dijo:

-Hombre, hagamos una revista.

-Bueno, claro. ¿Cómo se llama?

-*Mito*.

-Y ¿por qué?

Y no me supo explicar. Y yo tampoco... Y finalmente en el editorial del primer número pusimos una frase medio deshonesto y tortuosa diciendo que la revista se iba a ocupar de desmitificar una serie de valores y prejuicios y todo eso, pero fue como por decir algo. Fue una cuestión hasta cierto punto irracional. Jorge se había enamorado del término y yo también".¹

Así se gestó *Mito*, una de las revistas más importantes de la historia colombiana, ya que instauró la posibilidad del debate y el diálogo en el ámbito cultural de Colombia durante la segunda mitad de los años cincuenta, mientras el país se debatía en medio de una de sus más críticas épocas de violencia. Ade-

más, actualizó en gran medida los referentes culturales de los colombianos que no tenían la posibilidad de hacerlo por sus propios medios.

En el editorial del primer número, de mayo de 1955, los fundadores Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel advertían a sus lectores: "Nuestra única intransigencia consistirá en no aceptar nada que atente contra la condición humana. No es anticonformista el que se niega a interrumpir su diálogo con el hombre. Pretendemos hablar y discutir con gentes de todas las opiniones y de todas las creencias. Esta será nuestra libertad". Para lograr este propósito, *Mito* agrupó en primer lugar a los jóvenes nacidos en los años veinte y comienzos de los treinta, así como a algunas figuras literarias de las generaciones anteriores en Colombia, América y España. En el primer número, junto a Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, aparecieron en el comité patrocinador personajes como Octavio Paz, Carlos Drummond de Andrade, León de Greiff, Vicente Aleixandre, Luis Cardoza y Aragón, y Alfonso Reyes, a quienes se sumarían después Jorge Luis Borges, Eduardo Zalamea y Ricardo Latcham. La revista fundamentó algunos de sus rasgos, tanto en contenido como en forma, en *Les Temps Modernes*, publicada por Jean Paul Sartre en

¹ VALENCIA Goelkel, Hernando. "Nuestra experiencia de *Mito*". En: Textos sobre Jorge Gaitán Durán. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1990. p. 166

Francia. Pero también supo recoger los frutos de proyectos como los de la *Revista de las Indias*, *Los Nuevos*, *Crítica*, en Colombia, *Sur* y *Orígenes*, entre otras, de América Latina. En *Mito* se otorgaba un papel preponderante a la literatura, pero no se dejó de lado el análisis del entorno social colombiano, por la firme convicción de que a la cultura debía devolverse su responsabilidad de construir una sociedad digna y capaz de llevar a cabo empresas sólidas que condujeran al establecimiento de una idea clara de Nación, para lo cual el elemento fundamental e indispensable era la libertad de expresión.

Desde el momento de su aparición, la puesta en circulación de cada uno de los ejemplares de la revista *Mito* no dejó de ser destacada en los principales periódicos del país. Por ejemplo, en el diario *El Colombiano*, de Medellín, del 29 de mayo de 1955, se puede leer esta detallada reseña:

"Apareció el primer número de *Mito*, revista bimestral de cultura, en Bogotá. La dirigen Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel, dos hombres de letras, entusiastas y laboriosos, cuya amistad se afirmó durante una larga temporada en Europa, principalmente en París. La revista tiene el formato, las características gráficas y sobre todo la intención de las revistas literarias francesas, y ha tenido una acogida excepcional: los dos mil ejemplares de esta edición están agotados prácticamente, una semana después de impresos. Materiales incluidos: primera traducción al castellano de "Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo" del Marqués de Sade; los poemas "Sonatina" de León de Greiff, "Refranes" de Octavio Paz, "Ausencia" de Vicente Aleixandre, y "Vientos" de Saint John Perse, vertido este último por Fernando Arbeláez. Pedro Gómez Valderrama inicia una serie de consideraciones sobre la hechicería en tiempos medievales, y complementan la revista comentarios a libros y películas recientes. Finalmente, Luis A. Villalobos refiere una experiencia como director de una cárcel colombiana. La revista se vende a peso el ejemplar".

De la misma manera, el entonces reportero de *El Espectador* y pronto colaborador de *Mito*, Gabriel García Márquez, registró en su columna "Día a Día" del 14 de mayo de 1955, entre otras, las siguientes líneas: "Sinceramente, no habíamos creído en la apari-

ción de esta revista. Sus fundadores habían hecho de ella una teoría tan ambiciosa, tan atiborrada de cosas buenas, que aquello parecía una especulación fantástica sin probabilidades prácticas. (...) Hay que creer, sinceramente, que el triunfo de una revista como ésta sería un disparate sin antecedentes. Pero hay que hacer votos, y algo más que votos, si se puede, para que ese disparate prospere y alcance el esplendor que merece. (...) Hay que confiar en que por fin ha llegado el momento de que, cada dos meses, podamos esperar la aparición de *Mito* como una cosa perfectamente normal, como un fenómeno lógico en una república literaria que alcanzó, tropezando, dando tumbos, un grado de cultura que le permita sostener una y ojalá varias revistas como ésta".

Colombia vivía entonces una guerra civil no declarada en los campos, entre liberales pobres y conservadores pobres, como señala William Ospina. Los líderes de ambos partidos y la Iglesia, después de deponer la dictadura civil de Laureano Gómez y Roberto Urdaneta, instauraron una militar, encabezada por el general Gustavo Rojas Pinilla. La represión gubernamental estaba a la orden del día. Doscientas mil muertes en doce años y un país resentido, con altos índices de impunidad, y reducido a una fórmula partidista fue el saldo que dejó la violencia. Ni la Iglesia Católica, las Fuerzas Militares o la clase política

Así se gestó Mito, una de las revistas más importantes de la historia colombiana, ya que instauró la posibilidad del debate y el diálogo en el ámbito cultural de Colombia durante la segunda mitad de los años cincuenta, mientras el país se debatía en medio de una de sus más críticas épocas de violencia. Además, actualizó en gran medida los referentes culturales de los colombianos que no tenían la posibilidad de hacerlo por sus propios medios.

han pedido públicamente disculpas por sus actos. Porque durante ese periodo los pulpitos se convirtieron en plazas públicas para invitar a la guerra, los militares cometieron masacres y mantuvieron campos de concentración en los cuales torturaron y asesinaron campesinos y guerrilleros. De la misma forma la clase política fue incapaz de frenar lo que inició, por el contrario, convirtió la violencia en una "nueva forma democrática", hasta que terminaron por confundirse la defensa y el ataque, las disputas políticas y la lucha por los derechos sobre la tierra.

Durante la dictadura del General Rojas Pinilla se constriñeron todos los derechos, empezando por la libertad de prensa. La Junta Nacional de Censura y la Iglesia se encargaron de mantener proscritos libros, revistas y películas de reconocido valor artístico, por considerarlos nocivos para la salud mental

de los colombianos. Pero "el país vivía la mordaza de prensa desde las postrimerías del gobierno de Ospina Pérez, de suerte que Rojas se encontró con una situación dada. Cuando el 2 de octubre de 1953, durante la celebración del Primer Congreso de Prensa, se levantó la censura, se notó cierto respiro. Además, y gracias a la situación de distensión que se vivía en los primeros meses del gobierno de Rojas Pinilla, se estableció un pacto de caballeros para que los mismos directores hicieran una especie de autocensura y evitaran los roces. Sin embargo, el 6 de marzo de 1954, se ordenó por decreto que todos los periódicos del país debían 'ceñirse al relato de los hechos' y evitar la interpretación. Además se castigaba con prisión de seis meses a dos años 'el transmitir, escribir, editar, ayudar a editar, o distribuir escritos o publicaciones clandestinas en que se insultase a las autoridades legítimamente constituidas'². Luego, en junio de 1955, el presidente acudía al manoseado argumento de la seguridad nacional para justificar los cierres de *El Espectador*, *El Tiempo*, *El Diario Gráfico* y *La Tribuna*. Decía Rojas Pinilla desde Quito, Ecuador: "La Constitución de Colombia dicta la necesidad de salvar la vida de un colombiano por sobre cualquier otra consideración. Para clarificar la posición del gobierno debo decirles que las Fuerzas Armadas se encuentran persiguiendo a las guerrillas desde marzo. La censura se aplica exclusivamente a aquellos que se comprometieron a no decir. Tienen libertad para criticar todo acto administrativo".

Pese a todo, *Mito* asumió la oposición y sus colaboradores se mostraron intransigentes frente a toda medida que menoscabara las escasas libertades intelectuales en Colombia y en el Mundo. Por la publicación del "Diálogo entre un Sacerdote y un Moribundo" debieron enfrentar una multa de dos mil pesos y los directores debieron apelar al entonces Ministro de Gobierno, Lucio Pabón Núñez, para mantenerse en circulación. La posición de *Mito* no era tanto política como intelectual: la mayor prueba de la existencia de una democracia es la libertad de expresión. Sólo por esta vía puede alcanzarse el diálogo que permita encontrar la propia identidad cultural.

En los 42 números de *Mito* que aparecieron durante siete años, colaboraron gentes de todas las corrientes estéticas y políticas. Resulta sorprendente el olvido en que permanece la labor de esta revista, que publicó en sus páginas obras de Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Jorge Luis Borges, Jorge Zalamea, Jorge Guillén, Gabriel García Márquez, Luis Cernuda, León de Greiff, Julio Cortázar, Álvaro Mutis, Carlos Fuentes, Fernando Charry Lara, Octavio Paz, Álvaro Cepeda Samudio, Alejandra Pizarnik, Pedro Gómez Valderrama, Alejo Carpentier, Andrés Holguín, José Manuel Caballero Bonald, Eduardo Carranza, Jaime García Terrés,

Eduardo Cote Lamus, Juan Goytisolo, Orlando Fals Borda, Marta Traba, Gerardo Molina, Juan Liscano, Rafael Gutiérrez Girardot, Guillermo de Torre, Indalecio Liévano, Jorge Carrera Andrade y Danilo Cruz Vélez, entre otros. Todos ellos sin contar con las traducciones de Berthold Brecht, Gottfried Benn, Georges Bataille, André Malraux, Vladimir Nabokov, Samuel Beckett, John Updike, Jean Genet, Antonin Artaud, Sigmund Freud, Martin Heidegger, Jean Paul Sartre, Federico Fellini, Henri Miller, T.S. Eliot, Ernst Cassirer, Henri Lefebvre, Ezra Pound y Georg Luckacs, realizadas en su totalidad por colombianos y algunas de ellas publicadas en el país por primera vez.

Aún así, aunque *Mito* fuera una revista minoritaria, y casi elitista, esto era comprensible. En un país en el que según datos de la época el analfabetismo alcanzaba el cincuenta por ciento de la población, y el analfabetismo funcional otro tanto, sin mencionar el imperio de la censura, era una labor complicada hacer una revista para las masas. *Mito* enfrentó esta circunstancia no sin detractores. En el número cuatro apareció publicada una carta de Darío Mesa titulada "*Mito*, la revista de las clases moribundas". Este texto, tal vez el más largo que se publicó en estas páginas, demostró en principio el interés que tenían los fundadores de la revista en escuchar todas las voces. En algunos apartes dice:

"No podemos negarlo: *Mito* es una hazaña editorial, aun cuando sus directores tengan suficiente dinero para emprenderla y correr el riesgo de un fracaso que no afectaría sino levemente la fortuna personal de cada uno de ellos; es un empeño difícil, así cuente con acogida calurosa por parte de los grupos intelectuales y de una vasta porción de la clase social que empieza a verse reflejada en la revista; es una proeza económica y hasta cierto punto, intelectual, en un país que padece la desgracia de tener que acomodarse a las perspectivas culturales que le imponen una clase terrateniente inculta y provinciana y una burguesía comercial sin los rasgos espirituales ni los objetivos históricos que, en el pasado, hicieron de ella una fuerza revolucionaria.(...) Quien esté esperando la defensa y exaltación de esa cultura no puede sentir afinidad alguna con *Mito*, pero no podrá extremar su alejamiento hasta el punto de no ver que esta revista tiene hoy una significación muy especial en Colombia.(...) Podemos sostener firmemente que *Mito* no es una revista de nuestro tiempo, de todo nuestro tiempo. Pretende hablar en nombre de la humanidad, pero se descubre al momento que su impulso está determinado por el hombre burgués o pequeño-burgués, más en ningún caso por el hombre. A este como totalidad no se llega sino a través del hombre histórico.(...) *Mito*, sin embargo, puede contribuir a la integración del hombre moderno buscando la primera raíz de sus males. Lo que necesitamos urgentemente es el porqué de la defor-

mación humana y el cómo es posible enmendarla. Si *Mito* indagara con los ojos abiertos hallaría que ese cómo, no puede tener más base que la lucha popular dirigida por la clase obrera revolucionaria. (...) *Mito* es una revista de inconformes con su medio social, una tribuna de rebeldes, pero no de revolucionarios. Tampoco hay que pedirle que lo sea. Está bien así, entre otras razones por la de que nos permite medir la crisis intelectual de la burguesía colombiana y de sus auxiliares pequeño-burgueses"³.

Tiempo después, Darío Mesa, sin abandonar su posición ideológica y tal vez sin cambiar mucho su posición frente a *Mito*, se convirtió en uno de los colaboradores más valiosos de la revista, por su capacidad de denuncia.

Mito se sostenía con pauta publicitaria no oficial, y muy seguramente pudo mantenerse a flote también gracias a las suscripciones y a las contribuciones de quienes compartían esta aventura editorial. Gran suerte, sí se tiene en cuenta que el destino de la mayoría de las revistas culturales en Colombia es el fracaso económico y su posterior desaparición.

Además, *Mito* logró consolidarse en Colombia como proyecto cultural representativo de una generación de intelectuales. Esto sin olvidar que nació a la par con otras revistas nacionales que si bien no alcanzaron el mismo renombre, también contribuyeron al objetivo de entregar a la cultura un espacio preponderante en la realidad colombiana. *Prometeo*, dirigida por Belisario Betancur y de clara inclinación derechista, es tal vez la más conocida. Sus intereses estaban centrados en la difusión literaria y en el tratamiento de temas económicos. Así mismo, *El Observador*, orientada por el periodista Jorge Child, y *Nueva Crítica*, por Álvaro Uribe Rueda, se sumaron al grupo de publicaciones que expresaban, cada una a su manera, las aspiraciones de sus colaboradores.

"En aquella época el papel de las revistas literarias era fundamental en la vida literaria de América Latina. No eran muchas las que aparecían junto con *Mito*: *Sur* en Buenos Aires, *Sardio* en Caracas y la *Revista Mexicana de Literatura*. En la península ibérica entonces, aparecía *Ínsula* y después aparecieron la *Revista de Cela*, y *Papeles de Son Armadans*. No mucho más si hay algo que no recuerdo. Entonces, el problema editorial

latinoamericano era aún más complicado, en especial en países como Colombia, que vivía una situación difícil. No aparecían muchos libros, después vino una época mejor, justamente cuando en *Mito* comenzamos una serie de edi-

Además, Mito logró consolidarse en Colombia como proyecto cultural representativo de una generación de intelectuales. Esto sin olvidar que nació a la par con otras revistas nacionales que si bien no alcanzaron el mismo renombre, también contribuyeron al objetivo de entregar a la cultura un espacio preponderante en la realidad colombiana.

ciones, en las cuales, al lado de libros de la gente vinculada a la revista -Jorge Gaitán Durán, Andrés Holguín, Marta Traba, Hernando Téllez, Eduardo Mendoza Varela, Eduardo Cote Lamus y yo- aparecieron libros de Carlos Lleras Restrepo, Hugo Latorre Cabal, Alfonso López Michelsen, Fulgencio Lequerica Vélez, Mario Laserna. Esta fue una segunda etapa, muy grata, de la labor editorial, que en la revista llegó a 42 números, desde abril y mayo de 1955 a junio de 1962, último número, publicado después de la muerte de Gaitán Durán".⁴

A lo largo de todos sus números, *Mito* mantuvo aquellas secciones que le dieron mayor importancia a la revista. En primer lugar, aparecía una sin nombre donde se publicaban generalmente los textos más destacados. En ella vieron la luz por primera vez *El Coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez; "Amantes", poemas de Jorge Gaitán Durán; fragmentos de *La Casa Grande*, de Álvaro Cepeda Samudio, y en general, las traducciones y colaboraciones que se recibían de personas de dentro y fuera del país. En segundo lugar, aparecía otra sección fija, "Notas", que contenía reseñas de libros, películas y acontecimientos culturales. Aquí colaboraron personajes como Francisco Norden, Hugo Latorre, Enrique Buenaventura, Hernando Salcedo Silva y Gonzalo Canal Ramírez. Y finalmente, se intercambiaban unas secciones llamadas "Documentos" y "Testimonios", en las que se incluían textos relacionados con la situación nacional e internacional. Son célebres la "Historia de un matrimonio campesino" y "Los diálogos sobre la violencia" con Camilo Torres y Eduardo Franco Isaza, por ejemplo. Además, en estas últimas secciones se ilustraban las polémicas que sostenía la revista con el régimen o con

3 MESA, Darío. "Mito, la revista de las clases moribundas". En: *Mito*, Bogotá, No.4, Año I, octubre-noviembre de 1955. p. 281-297
4 GOMEZ Valderrama, Pedro. "La aventura editorial de Mito". En: Revista Dominical de El Heraldo, Barranquilla, 21 de agosto de 1983. p.7

alguna persona en particular.

Año y medio después de haberla fundado, Gaitán Durán entregó la dirección a Valencia Goelkel, para realizar un viaje y concebir el proyecto de Ediciones Mito. Luego por la dirección, pasaría Pedro Gómez Valderrama. La estructura de *Mito* no fue modificada por ninguno de los sucesivos directores. Precisamente, en el momento en que Jorge Gaitán Durán dejó, por lo menos nominalmente, la dirección de la revista, ofreció un discurso a sus compañeros en el que trazaba su definitiva participación en lo que serían las posteriores entregas y señalaba las amenazas que se abatían sobre *Mito*. "En un país como Colombia -decía Gaitán Durán-, donde si en algunas épocas se ha podido hablar libremente, es difícil que se nos perdone una posición que socava los prejuicios, las taras, las injusticias, de las estructuras sociales. Hemos sido adversarios definidos de las 'buenas conciencias' de nuestras clases dirigentes, hemos descrito situaciones morales, sociales e intelectuales; nos hemos opuesto a todo atentado contra la libertad de expresión. ¿No basta esto para colocarnos en el primer rango de los sospechosos?(...) Quieren abatirnos y estoy seguro de que pueden lograrlo: más peligroso que el poder, es el poder de la mediocridad. (...) Comprométanse sólo con lo humano; no cedan por ningún motivo un ápice de independencia intelectual y política; desaparezcan antes de destruir lo que significa la experiencia de *Mito*: no sólo una conquista de la inteligencia. De la inteligencia colombiana,

Para este momento, la labor de Mito tampoco era fácil, porque enfrentaba la posibilidad permanente de ser víctima de la censura del régimen de Rojas Pinilla. Su oposición era abierta y así se manifestó durante las jornadas de mayo de 1957, que llevaron a la "caída" de la dictadura.

después de la cual no se podrá regresar atrás, sino también de un hombre tradicionalmente oprimido y resignado. Las personas que nos han leído en este tiempo no aceptarán más una concepción falsa de la vida y de la sociedad, aun cuando deban aceptar largo tiempo el silencio. Tengan confianza en el poder de la

conciencia, Colombia para ustedes debe ser siempre una pasión optimista"⁵.

Para este momento, la labor de *Mito* tampoco era fácil, porque enfrentaba la posibilidad permanente de ser víctima de la censura del régimen de Rojas Pinilla. Su oposición era abierta y así se manifestó durante las jornadas de mayo de 1957, que llevaron a la "caída" de la dictadura. El 10 de mayo *Mito* sacó a la calle un número extraordinario de diez páginas que contenía una Declaración de los Intelectuales Colombianos y una del comité de redacción de la revista, además de otros documentos relacionados con denuncias contra el gobierno. En la Declaración de los Intelectuales Colombianos, firmada por Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Ignacio Gómez Jaramillo, Alejandro Obregón, Otto de Greiff, Arturo Camacho Ramírez, Jaime Posada, Daniel Arango, Enrique Peñalosa, Lucas Caballero Calderón, se puede leer: "Los intelectuales hemos desarrollado, en la medida de nuestras posibilidades y desde las precarias tribunas a nuestro alcance, una labor de vigilancia que ha residido esencialmente en la denuncia de las sucesivas medidas contra las libertades humanas -en particular contra la libertad de expresión- dictadas de modo abierto o establecidas subrepticamente durante los tres últimos años. (...) En estos momentos en que el pueblo colombiano está dando una demostración de coraje y de irreductible fervor por la libertad, queremos expresar nuestra íntegra solidaridad con su lucha. Los universitarios -profesores y alumnos- han actuado con el convencimiento

de que la cultura carece de sentido si no está ligada a la acción. Tenemos la certidumbre de que la única solución para los gravísimos conflictos que afronta hoy el país es el establecimiento de un gobierno que auspicie la normalidad democrática. Sólo esta aspiración, que es la de todos los colombianos, por encima de sus divergencias ideológicas, podría asegurarle a la patria una existencia libre de ignominia y un porvenir mejor para sus gentes de trabajo. La idea permanente de la libertad, encarnada en el pueblo que la defiende con su sangre, termina siempre por prevalecer y contra ella toda violencia es cruel y decididamente vana".⁶

Por su parte, Pedro Gómez Valderrama, Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel se pronunciaron de la siguiente ma-

5 GAITÁN Durán, Jorge. Citado por Pedro Cote Baraibar en "Epístolas alrededor de *Mito*". En: "Textos sobre Jorge Gaitán Durán". Varios autores. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1991. p.190 y ss.

6 En: *Mito*, No.13, Año III, marzo-abril-mayo de 1957. p. 6-8

nera en nombre de la revista *Mito*: "(...) Comprendemos que en estos momentos todos los colombianos necesiten serenidad para el esfuerzo colectivo de retorno a la normalidad; pero al mismo tiempo hay que tener conciencia de que es indispensable una vigilancia permanente y valerosa, que el recuerdo de las amargas experiencias de estos últimos años hace más urgente. No corresponde a los escritores la tarea directa de las reformas institucionales que la república espera, pero, a la vez que pueden y deben influir en la orientación de éstas, su papel esencial reside en la realización de la reforma ética del país, cuya estructura moral y cuyos estilos de conducta han sido implacablemente socavados. (...) El reciente movimiento de liberación carecería de sentido si Colombia volviera a ser dirigida por quienes hicieron del asesinato, la tortura, el cohecho y el robo un sistema de gobierno. Al pueblo no se le ha regalado su libertad; la ha conquistado. Ahora le corresponde conservarla".⁷

A partir de la caída de Rojas Pinilla se inicia el Frente Nacional, ese acuerdo entre los líderes liberales y conservadores para no perder el poder. Porque después de doce años de violencia partidista no podía sobrevenir otra cosa que la pérdida de legitimidad de esas instituciones, que no supieron evitar el caos. Por eso, se comenzó por negar la existencia a las nuevas fuerzas que dejaba la crisis política. Se negó el principio de que un país sólo se puede ufamar de ser democrático si garantiza la participación política a las corrientes minoritarias, y deslegitima con ello el uso de las vías de hecho.

Además, ese pretendido pacto nacional no podía borrar de la memoria de tanta gente los asesinatos y la barbarie. Así lo entendían los mismos líderes que lo suscribieron, pero poco hicieron para remediar esa situación. En un discurso ante la Comisión de Consulta Política, el 4 de febrero de 1958, el entonces candidato presidencial Alberto Lleras Camargo recalca: "¿Por qué no hay una comisión especial formada por penalistas y expertos en cuestiones sociales que investigue las causas verdaderas de la violencia en los propios sitios donde ella florece y establezca los posibles remedios capaces de ponerle fin? Tiene que haber problemas, a no dudarlos, que hay que resolver. Tiene que haber por lo menos uno que considere tremendo, y es el de la generación de diez y doce años que comenzó a vivir hace ya diez años entre los montes, en medio de los violentos, asistiendo todos los días a la masacre de sus semejantes, envuelta en una sola ola de sangre permanente. Esas gentes tienen hoy 22 ó 25 años y educadas como están en el culto de la barbarie, sin escuela, sin educación, sin control, sin Dios y sin ley y sin resortes morales que las frenen, tienen que seguir por el camino del crimen porque no conocen otro. Reeducar

a esa generación, por ejemplo, es algo muy difícil que aún no estamos estudiando. Pero esa generación no puede ser exterminada, ni llevada a las cárceles(...)".

Sin embargo, en el número trece de la revista *Mito*, de mayo de 1957, sus redactores habían hecho un llamado semejante. "No creemos apartarnos de nuestra misión -escribían Pedro Gómez Valderrama, Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel- al lanzar la idea de una Liga Colombiana de los Derechos del Hombre. Pensamos, al contrario, cumplir un elemental deber de escritores y ciudadanos al promover la creación de una entidad, que no sólo vele por la persona del intelectual y por los fueros de la cultura, sino que defienda también, con dignidad y elevación, la vida, la libertad y la conciencia de todos los colombianos. Nos negamos a aceptar el absurdo concepto, cada vez más generalizado, de que toda protesta contra cualquier especie de atropello constituye un acto subversivo o irreverente. Hay necesidad de establecer una alta instancia moral que, al margen de las luchas políticas y formada por irreprochables y eminentes ciudadanos de todas las tendencias democráticas, tenga autoridad suficiente para convertir en obstinada tarea vital la idea del respeto a la persona humana. Para nosotros las libertades humanas y los derechos y obligaciones que les dan forma ética, son indivisibles. Rechazamos todos los abusos y todas las censuras, sea que provengan del Poder o de la Intolerancia. No admitiremos nunca que nuestros principios sean materia de compromiso o puedan estar sometidos a consideraciones tácticas".

Pese a su inconformismo con el Frente Nacional, los directores de *Mito* comprendieron la necesidad de respaldar la consolidación de un gobierno que facilitara el regreso y el mejoramiento de las formas democráticas. No estaban de acuerdo con el pacto ni con la alternancia, pero los demás caminos ya habían sido clausurados. Y era obvio que no se podía optar de nuevo por la violencia. Conservaron su lugar en la oposición y no dejaron de ventilar los problemas del país, aun cuando acontecimientos como la Revolución Cubana, la invasión de Hungría y la censura de prensa en Venezuela, también ocuparon su atención. Pero la incertidumbre frente al futuro de la publicación estaba latente. Así se percibe en estas palabras de Hernando Téllez, escritas en el número 18, de abril de 1958:

"*Mito* ha durado mucho más tiempo del que era discreto esperar que durase, dadas sus características y las del medio social en que se difunde. (...) En Europa las gentes se sorprenderían al darles cuenta de que tres años de existencia para una revista literaria constituyen una hazaña y una batalla, dignas de ser conmemoradas. Aquí, en Colombia, no hay vida, lo que se llama vida normal y floreciente, y no largas agonías entre aulagas, sino para dos o tres periódicos y para

⁷ Ibid. p. 6

una revista ilustrada. Lo demás es 'puro romanticismo' y físicas deudas. En estas condiciones, que como todas las condiciones sociales tiene su explicación, su interpretación y su justificación, *Mito* aparece como un conjunto de magníficas extravagancias, la primera de las cuales es su inconformidad con el medio".

Mito tampoco perdió los detractores ni los ánimos de escuchar sus opiniones. En el número 34, Darío Ruiz Gómez retoma, a través de una carta, algunas de las críticas hechas por Darío Mesa y le suma algunas de su propia cosecha. "Hace poco -escribía Ruiz Gómez- *Mito* ha cumplido cinco años de existencia. *Mito* está en la vida colombiana. Difícil es decir, 'existe'. El existir supone una serie de cosas,

La desaparición de *Mito* se debió a la muerte de su orientador, Jorge Gaitán Durán, en 1962. Ninguno de los demás colaboradores quiso hacerse cargo de la responsabilidad de continuar esta publicación sin que perdiera su calidad y su vigencia. Además, Gaitán Durán era su artífice y su principal impulsor, aún sin permanecer en la dirección.

entre ellas el andar. *Mito*, respira pero no se mueve. Está en el panorama colombiano, pero también están la violencia, la impunidad, la explotación. (...) *Mito*, se contentó con asustar a nuestras pobres beatas. En ilustrar a nuestra juventud reprimida con una literatura de reprimidos. (...) A *Mito*, se le ha escapado la realidad colombiana. A estas alturas nuestra pobre cultura sigue aún tan des-

orientada como antes. *Mito*, quiso hacer muchas cosas y se quedó en las burguesas y eróticas aventuras de su director. (...) Me parece que estamos en la encrucijada. Pertenezco a una generación sin maestros. Nuestro pueblo por aquellas cosas de la historia parece que quiere andar. Al menos en amplios sectores del pueblo la voz de los pontífices políticos ya no tiene aquella mágica capacidad de engañar. Frente a una clase moribunda, sepultada poco a poco por el paso terrible de la historia hay un pueblo que avanza, un sector de juventud incontaminada y -esto es lo importante- con un deseo profundo de plantear la realidad de nuestro país en sus múltiples aspectos. Esto fue lo que *Mito* no entendió, lo que los eternos conversadores de cultura universal no pudie-

ron comprender. *Mito*, tuvo en sus manos el jugar uno de los papeles más decisivos de la historia de los últimos años. Una juventud y un pueblo sin tribunas así lo pensaban. Todo se quedó en buenos deseos. Al fin y al cabo, como dice el dicho, 'de buenos deseos está cubierto el infierno'. Ahí quedan la literatura antioqueña, la caldense. Ahí queda Luis Carlos López. Ahí queda el país de ahora, los nuevos y desconocidos valores sin tribunas. Queda la violencia y el problema de nuestra falsa cultura. Queda... *Mito* está en lo suyo".⁸

No obstante *Mito* había emprendido otros proyectos importantes. En 1956 se había iniciado la publicación de las Ediciones *Mito*, obras inéditas de escritores nacionales y extranjeros. Aquí vieron la luz *Literatura y Sociedad*, de Hernando Téllez; *La Casa Grande*, de Álvaro Cepeda Samudio; *Pesadumbre de la Belleza*, de Baldomero Sanín Cano; *El Museo Vacío*, de Marta Traba; *Muestras del Diablo*, de Pedro Gómez Valderrama; *Mi novela (apuntes biográficos de Alfonso López)*, de Hugo Latorre Cabal; *Sólo existe una sangre*, de Andrés Holguín; *La vida cotidiana*, de Eduardo Cote Lamus, entre otras obras de obligatorio estudio en las letras colombianas. De la misma manera, en 1957 salió al aire en la Emisora HJCK, de Bogotá, la Radiorevista *Mito*. De este espacio radial se extraían materiales para la Revista y se trataba de complementar la labor editorial.

Por su parte, en el exterior *Mito* era apreciada y elogiada por su labor. Es célebre la referencia de Octavio Paz: "Una de las revistas por las que aún circula un poco de aire fresco -y otros saludables venenos- es *Mito*, la valerosa y valiosa publicación fundada por el poeta Jorge Gaitán Durán. Valiosa, aunque desigual, porque en cada número se puede leer, por lo menos, un texto memorable. Valerosa porque Gaitán Durán, uno de los espíritus más despiertos y originales de la nueva literatura hispanoamericana, partidario del 'riesgo' intelectual, no ha vacilado en publicar algunos documentos ejemplares y explosivos, como "El diálogo entre un sacerdote y un moribundo" de Sade y la "Historia de Edelmira B.", testimonio atroz de la sexualidad hispanoamericana".⁹

Y es también de destacar la reseña que hizo el poeta venezolano Juan Liscano, para quien "*Mito* debate los grandes problemas contemporáneos, ofrece documentos fehacientes que ayudan a comprender la realidad colombiana, defiende la dignidad de la persona humana y

8 RUIZ GÓMEZ, Darío. "¿Es neutral el sexo?". En: *Mito*, No.34, Año VI, enero-febrero-marzo de 1961. p. 225-227

9 PAZ, Octavio. "Los Hospitales de Ultramar". En: "Obras Completas".

exalta las indagaciones trascendentes del arte y del pensamiento, sin atenerse a limitaciones de idioma, nacionalidad, cultura o posición política. (...) Y por eso el registro de sus notas y comentarios, artículos y documentos, abarca cine, teatro, libros, sociología, política, filosofía, artes plásticas, bellas letras, historia, danza, en una tentativa singular de interpretar nuestra época, ahondar en temas de la cultura, deshacer prejuicios, informar, afirmar."¹⁰

Mito confirmaba con todo esto la amplitud de su proyecto editorial, tal vez sólo comparable, en Colombia, al de la *Revista de las Indias*. Esta publicación del Ministerio de Educación Nacional, que circuló entre 1935 y 1951, había intentado convertirse en un medio de difusión cultural continental y para ello contó con colaboradores de varios países americanos, sin olvidar que abrió las puertas a los intelectuales españoles que se refugiaron en la Colombia de la Guerra Civil. Era la expresión de un deseo de actualizar la cultura y fomentar el nacimiento y difusión de nuevos valores artísticos. Por ello, no es sorprendente que muchos de los integrantes de *Mito* hicieran sus primeras letras en la *Revista de las Indias*. Finalmente, y para luego desaparecer, esta publicación se convertiría en la revista *Bolívar*, igualmente importante, pero de un corte marcadamente conservador. Nunca el gobierno colombiano ha contado de nuevo con una publicación cultural como la que se menciona.

La desaparición de *Mito* se debió a la muerte de su orientador, Jorge Gaitán Durán, en 1962. Ninguno de los demás colaboradores quiso hacerse cargo de la responsabilidad de continuar esta publicación sin que perdiera su calidad y su vigencia. Además, Gaitán Durán era su artífice y su principal impulsor, aún sin permanecer en la dirección. Así lo entendieron quienes se sumaron al homenaje que Eduardo Carranza le ofreció el 18 de febrero de ese mismo año, con motivo de la aparición de su último libro de poesía *Si mañana despierto*. En ese homenaje, además de Carranza y Gaitán Durán, llevó la palabra Jorge Zalamea, quien exaltó la labor de *Mito* de la siguiente manera:

"Es verdad que, en un comienzo, a muchos nos pareció que la revista se desentendía demasiado de problemas nacionales que, en el preciso momento de la necesaria y feliz creación de *Mito*, parecían exigir de todos nuestros artistas y escritores una consagración, una concentración de inteligencia excluyente para lo que no fuesen el examen y la solución de aquellos problemas. Pero la autocrítica espontánea y la fuerza misma de la circunstancia nacional, pronto corrigieron la falla inicial. Y hoy aparecen la revista y la Editorial *Mito* como uno de los pocos centros de estudio, discusión, confrontación y diálogo de que dispongan -con libertad sin

regateo y con franquicia sin peaje- los escritores, artistas, periodistas e intelectuales colombianos".

Mito no ha sido la única revista de su género en Colombia, ni tampoco sus aspiraciones han sido las más altas, pero sí consiguió ser la de mayores logros. El de agrupar a colaboradores tan brillantes basta para que se mantenga viva su memoria. Pero hay más, una lección de dignidad, tolerancia y curiosidad intelectual; la instauración de debates y polémicas en torno a temas de interés nacional. Esto escasea en otros medios culturales colombianos, lo cual es perjudicial para la democracia y la misma cultura.

"*Mito* cumplió varias responsabilidades: puso al día una cultura colombiana (y no sólo colombiana) aquejada de provincianismo; reanudó los vínculos con el resto de Hispanoamérica y con España; recogió lo mejor de su propia tradición; (...) reunió a un grupo de críticos notables y por si todo lo anterior no bastara, afirmó en definitiva la idea de que ninguna revista literaria puede considerar ajenos a su ámbito los grandes problemas nacionales y la política internacional. *Mito* está en el comienzo y fundación de una etapa que en modo alguno ha terminado. Por eso no resulta fácil hacerle justicia, y hoy parece obligatorio y normal lo que dos décadas atrás fue un avance y una conquista".¹¹

El legado de *Mito* merece ser visitado y revisado porque en él hay muchas claves de la historia intelectual de Colombia que bien valdría la pena redescubrir, como por ejemplo su papel en la crisis política de los años cincuenta, a lo que estas líneas han intentado aproximarse. El olvido sólo será justo cuando las nuevas generaciones tengan clara su visión acerca de acontecimientos como éste, y extraigan de ellos ideas que los integren a su presente. ■

Bibliografía

_____. "Mito, 1955-1962". Colección Autores Nacionales. Selección y prólogo: Juan Gustavo Cobo Borda. Bogotá: Colcultura, 1975

_____. Una revista bimestral de cultura. En Suplemento Literario de El Tiempo, Bogotá, mayo 15 de 1955. P.4

_____. Mito. En Lecturas Dominicales de El Tiempo, Bogotá, noviembre 24 de 1957. P.3

GARCÍA Márquez, Gabriel. Mito. En El Espectador, Bogotá, 14 de mayo de 1955.

GÓMEZ Valderrama, Pedro. "Jorge Gaitán Durán por Pedro Gómez Valderrama". Colección Clásicos Colombianos. No.23. Bogotá: Procultura, 1991.

_____. "La aventura editorial de Mito", en Revista Dominical de El Heraldo, Barranquilla, agosto 21 de 1983. P.7

10 LISCANO, Juan. "Tres libros y un mismo autor: Jorge Gaitán Durán". En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, 1 de abril de 1962. p. 3 y ss
11 PACHECO, José Emilio. "Sartre, Sade, Maqroll y Macondo". En: GACETA Revista del Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA. Bogotá, Vol.1, No.8. Diciembre de 1976. p. 19 y ss

- _____. "Los lotófagos". En "Antología de Pedro Gómez Valderrama." Prólogo y selección de Jorge Eliécer Ruiz. Serie "La Granada Entreabierta", No.75. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- JURADO, Valencia, Fabio. "Mito: revista y generación", En Dominical de El País, Cali, diciembre 15 de 1985, p.4.
- LISCANO, Juan. Tres libros y un mismo autor: Jorge Gaitán Durán. En Lecturas Dominicales de El Tiempo, Domingo 1 de abril de 1962. P.3 y ss
- MITO. Revista Bimestral de Cultura. Bogotá, 1955-1962
- MOJICA, Sarah de. "El poeta como ensayista. Revista Mito (1955-1962)", En: Contrastes, suplemento dominical de El Pueblo, Cali, julio 17 de 1983, p.11-13.
- MORENO Durán, Rafael Humberto. "MITO: memoria y legado de una sensibilidad". En: Boletín Cultural y Bibliográfico de la Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá, vol.26, No.18, 1998, p.18-29.
- OSPINA, William. "¿Dónde está la franja amarilla?" y "El proyecto nacional". Bogotá: Norma, 1997.
- PASCHEN, Hans. "La vanguardia recuperada (elementos de renovación en el grupo colombiano MITO" (1955-1962)". Trad. Alejandro Rosas. En: GACETA; Revista del Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA. Bogotá, No.30, octubre de 1995, p.61-66.
- PACHECO, José Emilio. "Sartre, Sade, Maqroll y Macondo". En: GACETA; Revista del Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA. Bogotá, Vol.1, No.8. Diciembre de 1976
- ROMERO, Armando. "La ruptura de Mito", En: Lecturas dominicales de El Tiempo, Bogotá, junio 19 de 1977, p.4-5
- _____. Las palabras están en situación. Bogotá: Procultura, 1985.
- SÁNCHEZ Lozano, Carlos. "Revista Mito (1955-1962). Otro prólogo al Frente Nacional". En: Revista FORO, Bogotá, No.7, octubre de 1998, p.111-114.
- SUESCÚN, Nicolás. "Examen de Mito", En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, junio 19 de 1977, p.2
- TIRADO Mejía, Alvaro. El MRL y la cultura. En: Credencial Historia, Bogotá, No.3, marzo de 1990. P.8-11
- TORRES, Eddy. Mito. En: Suplemento Literario de El Colombiano, Medellín, 29 de mayo de 1955. P.4
- TRILLAS, Gabriel. Otras voces, otros ámbitos. En: Cromos, Bogotá, Año 39, vol 80, No. 1987, mayo 30 de 1955, P.33
- VALENCIA Goelkel, Hernando. "Pedro Gómez Valderrama y Mito". En "Oficio Crítico. Colección biblioteca Familiar Presidencia de la República". No.34. Bogotá: Presidencia de la República de Colombia, 1997.
- ZALAMEA, Alberto. Mito, una empresa de cultura. En: Lecturas Dominicales de Intermedio, Bogotá, 21 de octubre de 1956. P.10
- ZALAMEA, Jorge. Poesía y prosa de Jorge Gaitán Durán. En: Suplemento Literario Dominical de El Espectador, Bogotá, febrero 11 de 1962, p.3f

El periodismo de sentido y el sentido del periodismo:

Una discusión sobre el papel de la Universidad

Iván Sylva

...em quanto aquí em baixo a indefinição e o regimen, e dançamos com uma grama cujo segredo nem eu mesmo sei, entre a delisia e a desgraça, entre o monstruoso e o sublime."

Caetano Veloso

El ámbito de las disciplinas, y por ende el de las prácticas que se apoyan en ellas, se ha venido entendiendo, con los valiosos aportes de la lingüística y la semiología, como un campo de "producción de significado".

El lenguaje entendido como sistema, como un vasto conjunto de elementos en una compleja interrelación, bajo un grupo de leyes -sistema por demás abierto, sujeto a cambios provenientes de factores internos, tanto como externos y en equilibrio- es un objeto, una 'cosa' susceptible de ser estudiada gracias al proceso mismo de objetivación. Tal objetivación permite separarlo de todo aquello que no le participa.

Si bien la lengua se utiliza con el propósito de 'aludir' la realidad, no lo hace por una condición inmanente al lenguaje mismo. Las palabras no se refieren a las cosas, sino a las representaciones que de ellas se tienen o que de ellas se construyen en el proceso mismo del habla¹.

Todo acto discursivo² es, pues, un acto creativo. En él se configura un universo, compuesto por una mirada, un recorte, una sintaxis y unas significaciones. Un discurso periodístico, a pesar de las pretensiones de objetividad, de inmediatez, de irreflexividad que suponen algunos, es un cuadro montado. Ya el simple hecho de que se divulgue una noticia o se cubra un suceso es un acotamiento, con ello una intencionalidad se desliza subrepticamente.

Es cierto que no se puede hacer de cada hecho una noticia; de igual manera, frente a hechos de una im-

portancia similar es preciso elegir alguno o algunos, lo que, aún pecando de obviedad, implica dejar otros de lado. Pero no podemos pretender que tal selección sea aleatoria, so pena de pasar por ingenuos. No impunemente un periodista, en nuestro medio, ha pasado por un largo proceso de escolarización, proceso de domesticación, de imposición de modelos de comportamiento y marcos de lectura de la 'realidad', proceso reforzado en cada una de las instancias del tejido en filigrana de la cultura; además, ejerce en una empresa que tiene fines definidos y que juega racionalmente en el ruedo de los intereses sociales.

Roman Jakobson define un grupo de categorías como las "Funciones de la lengua".³ La intencionalidad y el contexto de toda forma discursiva juegan, ya sea en una o en varias de esas funciones: transmitir información, motivar una acción, generar emociones, verificar el canal de comunicación, verificar el código o transmitir un mensaje poético. Sin embargo en nuestra condición de seres atravesados por los sentidos, apoyados en la sensibilidad, en la percepción sensible del mundo para leer el entorno y decidir nuestros comportamientos, no podemos eludir el factor plenamente estético cuando de construir discursos se trata; aún en el caso en que pretendemos reducirnos de manera exclusiva a lo referencial. Una sintaxis particular, un 'estilo' periodístico y de escritura, ya sea de un medio o de un profesional, dan cuenta de ese elemento identificatorio, de un fenómeno que no es reductible a una objetividad por fuera de lo humano.

Si toda práctica discursiva está atravesada por factores estéticos, incluso inconscientes –en ese sentido un texto puede producir placer o displacer, y puede ser construido para producir lo uno o lo otro– entonces en todo discurso hay una literatura implicada.

Pero veámoslo desde un ángulo más pragmático. Propongo una ligera ojeada al uso de epítetos en la presentación de las noticias. El extremo evidente está en el llamado "periodismo amarillista". Las palabras no dan cuenta de una tal realidad al margen del lenguaje. La selección en el eje paradigmático de la lengua da cuenta, sí, de una intencionalidad sesgada, de la misma forma que se ordena en el eje sintagmático a partir de una idea articuladora, un eje de producción de sentido. Es precisamente ese eje el que sesga la selección de los términos, pues no cualquier palabra sirve para transmitir una idea⁴.

El uso de adjetivos y la frecuente substantivación de epítetos, aunque discreto para la mirada del observador-escucha desprevenido, ejerce una poderosa influencia en la psique del receptor, más aún cuando se trata de una modalidad de comunicación que se apoya en un espacio de la misma psique que se halla por debajo de los límites de la conciencia inmediata.

Pero ello no debe llevarnos a confusión. No se trata necesariamente, y en la mayor parte de los casos, de una intencionalidad perversa y manipuladora. En todo caso no es la del sujeto que cumple eficientemente su trabajo. Se trata de un ordenamiento, de una lógica de operación del pensamiento; de una "opinión pública" incluso de la que el comunicador hace parte; de una cultura, en síntesis, globalizada en buena medida –por demás–, que se expresa a través del individuo.

No se puede pedir tampoco, por ello, a cada individuo, una hiperconciencia de todos los elementos que juegan en la construcción de un hecho noticioso. Eso derivaría en una neurosis obsesiva de tipo colectivo, rasgo tan escaso en estas latitudes, en cuyo otro extremo se encuentra la tan familiar mediocridad.

Otro aspecto que a mi entender es objeto de serias confusiones, es el de la "interpretación de la noticia" o del conjunto de ellas en relación con el ejercicio periodístico. Gabriel García Márquez, refiriéndose a la práctica del periodismo en su tiempo de reportero, dice: "Sólo la interpretación estaba vedada, porque era un dominio sagrado del director. Cuyos editoriales se presumían escritos por él, aunque no lo fueran, y casi siempre con caligrafías célebres por lo enmarañadas." Con ello

pone en evidencia la imprecisión del campo de acción del periodismo.

Periodismo ¿Oficio o Profesión?

Informar es: "dar forma sustancial a una cosa"⁶. La distinción que hace Gabriel García Márquez en el sentido de diferenciar entre quien quiere *ser* 'informado' y el que quiere 'informar' resulta pertinente para pensar el campo de acción del periodismo. Quien 'informa' es quien crea una realidad en el ámbito de la verosimilitud. La confusión suele aparecer cuando se piensa que informar es dar cuenta de los hechos al margen del sujeto de la comunicación, como si tal comunicación fuese una cosa diferente de quien la produce.

Pensar la producción del hecho noticioso reclama algunas precisiones. ¿El grupo de fanáticos religiosos del Hamas, al disparar morteros contra una población israelí, produce un hecho noticioso?, ¿Es la comunidad de palestinos a la que pertenece el grupo la que lo produce?, ¿Es la religión islámica que los orienta ideológicamente?, ¿Es la guerra que los enfrenta, y con ello los dirigentes políticos?, o... ¿Es acaso el medio de comunicación?, más aún, ¿es el periodista que lo reporta? o ¿se trata del camarógrafo que decide apuntar su equipo y que corre de un lado para otro?, ¿es él el que está 'informando'?

Las anteriores preguntas nos llevan al interrogante central: la responsabilidad final de la producción noticiosa.

Las empresas periodísticas requieren espectacularidad, es decir *rating*, que deriva en pauta publicitaria y en dividendos económicos, así como en peso político; por ello no se ocupan de 'asuntos secundarios del quehacer empresarial'. Todo cuanto ponga en cuestión sus intereses económicos y políticos debe descartarse por adelantado, así como todo aquello que presente refuerzos en sus relaciones políticas –léase económicas– es potenciado, objeto de un amplio despliegue hiperbólico. El comunicador es, en fin, un productor de espectáculo. No hay más que ver el énfasis claunesco de los presentadores: las figuras, los gestos, su vestuario, la entonación de las voces, los efectos especiales,

No se puede pedir tampoco, por ello, a cada individuo, una hiperconciencia de todos los elementos que juegan en la construcción de un hecho noticioso. Eso derivaría en una neurosis obsesiva de tipo colectivo, rasgo tan escaso en estas latitudes, en cuyo otro extremo se encuentra la tan familiar mediocridad.

la *mise en scène* y, por supuesto, el papel preponderante de los deportes y "el mundo del espectáculo" y la farándula en los programas "periodísticos" de los *mass-media* vernáculos.

¿Le cabe la responsabilidad ética al periodista? Primero sería necesario deslindar los alcances de esa palabra de la que deriva el término: periodismo. En este punto se hace necesario definir el término. Yo daré inicio a un acercamiento por lo negativo. Pregunta: ¿Es el reportero un periodista? De ser así la academia no tiene nada que hacer. Nos quedamos con la imagen que aporta García Márquez en el citado informe y su bucólica alusión: "Era una fábrica (la sala de redacción) que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto." Entonces, ¿se aprende haciéndolo, y con los buenos consejos de sus experimentados compañeros!

Ahora bien: ¿Es el presentador un periodista? Los periodistas distinguen al locutor de ellos mismos. El presentador de noticias en la televisión se presta para dar a conocer lo que otros producen, por lo que continuamos en el campo de los oficios.

¿Es, entonces, un cronista el que merece ser llamado periodista? Es común que los periodistas escriban crónicas, así como lo hacen los que se conocen como escritores a secas. La literatura es, por antonomasia, cronística —de *chronos*, tiempo⁷—, aunque no pretenda estar fundada en la realidad supuesta de los acontecimientos. Es un género de escritura, no un campo de acción. Puede afirmarse entonces, a partir de lo anterior, que el periodista toma prestada la crónica de la literatura, mucho más antigua que el periodismo.

Queda el reportaje por pasar el tamiz de la pregunta. Es allí donde empieza a desligarse el papel del periodista. El reportaje tiene estatuto propio, en la medida en que es una producción que apunta a divulgar un acontecimiento en un campo de condiciones que lo hace posible. El reportaje implica el estudio, análisis y síntesis de los elementos que permitan armar un cuadro de situación y provean unas conclusiones. Es una construcción, estricto sentido, basada en documentación disponible, conseguida a través del ejercicio investigativo, e interpretada a la luz de unos intereses informativos.

En efecto, el periodismo no puede restringirse a una sola modalidad de práctica ni a un grupo de géneros literarios, pero si se desliga del pensamiento, de la reflexión rigurosa, del estudio pormenorizado, se queda en el campo de los oficios. El periodista, pues, debe ser un perspicaz intérprete de la actualidad, un estudioso del objeto que pretende divulgar, un especialista en investigación, esto es, un personaje profundamente respetuoso de los métodos de la investigación y de los resultados por ese medio obtenidos.

La sociedad debe disponer de sujetos que se especialicen en la interpretación de su entorno, con el fin de que ellos le provean los elementos de juicio

que las personas requieren para tomar las decisiones acertadas en su propio campo de desempeño o en las posiciones que adopta en su cotidianidad o en el ejercicio de su condición de ciudadanas.

Otra cosa es el circo, los espectáculos y los rituales que juegan también un importante papel en la vida de los hombres. Pero si se confunde el objeto de estudio y el campo de acción de una profesión, se empieza entonces a desplazar a otros del suyo y vendrán algunos a reclamar un tratamiento semejante al de aquellos, con derecho.

La formación del periodista, es decir, la relación entre la academia y el periodismo, debe ser la de permitirle al aprendiz proveerse de los fundamentos cognitivos y los criterios que le permitan al ejecutante 'interpretar' un acontecimiento. De esa manera puede proveerle al público los elementos que se esperan de él, y cumplir con su labor social de informar con valor de utilidad, incluso si se trata de entretener.

Es en ese sentido que se entiende aquí el periodismo como profesión, como campo de acción en el que intervienen: la búsqueda de la noticia, del hecho socialmente relevante o del personaje destacado y sus obras; la investigación en cuanto descubrimiento de las condiciones que hacen posible un acontecimiento⁸ y la interpretación correspondiente, de tal manera que la 'puesta en texto' y la publicación estén atravesados por un proceso altamente racionalizado, que cumpla la función social de ayuda a la comprensión de las condiciones reales de existencia. En oposición al oficio, en el que el personaje periodista cree transmitir una información cuando se le escapan los aspectos más importantes de la misma. Mientras el oficio se apoya en la experiencia empírica, la profesión lo hace en la experimentación y en la reflexividad. Ello implica una ejercitación en el manejo del instrumento *sine qua non* del comunicador: el lenguaje, sus límites y sus posibilidades, al amparo de los especialistas y en un proceso de reflexión, desde la comprensión racional, sobre los objetos periodísticos, los métodos más adecuados de tratamiento y la calidad de la producción.

No se trata aquí de la simple oposición platónica entre la apariencia y la realidad, el mundo de las ideas y el de lo sensible. La diferencia entre el saber y el conocimiento es una cuestión de método y, por tanto, de resultados. Mientras el primero es empírico por definición, superficial, fundado en las apariencias, el segundo pone en tela de juicio la percepción primera y la somete a pruebas de verificación. El conocimiento se torna cada vez más complejo, y ello porque el conocimiento del hombre sobre el mundo es cada vez más complejo. Ese proceso se debe al ejercicio reiterado de someter la percepción al rigor del pensamiento y de las prácticas de la investigación. Aquí no se trata ya de oponer simplemente la apariencia a la realidad, sino de confrontar la validez de los diferentes tipos de percepción, no importa cuál.

No por ello debemos dejar de reconocer la importante labor de cientos de periodistas empíricos a lo largo de la historia, pero resulta altamente arriesgado dejar librado al azar el ejercicio de un papel inserto en una realidad compleja. De otro lado, tampoco es un campo vetado a profesionales formados en otras disciplinas, pues también ellas se nutren de los mismos mecanismos de obtención de información, de tratamiento y de extracción de conclusiones.

Dado que el papel del profesional de la comunicación es el del mejor informado sobre la actualidad, su trabajo no se reduce al de "trasteador", al de "corre ve y dile" de la información. Él está atravesado por el factor ético, así como por el conocimiento de los modos de generación de interés por su producción. No se trata aquí de manipulación del receptor, sino de los métodos para apelar a su atención, a su interés y concentración.

Tomás Eloy Martínez, en su artículo: "Periodismo y narración, Desafíos para el siglo XXI"⁹, pone en cuestión los alcances del lenguaje como instrumento de la comunicación -se entiende que se refiere al lenguaje verbal, en oposición al visual y al sonoro. Dice de él que es "un arma tan insuficiente [...] (para) personas que han experimentado con la vista y con el oído", que propone el ejercicio de la narrativa como mecanismo para atraer esa atención tan evasiva hacia el periodismo escrito. Describe este último como un "duelo entre la inteligencia y los sentidos".

Martínez pone el énfasis en el lector, pero no por ello deja de lado la importancia del tratamiento de la información ni el lugar preponderante, pero no protagónico, del periodista. Reconoce el valor de lo subjetivo en la transmisión de la información, sin que ello implique la reducción a la opinión, pues afirma que "las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber".

El papel de la literatura en la comprensión de la realidad es reconocida por los investigadores de, por ejemplo, la historia de las mentalidades, así como el valor documental de los periódicos. Así, Martínez hace énfasis en la relación entre los escritores y los periodistas -aunque no es cierto que Jorge Luis Borges haya sido uno de éstos, como lo afirma Tomás-, para proponer el retorno al género narrativo en la prensa. Ya no requerimos de los diarios para enterarnos sobre el qué, el cómo,

el cuándo, el dónde de los hechos. La radio, la televisión, la Internet son más eficaces en ello. Al periodismo escrito, al que se refiere Tomás Eloy Martínez, le está reservado, aunque no de forma exclusiva, el *por qué* de tal acontecimiento, sin que los otros medios queden eximidos de hacerlo.

La adecuada presentación de una noticia está dada por el conocimiento del contexto en la que el hecho y la noticia son producidos¹⁰.

García Márquez, al contrario, hace una serie de reflexiones a partir de comentarios de estudiantes, profesores y periodistas, de los que se vale para desacreditar la academia.

Si bien la idea central contenida en el título del aparte: "El periodismo se aprende haciéndolo"¹¹ no es desarrollada de manera explícita en el texto, parece evidente que emula el empirismo. En el punto en que la historia del

No se trata aquí de la simple oposición platónica entre la apariencia y la realidad, el mundo de las ideas y el de lo sensible. La diferencia entre el saber y el conocimiento es una cuestión de método y, por tanto, de resultados. Mientras el primero es empírico por definición, superficial, fundado en las apariencias, el segundo pone en tela de juicio la percepción primera y la somete a pruebas de verificación.

conocimiento, y por ende el de las profesiones que se derivan del conocimiento, se encuentra, pensar que la simple experiencia puede proveer a un sujeto de los medios suficientes y necesarios para dar cuenta de una profesión, parece, por lo menos, ingenuo.

Lo que puede suscitarle un error tan craso es la nostalgia del gran pasado. El autor de un capítulo del informe para el Gobierno Nacional sobre la educación, como pasa con todos los que llegan a una cierta edad cabalgando sobre un bello corcel, no consigue adaptarse a las nuevas hablas, a las nuevas condiciones de vida. Mencionar los cambios, reconocer la diferencia entre el mundo de hace unos años y la actualidad puede reducirse a enunciados vacíos, pues continúa midiendo el presente con el rasero de "antaño", como si los parámetros de mensura perduraran *ad aeternum*. Desconocer la historia, es decir, el conocimiento que de una disciplina o una ciencia se dispone, es un error garrafal, pues el empirismo le exigiría a cada aprendiz el descubrimiento de lo que la humanidad ha conseguido en su largo trayecto. Pero mirar la

historia para pretender quedarse, o peor aún, volver a ella, es síntoma de pérdida de la perspectiva que la misma historia permite.

De otro lado, la confusión no hay que endilgársela sólo a él, pues algunos suelen confundir a los artistas con pensadores. Eso no significa que los artistas no piensen, pero el ejercicio mental que despliega un constructor de obras de arte es diferente al de un analista académico. Eso no significa tampoco que éste sea mejor que aquel, sólo que es diferente. Quizá entonces a un artista es mejor pedirle que refleje en una obra de arte su percepción respecto de un cierto asunto, en vez de desviarlo de su ejercicio para ponerlo a hacer lo que otros, por tener sus energías concentradas en ello y un entrenamiento especializado, pueden hacer mejor.

El papel de las universidades en la formación de las profesiones es evidente, pues define su razón de ser. Ahora bien, es cierto que las instituciones universitarias en Colombia no responden a demandas de autonomía cognitiva. Son instituciones que se fundaron a la saga de las de otros países; pero la cortedad espiritual de los dirigentes -lo que extiende el fenómeno a todos los ámbitos de la vida social-, y la incapacidad de interpretar las dinámicas emergentes, han coartado sus alcances, haciendo el pobre papel de serviles seguidores de consignas y recetas. El rezago es tan grande que algunos todavía creen que con buenas intenciones se puede cambiar el rumbo, aportando justamente evidencia del atraso intelectual en que nos hallamos sumidos.

Resulta preocupante que en el marco de un estudio sobre la educación en Colombia, un persona-

je de reconocimiento como Gabriel García Márquez escriba un panegrico tan descarnado a favor del empirismo, lo que aparece como retrogrado, pues en vez de poner el énfasis en la producción de conocimiento y en la formación para el pensamiento, reduce el periodismo a un oficio, cuando el mundo contemporáneo demanda una profesión. Colombia requiere más de universidades que sean capaces de intervenir propositivamente en la realidad -una realidad que no termina, por cierto, de diseñarse y de generar convocatoria- que "fábricas de empleados", apasionados e ingenuos, serviles y acrílicos, apáticos y frustrados.

La responsabilidad no puede recaer pues sobre los sujetos individuales. Quizá tampoco sea acertado descargarla sobre las empresas. Tal vez, aunque doloroso, sea necesario dejar por un momento de lado las altas dosis de histeria que caracterizan sociedades divididas entre diferentes grupos de presión, y hacernos cargo, la sociedad en conjunto, de la irresponsabilidad para consigo misma. Irresponsabilidad que se expresa en la marginación creciente, en la ampliación de la brecha que separa a los ricos de los pobres, en la excitación exacerbada del deseo de consumo, en la imposición de modelos ideales cambiantes según los dictados de la moda, es decir, de los intereses del mercado. Tal vez tenga sentido propiciar condiciones, aunque sólo sea en una escala ínfima, para el mejor aprovechamiento de los valiosos recursos humanos que se desperdician en cantidades flagrantes por doquier. De lo contrario, parece desmesurado pedir claridad ética a un montón de ejecutantes irreflexivos sin horizonte. ■

Notas

1 Aquí partimos de la diferencia saussuriana entre *lengua* y *habla*, entendiendo la primera como ese objeto social impuesto, que opera al margen de los sujetos que componen un grupo social y que disponen de ella como rasgo cultural propio, creado por el grupo o adoptado y de carácter abstracto, y por la segunda, por habla, como el uso que los sujetos hacen de la otra, uso concreto, por lo tanto. Ahora bien, los términos *lengua* y *lenguaje* se utilizan aquí indistintamente (cfr. F. De Saussure, "Curso de Lingüística General")

2 En la construcción discursiva contemporánea entra, ineludiblemente, la narrativa en imágenes, pues se ha convertido en un campo complementario del lenguaje verbal, e incluso en muchos casos lo reemplaza; sin embargo ello tiene sus implicaciones. Geovani Sartori, aunque desde una postura apocalíptica y superficial, analiza algunos de estos aspectos en *Homo videns* (1997).

3 JAKOBSON, R. *La lingüística y la poética*, en: Sebeok, T. A., *Estilo del lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1974, p. 123 y ss.

4 Estricto sentido, no existen sinónimos. En una charla informal los términos utilizados suelen ser aproximativos, incluso se los apoya y dirige con elementos secundarios, como los gestos. En un texto de carácter referencial, el instructivo para volar aviones, por ejemplo, no se puede hacer uso de las aproximaciones, pues los costos económicos y humanos que están en juego son muy altos.

5 Informe rendido en 1995 por la "Comisión de Sabios", de la que

hizo parte Gabriel García Márquez, nombrada por el Gobierno Nacional para hacer un diagnóstico y entregar recomendaciones sobre la situación de la educación en Colombia.

6 Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, 1992.

7 Si nos atenemos a la historia, Homero, el gran narrador de las epopeyas griegas, y apoyándonos en los textos escritos: la Iliada y la Odisea, habría sido el primer gran cronista en Occidente, y la crónica sería el primer género literario. De lo mismo dan cuenta otros libros como la Biblia, palabra de origen griego [Biblia]: escritos "en que refieren los sucesos por orden del tiempo" (Diccionario de la lengua española, Real Academia Española, 1992).

8 Cfr: FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1997.

9 MARTÍNEZ, Tomás Eloy, Revista El Malpensante N° 27, diciembre 2000 - enero 2001.

10 Dos conceptos se hace necesario precisar en este punto: Hecho y Noticia. Mientras el primero está ubicado en el plano de los acontecimientos del devenir del mundo, el segundo es un acontecimiento discursivo que pretende dar cuenta del primero. De ahí la distinción hecha por los teóricos del periodismo sobre los hechos noticiables.

11 GARCÍA MÁRQUEZ, G., Op. Cit.

El papel de los medios en los desastres naturales

La prensa escrita en el terremoto del eje cafetero

Daniel Hermelín

En las sociedades modernas, los medios de comunicación tienen una gran responsabilidad en la constitución de los imaginarios colectivos. En países como Colombia, en los que la educación ha padecido las consecuencias de un Estado que no la garantiza, la injerencia de los medios en las representaciones sociales es de primer orden. Las percepciones del público frente a los desastres naturales y el manejo que de ellos hace la prensa, deberían considerarse temas prioritarios, tanto desde el punto de vista político como académico - ámbitos aún distantes en nuestra sociedad -, pues de ellos dependen, en buena parte, la prevención y los comportamientos ante futuros sucesos de la misma índole. De ahí el interés por estudiar el papel de los medios en Colombia con respecto a este tipo de acontecimientos.

El carácter natural de estos eventos es una particularidad muy importante puesto que, en nuestra sociedad, sus causas no se miran con detenimiento, o simplemente se le atribuyen al castigo divino. Esta percepción le resta importancia a las responsabilidades humanas e institucionales ligadas a los desastres naturales.

Una primera aproximación a este tema se realizó a partir del tratamiento que la prensa escrita colombiana le dio al terremoto del Eje Cafetero del 25 de Enero de 1999, que destruyó parcialmente la ciudad de Armenia y dejó alrededor de 1200 muertos y

160.000 damnificados. El corpus fue constituido por *El Tiempo* de Bogotá, *El Colombiano* de Medellín y *El Diario del Otún* de Pereira. Dichos diarios se analizaron durante los quince primeros días posteriores al suceso. Además se estudió la edición número 874 de la revista *Semana*.

El estudio se basa en un análisis de discurso e incluye observaciones y descripciones que lo rebasan. Se hace énfasis en la labor que ejerció la prensa desde la perspectiva de la difusión científica, además de algunas comparaciones con la prensa francesa, en particular con los diarios *Le Monde* y *Libération*.

Descripción general del corpus

El tema de la catástrofe fue dominante durante los primeros días, en casi todas las secciones. Al cabo de una semana perdió vigencia, aunque de manera menos marcada en *El Diario del Otún*. En cuanto a los textos, la mayoría son de carácter narrativo, es decir, artículos que no se refieren al acontecimiento en términos científicos o técnicos, o que no intentan explicarlo. Se trata, por ejemplo, de aquellos que dan cuenta de los estragos humanos, físicos o económicos y de las crónicas detalladas provenientes de los testimonios de algunos sobrevivientes. Además de narrar los impactos sobre la sociedad, los tres diarios cumplieron funciones sociales como la de transmitir mensajes de urgencia.

De otro lado, la adhesión a lo narrativo se refleja en la gran cantidad de fotos que aparecieron en los tres diarios. Muchas de ellas muestran escombros y víctimas, sobrevivientes o muertos, y ocupan las primeras páginas, a color y en grandes formatos. Incluso hay fotos tomadas directamente de la televisión, como en el caso de *El Colombiano*, el día 26 de enero. Hay un contraste aquí que vale la pena señalar: el diario *Le Monde* no utiliza nunca fotos sobre los acontecimientos.

Además de las fotos hay una gran riqueza simbólica en los periódicos: íconos, términos, mapas, planos de ciudades afectadas y caricaturas sirven para atraer la atención del lector y hacen referencia al desastre conformando una compleja heterogeneidad semiótica. La publicidad también estuvo muy influenciada por la catástrofe, aunque hay grandes anuncios, junto a las fotos y las crónicas trágicas, que no tienen ninguna relación con el suceso. Tal heterogeneidad semiótica amerita un riguroso análisis posterior.

En el caso de la revista *Semana*, hay dos artículos sobre el desastre: una crónica de Germán Santamaría, titulada "Jeison y el terremoto", que ocupa 16 páginas (cada una de ellas incluye fotos), y un artículo de dos páginas sobre la necesidad de que este tipo de acontecimientos no se repitan. En otra sección aparece un artículo de carácter enciclopédico, como se explicará más adelante.

Análisis de los textos

En el análisis de los textos se utiliza una clasificación que considera dos límites discursivos: los textos narrativos y los textos enciclopédicos. Los narrativos se ciñen al acontecimiento y los enciclopédicos cumplen con una función explicativa o interpretativa en relación con el suceso, tienden hacia lo general y no actualizado, y emplean con frecuencia términos científicos o técnicos.

Hay otros textos que pueden ubicarse en el intervalo entre estos dos límites. Se proponen dos clasificaciones: los parcialmente enciclopédicos que son textos narrativos en los que algunas partes tienden hacia lo explicativo. Y los textos pseudo-enciclopédicos que son textos cargados de términos científicos o técnicos, pero que no entran en la explicación o en la interpretación de fenómenos. En ambos se constata una fuerte relación con lo narrativo. En los pseudo-enciclopédicos se encuentran muchas citas de discursos de especialistas que no incluyen explicaciones.

Las percepciones del público frente a los desastres naturales y el manejo que de ellos hace la prensa, deberían considerarse temas prioritarios, tanto desde el punto de vista político como académico -ámbitos aún distantes en nuestra sociedad -, pues de ellos dependen, en buena parte, la prevención y los comportamientos ante futuros sucesos de la misma índole.

A pesar de que se analizaron los cuatro tipos de textos, el estudio se centró en los enciclopédicos (los más directamente ligados con el campo de la difusión de las ciencias). Así pues, se constituyó un subcorpus con artículos de este tipo.

Análisis de los artículos enciclopédicos

Se escogieron en total diez artículos que tratan tres tópicos: las explicaciones geológicas de las causas de los sismos, los daños que sufren las estructuras y los efectos psicológicos en la población. Los dos primeros tópicos se refieren a las causas del desastre; en el caso de los daños de las estructuras, se refiere a las causas evitables en este tipo de tragedias. Esos diez artículos son casi la totalidad de textos que sobre estos temas se publicaron en los tres diarios. Otros sobre temas sociológicos, económicos y sobre la manera como se deben administrar los desastres, también podrían considerarse enciclopédicos y se detienen en las consecuencias del sismo (o de los sismos en general). Aparecen principalmente en *El Tiempo*, pero no se incluyeron en el subcorpus. Para analizar los artículos enciclopédicos se utilizaron diversos parámetros:

Ubicación de los artículos

Se hizo una descripción de la posición en la sección, el tipo de sección y de los mensajes que los rodean. Tal ejercicio muestra que, en general, la ubicación no parece seguir un criterio lógico de distribución de contenidos. Algunos, por ejemplo, aparecen en secciones que están aisladas de los artículos narrativos sobre el desastre, o están rodeados de artículos con los cuales no existe ninguna relación; también la discontinuidad temática es notoria. En el caso particular de la revista *Semana*, un artículo sobre la predicción de sismos aparece 43 páginas después del último texto sobre la catástrofe.

Anclaje espacio-temporal al suceso

Este análisis permite ver hasta qué punto los discursos hacen alusión directa al acontecimiento. A tal alusión se le considera un anclaje espacio-temporal. Este estudio muestra que, salvo un artículo escrito por un especialista, este anclaje aparece, en mayor o menor grado, en todos los textos. No se le permite al lector separar el sismo del Eje Cafetero de la ocurrencia de los sismos en general, puesto que en todos los casos se hace referencia a él.

En la prensa francesa es frecuente encontrar artículos enciclopédicos, en circunstancias similares, en los que el texto permite una total abstracción: se

explican los sismos pero sin mencionar el desastre particular que generó la aparición de los textos.

Origen de los discursos

También se examinó la manera como los discursos de los periodistas mencionan las fuentes de conocimiento. Primero observamos la ausencia de la firma del redactor en algunos artículos. Esta ausencia es predominante en los textos no enciclopédicos. En los enciclopédicos sólo hay un artículo firmado por un especialista: este texto tiene una categoría distinta, desde la perspectiva de la difusión de las ciencias, frente a los demás textos enciclopédicos, escritos por periodistas. En el caso de los diarios franceses, no se encuentra prácticamente ningún artículo – sea cual sea su tema – sin la firma de un redactor.

En cuanto a la enunciación de la fuente de conocimiento que allí se utiliza, también los textos presentan dos límites: un extremo es la citación literal con precisión de la fuente, y el otro extremo, llamado de sesgo "enciclopédico", no indica ninguna fuente. Todos los artículos muestran una tendencia hacia el sesgo "enciclopédico", en mayor o menor grado.

En el subcorpus se puede ver una gran cantidad de enunciaciones débiles de origen, en donde las fuentes son reemplazadas, por ejemplo, por genéricos humanos: "los científicos dicen...", "los especialistas explican..."; o por omisiones de la fuente por pasivación o impersonalización, por ejemplo: "se sabe que...", "el fenómeno es considerado...". Además, normalmente no se encuentran paráfrasis en las cercanías de las citaciones textuales, lo que refleja un distanciamiento entre los discursos textuales de los especialistas y de los redactores, como si éstos no osaran reformular directamente las fuentes primeras de conocimiento.

En la prensa francesa también aparecen estas tendencias, especialmente las enunciaciones débiles de origen. Se trata, quizás, del reflejo de un problema de cierto carácter universal: la comunicación -incomunicación- entre los científicos y los periodistas.

Inteligibilidad del texto

La inteligibilidad de los textos puede examinarse a partir del grado de elucidación de los términos de apariencia técnica. Incluso si se piensa que existe una intención didáctica más o menos presente en todos los textos, hay que constatar que muchos utilizan conceptos técnicos sin explicarlos. Aparecen cadenas diafóricas, es decir, conjuntos de frases que contienen términos de apariencia técnica que aún no están definidos; dichas cadenas suelen ser bastante largas en los textos del subcorpus. Esta práctica implica un riesgo importante: las cadenas diafóricas pueden familiarizar al lector con el nuevo léxico sin ilustrarlo, lo que nos hace pensar que se está más cerca de la lisibilidad que de la inteligibilidad de los textos.

Es necesario resaltar que los artículos que utilizan menos términos de tipo técnico son los que hablan de los daños en las estructuras de los edificios; en principio dichos artículos pueden difundir conoci-

mientos con menos problemas conceptuales. Esto puede estar ligado a la naturaleza epistemológica de la disciplina en cuestión. Lo anterior nos señala algo importante: la posibilidad de darle a los lectores explicaciones de manera simple sobre las causas del colapso de las construcciones, y, de esta forma, contribuir a la prevención de desastres futuros. Llama la atención la carencia de artículos de esta naturaleza en la prensa escrita, carencia prácticamente total en *El Diario del Otún*, un periódico de la región afectada por el sismo.

Los textos imperativos

Otro tipo de textos analizados son los imperativos; éstos comprenden los artículos en los que domina el "decir que se haga". Dichos textos aparecen con bastante frecuencia dada la necesidad de transmitirle al público recomendaciones -incluso- órdenes – en situaciones de urgencia. Después de examinar algunos de ellos, en los tres periódicos, pudo constatarse como, normalmente, no se expresa allí ninguna justificación en cuanto a los comportamientos que se busca imponer; la prioridad es la de incitar a la población a que tome medidas para su supervivencia o su bienestar. Para este efecto, comúnmente se intenta seducir al público utilizando, por ejemplo, el pronombre "se" en lugar de la segunda persona, para atenuar el efecto imperativo, por ejemplo: "se debe evacuar..." en lugar de "evacúe". El uso de términos técnicos es poco frecuente. En suma, se trata de textos que contribuyen básicamente a una memoria de corta duración en la población.

Conclusiones e interrogantes

Este trabajo es sólo el principio de una investigación que debe continuarse; es preciso extender el corpus y utilizar varias aproximaciones metodológicas. Hasta ahora se hizo una primera aproximación al mensaje transmitido, pero es necesario estudiar la recepción del mensaje y sus efectos. Un estudio sociológico, por lo demás, es muy importante pues muestra cómo este tipo de sucesos, de carácter aparentemente neutral, esconden también intereses políticos y económicos. Esto es lo que sugieren trabajos como los de Ploughman (1995) en la prensa norteamericana y De Chevigné (1998) en la prensa francesa, sobre desastres naturales.

No obstante, esta etapa inicial del estudio permite lanzar algunas afirmaciones e hipótesis, y plantear interrogantes. En primer lugar, si se tiene en cuenta que los medios de comunicación juegan un papel fundamental en la construcción de la memoria cultural y tienen una influencia ingente en el imaginario colectivo, y que éstos son el soporte de una actitud preventiva en la población, la responsabilidad de la prensa escrita colombiana puede ser puesta en tela de juicio, al menos en lo que se refiere a esta catástrofe.

La carencia de artículos enciclopédicos es una debilidad a la que debe dársele relevancia. Esta ca-

rencia es aún más fuerte en *El Diario del Otún*, el periódico regional. La ausencia de artículos que denuncien las responsabilidades humanas en el desastre, en especial las que tienen que ver con el respeto por las normas de construcción, constituyen otra debilidad importante; ni siquiera en los artículos de opinión hubo una tendencia dominante durante los días posteriores a la tragedia. Un intento se hizo en el segundo artículo de la revista *Semana* sobre el terremoto, pero aún en ese caso, más que sobre la prevención y las responsabilidades, se habla del manejo de desastres, es decir, la atención se centra en las consecuencias.

Se observó el tratamiento que *Le Monde* y *Libération* le dieron al sismo de Turquía, en Agosto de 1999, durante los ocho días posteriores al sismo. Aproximadamente el 50 % de los artículos que se ocupan del sismo son enciclopédicos o denuncian las responsabilidades humanas como causantes de la tragedia. Es obvio que el comportamiento de la prensa no es el mismo con un acontecimiento interno que con uno extranjero y distante, sin embargo no deja de ser interesante la gran diferencia cuantitativa y cualitativa entre la prensa francesa y la prensa colombiana respecto a un mismo tipo de desastre. Vale la pena agregar que todas las citas publicadas sobre la prensa turca, en dichos diarios franceses, incluyen denuncias de esa índole.

La prensa colombiana se orientó, pues, principalmente hacia las consecuencias y no hacia las causas de la catástrofe. Además, la existencia de los problemas evocados en los textos enciclopédicos y sus implicaciones didácticas, hacen aun menos fuerte la contribución de la prensa a una memoria de larga duración en la población y, por lo tanto, a la prevención frente a este tipo de riesgos naturales.

Hubo además una marcada tendencia hacia la dramatización en la manera de presentar los hechos. Esto implica varios riesgos en las percepciones del público, pues puede darle un carácter ficticio a los hechos presentados. Más aún, estudios de psiquiatría y de psicología social han señalado el peligro de la dramatización de hechos de esta naturaleza: las personas se conmueven con los acontecimientos pero se pueden generar cortocircuitos en los procesos cognitivos de la recepción de información, con lo que se pone en peligro la asimilación del mensaje transmitido. Es decir, el exceso de dramatización puede ir en contravía de la prevención ante posibles desastres futuros. La anestesia colectiva es quizás uno de los efectos más graves de nuestra manera de hacer periodismo.

Aparece entonces la polémica sobre si los medios tienen la responsabilidad de formar o sólo de informar. Claro que el problema es más complejo, pues la cuestión no radica sólo en el qué sino en el cómo se informa. Ignacio Ramonet, teórico de la comunicación audiovisual, dice que las prácticas periodísti-

cas como las que hemos mencionado, responden a una lógica sencilla: es más fácil espectacularizar que explicar. La comunicación de hoy parece considerar como un dogma, que basta con asistir a un acontecimiento para entenderlo.

Pero más allá que precisar si todo esto es consecuencia de la deliberación o de la ignorancia de los periodistas o de los directores de los medios, es menester revisar la labor periodística frente a este tipo de acontecimientos: la prevención es la que está en juego. ■

Bibliografía

CEDISCOR (1992) Un lieu d'inscription de la didacticité: les catastrophes naturelles dans la presse quotidienne. Les carnets du CEDISCOR, no.1, Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle. 156 p.

CHOUCHAN, D. (1996). Images tous risques. Eureka. 1er Octobre. 29-30.

CROCQ, L. (1989) La dimension psychosociologique de la catastrophe. Soins psychiatrie, (106/107), 4-6.

DE CHEVEIGNÉ, S. (1998) Mediators and World Visions: The Environment in French TV News. En: GIESSEN H. W. Dir., Long-Term Consequences on Social Structures Through Mass Media Impact: 97-108. Berlin: Vistas.

D'ERCOLE, R.; DOLFUS, O. (1996) Mémoire des catastrophes et prévention des risques. Natures - Sciences - Sociétés, 4, 38 - 391.

ESCAMILLA, O.; NOVOA, J. L. (1999) La tragedia continúa: el terremoto contado desde adentro. Bogotá: Intermedio editores. 229 p.

HERMELIN D. (1999) Les médias et les catastrophes naturelles: une approche sur la presse écrite en Colombie. Université Paris Sud, memoria de D.E.A. (bajo la dir. de Daniel Raichvarg), oct. 1999.

JACOBI D., SCHIELE B. (1988) Vulgariser la science. Le procès de l'ignorance. (2ème partie). Seyssel: Champ Vallon. 284 p.

MARTIN-BARBERO, J. (1997) De los medios a las culturas. En: MARTIN-BARBERO J., SILVA, A. Dirs., Proyectar la comunicación: 3-22. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

PLOUGHMAN P. (1995) The american print news media 'construction' of five natural disasters. Disasters, 19 (4), 308-326.

SAUVÉ L., BOUTARD A. (1991) La presse écrite: un outil d'éducation relative à l'environnement. En: GIORDAN A.,

MARTINAND J.-L., RAICHVARG D. Dirs., Ecole et médias face aux défis de l'environnement, Actes XIIIèmes journées internationales sur l'éducation scientifique: 98-102. Fabrègue: Paris.

WOLTON, D. (1997) Penser la communication. Paris: Flammarion. 401 p.

ZIACA, P.-Y. (1995) L'éducation à l'environnement pour les adultes à travers les médias: aspects didactiques dans le cas de la presse écrite. Université Paris 7 - Denis Diderot, tesis de doctorado (bajo la dir. de Christian Souchon), oct. 1995.

La investigación histórica en el periodismo escrito

James León Parra

No es difícil imaginar cuando hace algunos siglos el monopolio de la utilización de la palabra se restringía a instituciones religiosas y políticas. Ellas interpretaban los códigos a su manera sin imaginar siquiera que muy pronto la imprenta de Gutenberg marcaría un hito en la historia de la comunicación humana. Gracias a este invento el conocimiento se empezó a difundir a lo largo y ancho del mundo.

Actualmente el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación plantean una cuestión similar a la de la época en que se conoció aquel maravilloso invento. Hoy con la Internet, las telecomunicaciones y los híbridos, como la televisión con funciones de ordenador personal o viceversa, la sociedad tiene ante sí un abanico inimaginado de posibilidades de comunicación.

Frente a estas tecnologías la prensa escrita tiene una larga historia. Para ubicarla sólo dentro del contexto moderno se puede decir de este medio que conoció el apogeo del daguerrotipo, la invención de la telegrafía, el nacimiento del cine, la locura de las guerras mundiales, la incertidumbre de la guerra fría, entre otros sucesos de relevancia internacional. De aquí que los historiadores la consideren como fuente invaluable para el estudio de nuestras sociedades y su devenir.

Pese a tal importancia aún falta mucho terreno por avanzar en la investigación histórica de nuestra prensa escrita. Libros como "Porque la sangre es espíritu" (Perea, 1996) y "La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia" (Acevedo, 1995) son estudios ejemplares al respecto. El primero es un análisis semántico de la producción discursiva de la gran

prensa del período 1942-1949, mientras el segundo se interesa por la importancia de la caricatura dentro de la guerra ideológica desatada en nuestra prensa entre el período de 1936 a 1949. Se trata de estudios descriptivos y sugerentes que sirven de ejemplo para el análisis de otro tipo de publicaciones como revistas, semanarios, literarios, etc., que permiten realizar una mejor taxonomía de la historia de un país.

Ahora bien, existen varios factores que imposibilitan el cabal estudio de la prensa. En el caso colombiano muchas colecciones de periódicos fueron incineradas o se extraviaron el 9 de abril de 1948, cuando asonadas, manifestaciones violentas y disturbios inundaron a Bogotá a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, en una jornada descrita ampliamente en "El Bogotazo" (Alape, 1985). Pero desde antes de esta época era usual la utilización de violencia contra las instalaciones de los diarios, efectuada por partidarios iracundos en ambos extremos del liberalismo y conservatismo colombianos, en épocas de fuerte coyuntura ideológica como 1936 o 1944, año del intento golpista, en la segunda presidencia de López Pumarejo (1942-1945). Más tarde el narcotráfico también aportaría su granito de arena para atentar contra la prensa, como sucedió con *El Espectador* en 1989, cuando por la explosión de un carrobomba fueron destruidas sus instalaciones.

Aquellos atentados acabaron con buena parte de las colecciones de estos periódicos o las afectaron sustancialmente. Además de esto, sólo hace poco el gobierno colombiano reconoció de la importancia que tiene para cualquier país la conservación y estudio de su patrimonio histórico. En este sentido la

Biblioteca Luis Ángel Arango, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Luis López de Mesa de la Universidad de Antioquia han logrado avances, aunque falte todavía más organización para la consulta de las colecciones y el traspaso del material impreso a otros formatos tecnológicos, con miras a una mayor conservación e interactividad de éste.

Paradójicamente el hecho de que apenas hoy se estén organizando estas colecciones de prensa ha conllevado a incorporar nuevos registros de anaquel olvidados. Asimismo la consulta de colecciones particulares -que son verdaderas joyas para la investigación histórica- es fundamental para complementar un estudio serio de nuestros medios impresos; otras fuentes primordiales son los pensadores, políticos, periodistas o testimonios de quienes vivieron en éstas épocas. Del mismo modo la revisión de la producción bibliográfica de ese momento y sus motivos. Por lo anterior es inaplazable el fomento de la conservación y el estudio de la prensa escrita, por hablar solo de este medio.

Caso de estudio: fascismo y prensa conservadora en Colombia: 1936-1945

Este análisis de la influencia de la ideología fascista en la prensa conservadora ha centrado su interés en Bogotá, Popayán, Medellín y Manizales, focos de estructuras tradicionalistas. Sin embargo hay interesantes referencias sobre publicaciones similares en otras ciudades colombianas que permiten ampliar y matizar el mapa de la prensa partidaria de aquella época.

Por lo demás es un período histórico de alta relevancia para la prensa mundial. En 1936 comienza la Guerra Civil Española, después de seis años de la caída del dictador Primo de Rivera y cinco de la promulgación de la República. El estallido de esta guerra civil fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial en 1939, que se prolongaría hasta 1945. Se trata entonces de un lapso de alta disputa ideológica *al son* de los fusiles mundiales y publicada con gran despliegue por los medios escritos de los adictos a cada partido. Propaganda de guerra que no admite información desfavorable a la causa propia.

Otro aspecto importante por sus implicaciones sociales e ideológicas es la reforma constitucional planteada por el primer gobierno de López Pumarejo, la que abonó el camino para la fuerte oposición partidaria, secundada por la Iglesia católica. En marzo de 1936 *El Colombiano* de Medellín publica un manifiesto de la curia en donde sostiene que "el proyecto aprobado por las cámaras cambia la fisonomía de una constitución netamente cristiana, para un pueblo cristiano, por la de una constitución 'atea', dicen los prelados". Y llaman a la desobediencia pues "No es ley ni obliga en conciencia lo que va contra la recta razón y contra el bien común, la que es contraria a la ley de Dios y a la verdad religiosa".

Otro caso ejemplar al respecto es el del Obispo de Santa Rosas de Osos, quien en esta época tomó claro partido al lado de los tradicionalistas más intransigentes del conservatismo. En aquel mismo año el prelado conminaba, en primera página de *La Defensa* de Medellín, a votar por las listas del directorio conservador. Asimismo el S. J. Félix Restrepo abogaba desde *Revista Javeriana*, de la cual era su director, por un Estado corporativista católico al estilo del pregonado por la derecha y el militarismo español o por Salazar en Portugal. Con ocasión del primer aniversario de la guerra civil, refiriéndose a la posición del liberalismo colombiano, simpatizante de los republicanos, anota el director en su especial sobre "España mártir":

"Con profunda extrañeza he visto en los últimos días la manera como cierta prensa, que por lo demás es seria y bien informada, habla de la revolución española. Diríase que se ha pasado una consigna a los periódicos que se precian de defender la democracia, para denigrar a los rebeldes, disculpar y elogiar a los rojos, y hacer votos porque triunfe por fin, completamente y sin más demora, el llamado gobierno de Azaña." (*Revista Javeriana*, agosto de 1937, No. 37, pág. 89)

Además realiza una extensa recopilación de documentos en el mismo especial, con esta titulación incisiva: "Y se glorian de sus hazañas", "Los sin-Dios y Largo Caballero", "Así paga el diablo....(sic)", en claro apoyo propagandístico a las fuerzas derechistas dirigidas por Franco.

Mientras tanto, en una carta enviada a Guillermo León Valencia y publicada en la página editorial de *Claridad* de Popayán se resume así el pensamiento derechista del conservatismo:

"Nuestras ideas son definitivas y filosas. Somos godos, católicos, nacionalistas, bolivarianos, y por encima de todo antiliberales. Nada de novedad desmedida. Mucha tradición. El pasado con sus ruinas y sus glorias enmarca nuestro movimiento. El padre libertador es nuestro símbolo. Nos sentimos más ligados a sus ideales que sus mismos contemporáneos. Su pensamiento siempre será nuevo. Los hombres son transitorios. Sus creaciones geniales son eternas.

En la *acción* somos hombres de *derecha* (resaltado en el original). Admitimos y aconsejamos la violencia en uso de legítima defensa. Predicamos a nuestros campesinos que es lo mismo cambiar un beso con la adolescente montañera que un balazo con el verdugo insolente. Que la nueva República de Colombia debe ser engendrada en una cópula de fusiles y en medio del tableazo de la metralla." (*Claridad*, mayo 21 de 1936, pág. 3)

Estas ideas eran propuestas por Elías Salazar García, quien dirigió la página "Fe y Doctrina" en el *Dario del Pacífico* de Cali en aquel tiempo.

Estas simpatías falangistas del conservatismo en general eran explicadas por estos recurriendo precisa-

mente a esa fe de la España de los Reyes Católicos. Criticaban despiadadamente las ideas de la ilustración, en especial el pensamiento encarnado por Rousseau y los enciclopedistas franceses, a los que calificaban de directos culpables de la Revolución Francesa y sus nefastas consecuencias, que habían continuado hasta el presente con la revolución de 1917 en Rusia y las internacionales comunistas. Por esto querían restaurar una nación sobre postulados hispanistas para mantener el *status quo* del poder institucional de España o ampliar incluso esa ingerencia no en el ámbito cultural solamente sino en el ideológico y político.

La ideología conservadora se había nutrido del pensamiento fascista español, encarnado en José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador que gobernó a España hasta 1930. Incluso en el semanario *El Fascista*, que circuló en Bogotá desde diciembre de 1936 y en 1937, el "Centro Derechista José Antonio Primo de Rivera" tuvo su página para exaltar la memoria heroica del caudillo español. Pero ¿cuál era su propuesta ideológica? De acuerdo con la programática de la "Falange Española", partido constituido en 1933 y del cual José Antonio era fundador, España debía constituirse como Estado Nacional sindicalista organizado a través de corporaciones y con la abolición de los partidos políticos, protección a la propiedad privada, un marcado militarismo y la religión católica a modo de cancerbera de la sociedad nacional. Además del antiliberalismo y antimarxismo típicos de los sistemas fascistas. Al final de ese programa, conformado por los 26 puntos para un estado totalitario, Primo de Rivera remata definiendo el estilo de la Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (partido creado por la fusión de la Falange Española y los carlistas en 1937): "preferirá lo directo, ardiendo y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio." (Castellanos 1985:388). Esta programática de partido único la acogería el generalísimo para su nuevo estado. Según Jackson:

"La Falange fue muy útil al Caudillo, precisamente porque no tenía ni un programa coherente ni un dirigente destacado. Su fraseología fascista constituía una válvula de escape para presiones que de otro modo habrían tomado una dirección verdaderamente revolucionaria, y el general Franco comenzó a salpicar sus discursos con los adjetivos nacional-sindicalista, social, unitario, imperial y misionero. No perdía el tiempo en los balcones ni intentaba hipnotizar a las masas con su voz. Prefería que el culto al

héroe de la Falange se enfocará hacia el "ausente", y uno de los ritos establecidos de la Falange era empezar sus mítines con la invocación de la presencia mística del fundador gritando a coro: '¡José Antonio, presente!'." (Jackson, 1985:364)

Estas ideas falangistas tuvieron fuerte acogida en el conservatismo en general. Y cada fecha especial era celebrada entronizando tanto al mártir como al caudillo. De este modo *La Defensa* aprovechaba la ocasión del segundo aniversario del comienzo del fratricidio para glorificar al "restaurador" nacionalista de España. Y en marzo de 1939 *El Colombiano* aprovecha para anunciar en primera plana la entrada de Franco a Madrid con la imagen del generalísimo en pose heroica montado en un imponente caballo, lejos de la realidad de la guerra pues Franco debió entrar escoltado por su ejército nacionalista. Pero tal vez quien resume mejor la hispanofilia exacerbada de los conservadores en aquel tiempo sea José Mejía Mejía, quien desde su columna "Rúbrica" disparó cañones contra la república española:

"La España que revienta en la cápsula de estos vocablos no es la España republicana con la charlatanería democrática de las libertades públicas, del fetichismo parlamentario y del sufragio universal. España católica e imperial establece una definición que excluye necesariamente todo el bagaje espiritual que viene envenenando a los pueblos tras la revolución francesa, introducción y prefacio de la revolución rusa. La democracia es hoy día la antesala de la dictadura del proletariado y el trampolín más doméstico de la revolución comunista." (*El Colombiano*, 1 de febrero de 1938, pág. 5).

Esta posición de los conservadores continuó gracias al triunfo de las fuerzas nacionalistas, bajo la égida de Franco, desde 1939.

La II Guerra Mundial: del nazi-fascismo al apoyo aliado

En cuanto al fascismo italiano y el nazismo alemán se puede decir que hubo una cierta simpatía por estos regímenes en el ala radical del conservatismo encabezada especialmente por los nuevos políticos que venían a suceder a la generación del centenario, aunque implantar un sistema de este tipo era imposible en Colombia dada la diversidad étnica, la escasa industrialización, la incipiente economía nacional y el precario desarrollo tecnológico, en años en los cuales el gobierno liberal comienza a legalizar y a apoyar el sindicalismo, a reformar la constitución centralista de 1886 y a verificar las relaciones con la Iglesia, establecidas desde el concordato de 1887. Con todo, los anteriores factores no impidieron

que se replicaran fórmulas cercanas a la doctrina fascista o que las élites conservadoras adoptaran parte de su ideología, especialmente del caso español.

En el período estudiado encontramos bastante semejanza entre Latinoamérica y los países de Europa del Este, donde existieron movimientos de fuerte nacionalismo revolucionario como la Legión del Arcángel Miguel en Rumania. En el libro *Colombia nazi*, Donadio y Galvis, gracias a una extensa investigación, registran la existencia de la Legión Colombiana a mediados de la década del cuarenta (Donadio, 1986). Según este estudio algunos de sus integrantes estuvieron involucrados en las "conspiraciones", como se les llamó a las actividades de agitación tendientes a debilitar el poder de López Pumarejo en sus dos gobiernos, como la agitación conservadora y militar en 1936 que llevó al cierre temporal de medios como la *Voz de Colombia* o el fallido golpe de Estado en 1944 junto con el material explosivo encontrado en la catedral y en casas conservadoras en Bogotá ese mismo año.

Por lo anterior se puede decir que hubo fuertes simpatías dentro del conservatismo por acabar abruptamente con la República liberal. Además el Partido Nacional-Socialista Alemán, que se reunía en Barranquilla, fue disuelto en 1941 cuando Colombia se declaró en estado de beligerancia frente a Alemania y en favor de los Aliados. Pero las simpatías nazi-fascistas seguían latentes en aquellas conspiraciones contra el gobierno liberal lopista, reforzado a su vez por el hispanismo irradiado desde la España franquista.

El descubrimiento de los semanarios *Derechas* y *El Fascista*, que se publicaron entre 1936 y 1937, permite entender mejor la influencia del nazi-fascismo en el ala radical de nuestro conservatismo. En estas publicaciones se difundía la traducción de artículos de Hitler y Mussolini, así como discursos apologéticos del nuevo sistema de autoritarismo radical. *Derechas* se editaba entonces en *El Siglo* pero pronto "El Monstruo", como llamaban a Laureano Gómez, cayó en la cuenta de que el nazi-fascismo no funcionaba aquí del mismo modo que en los países del Eje, por lo que retiró el apoyo editorial dado al semanario y este pronto cerró. Quienes escribieron en estas páginas radicales fueron jóvenes que querían cambiar el modo de concebir la política anquilosada de la generación centenarista. Ellos seguían las doctrinas de la "Acción Francesa" y el pensamiento ideológico de José Antonio Primo de Rivera y no esca-

timaban elogios para los sistemas nazi-fascistas. Pero estos elogios fueron menguando a medida que los Aliados ganaban la guerra y Estados Unidos expandía su economía.

El caso de Juan Roca Lemus es paradigmático al respecto de las simpatías nazi-fascistas. En esta guerra, "Rubayata", que era su seudónimo, defendió tenazmente a los alemanes que fueron enviados a campos de confinamiento en Fusagasugá por su inclusión en la lista negra elaborada por los Estados Unidos para el bloqueo económico al fascismo en el continente

El descubrimiento de los semanarios Derechas y El Fascista, que se publicaron entre 1936 y 1937, permite entender mejor la influencia del nazi-fascismo en el ala radical de nuestro conservatismo. En estas publicaciones se difundía la traducción de artículos de Hitler y Mussolini

americano. Asimismo, "en 1943 (Rubayata) fundó el radioperiódico Antorcha, en la emisora Ondas tropicales. Era un noticiero de ideología pronazi que solo duró un año. Por aquel tiempo era también jefe de redacción de *El Colombiano*, y en su fanatismo, a finales de guerra, cuando llegaba información de batallas en las que triunfaban los aliados, la refundía donde no se viera y en algunas ocasiones no la publicaba. Un bombardeo de los alemanes si tenía todo el ancho de la página. Una vez un acorazado inglés fue bombardeado por un submarino alemán, y Gabriel Villa, que era diagramador del periódico, le dijo: "hombre Rubayata está averiado el barco inglés entonces dígame cómo título. ¡Húndalo!, le respondió." (Atehortúa 2001, ensayo inédito).

Esa actitud sin embargo fue disolviéndose con el triunfo en mayo de 1945 por parte de los Aliados. Si antes había expresas simpatías por el Eje ahora el tópico del discurrir conservador se desplazó hacia el apoyo a los Aliados, al igual que al retorno de su partido al poder que se efectuaría al año siguiente en cabeza de Mariano Ospina Pérez.

Todo lo anterior permite tener una nueva lectura de la historia nacional. En esta es primordial el reconocimiento de la existencia desde las primeras décadas del siglo XX de grupos con tendencias radicales conservadoras en las élites colombianas, con órganos propios de difusión como los anteriormente nombrados o *Colombia Nacionalista*, publicación que se editó en Medellín por esta misma época. Entre estos grupos sobresalen "Los

Leopardos", quienes pregonaron en los años veinte sus simpatías por los nuevos estados nacionalistas europeos. Silvio Villegas, uno de sus integrantes y director de *La Patria*, escribió en 1937 el libro "No hay enemigos a la derecha", que era un esbozo para un nuevo estado nacionalista en el país (Villegas, 1937). Sin embargo este político caldense más tarde ingresaría en las toldas conservadoras para desempeñarse en la política tradicional como congresista. Asimismo existieron organizaciones como la "Acción Patriótica Económica Nacional" o la "Acción Nacionalista", que tuvieron como objetivo principal oponerse a las reformas lopistas.

Descubrir la historia desconocida es una tarea fascinante. Pero mejor aún es reconocer los vicios de la prensa partidista para no repetirlos. Los medios de comunicación, debido a la gran difusión que alcanzan en la ciudadanía, tienen una responsabilidad social que cumplir. Estudiar la prensa colombiana es una etapa primordial para este objetivo. ■

Bibliografía

- ABEL, Christopher (1987). Política, iglesia y partidos en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 373 págs.
- ACEVEDO CARMONA, Darío (1995). La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia 1936-1949. Bogotá: El Áncora. 224 págs.
- ALAPE, Arturo (1985). El Bogotazo: memorias del olvido. Bogotá: Círculo de Lectores. 653 págs.
- ATEHORTÚA, Yuly Andrea (2001). Juan Roca Lemus: un hombre contradictorio y apasionado. Entrevista inédita con Gildardo García, amigo personal de Roca Lemus. Medellín.
- ARIZMENDI POSADA, Ignacio (1989). Presidentes de Colombia 1810 - 1990. Bogotá: Planeta. 329 págs.
- CASTELLANOS ALVAREZ, Octavio y CORDI GARAY, Juan (1985). Del fascismo al neofascismo: Colombia y la experiencia laureanista (1930 - 1953). Monografía para optar a historiadores. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- FLUHARTY, Vernon Lee (1981). La danza de los millones: régimen militar y revolución social en Colombia, 1930-1956. 2a. Ed. Trad. Iván Saldarriaga. Bogotá: El Áncora. 372 págs.
- GALVIS, Silvia y DONADÍO, Alberto (1986). Colombia Nazi. 1939 - 1945: espionaje alemán, la cacería del FBI, Santos, López y los pactos secretos. 2a edición. Bogotá: Planeta. 367 págs.
- JACKSON, Gabriel, 1985. La República española y la guerra civil (1931-1939). Trad. Enrique de Obregón. 2a. ed. Barcelona: Orbis. 496 págs.
- L. DE FLEUR, Melvin y BALL-ROKEACH, Sandra J (1982). Teoría de la comunicación de masas. Trad. Homero Alsina. Barcelona: Paidós. 349 págs.
- LÓPEZ UPEGUI, Armando (1988). Los Leopardos: una época. Una doctrina. Monografía, Departamento de Historia. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad de Antioquia. Medellín. 310 págs.
- PALACIOS, Marco (1998). Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994. Santafé de Bogotá: Norma. 386 págs.
- PAYNE G., Stanley (1995). Historia del fascismo. Trad. C. Boune y Víctor Alba. Barcelona: Planeta. 757 págs.
- PÉCAUT, Daniel (1987). Orden y violencia: Colombia 1930-1953. Vol I. Trad. Jesús María Castaño. Bogotá: Siglo XXI.
- PEREA, Carlos Mario (1996). Porque la sangre es espíritu, imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949). Bogotá: Santillana. 221 págs.
- TIRADO MEJÍA, Álvaro (1981). Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo 1934 - 1938. Bogotá: Colcultura. 461 págs.
- VILLEGAS, Silvio (1937). No hay enemigos a la derecha. Colombia: Zapata. 255 págs.

Libros

La belleza dispersa

Ryszard Kapuscinski. *Ébano*. Barcelona: Anagrama, 2001

Darío Viana

"...cuando [los niños africanos] hacen alguna diablura sus madres les dicen: sed buenos, que si no se os comerá el mzungu! (En swahili, mzungu significa blanco, europeo.) En una ocasión, en Varsovia, conté a unos niños cosas de África. Durante aquel encuentro, se levantó un niño pequeño y preguntó: — ¿Ha visto usted a muchos caníbales?"

No sabía que, cuando algún africano regresase de Europa a un Kariakoo y se pusiese a contar cosas de Londres, de París o de otras ciudades habitadas por mzungu, un niño africano de la misma edad que el de Varsovia bien podría levantarse y preguntar:

— ¿Has visto allí a muchos caníbales?" (80).

Como todas las grandes obras, o al menos las que aspiran a serlo, *Ébano*, del polaco Ryszard Kapuscinski, puede leerse de muy diversas formas. Ninguna de ellas será más o menos correcta que las demás.

La lectura de *Ébano* puede hacerse tras la pista de diversos temas o subtemas expuestos de manera a veces explícita y otras implícita, a veces extensa y otras sólo de paso. Trataremos primero de ver cuáles pueden ser algunas de esas posibilidades o rutas de lectura.

En primer lugar, *Ébano* puede ser una colección de relatos de viajes. Visto así, nos sorprenderán las narraciones que el autor hace de las peripecias a que se vio obligado en un continente inhóspito, donde el tránsito es difícil y azaroso, no pocas veces peligroso y siempre incierto. Visto como un libro de viajes, *Ébano* seducirá por su riqueza de detalles, por lo exótico en todos los ámbitos: en el de la naturaleza que rodea al autor y que está presente en cada página del libro; en el de las costumbres africanas, bizarras y ajenas a cualquier occidental; en el de la fauna, las enfermedades, los mosquitos. *Ébano* hará sentir el calor que impide respirar y caminar, que hace desmayar y convierte la vida en un eterno huir de él, en una búsqueda de sombra, de tregua, de un árbol o una choza que pueda escondernos de un sol sin clemencia que parece no ocultarse jamás, ni en la aurora, ni en las noches, cuando no se le ve pero se sigue sabiendo de su existencia a causa del calor.

Ébano puede ser leído tras la pista del calor, como un documento que bajo distintas excusas quisiera sólo mostrarnos el calor en todas sus formas, la mayoría de las cuales Europa, e incluso América, no alcanza ni siquiera a imaginarse. Y no sería una lectura metafórica. Sería leer lo que nunca hemos vivido, a pesar de haber oído hablar tanto de ello; sería conocer, entender, que es de hecho uno de los principales objetivos de Kapuscinski: darnos a entender África. Entonces se hace necesario recordar que para Kapuscinski, "el auténtico periodismo es el 'intencional', el que aspira a producir algún cambio en el mundo", según se lee en la contraportada de esta nueva edición de Anagrama.

Y la intención de Kapuscinski, el cambio que quiere producir, es en nosotros, en nuestros conocimientos que en realidad no son tales, pues están hechos de fragmentos de palabras oídas sobre el continente negro. Así pues, la primera forma de conocer es a través de lo exótico, a través del viaje. Y el autor ha viajado a África. En distintos momentos, durante cuatro décadas, ha recorrido el continente de la forma en que su ética le dicta que debe hacerlo, como lo hace la gente africana: a pie, en vehículos viejos y de mal funcionamiento, a la deriva, corriendo cualquier cantidad de peligros.

Pero el mérito de Kapuscinski no es sólo el viaje exótico, sino el estilo con que da cuenta de ese exotismo. De una manera que resulta evidentemente bella por lo paradójica, Kapuscinski habla del exotismo sin hacer gran énfasis o ruido, sino más bien de una manera mesurada, sobria, que pasaría inadvertida de no ser por lo llamativo de los hechos. En *Ébano*, podemos estar leyendo sobre un viaje que el autor realiza a una ciudad africana después de haber bebido un refresco de Coca-Cola, y entonces, cuando todos estamos ubicados en un mundo casi occidental, casi comprensible, aparecen unos leones, cebras o elefantes en el camino, que ya no podrá continuarse so pena de morir frente al ataque de cualquiera de estos animales.

Pero el clima, el paisaje y la compañía de la fauna no son lo único exótico en África. Lo es sobre todo la gente, sus culturas, que son casi tantas como africanos existen. Temas como el espiritismo, el nomadismo, la relación tan distinta a la de los occi-

dentales- de los africanos con el tiempo, las tradiciones, el mito, la brujería, la enfermedad y muchos otros que pueden perseguirse entre líneas, hacen parte de ese cuadro que Kapuscinski ha pintado, del collage que nos presenta en su libro. Y todo lo muestra siempre con la mayor de las sutilezas, y con gran belleza. Una belleza irónica, por supuesto, que a veces produce miedo, que a veces es *kitsch*, que a veces se mezcla con el asco y la locura, que casi siempre es ajena, pero que siempre es bella.

Como un libro de viajes, entonces, puede leerse este libro. Pero no es la única forma. Puede ser también, por ejemplo, la narración de parte de la historia africana del siglo XX. Ya el autor ha mostrado en repetidas ocasiones su gusto por resaltar el siglo que acaba de morir como el siglo de la descolonización. En una intervención hablada en español en la sede de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, en octubre de 2000, el autor dijo: “Ese gran suceso (el de la descolonización) estuvo acompañado de dos grandes eventos: la migración del campo hacia las ciudades (...) y la independencia política de las colonias o semi-colonias (...) A eso dediqué toda mi vida periodística; a describir y a documentar estos dos fenómenos”.

De manera que en *Ébano* se nos habla de una parte de la historia del convulsivo siglo XX, específicamente de la historia de la descolonización africana. Y se nos habla de ella no sin un abierto tono de denuncia, no sin un cierto señalamiento que en ningún caso es violento, sino que otra vez es sutil, se impone sin necesidad de un lenguaje grandilocuente o iracundo. El autor necesita sólo narrar la forma como se desarrolla la guerra en Ruanda, la dictadura de Amín, la toma de poder en Ghana, y en general, los desórdenes civiles y militares en Nigeria, Tanganica, Etiopía, Kenya, Uganda, Mauritania, entre otros países que Kapuscinski recorre, para que nos demos cuenta del estado lamentable en que se encuentra la cuna de la humanidad. Necesita sólo narrarla sin adjetivar demasiado, sin tratar de despertar rabia o indignación, la sola mención de la pobreza y las carencias absurdas en que se desarrollan esas guerras, —no por absurdas menos crueles— es suficiente.

Pero no sólo eso. *Ébano* es un claro señalamiento a la cultura blanca europea y al sinnúmero de crueldades, injusticias y desmanes injustificados que ha tenido para con África; que si está sumida en la más grande miseria y hambre del globo, y en su territorio se han desarrollado las guerras más largas y sin duda crueles en el mundo, aunque también las menos publicitadas; todo eso es en buena parte culpa del llamado primer mundo.

Y así, la culpa se convierte en otro tema, en otro vestigio tras el cual se puede ir en la lectura de este libro. Y nuevamente el estilo de Kapuscinski, que fluye imperceptiblemente, da cuenta de esa culpa de una forma sutil y bella:

“A sus ojos, como blanco, yo era culpable. La esclavitud, el colonialismo, los quinientos años de sufrimiento no dejan de ser un turbio asunto de los

blancos (...) Al principio intenté contraatacar: ‘¿Que vosotros fuisteis colonizados? ¡Nosotros, los polacos, también! Durante ciento treinta años fuimos colonia de tres Estados invasores. También blancos, por más señas.’ Se reían (...) A pesar de mi íntima convicción de inocencia, yo sabía que a sus ojos era culpable. Aquellos muchachos descalzos, hambrientos y analfabetos tenían frente a mí una superioridad ética, la que una historia maldita confiere a sus víctimas. Ellos, los negros, jamás habían conquistado, ocupado ni esclavizado a nadie. Podían mirarme con un sentimiento de superioridad. Perteneían a una raza que, si bien negra, era pura. Entre ellos me sentía débil, sin tener nada que decir”.

Entonces tal vez *Ébano*, en tanto que obra, pueda verse como un intento de reconciliación por parte del autor con un mundo al cual debemos pedir una disculpa y al cual debemos acercarnos ya libres de prejuicios, con un interés puro de conocimiento, de acercamiento. Y aquí caben las palabras de Kapuscinski, quien critica al europeo porque al viajar a África ve tan sólo una capa exterior de ésta, no va a su interior; aunque por otra parte, “la cultura europea no nos ha preparado para semejantes viajes hacia el interior, hacia las fuentes de otros mundos y de otras culturas”.

Y es en este punto donde hay que hacer una crítica a la obra de Kapuscinski. Hemos hablado de dos posibles caminos que se pueden seguir a la hora de leer el libro; sin embargo, no son los únicos, pueden encontrarse, leyendo de manera atenta e intencional, muchos más. Porque Kapuscinski no se decide por ninguno. Su obra es un collage que se vuelve azaroso y a veces anárquico. Ya que está formado por escritos realizados en períodos muy diversos de su carrera periodística (nunca se nos explica exactamente cómo y cuándo fueron escritos), hablan de temas igualmente diversos y diacrónicos, dispersos. Por supuesto, y como se ha insistido ya bastante, todos sus textos muestran gran cuidado de estilo y sobre todo gran belleza, pero haría falta un hilo conductor y una especie de jerarquización para poder aprehender mejor sus descripciones. La falta de un tema principal o de un punto de vista en especial, hace correr a su obra el riesgo de convertirse en un libro, si bien bello, de una belleza dispersa, anárquica.

Más aún: ese viaje al interior al que Kapuscinski nos invita, ¿lo encontramos verdaderamente en su libro? Es cierto que su labor como viajero ha sido excepcional, que se ha metido en el corazón mismo del continente, al punto de que su vida corrió peligro no pocas veces. Sin embargo, lo que nos cuenta acerca de la vida en África, acerca de sus procesos históricos, de su gente, no es realmente nuevo para nosotros, que nos ubicamos ya en el siglo XXI. Tal vez fue noticia cuando lo escribió por primera vez, pues fue corresponsal de diarios polacos en los momentos en que se desarrollaban la mayor parte de las guerras de independencia africanas, es decir, a mediados del si-

glo pasado. Pero Kapuscinski habla de esos sucesos utilizando el tiempo pasado, es decir, los narra desde hoy y por lo tanto no es una antología periodística lo que nos propone con *Ébano*. Es un texto actual. Pero hoy ya nosotros, mal que bien, sabemos cómo sucedieron los acontecimientos políticos de la época; por lo menos ya lo sabemos desde una narración periodística. Así como ya sabemos que en África hace calor, si bien eso no resta fuerza al relato de cómo él en persona sufre ese calor. Pero lo que se nos está diciendo no es nuevo.

De manera que un tema principal, una historia específica que amarre las distintas crónicas, o una información actualizada acerca de lo que pasó después del período en que principalmente se desarrollan las acciones narradas (esto es, entre 1950 y 1980), habrían impedido que el cuadro se nos presentara tan disperso. Pero hay otro camino para lograr este objetivo que Kapuscinski tampoco desarrolla. Sabemos, según podemos concluir con una lectura no muy detallada, que el autor ha leído sobre historia de África pero también sobre su cultura. Incluso llega a darnos el nombre de algunos antropólogos que han realizado trabajos acerca de la cultura africana (E. E. Evans-Pritchard, M. Gluckman, G. T. Barden). Sin embargo, no nos dice nada acerca de las conclusiones a las que ellos llegaron. Es decir, no nos dice nada acerca de la cultura africana, excepto que ésta no existe sino que por el contrario existen muchas distintas culturas africanas. Pero, ¿si él necesitó de algunas lecturas antropológicas antes de aventurarse al fondo de África, qué lo hace pensar que nosotros no necesitamos también un panorama en este sentido? Indudablemente que su obra sería mucho más rica y sobre todo, aportaría algo verdaderamente nuevo, si a más de una descripción —por lo demás bella y bien lograda— de África, nos hubiera aportado alguna reflexión científica, antropológica, o de cualquiera otra índole que nos pudiera a contextualizar.

Lo anterior se hace especialmente cierto toda vez que es el mismo Kapuscinski quien despierta en el lector un ansia de análisis, de reflexión, de comparación entre la sociedad que éste conoce y la que el libro le muestra. Pero se hace aún más cierto al recordar las palabras del autor que nos decían que el “buen periodismo es el ‘intencional’”, el que pretende lograr un cambio en el mundo. Bien sabemos que éste es un libro periodístico, no un estudio antropológico o sociológico, pero se trata sólo de una contextualización mínima que sitúe y enriquezca nuestra lectura. Además, tal contextualización puede hacerse también en un tono periodístico, y no restaría belleza al libro. La ausencia de ese contexto nos impide aventurarnos en otras posibles lecturas que podrían aportar gran placer a quien se acerca a África a través de Kapuscinski. Por ejemplo, para nosotros los latinoamericanos, se hace ineludible una comparación entre nuestro continente y el africano, ya que según se ve muy claramente en la narración del polaco, son muchas las características que nos unen histórica y culturalmente. Una reflexión en este sentido, si bien es fomentada por el libro, él mismo se encarga de cortarla al no dar más datos que permitan valorar asuntos tan simples como el siguiente: cuando Kapuscinski habla del hombre blanco, del *mzungu*, de Europa, ¿habla también del de América Latina?

En cualquier caso, el gran logro de *Ébano* está en la narración, en la descripción de la gente, de los hechos, de los amigos que Kapuscinski ha conocido en sus viajes, como él mismo nos lo promete en su nota introductoria:

“...Éste no es un libro sobre África, sino sobre algunas personas de allí, sobre mis encuentros con ellas y el tiempo que pasamos juntos. Este continente es demasiado grande para describirlo. Es todo un océano, un planeta aparte, todo un cosmos heterogéneo y de una riqueza extraordinaria. Sólo por una convención reduccionista, por comodidad, decimos ‘África’. En la realidad, salvo por el nombre geográfico, África no existe”. ■

La parábola de Pablo

Alonso Salazar. *La parábola de Pablo*. Bogotá: Planeta, 2001

Patricia Nieto Nieto

En el año 2001 Alonso Salazar, periodista antioqueño, presentó el fruto de más de diez años de trabajo. *La Parábola de Pablo* es un reportaje intenso que narra la vida de uno de los hombres más influyentes en Colombia durante la segunda parte del siglo XX. Este libro, reconocido por su delicado proceso de investigación y criticado por los atrevimientos narrativos que lo ubican en un incómodo limbo entre el periodismo y la

ficción, será, sin duda, uno de los más importantes referentes para el estudio del narcotráfico.

La entrevista que usted leerá en las siguientes líneas quiere descubrir el proceso de investigación y escritura que siguió Salazar, un reportero tremendamente intuitivo y disciplinado, en la construcción de una obra que —además de su valor histórico— deberá ser reconocida como una de las más importantes del periodismo colombiano.

¿Con cuáles criterios determinó que la historia era la de Escobar?

Yo había escrito la parte periférica de ese fenómeno del narcotráfico y la violencia. Había conocido los bordes del tema, había examinado la literatura de todo tipo sobre el narcotráfico y le veía dos problemas: uno, que eran ensayos teóricos de muy baja circulación; y otro, que narraban anécdotas y facetas de los narcotraficantes. No había un esfuerzo serio por hacer una historia del narcotráfico. Yo quería contar la historia a partir del estilo narrativo y sabía que el personaje era Pablo Escobar porque él es símbolo mundial de una etapa muy difícil. Quería narrar unos hechos a partir del esfuerzo de encontrar todos los detalles para construir una historia rica que entretijera muchos acontecimientos que estaban medio refundidos y desligados: ¿qué va del MAS de 1980 a los PEPES de 1993? Ver que no son cosas aisladas, que tienen hilos de continuidad.

Pero una cosa es pensar que ese es el personaje que aglutina la historia y otra, atreverse a dar el paso por las reacciones que implica la reconstrucción de una historia que todavía es una herida abierta...

Uno nunca tiene la certeza de que va a poder escribir. Cuando se comienza la investigación siempre está la duda de si podrá llegar a toda la información, a las personas que son necesarias para tener con qué escribir. Ya habían salido diez libros sobre Pablo y yo creía que en ellos no estaba contada la historia de Pablo Escobar. Casi todos son transcripciones de documentos judiciales sin contexto. Yo creo que es un empecinamiento el que mantiene viva la idea. Buscar, tener paciencia, esperar tres, cuatro o cinco meses o hasta dos años para obtener la entrevista —como me pasó con los Rodríguez Orejuela— o ir buscando pedacitos aquí y allá. Yo esperaba encontrar a alguien que tuviera la historia de Pablo Escobar, pero encontré una historia totalmente fragmentada, como si ese personaje hubiera estallado y cada persona tuviera un pedacito de él.

¿Cuál fue la primera etapa del trabajo?

La primera fase fue hacer una base de datos muy juiciosa. Elaboramos la base de datos a partir de *El Colombiano* y *El Tiempo* desde 1970 hasta la muerte de Escobar. Es una base de datos donde se registran todos los hechos de narcotráfico o asociados con él. Después fue sistematizar toda la bibliografía que se había producido sobre el tema y aprovecharla para la base de datos. Luego vino un periodo largo de entrevistas y luego un proceso de escritura en el que escribía y seguía investigando. En ese proceso aparecieron episodios nuevos que podían cambiar la mirada sobre la historia. Por ejemplo, las relaciones de Pablo Escobar con la guerrilla eran como de segunda importancia. Se creía que él había tenido algunos contactos con la guerrilla, pero en el proceso de investigación descubrí que fueron relaciones largas y estrechas. Esta certeza cam-

bió el modo de hablar de ambigüedad frente al narcotráfico. No habría que señalar, en esas relaciones, solo a las instituciones, también a la guerrilla.

¿Cómo supo que era el momento de empezar a entrevistar, que después de estudiar la prensa y la bibliografía ya podía arriesgarse a las entrevistas de modo que resultaran interesantes?

Desde el momento en que decidí hacer el trabajo aproveché toda oportunidad para entrevistar a alguien. Podría decir que si hubiera estado más preparado para algunas de esas entrevistas les hubiera sacado más jugo, pero la otra cara de la moneda es que tal vez no habría tenido otra oportunidad para hacerlas porque los personajes deseaban salir rápidamente de la escena.

Ubiqué a personajes de diverso tipo. Unos fueron muy claves porque al mismo tiempo estaban muy conectados con la historia y tenían capacidad para mirar el espectro general; otros tenían capacidad para narrar con detalles: hicimos esto, hicimos lo otro, lo hicimos de esta manera y nos sentimos así; hay otros que por su nivel de formación profesional están en condiciones de reflexionar un poco más, tienen el talante para mirar desde diversos ángulos la historia. Entonces el relato se enriquece con esa mezcla de miradas.

Ahora, cada personaje al que uno llega pretende convencerlo de su versión. Por ejemplo yo hablaba con el General Maza Márquez y salía convencido de que él decía la verdad; y después iba donde el General Hugo Martínez —que narraba con tal nivel de detalles el trabajo de inteligencia— y me parecía imposible que su relato no correspondiera con la realidad. Sin embargo, de repente aparece otra fuente que desvirtúa toda esa narración minuciosa. Entonces uno llega a una situación muy compleja: hay ciertos hechos que uno logra medio esclarecer, pero luego hay otros en los que eso no sucede. En estos casos lo que hice fui incorporar las versiones. Uno va filtrando y llega a unos niveles de contrastación. En estos casos, tomar partido por una versión sería un equívoco. Por ejemplo con respecto a la recepción de dineros calientes en la campaña de López, uno llega a decir si, se reunieron en el Hotel Intercontinental, a tal hora, con el Presidente; y a tal hora y tal hora con... Esas afirmaciones lo pueden llevar a uno a un tribunal y no tiene cómo defenderse. Entonces poner la versión de López y la versión de Samper me pareció clave porque cada uno dice mucho de ellos mismos, de su cinismo frente a la historia. Y esas versiones se convierten en un ingrediente de la narración.

Frente a un personaje como Pablo Escobar es posible encontrar fuentes que lo aman profundamente y otras que se refieren a él con un odio igualmente intenso...

Me llamó mucho la atención la fidelidad emocional que tienen las personas que trabajaron con Pablo

Escobar: los que están detenidos, las familias de los que ya han muerto... El sentimiento es tan fuerte que les impide reconocer cosas que sucedieron, que las matizan tanto que las vuelven como errores leves. Yo hice un ejercicio muy bueno: yo dupliqué las fotografías que encontraba en prensa y las llevé a las entrevistas. Llevé ese álbum a la cárcel y fue un activador de la memoria. Entonces llegamos a una foto de un acto terrorista en la que había una niña de meses muerta sobre el pavimento; entonces le pregunté a uno de ellos:

- ¿Usted ve una foto de estas y qué siente?

- Nada. En una guerra muere gente. El patrón decía: la guerra es dura pero con ella se logran los objetivos.

Entonces pensé que no había en ellos ningún nivel de replanteamiento sobre esos hechos. Y ocurre que uno va donde otras personas y sólo tienen la consideración de que Pablo Escobar fue un criminal extraordinario, como lo definió alguno de ellos: el criminal civil más grande del siglo XX. Es probable que sea así.

El ser humano es multifacético y uno tiene que saber mirar todas esas caras. Quien diga que Pablo Escobar era el hombre más romántico, tiene razón, y el que dice que era un hombre despiadado para matar, también tiene razón.

¿A pesar de ese esfuerzo de contrastar y completar, un relato como el suyo nunca será completamente satisfactorio?

Esta es una historia donde intervienen muchos personajes y yo tuve que seleccionar. Entonces el lector lamenta la ausencia de personas que desde otros puntos de vista fueron las más cercanas a Escobar, por ejemplo. Y otros reclaman porque se incluyeron personas que, desde otras miradas, no fueron muy importantes. En esa medida no se logra un relato que se parezca a lo que cada uno tiene por verdad. Es imposible.

¿Cómo se pone freno a la pulsión de la verificación, cuándo termina ese proceso?

Para mí este trabajo tiene unos compromisos éticos, judiciales y también frente a la seguridad propia. Esos compromisos me llevaban a seguir y seguir, a buscar a alguien que supiera un poco más... Es muy complicado saber el punto exacto para detenerse. Yo solo puedo decir que en algún momento sentí que tenía la historia del personaje. Luego entré en la fase de los detalles. Pero viene una cosa curiosa: es más difícil armar los detalles que las historias gruesas.

Ocho días antes de entregar el texto estuve en un apartamento donde había una colección de zapatos de Pablo Escobar. Yo decía: ¡vea la hora de venir a ver esto!. También esa historia del narcotráfico ha quedado por ahí representada en objetos que para nosotros son datos importantísimos. Luego, las observaciones psicológicas. Por ejemplo algunas constantes de quienes conocieron a Pablo Escobar dicen

que no miraba de frente, que tenía una mirada evasiva, hacia el piso... Pero los más cercanos dicen que era muy conversador y afectuoso. Todas esas minucias construyen al personaje y le dan cierto sabor. La preocupación mía era ¿está retratado este hombre? Entonces empecé a pasar el texto y hacía casi una especie de cuestionario: ¿qué piensa de Pablo Escobar? Y escuchaba muy atentamente a la gente; ¿qué piensa de doña Hermilda? Y escuchaba muy atentamente. Cuando me di cuenta que había logrado en los lectores lo que quería, dije: voy bien.

¿Podemos decir que los procesos de investigación y escritura se vivieron simultáneamente?

Por lo menos las partes de escritura y entrevistas se entremezclaron mucho. Cuando yo lograba reconstruir una escena, la escribía completa. Al principio el texto era una juntura de cosas inconexas, podías encontrar un episodio muy armado y luego frases sueltas. Era siempre volver y completar porque dependía exactamente de poder llegar a ciertas personas claves. ¿Cómo era la vida de Escobar en Nápoles? Ah, bueno, el zoológico. Pero bueno, ¿quiénes trabajaron allá? Ah, hay una persona en Santa Fe de Antioquia. Bueno, vamos. Y de repente lograba una versión del ambiente, de cómo se trabajaba, de cómo se utilizaba la pista, de cómo eran las fiestas y así se va llegando a las escenas.

Esos detalles se construyen en buena parte con las personas que no son muy protagonistas, que tuvieron la oportunidad de ver esos pequeños gestos, y que hoy no tienen miedo para hablar de Pablo Escobar...

¿Los otros personajes, los de primera plana, exigieron mayor esfuerzo?

Yo no recuerdo en total cuántas veces fui a la cárcel de Itagüí, pero creo que fueron como mínimo veinte visitas. En algún momento la gente empieza a soltarse, pero también influyen mucho los estados de ánimo. A veces uno va y pierde la visita. Una vez fui y alguien me dijo: "Hermano, tengo una chica que me está visitando y creo que chica mata periodista o ¿no?". Uno debe entender los estados de ánimo de los personajes. Es un juego un poco raro porque si bien hay que mantener una distancia, uno debe volverse habitual en el escenario.

¿Cómo sabe el periodista hasta dónde puede llegar en esas relaciones?

No se decirlo. Yo, por ejemplo, no he vuelto a la cárcel. Y no me siento culpable por eso. Es un juego que va construyendo sus propias reglas. Uno en algún momento sabe que esas reglas deben operar para la cercanía y operar para la distancia. Yo creo que nosotros a veces no tenemos conciencia de lo que uno pide cuando le dice a alguien que le cuente su historia. Uno cree que la gente es una materia que está ahí disponible. No. Es la intimidad de una persona. Desde luego, hay que tener algún don de seducción.

¿Alguien se negó a hablar?

Si, personajes públicos, gente que hoy ocupa importantes cargos y que creen que revivir esa historia pone en peligro su futuro y su prestigio. De una vez me dijeron que no. Por ejemplo un notario que ha servido primero a los contrabandistas y después a los narcotraficantes, que sabe cómo se han hecho aquí traspasos de propiedades, me dio con la puerta en la nariz.

Si escribió por partes, si cada día trae un nuevo trozo, supongo que el texto se armó y se desarmó continuamente. ¿Con cuáles criterios definió la estructura que finalmente permitió configurar el libro?

De todas maneras el texto tiene una trampa: ese personaje que se llama Arcángel es ficticio y eso no es muy ortodoxo en un texto periodístico; lo único que me salva es que el lector está advertido de que se utilizó ese recurso. Además me siento bien porque fue una decisión tomada con argumentos: al comienzo, cuando no estaba seguro de si podía hacer una narración de ficción, tenía una obsesión con el cuidandero de la tumba. Yo decía: si yo cuido un muerto, yo puedo decir lo que quiera de ese muerto. Sin embargo, después de conocerlo me di cuenta de que no era una persona que diera ese talante y que era muy difícil que un personaje desde un lugar tan específico lograra narrar una historia tan compleja en tiempos, personajes y lugares. Así que decidí usar a Arcángel como un medio para hilar muchas situaciones que estaban sueltas, para decir cosas que algunas fuentes no querían asumir. Era como una especie de personaje omnipresente que podía darse algunas pequeñas libertades.

Desde el inicio tuve muy claro el primer capítulo, un capítulo donde se dice todo porque es el escenario del planteamiento: el cementerio. La metáfora del país como un cementerio, como un gran campo de cruces, era muy importante para mí. Luego definí que fuera una narración cronológica, donde la cronología no es del todo lineal, podríamos decir "no verdadera" porque había episodios demasiado sueltos que si se narraban cronológicamente generaban una confusión extraordinaria. Entonces los agrupé por épocas y cogí de cada época como un signo característico y hasta él llevaba ciertos acontecimientos. Por ejemplo, agrupé las negociaciones, aunque estas hubiesen ocurrido en tiempos muy diversos, para que la gente pueda leer.

El otro esfuerzo era reducir el número de personajes para lograr que cada uno tuviera nacimiento y fin en el texto. Por ejemplo yo partí de *El Chopo*, de La Estrella, porque él cumplía todo el periplo. Su historia, desde su aparición hasta su muerte en el edificio del centro, servía de hilo conductor de todo el relato sobre Pablo Escobar. Desde el punto de vista narrativo, él tenía una ventaja extraordinaria porque estaba en todo el ciclo.

¿Qué pasó con la idea de crear una ficción a partir del personaje de Pablo Escobar, es decir de construir una novela en lugar de un reportaje?

Yo hice dos razonamientos muy prácticos. El primero es que yo nunca he hecho ficción y esa es una aventura que hay calcular más y la segunda es que si uno tiene un personaje como Pablo Escobar, con una historia como la que tiene, es absurdo pensar en una ficción. ■

El lodo que nos saca de la desmemoria

Gabriel J. Salazar. *Se nos vino Combia*. Medellín: Periodista editores, 2000

Gonzalo Medina P.

*"También pude captar que los niños iban mucho a mi casa. Ellos se inclinaron a dibujar mi casa. Hubo un niño que no la quiso pintar y yo le pregunté...
-Seño...es que esa casa ya no es la casa suya.
Yo no le contesté nada. Se me salieron las lágrimas, y empecé a llorar.
-Llore tranquila, que aquí le quedan las lágrimas grabadas-agregó.
Entonces mi llanto fue mayor."*

La expresión artística que siempre inspira la tragedia humana debió haber irrumpido por

igual entre adultos y niños con motivo del derrumbe del Cerro Combia el 22 de julio de 1.995 en el municipio antioqueño de Fredonia.

Un papel cualquiera, un muro, un tronco, un pedazo de adobe, son la posibilidad para registrar, a modo de huella, lo que los ojos, los oídos y la rabia vestida de impotencia no pueden callar ante tantas vidas arrasadas por un gigante que atacó por tercera vez en 50 años, luego de un silencio de 84 meses.

Sin embargo, hubo un niño que con otros compañeritos se fue adonde estaba la casa de su profesora; quería pintarla, pero ocurrió lo que cuenta el

epígrafe de este artículo. Testimonios como éstos, protagonizados por seres anónimos, los mismos que por lo regular protagonizan las tragedias, son recogidos en el libro *Se nos vino Combia* por el periodista Gabriel Jaime Salazar Henao, un profesional que ha hecho del reporterismo la razón de ser de su ejercicio desde que terminó sus cursos de Comunicación Social-Periodismo en la Universidad de Antioquia.

Aunque peca por cierta falta de rigor gramatical, el libro está estructurado a manera de crónicas y reportajes que no sólo reivindican los antihéroes infaltables en toda tragedia, sino que ponen de presente algunas herencias literarias y culturales de nuestra realidad colombiana, tan contradictoria como reiterada. Como capítulo final, el autor aborda el ensayo para ahondar en las posibles causas de la catástrofe y en los responsables de la misma.

Se nos vino Combia ratifica esa saga colombiana característica de nuestra realidad mágica y de su dinámica cultural, expresada en el comportamiento de cada uno de nosotros; por una parte, son esos mensajes en clave que anuncian lo que va a ocurrir, pero que requieren de la sabiduría popular para interpretarla; por otra, está esa faceta de que la muerte se anuncia y a pesar de tales anuncios, se impone como si tuviera la sorpresa de su parte.

En el caso de los relatos de Salazar sobre la tragedia de Combia, eran los grillos verdes que “revoloteaban por todo el pueblo y los niños jugaban al que más grillos verdes cogiera”; eran también las hormigas que llegaban desde el fondo mismo de la tierra y “...eran apreciables porque brotaban por millones. No fluyeron como por encanto de la corteza sino huyéndole a las humedades...”; era además la historia del toro que presionaba por dejar el cerro, a pesar del pasto atractivo que tenía para él solo: “sus pataletas, y sus gemidos de niño y sus bufidos eran como un lamento que se prolongaba desde la propia montaña. Escribía el toro con su comportamiento las líneas de un duelo anticipado, cuya lectura nadie interpretó en su momento”.

Por las crónicas y reportajes de Gabriel Jaime Salazar desfilan los nombres de personas que murieron en el desastre, que huyendo de él lo encontraron luego con todo y muerte, que fallecieron porque el corazón no se sobrepuso al impacto de la andanada de lodo, o que salvaron su vida en medio de la avalancha, mas no las de sus seres queridos.

Se nos vino Combia desgrana en palabras uno y otro drama, teniendo siempre al pantano como el co-

mún denominador. Está la historia de Ubaldo, un sencillo trabajador, padre de dos niñas y quien mientras huía del légamo avisaba a todo el mundo “corran que se nos vino el cerro”; sus pasos no fueron lo suficientemente rápidos frente a la velocidad de la muerte; Gabriel Jaime también da cuenta de lo sucedido con dos profesoras amigas, Elia y Eliana; esta última como que presentía lo que iba a suceder: “Eliana se batía en angustias. Ella era por dentro todo un marasmo de inquietudes. Eliana sentía una voz que le decía: ¡No vayas hoy a casa de Elia! ¡Allí la muerte te espera! ¡Aléjate cuanto antes del Combia!”. Eliana no quiso quedarse en Fredonia y optó por viajar a su pueblo, Venecia.

Personajes que encarnaban la alegría en Fredonia afianzaron la tristeza entre la población con motivo de su muerte en la tragedia. Uno de ellos es Jorgito, más conocido como “Payaso”, a quien Salazar describe como un rebuscador de la vida, lavando carros, haciendo mandados, pero ante todo identificado por su gracia para hacer reír a todo el mundo, empezando por las muchachas. Después de que el lodo lo sepultó, pasaron dos días para poder rescatar su cadáver.

La muerte, por fortuna, hace sus excepciones, y el libro de Gabriel Jaime da cuenta de ellas en la tragedia protagonizada por el Combia. Es la experiencia de Jesús Emilio Cadavid, funcionario judicial que se encontraba con su mamá el día del desastre –“a ella le tocó la muerte y a mí me tocó la suerte”, repetía. Ese era el sedante para atenuar el sofoco de su alma”. Resulta que la horda de pantano se llevó a su progenitora y a él lo hizo a un lado, como diciéndole “váyase que el problema no es con usted...”, en palabras del autor del libro.

Al intentar un análisis de las circunstancias políticas en medio de las cuales ocurrió la tragedia del Combia, Salazar, reiterando la tradición colombiana de que los males se anuncian para que nadie se atreva a evitar que ocurran, señala cómo el entonces director del Fondo de Prevención y Atención de Desastres – Fopreve – Alex Lopera Díaz (q.e.p.d.), responsabilizó al Estado por lo sucedido en Fredonia. El testimonio consta en un vídeo realizado por Jairo Alberto Mejía.

Para un país en el que la desmemoria es el pan de cada día, el libro de Gabriel Jaime Salazar Henao es una importante contribución al necesario e inaplazable propósito de cambiar de mentalidad en el reino consagrado a las tragedias, compitiendo en protagonismo con el Corazón de Jesús. ■

Colaboradores

PEDRO ADRIÁN ZULUAGA

despajo@yahoo.com

Nació en El Santuario, Antioquia. Es Comunicador Social de la Universidad de Antioquia, y actualmente, dirige el programa de cine del Centro Colombo Americano. Es editor de la Revista Kinetoscopio y ha hecho críticas de cine y literatura en diferentes medios nacionales.

JAIME ALBERTO QUINTERO

jaquar18@hotmail.com

Nació en Medellín. Es Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Fue Coordinador Editorial del Periódico *DE LA URBE*, de la Facultad de Comunicaciones del Alma Máter. Participó en el programa de capacitación en periodismo en los centros penitenciarios de la ciudad, y en el municipio de Tarso. Ha publicado artículos en la Agenda Cultural Universidad de Antioquia, los periódicos *DE LA URBE* y *La Hoja*, entre otros medios impresos de la ciudad.

ANDRÉS MUÑOZ GODOY

elhpcorreo@hotmail.com

A los 22 años cursa séptimo semestre de Comunicación Social-Periodismo en la Universidad de Antioquia. Hace poco concluyó el guión *Cosas por hacer*, donde narra la vida de un hombre metódico. *Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas*, vivencial y autobiográfico, es su primer texto publicado.

EDISON TORRES MORENO

Periodista barranquillero. Actualmente es alumno de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia y la Universidad del Atlántico.

PATRICIA NIETO NIETO

nietopatricia12@hotmail.com

Nació en Sonsón, Antioquia. Comunicadora Social-Periodista y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Ha sido periodista de *El Mundo* y la Revista *La Hoja de Medellín* y colaboradora de *El Espectador* y la revista *Cromos*. Actualmente es profesora de Investigación Periodística y Géneros Periodísticos en la Universidad de Antioquia, donde también participa en el comité editorial del periódico *DE LA URBE*.

LUIS VIDALES

Poeta, periodista y profesor, nació en Calarcá en 1900 y murió el 14 de junio de 1990. Desde muy joven comenzó a escribir crónicas ligeras y poemas en torno a la vida citadina. Trabajó en los periódicos *El Sol*, *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Bolchevique*. Fue cofundador del partido comunista en Colombia. Entre sus libros están *La insurrección desplomada*, *Tratado de Estética* y *Suenan timbres* (1926) que se constituyó en la apertura de la poesía colombiana a las tendencias modernas.

PEDRO CLAVER TÉLLEZ

duchafria@geo.net.co

Periodista nacido en Jesús María, Santander. Ha sido profesor de literatura y periodismo en la Universidad del Valle, y en las universidades El Rosario, Central y La Javeriana, en Bogotá. Ha publicado entre otros, los libros: *Crónicas de la vida bandolera*, *Efraín González*, *Guerra Verde* y *La hora de los traidores*. Actualmente está elaborando un libro sobre la película *Sumas y Restas*, del director colombiano Víctor Gaviria. Este año se publicó su libro, *Rebelde, hasta morir*. En la actualidad dicta conferencias, seminarios y talleres acerca de literatura, historia y periodismo.

MAURICIO RAMÍREZ GÓMEZ**marago@embera.udea.edu.co**

Nació en Pereira. Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Poemas suyos han aparecido en las antologías: *El cuadrante de las horas* (1997) y *Alquimia del asombro* (1998), del taller literario La fragua, de Pereira. El presente ensayo hace parte de un libro en preparación sobre Jorge Gaitán Durán.

IVÁN SYLVA**isyls38@hotmail.com**

Es estudiante de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad de Antioquia. Trabaja como corrector de textos para la Universidad Eafit. Es docente en el área de lenguaje del Instituto de Artes. Ha publicado colaboraciones en la Revista *Punto Rojo* de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, y en la revista *Debates* de la Universidad de Antioquia

DANIEL HERMELÍN**pbarbajacob@hotmail.com**

Ingeniero químico de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. D.E.A. en Enseñanza y Difusión de las Ciencias en la Universidad París XI. Profesor de la Ruta de Estudios Comunicativos en el Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit.

JAMES LEÓN PARRA**james@embera.udea.edu.co**

Nació en San Carlos, Antioquia. Es Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Hace dos años inició la investigación *Influencia de la ideología fascista en la prensa escrita conservadora colombiana entre los años 1936-1945*, de la cual era el investigador principal. Participó como ponente en el XII Congreso Latinoamericano y VII Nacional de Estudiantes de Comunicación Social. El artículo de la presente revista es un resumen de esta ponencia.

GLORIA MORENO

Periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, con 23 años de experiencia. Cursó la especialización en Periodismo Investigativo en la Universidad Complutense de Madrid (España) y Northwestern University de Chicago (Estados Unidos). Periodista de *El Tiempo* y colaboradora en varios medios de comunicación del país. Corresponsal de las Agencias de Información Earthscan y Panos (Reino Unido), especializadas en temas de medio ambiente y desarrollo. Coautora de los libros: *Parques Nacionales de Colombia* y *El Agua: tres casos nacionales*. Miembro directivo del Comité Coordinador de Amnistía Internacional en Colombia. Es directora de la Corporación Medios para la Paz, desde su creación en 1998.

GONZALO MEDINA PÉREZ**aescobar@carios.udea.edu.co**

Periodista y Magister en Ciencias Políticas del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia. *Una gambeta a la muerte* y *Sueños a la redonda* son dos de sus libros. Ha trabajado en medios como *Caracol*, y el periódico *El Mundo*. Fue corresponsal de guerra en Centroamérica. Ha sido colaborador en *El Colombiano* y *El Espectador*. Actualmente es profesor de Periodismo y Opinión pública y director del programa radial *Saudade*, que se transmite por la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia.

DARÍO ALBERTO VIANA ROMAÑA**dereio@hotmail.com**

Estudió en la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Actualmente reside en Brasil.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3